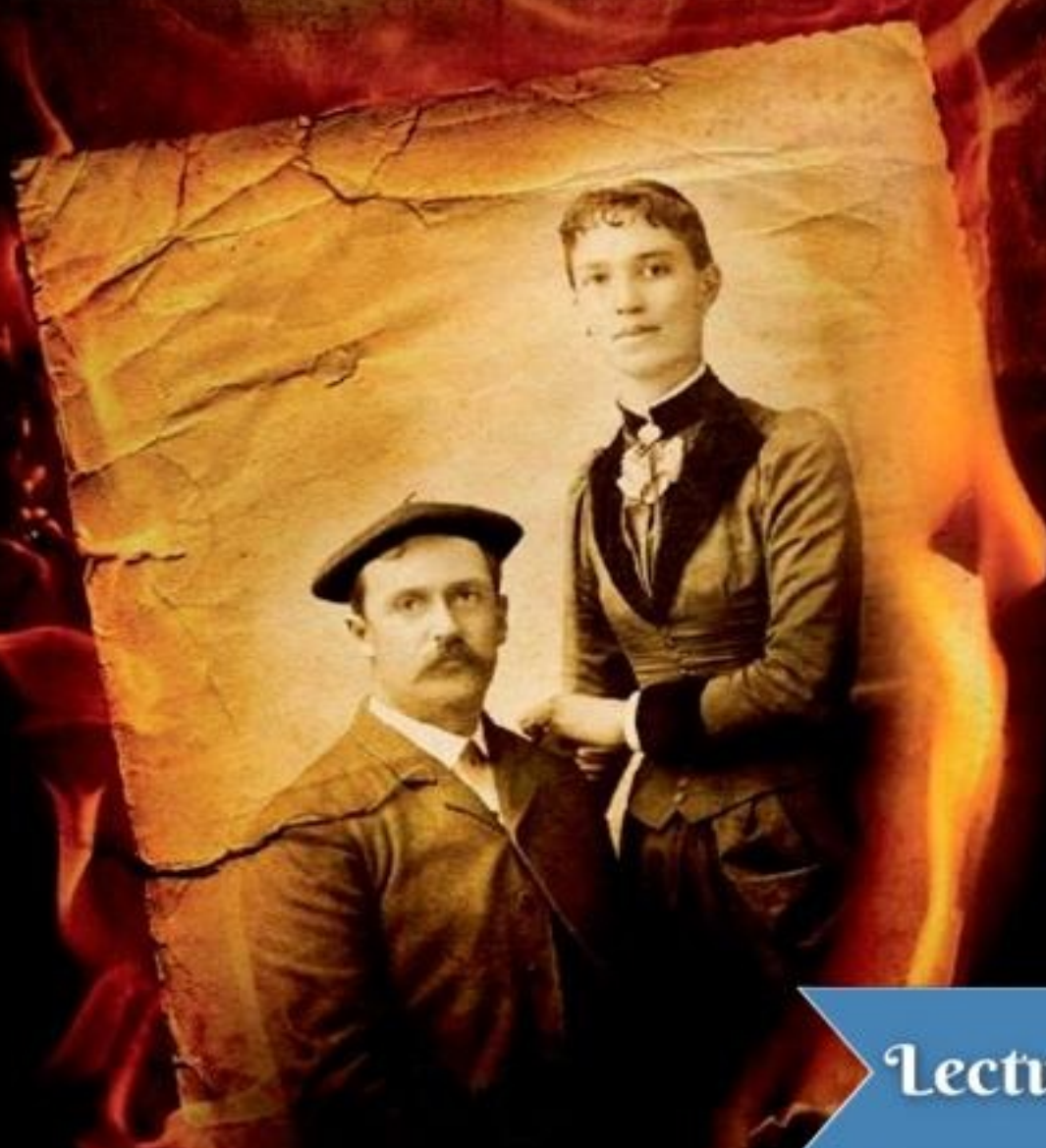


# BEGOÑA AMEZTOY

## El señor de las maravillas

UNA SAGA FAMILIAR ENTRE EL RELATO GÓTICO  
Y LA NOVELA DE AVENTURAS

NOVELA



Lectulandia

Cecilio Asparren emigró a Filipinas en busca de fortuna, pero en un suburbio de Manila conoció a Manay, la niña prostituta que cambió su vida. De regreso, enfermo y pobre, se asentó en el valle de Beriain, donde levantó la casa de Amets con sus propias manos. Allí malvivieron y murieron sus descendientes.

Maravillas Asparren, bisnieta de Cecilio, es la narradora y protagonista principal de esta historia.

Ella nos introduce en un mundo tan mágico como misterioso, tan inverosímil como cierto. Circunstancias extraordinarias, desconcertantes acontecimientos de un mundo rural que se entrecruzan con sofisticados personajes, como el joyero Jacques Cartier, apariciones, ensoñaciones y tradiciones ancestrales se entremezclan hasta conformar un universo único.

*El Señor de las Maravillas* es la historia de una saga familiar cuyos personajes se mueven entre el realismo mágico, el relato gótico y la novela de aventuras.

**Lectulandia**

Begoña Ameztoy

# **El señor de las maravillas**

ePub r1.0

Titivillus 23.04.18

Begoña Ameztoy, 2017  
Diseño de cubierta: José Luis Paniagua

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# 5° aniversario edición conmemorativa

*Más libros, más libres*

PROYECTO  
SCRIPTORIUM



[epublicbre.org](http://epublicbre.org)





En el Paraíso crece un árbol  
maravilloso, sus frutos son  
los sueños de Dios.

RAIMUNDO LULLIO

# 1. GRACIANO EL MORO



A mi abuelo Graciano lo llamaban el Moro. Era de una fealdad inquietante. Su rostro, de ojos rasgados y pómulos altos, descendía hasta el rictus de unos labios apretados y húmedos de marcado perfil. Sería difícil precisar si aquellas facciones mongoloides obedecían a un antepasado oriental o a una genética familiar marcada por la endogamia y sus peores consecuencias. En su corta pero prolífica vida, mi abuelo Graciano engendró nueve hijos, tres de ellos subnormales. Sin embargo, el equívoco apodo lo heredó de su padre, Cecilio Asparren, un auténtico arquetipo vasco de ojos claros, nariz prominente y mandíbula rotunda, a quien llamaron *moro* a su regreso de Filipinas, donde emigró en busca de fortuna y solo encontró su desgracia en un burdel de las cloacas de Manila.

Este podía ser el comienzo de la historia del linaje de Amets, la casa que Cecilio Asparren levantó con sus propias manos y donde malvivieron y murieron mis ancestros. Pero nadie jamás podrá escribirla sin desenterrar la verdad oculta en sus cimientos: la insólita verdad del padre de mi abuelo, que los viejos del pueblo desgranaron para mí entre vasos de vino y sonrisas mal disimuladas. Todos hablaban de su desgracia, pero ninguno supo explicar los extraños sucesos que poblaron su vida.

Fue el misionero vasco Herminio Etura quien los conoció en primera persona y quien trajo hasta España aquellas funestas noticias desde lugares tan lejanos, para vergüenza y oprobio de Cecilio Asparren, a quien jamás permitieron olvidar su pasado.

Antes de que aquel infortunio llamado Manay devastara su vida como una imprevista catástrofe natural, quienes lo trataron relatan que Cecilio era un joven honesto de carácter alegre, que trabajaba como ayudante de capataz en las plantaciones de Liu Xinjiang, un rico hacendado chino. Tan rico y poderoso era Xinjiang que, para celebrar el nacimiento de su primogénito, los festejos en la hacienda se prolongaron tres días. Nada ni nadie faltó. No solo asistieron los empleados de la casa, las caballerizas y las plantaciones, sino también los nombres y cargos más importantes de Mindanao y Cebú. En un banquete que parecía no tener fin, todos comieron y bebieron en honor del hijo de Xinjiang.

En la mañana del segundo día, quiso la desgracia que Zipas, el Cortador de Cabezas, así conocían al matarife en la hacienda, pidiera a Cecilio que lo acompañara a la ciudad. Él, que jamás había abandonado la plantación, aceptó la propuesta con la secreta esperanza de conocer el lugar del que tantas historias había oído relatar. Cada vez que Zipas volvía de Manila, eufórico y excitado, se deleitaba detallando las idílicas experiencias vividas en las Casas de Agua y todos los placeres que allí se podían encontrar. Cecilio lo escuchaba cabizbajo, pensando que si a sus treinta y tres años era un hombre para trabajar, también lo sería para estar con una mujer.

Aquel aciago día transcurrió en un vagar sin rumbo, de borrachera en borrachera, por los arrabales de Manila. Casi al filo de la noche, apoyados el uno en el otro, cantando y riendo, pues nada hacía presagiar aún la desgracia que los aguardaba,

divisaron por fin las Casas de Agua. Era una hondonada gris salpicada de chozas rodeadas por fangales de barro donde docenas de mujeres y niñas, devoradas por la miseria, los obsequiaban con sus sonrisas.

Se introdujeron en una de las chozas más grandes. Dentro, el calor era insoportable y pegajoso. Zipas saludó a voces y al momento dos jóvenes vinieron a echarse en sus brazos. El matarife no era un extraño para ellas. Lo agasajaron con besos y caricias antes de desaparecer entre risas detrás de una cortina renegrida.

—¡Eh! ¡Oye! —gritó Cecilio—. ¡No me dejes solo!

Zipas asomó la cabeza haciendo un gesto con la mano. Instantes después, se oyeron unos murmullos y de nuevo entre los pliegues de la tela apareció su mirada turbia.

—Vendrán a por ti —dijo.

A los pocos minutos y sin que la precediera ni siquiera el ruido de sus pasos, llegó Manay. Era una niña frágil de pelo enmarañado, y contaba apenas con once o doce años.

—Hola, soy Manay.

Sin ocultar su sorpresa, Cecilio miró a su alrededor como si esperase a alguien más. La niña sonrió divertida al observar su desconcierto. En sus gestos había algo más que osadía o descaro.

—¿Y tú cómo te llamas? —preguntó.

Él la miró con detenimiento antes de responder.

—Cecilio —dijo al fin a regañadientes.

Manay se acercó despacio.

—Crees que no podré complacerte, ¿verdad?

Cecilio se encogió de hombros, después respiró hondo sosteniendo su mirada.

—¿Cuántos años tienes?

—No sé, dicen que más de doce. Igual trece.

—¿Quién lo dice? —Retrocedió negando con la cabeza—. No, no quiero estar contigo.

Manay lo observó extrañada. Jamás un hombre había puesto reparos a su edad.

—Si pruebas, no querrás ir con ninguna otra mujer. —Lo tomó de la mano sin contemplaciones—. Verás como te gusta.

Cecilio, desconcertado, no fue capaz de oponerse. Caminaron en silencio hasta un pequeño habitáculo. Ella apartó la cortina deshilachada que cubría la entrada.

—Aquí duermo yo.

Solo había un catre bajo y un cajón de madera que hacía las veces de asiento. Cecilio permanecía mudo, sopesando aún si debía marcharse sin esperar a Zipas.

—¡He dicho que no! —exclamó de pronto, soltándose de la mano de la niña.

Manay le dirigió una extraña mirada mientras lo empujaba hacia el catre con suavidad.

—Los hombres no tienen miedo.

—¡Yo no tengo miedo!

—Pues entonces bájate los pantalones.

No parecía dispuesta a ceder y, sin que él pudiera evitarlo, soltó el nudo que hacía las veces de cinturón. Cuando el bombacho cayó al suelo, Cecilio quedó totalmente desnudo. Iba a decir algo, pero Manay se lo impidió.

—Chist. ¡Túmbate! —le ordenó.

Tal vez entonces pensó que aquella escena era un mal sueño provocado por la borrachera, pero al instante obedeció, hipnotizado por aquella mirada a veces oscura, a veces amarilla. Se acostó sobre el mugriento catre cerrando los ojos. Manay, con la ligereza de un gato y sin desprenderse de su vestido, se colocó a horcajadas sobre él. Comenzó a desabrocharle la camisa al tiempo que le acariciaba el pecho con suavidad. Había comenzado a susurrar muy quedamente una dulce y melodiosa canción en tagalo. Parecía una canción de cuna.

Sus pequeñas y hábiles manos llegaban desde el miembro erecto de Cecilio hasta los hombros y el cuello, pasando por los ojos y los labios. Cada pocas estrofas intercalaba algunas palabras en español.

—Tú solo tienes que dejarme a mí —susurraba con extraordinaria suavidad—. Yo lo haré todo.

Y de nuevo volvía a su melodioso canto. Y así, ella sobre él, y Cecilio fuera de sí mismo, entrando y saliendo del cuerpo de Manay, envuelto en caricias húmedas y latidos como escalofríos, parecía como si su cuerpo y su mente estuvieran muy alejados el uno del otro.

Así fueron pasando las horas y la noche entera. Con mayor o menor intensidad, pero en ningún momento dejó Cecilio de sentir el éxtasis. Igual que esos cuerpos que regresan de la muerte, así regresó Cecilio a la realidad de un nuevo día.

Despertó sobresaltado por violentas sacudidas.

—¡Despierta! ¡Despierta! —gritaba la voz.

Al fin abrió los ojos. Al principio solo vio a Manay.

Al instante, aturdido y horrorizado, necesitó largos segundos para comprender y asumir lo que veían sus ojos.

Zipas yacía en el suelo sobre un charco de sangre. Tenía una enorme hendidura en el cuello.

Intentó decir algo, pero la voz no le obedecía.

—Quería robarte y luego matarte —dijo Manay—. Pero yo te he salvado.

A Cecilio le costaba respirar. De pronto, como una niebla que avanza hacia la playa, así su memoria recordó todo lo que había ocurrido la noche anterior. Se incorporó de un salto y se acercó a Zipas. Tenía aún los ojos abiertos y una mueca extraña en la boca. Le tocó el brazo, estaba tibio. No llevaría ni media hora muerto.

—Pero ¿cómo...?

No pudo terminar la frase. Manay comenzó a lloriquear cubriéndose la cara con las manos.

—Ellas no me lo perdonarán. Tienes que llevarme contigo. ¡Mira! —dijo mostrándole un fajo de billetes que Cecilio reconoció de inmediato.

—¡Es mi dinero!

—Sí, él te lo había quitado y quería matarte.

Cecilio la miró sin creer y tal vez sin comprender lo que escuchaba. ¿Cómo una niña como ella había podido acabar con un hombre?

—¿Tú lo has matado? —preguntó mirando obsesivamente el terrible tajo en la garganta de su compañero—. Pero ¿cómo?

Manay se inclinó para buscar algo debajo del catre. Al instante, extrajo un cuchillo enorme manchado de sangre.

Cecilio contempló con ojos desorbitados el cuchillo de Zipas. Lo había matado con su propio cuchillo.

—¡Es su cuchillo! —exclamó horrorizado.

Manay asintió:

—Sí, vino a buscarte. Yo estaba medio dormida y me dijo que si lo ayudaba nos repartiríamos tu dinero. —De pronto titubeó como si no tuviera preparada la siguiente afirmación—. Pero yo no quise que te matara. Y le dije que sí, que lo ayudaría —de nuevo titubeó—, y cuando estaba distraído le quité el cuchillo y le corté el cuello, como él hace con los pobres animalitos. ¿Sabes que lo llaman el Cortador de Cabezas?

Cecilio la miró sin oírla, como si las palabras que pronunciaba fueran lo menos desconcertante de aquella situación. Tenía que volver a la hacienda. Eran casi cuatro horas de camino.

Se vistió con celeridad.

—Tengo que irme. Dame el dinero y te pagaré.

Manay se abrazó a él gimiendo sin lágrimas.

—Llévame contigo, por favor. Tengo miedo. Ellas me matarán. —Se apartó para mirarlo—. Yo te he salvado y puedo hacerte lo que te hice ayer cuando tú quieras. Sé que te gustó —añadió manteniendo la mirada.

Cecilio no pudo evitar un escalofrío como un latigazo. Con ella conoció algo que jamás habría imaginado que pudiera existir. Manay se abrazó de nuevo a su pecho.

—Por favor —suplicó en tono lloriqueante—. Trabajaré para ti y siempre viviremos juntos.

No podían perder ni un minuto más. Pensó en cómo justificaría en la hacienda la ausencia de Zipas. Tal vez nadie se habría percatado de que salieron juntos. Y, en todo caso, diría que fueron cada uno por su lado. Que no sabía nada de Zipas y que no había vuelto a verlo.

—Vámonos —dijo Cecilio.

Manay se apartó y le tendió el fajo de billetes. No respondió ni mostró ningún

gesto de alegría. Solo sonrió como si lo que esperaba hacía mucho tiempo ya se hubiera cumplido.

—Espérame, vengo enseguida.

Cuando apareció de nuevo, llevaba el largo cabello recogido en una trenza y un bonito vestido azul demasiado grande para ella.

Llegaron a la hacienda subidos los dos a la grupa del caballo. Durante el trayecto, Manay ya había aleccionado a Cecilio de lo que debía decir a quien preguntara por ella.

—Diles que soy la hija de un amigo tuyo que ha muerto. Una pobre niña que se ha quedado sola en el mundo.

—¿Quién te ha dado el vestido?

—Una de las mujeres de la casa.

Cecilio no solo sabía que mentía, también sospechaba que aquella extraña criatura era capaz de todo. Sin embargo, estaba dispuesto a ayudarla. Intentaría que trabajara en la cocina o en cualquiera de las labores de la hacienda. Pero ella ya había decidido sus preferencias.

—Dices que la mujer de tu amo ha tenido un niño, ¿verdad?

—Sí.

—A mí me gustan mucho los niños. Podría cuidarlo.

Y así consiguió lo que se proponía. Los dioses le fueron propicios. Manay cantó delante de Xiaomei, la mujer Xinjiang, la misma canción de cuna que recitaba mientras acariciaba los cuerpos de sus clientes en las Casas de Agua.

Xiaomei la escuchó con una sonrisa en los labios:

—Puedes quedarte para ayudar a las mujeres que cuidan de mi hijo —asintió complacida—, y así Kuan Yin aprenderá tus canciones.

Desde aquel momento, Manay se trasladó a la casa principal de la hacienda. Cecilio solo pudo verla en dos ocasiones más. La primera vez a lo lejos, pero ella le volvió la cabeza y lo ignoró como si se avergonzara de haberlo conocido. La segunda vez coincidieron en las caballerizas, donde acudió Cecilio para ensamblar la carreta con la que las mujeres iban al mercado.

Cecilio la chistó haciendo gestos para llamar su atención.

Manay se acercó. Había ganado algo de peso y en apenas un mes, limpia y cuidada, se había convertido en una hermosa joven.

—¿Qué quieres? —preguntó con gesto altivo como si su sola presencia la ofendiera.

—Nada, saber si estás bien.

Manay respiró hondo antes de responder:

—No vuelvas a hablarme nunca, ni a mirarme. —Se detuvo un instante—. Y si dices algo a alguien, yo diré que tú mataste a Zipas y que me obligaste a venir aquí

para que fuera tu cómplice.

Cecilio la atendía petrificado. Entonces comprendió que sería capaz de hacerlo. Y comprendió también que todos los que la escucharan la creerían a ella y no a él.

—Nunca más te hablaré —dijo en un murmullo.

—Muy bien, eso espero.

—Solo quiero que me digas una cosa.

—¿Qué? —preguntó Manay sin ocultar su curiosidad.

—¿Cómo mataste a Zipas?

Ella sonrió echando la cabeza hacia atrás.

—Nunca he visto un hombre tan torpe y tan estúpido como tú.

Cecilio no pareció prestarle oídos.

—No creo que tú lo mataras —dijo intentando provocarla.

Manay dejó de sonreír y entrecerró los ojos como si recordara.

—Fue muy fácil. Estaba borracho y dormido. Le quité el cuchillo y le corté el cuello. Ni se movió. Luego lo arrastré hasta mi cuarto y te desperté —añadió encogiéndose de hombros.

Se miraron a los ojos unos segundos mientras Cecilio sentía un largo y frío latigazo. No se equivocaba, era el mismo doloroso placer que conoció en la choza de las Casas de Agua. A pesar de haberle prometido que jamás se lo revelaría a nadie, sabía que ella no consentiría que siguiera en la hacienda.

—Nunca te hablaré —repitió en un murmullo.

Ella inició una mueca despectiva antes de volverle la espalda.

Cecilio comenzó a no dormir por las noches. Soñaba que una mujer vestida de negro llegaba hasta su cama y le cortaba el cuello. Despertaba empapado en sudor, y así un día y otro recorría los campos de arroz, dormido sobre el caballo, cansado y nervioso, apenas sin comer, pues había perdido el apetito. Hasta que por fin sus fuerzas desaparecieron por completo.

Cayó enfermo, pero aún tenía que enfrentarse a lo peor de aquella pesadilla. Hacía tiempo que había descubierto, horrorizado, que tenía ampollas y edemas en el pene y sentía picores por todo el cuerpo. Cuando el médico dictaminó que la sífilis estaba muy avanzada, Cecilio habló con Gracián, el capataz de la hacienda, para pedirle que lo llevaran al convento de los dominicos. Allí lo cuidarían hasta que pudiera abandonar la isla.

Y fue también el misionero dominico quien relató el resto de aquella terrible historia. Al parecer, Kuan Yin y su madre, Xiaomei, murieron en extrañas circunstancias. Sus cuerpos aparecieron intactos, como dormidos, el niño en brazos de su madre, sin ningún signo externo de violencia o dolor. Igual que si el espíritu de la vida los hubiera abandonado precipitadamente.

Apenas transcurridos treinta días de este doloroso suceso, Manay ocupó el lugar

de preeminencia en la mesa y en la cama de Liu Xinjiang, y así se cumplió el plan que había trazado desde que llegó a la hacienda de la mano de Cecilio Asparren.

No fue esto lo último que supo de ella. Manay sembró la muerte a su paso y el recuerdo de sus crímenes, aun sin conocerlos, siempre lo atormentó. Cada vez que Cecilio sentía un profundo dolor en cualquier parte de su cuerpo, sabía que era Manay quien lo provocaba. Las heridas que ella causaba, él las sentía, pues solo él fue responsable de salvarla de la ciénaga de la que nunca debió haber salido.

## **2. LA CASA DE AMETS**



Cecilio Asparren levantó la casa de Amets, por eso es el punto de partida de este relato. Aunque una fuerza desconocida me empuja a hacerlo, ignoro si debo ser yo quien escriba su historia. Todos sus descendientes sabíamos que de joven emigró a Filipinas. Este dato nos hizo creer que su hijo, mi abuelo Graciano, había nacido de una relación clandestina de su padre con alguna exótica nativa. Teniendo en cuenta sus rasgos orientales, incluso a mí me pareció una explicación razonable y hasta sugerente. Pero una vez más comprendí que, tratándose de mis ancestros, nada podía resultar lógico y mucho menos razonable.

Era sorprendente que nadie en Beriain supiera decirme en qué momento llegó mi abuelo Graciano al valle. Lo que afirmaban sin resquicio de duda era que Cecilio no lo había traído de Filipinas. Ni tampoco había nacido fruto de su matrimonio con Teodora, una mujer del pueblo vecino. Cecilio Asparren no podía tener hijos porque la sífilis lo dejó estéril. Graciano era un niño de apenas cuatro o cinco años cuando lo vieron en el pueblo por primera vez. Pero ¿cuál era su procedencia y quién lo había llevado hasta allí?

Nicasio Zabala, el secretario de las tres pedanías, viendo que los rumores no cesaban, quiso averiguar su origen, sobre todo para comprobar que su adopción, si ese fuera el caso, estuviera legalmente realizada. Y fue entonces cuando el padre de Graciano le hizo saber que no tenía ningún papel que lo acreditara ni documento alguno, ni siquiera certificado de bautismo, que pudiera justificar su existencia.

Había que solventar la situación con prontitud. El secretario habló con el párroco y de inmediato acordaron celebrar un bautismo lo más rápidamente posible. Sería el domingo siguiente, después de la misa de doce.

Y allí, recibiendo los sacramentos del bautismo, tomó su nombre, pues hasta entonces en casa solo lo llamaban «Txiki». Y Txiki siguieron llamándolo después en el pueblo, además de Moro, ya que, según afirmaban, eran los calificativos que más justicia le hacían.

De niño no solo resultaban llamativos sus rasgos mongoloides, a los que acompañaba una ligera tartamudez. Lo más sorprendente era su mirada viva y despierta, su carácter amable, su ingenio y una simpatía que se fue acrecentando con la edad. Quienes pudieron tratarlo refieren que Graciano siempre demostró poseer una inteligencia extraordinaria. No solo aprendió a leer y a escribir sin ayuda de nadie, sino que, al parecer, su memoria matemática era prodigiosa.

Nicasio Zabala se encargó de los trámites. El protocolo de adopción no resultó complicado al ser reconocido por Cecilio Asparren como hijo natural, lo que facilitó mucho el procedimiento. Sin embargo, jamás confesó la verdadera historia de Graciano. A pesar de que el propio Nicasio Zabala se lo pidió, ni siquiera por la gratitud que le debía. A pesar también de que el párroco le hiciera saber que su revelación estaría a salvo por el sacramento de confesión. No hubo manera. ¿Dónde, quiénes o en qué circunstancias le entregaron el niño? Jamás nadie consiguió arrancarle aquel secreto.

Al parecer era un secreto demasiado pesado para él. No transcurrió mucho tiempo antes de que, al frente de aquella exigua familia, decidiera abandonar Beriain. A las pocas semanas del bautismo de Graciano, una mañana, poco después del amanecer, junto a su mujer Teodora Aranzabal, cargó una carreta con sus pocas pertenencias y, sin dar explicaciones a nadie, emprendió un camino nuevo y desconocido. Pero no fue demasiado lejos. Sus vecinos pronto supieron que se había instalado en Izarra, en una casa algo alejada del pueblo, que restauró con sus propias manos, muy cerca de la ermita de San Adrián. Un caserón grande y algo sombrío al que llamaron Amets, que en euskera significa «sueño».

A partir de entonces, ya muy pocos detalles se conocen de sus vidas. Salvo que Cecilio Asparren jamás volvió a Beriain y que murió cortando leña cuando una astilla que saltó del tronco le atravesó la yugular. Como su viejo amigo Zipas, murió desangrado con el cuello cortado. Al final, no pudo escapar del destino que Manay pensó para él.

Unos años más tarde, Teodora, su mujer, sufrió una apoplejía y la llevaron a su pueblo natal para que su hermana cuidara de ella. Este hecho desgraciado ocurría pocos días después de la boda de Graciano.

La única foto que existe de mi abuelo Graciano es la de su boda con Úrsula, mi abuela, quien paradójicamente pasaba por ser la mujer más bella de la comarca. La belleza no necesita descripciones exhaustivas, ni siquiera la corrección de rasgos. Se es bella o no. Úrsula lo era. Delgada y esbelta, de facciones regulares y armoniosas. Una belleza endurecida, sin embargo, por un gesto de amargura. Hablaba poco y rara vez sonreía, como si quisiera ocultar la oscura resignación de sentirse objeto de todas las miradas. Su manera de moverse era ágil y ligera, pero tampoco este era un bien adquirido, sino una gracia espontánea y natural. Cualidades que, sin embargo, ella parecía despreciar, no por humildad, sino todo lo contrario. Úrsula era una mujer soberbia y orgullosa que jamás perdonó ni pudo olvidar que la abandonaron al nacer en un hospicio de Pamplona.

Y así, por un raro destino de orfandad, permanecieron unidos Graciano y Úrsula hasta la prematura muerte de mi abuelo a causa de una pulmonía. No había cumplido aún los cuarenta y cinco, y, sin embargo, tuvo tiempo de engendrar nueve hijos. La preñez de mi abuela duró casi sin interrupción desde los dieciocho, edad a la que se casó, hasta los treinta y cuatro años, momento en el que enviudó y en el que, al igual que Dios en el séptimo día de la creación, seguramente descansó. Tal vez Úrsula nunca habría podido imaginar que un hombre tan poco agraciado como Graciano pudiera resultar tan apasionado en el tálamo. Ni ella tan prolífica.

Sin embargo, fue mi abuela quien lo eligió entre los variados pretendientes que le presentaron las monjas del orfanato. La mayoría eran de buena posición y de avanzada edad, pero esta era una situación esperable y asumida por todos. A pesar de

su belleza, una huérfana sin dote no podía aspirar a nada mejor. Por eso serían ellas las encargadas de ayudarla a decidir cuál debía ser el elegido. Así se lo hicieron saber en cuanto alcanzó la edad propicia para pensar en su casamiento. Como tampoco le ocultaron que su elección sería una excelente oportunidad para el convento, al que reportaría múltiples beneficios.

Fue sor Ángela, la superiora, quien encomendó a la madre Clarisa que se ocupara personalmente de que Úrsula no se desviara en inquietudes frívolas y superficiales, al menos mientras se dirimía esta importante cuestión, apartándola incluso, si fuera preciso, de la proximidad de otras jóvenes recogidas en el convento, que pudieran enturbiar su mente con ideas de amoríos y románticas aventuras propias de su lógica inexperiencia e inmadurez. Y para ello debería acompañarla noche y día y encauzarla hacia actividades decorosas y pías, hasta que la decisión de mi abuela recayera de una manera irrevocable en uno de los dos pretendientes que ellas previamente habían seleccionado.

Porque fueron dos, Claudio Madinabeitia y Rómulo Estébanez. Claudio era un rico comerciante de cincuenta y ocho años, viudo hacía pocos meses, que estaba dispuesto no solo a desposarse con mi abuela en un breve espacio de tiempo, sino que aportaría al convento como dote una sustanciosa cantidad de dinero para contribuir al mantenimiento de una institución tan necesaria como necesitada de ayuda. Sin duda, y a pesar de su aspecto orondo y poco seductor, era el favorito de sor Ángela y el resto de la congregación.

Rómulo, el segundo aspirante a conseguir la mano de mi abuela, era un hombre soltero de treinta y cinco años, descendiente por línea directa del fundador de la orden de las Josefinas. Tímido y extraordinariamente apocado, hacía poco tiempo acababa de abandonar sus estudios religiosos en el seminario de Lecároz. En realidad, esta segunda opción casi se trataba de un compromiso que las monjas habían contraído con una tía de Rómulo, asidua benefactora del convento y muy interesada en solucionar el porvenir de su retraído sobrino. Aun siendo único heredero de una ilustre familia navarra, sus posibilidades económicas personales eran bastante limitadas, al menos hasta que sus padres fallecieran, según aseguraba su propia tía.

Este detalle de importancia nada desdeñable fue determinante para la congregación. El arreglo del tejado y el lavadero no podían esperar. Y, por otra parte, sor Clarisa pronto advirtió el nulo interés, e incluso animadversión, que mi abuela mostraba por él.

—Esta tarde no vas a costura, Úrsula —sonrió maliciosamente la monja, como si quisiera comunicarle una grata noticia—. Me ha dicho la superiora que viene a visitarte Rómulo.

Mi abuela no pudo evitar un gesto de desagrado. Era la tercera vez que pasearían por el jardín, seguidos muy de cerca por su guardiana.

—No quiero pasear con él, sor Clarisa. —Negó con un gesto.

Esta la observó con extrañeza.

—¿Qué pasa? —preguntó como si intuyera una razón oculta—. Tienes que decirme la verdad.

Úrsula levantó la mirada con aire retador.

—No voy a casarme con ese hombre.

Sor Clarisa intentó disimular su satisfacción.

—Vaya con la niña caprichosa —dijo colocando los brazos en jarras—. ¿Te crees que están todos a tus pies o qué?

Úrsula no parecía ceder ni un milímetro.

—No lo sé, pero no quiero verlo.

Sor Clarisa no respondió enseguida. Aquella era una señal que había que tener en cuenta. Se lo revelaría de inmediato a la superiora, pero mientras tanto intentaría conocer la opinión de Úrsula acerca de Claudio Madinabeitia. En realidad les hacía un favor rechazando a Rómulo, era una excusa perfecta para esgrimir delante de su tía. La superiora se alegraría. Nadie podía obligarla a casarse con él, si ella se oponía tan decididamente.

—Bueno, está bien, aquí nadie va a forzarte a nada. —Estaban en la cocina. Úrsula machacaba enérgicamente unos ajos en el mortero.

—Mejor —respondió sin mirarla.

—Por cierto, me ha dicho la superiora que desde mañana mismo y hasta tu boda con Claudio no tendrás que ocuparte de ningún trabajo —mintió pensando que la superiora disculparía su atrevimiento teniendo en cuenta lo delicado de la situación—. Porque prefieres a Claudio, ¿verdad?

Úrsula se detuvo un instante con el mazo en el aire. Le convenía decir que sí. Tampoco podía rechazarlos a todos. Ya hubo otros dos antes de Claudio y Rómulo. Todos parecían tener mucha prisa.

—Sí —suspiró con un aire de resignación.

Sor Clarisa ya no ocultó su sonrisa:

—Muy bien, Úrsula, me alegro mucho de saberlo. Claudio te respetará y será como un padre para ti.

Úrsula reprimió un gesto de desprecio. Conocía las mezquinas intenciones de las monjas, pero callaba simulando aceptar aquella situación.

Solo habían transcurrido dos semanas desde que la superiora del convento hiciera saber a la tía de Rómulo Estébanez que Úrsula, aunque muy agradecida por la proposición de su sobrino y a pesar de las grandes cualidades que lo adornaban, había decidido rechazarlo. Indirectamente, aquel hecho desencadenó los acontecimientos. Las conversaciones y los preparativos para el enlace con Claudio Madinabeitia estaban ya muy avanzados. El acaudalado comerciante parecía impaciente por acelerar los trámites. ¿Por qué esperar?

La boda se celebraría en la capilla del convento, para que las religiosas y las compañeras de Úrsula pudieran verlo todo y admirarse de su privilegiado destino. Todo parecía en orden. Nadie podía sospechar las verdaderas intenciones de mi

abuela. Nadie podía ni imaginar siquiera que ella odiaba el orfanato con una intensidad enfermiza. No solo aquel frío lugar, sino a quienes lo habitaban. Hacía mucho tiempo que había decidido vengarse de la superiora, de sor Clarisa y de la comunidad en pleno, si fuera preciso, actuando incluso contra sí misma.

Estaba dispuesta a huir con el primer hombre que saliera a su paso, hecho bastante improbable dado el férreo control del que era objeto; sin embargo, no desesperaba. No solo confiaba en que se produjera alguna circunstancia imprevista y fortuita, sino que estaba segura de que cuando se desea algo con tanta intensidad como ella lo deseaba, el milagro se materializa.

Y así ocurrió una tarde. Úrsula, acompañada por sor Clarisa, despedía en la entrada del orfanato a Claudio Madinabeitia cuando, eso que llaman azar, puso a Graciano en su camino. Mi abuelo, quien desde la muerte de su padre recorría la Barranca navarra en un viejo coche de caballos dedicado a la venta ambulante, por aquellos días había comenzado a llevar al convento carbón, leña y otras mercancías. Fue entonces cuando sus miradas se encontraron.

Resultaría imposible imaginar lo que mi abuela pudo sentir al verlo. Tal vez un cierto desagrado o incluso un rechazo inmediato. Pero fuera lo que fuese, la verdad es que en aquel instante, y este hecho ella nunca lo ocultó, aun sin tener ninguna referencia del hombre que le devolvía la mirada embelesado, tomó una decisión irrevocable. Aquel aldeano torpe, humilde y poco agraciado sería su marido. Ni las amenazas de las monjas ni las admoniciones de su confesor, nada ni nadie conseguiría doblegar su voluntad. Pero no iba a llorar ni a suplicar que le permitieran romper el compromiso con Claudio Madinabeitia para escapar con Graciano. Solo había un modo seguro de hacerlo y estaba dispuesta a todo con tal de huir de aquel maldito orfanato. Decidió que fingiría estar embarazada. Era su única salida.

Primero lo confesó *secretamente* a una pupila del orfanato, que, como estaba previsto, lo divulgó enseguida. Y aunque en principio se trataba de un hecho inexplicable, incluso de dudosa verosimilitud, la noticia, en apenas veinticuatro horas, fue un verdadero cataclismo de magnitudes impredecibles, sobre todo al tratarse de Graciano, un hombre insignificante y simple, pero de la confianza de las monjas. Eso significaba que las pupilas ya no podían estar seguras ni siquiera dentro de los muros del convento.

La primera sospechosa por acción o por omisión era sor Clarisa. Según todos los indicios, ella tenía que haber sido quien permitió o tal vez incluso favoreció algo tan abominable. Nadie era capaz de explicarse dónde, cómo ni cuándo podían haberse producido los encuentros de Úrsula con un hombre, si no fuera con su aquiescencia. Ni siquiera sabían si tal embarazo era cierto. Pero desistieron incluso de confirmarlo. Graciano y Úrsula habían tenido relaciones carnales. La carta no ofrecía lugar a dudas. Decía así:

*Reverenda madre superiora, soy Graciano Asparren, vecino de Izarra, y por la presente tengo el honor de pedir la mano de Úrsula, con la que tengo intención de casarme en cuanto lo permitan las circunstancias, para que su honor no ande en boca de nadie. Cuento con la aprobación de ella. Y con mi eterna gratitud a la generosidad de usted.*

Al final, en el margen derecho, la firma de Graciano Asparren venía envuelta en una elegante rúbrica.

El capellán del convento la dobló, la guardó en el sobre y se la tendió de nuevo a la superiora.

—Estas pobres chicas son todas iguales.

Frunció los labios en un gesto despectivo.

—Sí, están condenadas, igual que sus madres.

Don Cosme asintió pensativo:

—Lo incomprensible es cómo y cuándo ha podido ocurrir.

—Se habrán arreglado para buscar la ocasión.

Sor Clarisa permanecía en silencio, abstraída y ausente.

—Es imposible, don Cosme —exclamó al fin con una voz debilísima—. Le aseguro que es imposible que se hayan visto a solas. ¡Está mintiendo! ¡Lo sé!

El sacerdote rechazó su comentario con un gesto.

—Déjelo, sor Clarisa. Lo de menos es que esté o no embarazada. El comentario ha corrido ya por toda Pamplona.

—Don Claudio vino ayer mismo a verme. Está consternado —dijo la superiora.

—¡Qué vergüenza!

—Por supuesto, no quiere saber nada de ella.

—Claro, lo entiendo perfectamente —chascó la lengua antes de añadir—. No se preocupe, el obispo está totalmente de nuestra parte. Ha dicho que hay que tapar este asunto cuanto antes. ¡Qué lástima, con el favor que nos habría hecho para el convento! ¡Es una desagradecida!

Sonaron unos nudillos en la puerta.

—¿Da su permiso? —dijo Úrsula asomando levemente la cabeza.

La superiora le devolvió una mirada gélida.

—¡Pasa y siéntate!

Obedeció antes de reparar en el rostro enrojecido de sor Clarisa y sus párpados tumefactos, embotados aún por el llanto.

—¡Cómo nos la has jugado, Úrsula! —exclamó como si al verla volviera a la realidad—. Con lo bien que nos hemos portado contigo. Y yo que he sido como una madre para ti. —El llanto se agolpaba en su garganta.

—¡Déjelo, sor Clarisa! —insistió el sacerdote con un cierto fastidio—. Esto ya no

tiene arreglo.

—¡Tendrías que besar por donde pisamos! —añadió, rompiendo en un sollozo desesperado como si no hubiera escuchado la recomendación.

La superiora se irguió levemente en el asiento:

—Esta tarde vendrá ese hombre a recogerte. En tu situación, y en vista de tu estado, tenemos permiso del obispado para que puedas abandonar hoy mismo el convento.

Sor Clarisa, de pronto, sin que nadie pudiera impedirlo, saltó de la silla para acercarse amenazante a Úrsula con el índice levantado.

—¡Es mentira que estés encinta! ¡Lo sé! ¡Es mentira! ¡Eres una mentirosa!

—¡Basta, hermana! —exclamó la superiora.

Sor Clarisa volvió a su lugar y se derrumbó en el asiento, se cubrió la cara con las manos y rompió a llorar desconsoladamente.

El sacerdote carraspeó:

—Ha sido un duro golpe para todos y un desprestigio para este convento.

Úrsula mantenía la cabeza inclinada y la mirada baja. No sentía pena ni temor, solo una sensación extraña, pero reconfortante.

—¿No tienes nada que decir? —prosiguió el sacerdote.

Úrsula negó con la cabeza, en silencio.

—¿Dónde fueron esos encuentros?

Esperaba esa pregunta.

—En la caseta de la huerta —respondió despacio levantando la mirada del suelo.

—¿En la caseta? —repitieron casi a la vez las dos religiosas.

El capellán abrió los brazos en el vacío.

—Pero ¿cómo? ¿Cuándo?

Úrsula respiró hondamente:

—De noche, cuando todos dormían.

El sacerdote se acarició la barbilla dando por solucionado aquel misterio.

—Claro, era la única posibilidad.

La superiora suspiró sin evitar un gesto de desprecio:

—Eso es todo, puedes irte.

Úrsula giró en redondo en dirección a la puerta. Su corazón latía con fuerza, pero estaba satisfecha. No esperaba que todo transcurriera con tanta facilidad. Mientras se dirigía a la salida, siguió oyendo el llanto tenue y entrecortado de sor Clarisa. Pero no sintió ninguna piedad. Ni por ella ni por nadie. La soberbia y el rencor habían solidificado su corazón.

Apenas restaban tres horas para que su futuro marido viniera a buscarla. Esbozó un rictus parecido a una sonrisa mientras rememoraba aquella primera vez que sus vidas se cruzaron.

Faltaba un mes y medio para que aquel matrimonio pactado se consumara. La situación era desesperada. Despedían en la puerta del convento a Claudio

Madinabeitia. Úrsula le tendió la mano para recibir la levedad de un beso, cuando Graciano apareció con un gran saco de carbón en cada mano. Era feo, pero joven, y sus ojos pequeños y oblicuos parecían alegres y vivaces.

—Adiós, don Claudio.

—Adiós, Úrsula. Hasta el martes que viene.

Graciano aguardó un instante para dejar pasar a aquel elegante caballero.

Sor Clarisa lo saludó sonriente:

—Hola, Graciano. Unos se van y otros vienen. —Después se dirigió a Úrsula—. ¡Hala! Vamos, que ya va a empezar el rosario.

El hombre asintió mientras miraba fijamente a mi abuela.

Aquella debía de ser la señal que estaba esperando. Úrsula le devolvió una mirada inquisitiva, llena de curiosidad.

Sor Clarisa caminaba hacia la escalera central que llevaba a la capilla.

—¿Quién es Graciano? —preguntó mi abuela—. Nunca lo he visto por aquí.

—Uno que ahora nos trae frutas, carbón y de todo —terminó sor Clarisa sin darle más detalles.

Tenía que hacerlo, ya. No habría otra oportunidad de acercarse a aquel hombre que era su salvación. De pronto se detuvo.

—Sor Clarisa —dijo—. Voy un momento al obrador. Creo que esta mañana me he dejado un pañuelo.

La guardiana, como Úrsula la llamaba, se volvió:

—¿En el que bordaste tu inicial?

—Sí, ese.

—Vale, vete, luego subes enseguida al rosario.

Fue corriendo hasta la cocina. No había nadie, solo estaba Graciano detrás de la alacena, inclinado sobre la carbonera. Sin pensarlo ni un segundo, se dirigió a él:

—Hola, soy Úrsula.

Mi abuelo le sonrió. Nunca había visto una mujer tan hermosa.

—Yo soy Graciano.

—Tienes que ayudarme, Graciano.

Mi abuelo se irguió frente a ella con un gesto de estupor:

—¿Ayudarte? —repitió mecánicamente.

—¿Estás casado?

Graciano negó con la cabeza, totalmente sobrepasado por la situación.

—Entonces, ¿querrás casarte conmigo?

Graciano no fue capaz de responder, por eso Úrsula prosiguió.

—Soy huérfana y me tratan muy mal. Me quiero ir del convento.

Después de unos instantes de estupor, Graciano tartamudeó.

—Yo, yo... también —dijo al fin—. Yo también soy huérfano.

—¿Cuándo vuelves otra vez?

—Dentro de cuatro días tengo que traer maíz para hacer harina.



—Estaré pendiente. ¿Sabes leer?

Graciano asintió.

—Sí, leer y escribir. Vivo en Izarra. ¿Sabes dónde está?

Úrsula cabeceó.

—No.

—Es igual, no importa —tartamudeó de nuevo levemente antes de añadir—. Si tú quieres, yo me caso contigo.

—Te escribiré lo que tienes que hacer. No te vayas sin verme.

—Claro que te veré.

Así se consumó el romance y mi abuelo a su lado fue un hombre inmensamente feliz. Actuó de buena fe y su inocencia lo salvó. Úrsula, mi abuela, se limitó a sobrevivir a la catástrofe. Y aunque la muerte de su marido la sumió en la precariedad, mantuvo su odio intacto. Jamás volvió a casarse ni a permitir la cercanía de ningún hombre a su lado. A sus hijos, a pesar de su corta edad, los repartió por los pueblos cercanos para trabajar, a cambio de cama y comida, en labores de campo y pastoreo, algo muy común en la época. Se desprendió de todos, excepto de los tres subnormales, de quienes se ocupó ella misma con un amor y una dedicación que jamás Úrsula había mostrado por ningún otro ser humano.

Del frío y la humedad de Izarra conservo una remota memoria. Incluso en verano los gruesos muros de piedra impedían que el sol calentara las estancias. Aún hoy las diminutas ventanas de Amets apenas permiten asomarse al exterior. Como si Cecilio Asparren, al construirla, pretendiera que nadie pudiera conocer lo que ocurría en su interior.

Hoy me enfrento a un reto que ignoro si seré capaz de superar. Lo cierto es que siento, en lo más profundo de mi alma, la invencible atracción del abismo.

Recibí la llamada de mi primo Marcos sin sospechar ni por un instante la aventura que estaba a punto de comenzar.

—Hola, prima. ¿Todo bien?

—Hola, Marcos, qué sorpresa. Sí, todo bien, acabo de volver de Barcelona. Parecía excitado, como si necesitara contener su alegría.

—Estupendo. ¿Te ha llamado Lore?

—¿Lore? No, no me ha llamado. ¿Qué pasa?

Se echó a reír.

—Pues prepárate para lo que te espera.

Hice un silencio breve intentando calibrar si podía tratarse de una broma.

—Venga, no te enrolles.

—Mejor que te sientes, lo mismo te desmayas.

Por su tono, comprendí que aquello no era ninguna broma.

—¿Qué tiene que decirme Lorena?

—¿Estás ocupada este fin de semana?

—No especialmente.

—Vamos a quedar todos los primos en Izarra el sábado para comer.

—¡Ahhh! ¿Y eso?

—Bueno, yo seguramente iré con Olga el viernes por la tarde. Si te animas, nos encontramos allí y te lo cuento despacio. —Su voz se había vuelto más grave, como si necesitara dar un énfasis especial a aquel momento—. Sí, prefiero contártelo en privado. Vas a tener un papel importante en esta historia.

—¿Qué intriga! Pues no sé, me pillas totalmente fuera de juego. ¿Vamos a hablar del reparto de la casa o qué?

—No exactamente, pero de verdad que ahora no puedo extenderme. Espera al viernes. Venga, Mariví —insistió—. No me falles. Me apetece mucho contártelo en plan tranquilo.

Siempre he tenido muy buena relación con mi primo Marcos, aunque tampoco creía que lo que pudiéramos hablar de Amets me interesara demasiado. No compartía la estúpida fascinación que aquel viejo caserón, destartado y frío, despertaba entre el resto de mis primos, ni la devoción que decían sentir por *nuestros antepasados*, como ellos llamaban pomposamente a una recua de aldeanos pobres y analfabetos.

Todos los veranos acostumbraban a pasar unos días en Izarra y el último domingo de agosto celebraban juntos una comida a la que yo rara vez asistía. Sin embargo, accedí a la proposición de Marcos. No sospechaba entonces la importancia que todo aquello iba a tener en mi vida.

—Vale, primito, llegaré el viernes por la tarde. Además, te debo una por lo bien que se portó tu socio conmigo.

—¡Ah, sí, Antoine! Es verdad. De acuerdo, Mariví. Entonces el viernes hacia las ocho en Amets. Tienes llaves, ¿no?

—Sí, creo que sí.

—En todo caso, tiene una copia Catalina, la señora que cuida la ermita de San Adrián, ya sabes.

—Vale, Marcos, aunque no sé de qué va esto.

—Ni te lo imagi...

La comunicación se cortó sin que pudiera terminar la frase. Pero no volvió a llamarme ni yo tampoco. No era necesario, ya habíamos concertado la cita. Pero al momento reparé en aquel detalle insignificante en apariencia. ¿Por qué se había cortado la comunicación? La vida está llena de claves y códigos que somos incapaces de descifrar.

Un viernes de primeros de diciembre no era la época más propicia para pasar un fin de semana en Izarra. La casa estaría helada y no habría forma de calentarla. Tendríamos que permanecer en la cocina, que era el único lugar de Amets que se había reformado. Tampoco era comprensible el insano y fetichista interés de mis primos por mantener intactos todos los recuerdos que guardaba bajo sus antiguas vigas de madera, sus camas altas de cabezales de hierro y aquella atmósfera de neblina opaca que se podía respirar en todas las habitaciones; más que habitaciones, habitáculos, con el suelo inclinado y las paredes desconchadas. Adjudiqué mentalmente la habitación central de dos camas a mi primo Marcos y a su nueva novia. Yo utilizaría la más cercana al pajar. Pero, de inmediato, rechacé la idea. La habitación estaba al fondo del pasillo y era la más alejada del resto, así como del único cuarto de baño de la casa. Además, demasiado próxima también, literalmente pegada al pajar. Un pajar que, según aseguraba mi prima Geli, no se había vuelto a abrir desde la muerte de mi abuela.

Pero no era cierto. Yo recuerdo que de niñas solíamos jugar a asustarnos mutuamente con historias de fantasmas. Incluso llegábamos a entreabrir la pesada puerta que al ceder exhalaba un chirriante quejido. Era entonces cuando, llenas de emoción desbordada, salíamos corriendo escaleras abajo como persiguiéndonos la una a la otra: «¡Corre, Mariví! ¡Corre! —gritaba mi prima—. ¡Los he visto! ¡Los he visto! ¡Están muertos y llevan una sábana blanca por encima!».

Hasta que un día el juego terminó. Mi abuela Úrsula, que al parecer seguía igual

de amargada que en su juventud, nos prohibió tajantemente volver a abrir el pajar, lo que solo consiguió magnificar el misterio acerca de un secreto inconfesable que ocultaba en su interior. Sin embargo, y según aseguraban los mayores, al parecer allí no existía ningún secreto misterioso, sino el desorden y la suciedad provocada por la acumulación de muebles y objetos inservibles. Fue el tío Bibiano quien al término de un discutido cónclave familiar se comprometió a limpiarlo a cambio de una razonable propina y algún que otro opíparo almuerzo con productos frescos de la matanza. Siempre los recuerdo devorando vísceras de cerdo y cabezas de cordero de sesos mucilaginosos, con una fruición obscena y una gula insaciable.

En verano, nuestros padres, con el pretexto de los beneficios que reportaría el cambio de aires en nuestra salud, nos dejaban el mes de agosto en el pueblo. Mi prima Geli y yo éramos las más pequeñas de los primos y quedábamos bajo el cuidado de la tía Maravillas, una discapacitada psíquica, muy lista y complaciente, de quien desgraciadamente tomé el nombre. Muchas veces pensé en cambiármelo, pero al final siempre desistía. Solo por orgullo y obcecación, mi objetivo era conseguir que los demás valoraran mi personalidad a pesar de mi nombre.

Mi tía Maravillas era lo más parecido a una emperatriz china. El pelo hirsuto, abundante y negrísimo. Los pómulos altos, los ojos oblicuos y una boca siempre entreabierta de dientes grandes y postizos. Tan grandes, que a menudo se le caían para regocijo nuestro. Geli y yo la imitábamos haciendo gestos paródicos con las manos y con la boca. Mientras, Maravillas protestaba hablando a borbotones, atropelladamente, y nos amenazaba enfurecida: «¡S'lo vi a'decí a t'madre!». Conseguíamos al fin entresacar de su jerga incomprensible.

Mi abuela Úrsula nunca estaba en casa. Aunque era cariñosa conmigo, tampoco la eché en falta. Uno de los recuerdos más nítidos que conservo de ella es la expresión indescifrable de su rostro en el retrato de su boda con Graciano. Una fotografía pequeña en un sepia desvaído, ribeteada por un fino marco dorado, clavada en la pared a una altura desmesurada. Estaba colocada precisamente en la habitación en la que dormía con mi prima Geli. Cada noche la miraba desde mi cama antes de dormir. Iba vestida de negro. ¿Una novia vestida de negro? Resultaba incomprensible. Y con aquel hombre tan feo y tan raro. Cada noche intentábamos descifrar el misterio.

—Es muy raro, Geli, las novias siempre van de blanco.

—Pregúntaselo mañana a la *amona*.

—Se dice abuela.

—En vasco se dice *amona*.

—A mí no me gusta hablar en vasco.

Todo comenzaba con el traje de novia de mi abuela, pero la conversación podía derivar a los temas más insospechados. Dormíamos juntas con los pies entrelazados en una cama estrecha. Enseguida venían a apagarnos la luz.

—Pues a mí me gusta mucho hablar en euskera —reivindicaba mi prima.

—Pues a mí no, y tampoco me gustan los bailes vascos. Mi padre quiere que

aprenda, pero yo prefiero bailar *ballet*.

—¿Por qué?

—Porque los trajes son muy feos y los de *ballet* son preciosos.

El sueño nos vencía. No teníamos miedo a los fantasmas. Dormíamos juntas, una pegada a la otra, tapadas hasta los ojos.

—¿Estás dormida?

—Sí.

—¿A quién vas a preguntar lo del vestido de novia?

—No lo sé. Duérmete.

—Dicen que los fantasmas vienen cuando estamos dormidos.

Aquello parecía razonable. Quizá ellos también nos tuvieran miedo a nosotros.

—A mí no me importa que vengan.

Entonces, Geli se pegaba aún más a mí queriendo creer que mi aplomo era real, y era entonces cuando yo me crecía hasta niveles insospechados. Incluso era capaz de levantarme a oscuras para bajar a la cocina y coger un vaso de agua, solo para demostrar mi valor. Ese tipo de bravuconadas me enloquecían. Recuerdo haberlo hecho un par de veces y recuerdo también el olor del miedo que me envolvía mientras los negros peldaños de madera crujían bajo mis pasos.

—Por favor, no te levantes hoy.

—Bueno, si me lo pides no me levantaré.

Se acurrucaba de nuevo con las manos sudorosas, no de miedo, sino de calor. Agosto era un mes caluroso en Izarra.

—No te creas que a mí me dan tanto miedo. ¿Qué nos van a hacer?

—¡Uf! Geli, apártate un poco, que me achicharro.

Esa pregunta era difícil de responder incluso para mí. No tenía la más remota idea de las verdaderas intenciones de los fantasmas.

Ni siquiera nadie que los hubiera visto podía saberlo. Una vez escuché a la partera del pueblo contarle a mi abuela Úrsula que había tenido experiencias con las almas del purgatorio cuando salía de madrugada a asistir a las parturientas de los pueblos vecinos, cruzando de noche campos y cementerios apenas con la llama temblorosa de un candil encendido al que hacía oscilar el viento.

La partera se llamaba Anselma. Era pequeña y delgada, pero parecía que de su cuerpo encanijado podía brotar una fuerza sobrenatural, la misma que reflejaba el brillo de sus ojos, unos ojos inquietos de mirada algo extraviada. O quizá salvaje. Podrían ser los de un pequeño animal acorralado en una madriguera, como si sus pupilas hubieran podido contemplar situaciones inverosímiles. Aquella tarde había venido a curarme. Me había clavado un cristal en el pie, muy cerca del talón. No paraba de sangrar. Era preciso coser la herida. Yo estaba aterrorizada. Lloré y grité como una posesa, pero cuando ella entró en la cocina me quedé paralizada.

—¡Cállate! —me dijo—. Si lloras, te dolerá más.

La creí. Sus gestos y su mirada no admitían dudas. Me cogió el pie con una

rudeza suave, como si supiera en cada momento lo que tenía que hacer. Se dirigió a mi abuela. Respiró profundamente y dijo:

—Pon agua a calentar, necesito alcohol o lejía, hilo negro y aguja.

Nunca lo olvidaré. Después me preguntó:

—¿Dónde estabas jugando?

Yo me sentía incapaz de responder y de pensar. ¿Es que iba a coserme el pie con hilo negro y aguja después de untarme con lejía?

De nuevo me eché a llorar con una congoja irracional.

Sus ojos de comadreja se fijaron en mí con una frialdad heladora.

—¿Qué te he dicho?

Comencé a hipar sin poder contenerme. No sé si buscando ánimo o consuelo, miré a mi tía Maravillas, que permanecía sentada junto al fuego bajo, observando la escena, fascinada, con la boca entreabierta en un gesto de estupor.

—Es que... sé que me va a doler.

—¿Dónde estabas jugando? —preguntó de nuevo con una insistencia absurda.

—En el río.

—¿Cogiendo cangrejos?

—Sííí —respondí tímidamente por si aquello no le parecía correcto.

Dejó de mirarme el pie.

—Las heridas en el talón las manda Dios —dijo ante la sorpresa general.

Mi abuela llegaba con las vituallas y no pudo menos que preguntar.

—*Nola da hori, Anselma? Jaungoikoa!*<sup>[1]</sup>

Anselma asintió sin más explicaciones.

—*Bai*<sup>[2]</sup> —respondió.

No me atrevo a decir que aquello fuera tan doloroso como un parto, pero sí la experiencia más dolorosa de mi vida.

—Llama a Bibiano —dijo—. Habrá que sujetarla.

Mi tío me sentó sobre sus rodillas y mi abuela me agarró con fuerza la otra pierna. Anselma sumergió el pie herido en un barreño de agua caliente con un chorro de lejía y lo mantuvo inmóvil un tiempo que me pareció eterno. El dolor y el escozor eran insoportables. Comencé a llorar de nuevo.

Anselma me miró.

—Aguanta, aguanta...

Cuando salió del agua, el pie estaba tan entumecido y anestesiado que apenas sentí los pinchazos de la aguja al atravesarme la carne, pero el discurrir del hilo debajo de la piel es una sensación que no podré olvidar jamás.

Me colocaron un paño de hilo sobre el talón tumefacto y lo cerraron con un fuerte nudo.

—A la noche le das una taza de vino caliente con una aspirina. No creo que necesite nada más. Si pasara algo, me avisáis —dijo dirigiéndose a Úrsula. Después me miró con una expresión impersonal y neutra—. No podrás correr hasta dentro de

unos días. Yo vendré a soltarte los puntos.

Afortunadamente era finales de agosto. Solo quedaban cuatro días para que mis padres vinieran a buscarme.

Después de recoger el barreño y los restos del paño de hilo, mi abuela Úrsula puso a calentar un puchero de café mientras intercambiaba con Anselma algún comentario acerca de la importancia de mi herida.

Después lo sirvió en grandes tazones blancos y todos fueron tomando posiciones en la mesa. Yo estaba mareada y adormecida, no solo por el dolor, que comenzaba a subir de intensidad, sino por la dura experiencia vivida. Bibiano me cogió en brazos para sentarme al lado de Maravillas, junto al fuego bajo. Después rechazó el café y se dirigió hacia la entrada para descolgar la bota de vino que guardaba detrás de la puerta.

A Bibiano le gustaban mucho el vino y los caramelos. Los llevaba a puñados en los bolsillos del pantalón. Solía regalarlos a los niños del pueblo. Pero todos estaban chupados. Los probaba y los envolvía otra vez. Lo vimos hacerlo muchas veces. Geli y yo creíamos que los robaba cuando el camión de la fruta venía a Izarra.

—¿Y si los lavamos en el fregadero para quitarles la saliva?

Nos resistíamos a desperdiciarlos. Al final juntábamos ocho o diez caramelos, los metíamos en un caldero de agua y después de frotarlos los devorábamos masticando con deleite.

—Mira qué ruido hago —decía Geli.

—Se te van a caer todos los dientes.

Bibiano y Maravillas eran los dos discapacitados que vivieron siempre junto a mi abuela en Amets. A Casiano se lo llevaron a un psiquiátrico de Pamplona, porque de noche tenía terribles pesadillas, gritaba y lloraba, y no podía dormir. Mi abuela decía que Casiano atraía los rayos. Que un día ella misma vio cómo le entraba un rayo por la boca y él se lo tragaba. Desde entonces le ocurría todo aquello.

La mejor era mi tía Maravillas, siempre tranquila y sonriente, excepto cuando nos burlábamos de ella, que se ponía furiosa y nos perseguía con una zapatilla. Era muy coqueta y siempre iba llena de collares, pulseras y pendientes enormes de aro dorados, todos de plástico barato. Se los traía mi abuela de las ferias de los pueblos de alrededor.

Aquella tarde parecía encantada con la llegada de Anselma. Por lo visto, no era frecuente que visitara Amets. Mi abuela también se mostraba animada, casi eufórica. Nunca la había visto tan locuaz. Después de intercambiar algunas frases generales, comenzaron a hablar en vasco con tal rapidez, como era habitual en Izarra, que resultaba difícil seguir la conversación. Yo entendía bien el vasco, aunque había alguna palabra que no alcanzaba a comprender. Tampoco me hizo demasiada falta. Anselma explicaba el parto reciente de una mujer del pueblo vecino que había fallecido antes de que ella pudiera llegar en su ayuda. Al parecer el feto llevaba muerto varios días, lo que le había producido una infección generalizada imposible de

detener. Tuvo que abrirle el vientre para extraer la criatura. Movía la cabeza de un lado a otro. Fue una operación difícil, dijo, igual que cuando sacó un ternero de la tripa de una vaca muerta. Pero al menos el ternero estaba vivo, puntualizó.

Pero no era eso lo más extraordinario del caso. Anselma bebió un sorbo de café antes de retomar el relato. A los pocos días de este hecho, una noche que pasaba por el cementerio de vuelta a Izarra, oyó junto al camino el llanto de un niño. Se detuvo levantando el candil para intentar ver detrás de la maleza. Después de algunos minutos de infructuosa búsqueda, lo oyó de nuevo a su lado. Era un pequeño bulto, que apareció inesperadamente, casi a sus pies y que, de pronto, comenzó a moverse.

Mi abuela Úrsula contuvo la respiración:

—*Neskato hau!*<sup>[3]</sup> —exclamó.

Mi tía Maravillas apenas levantó las cejas antes de untar un pedazo de pan en el café, mientras Bibiano asentía con expresión impenetrable.

—*Jaungoikoa!* —repitió por puro compromiso.

—*Bai* —confirmó Anselma—. Nunca me había pasado algo así en un camposanto. Porque personas muertas sí que se me han aparecido algunas veces o me han seguido en el camino, pero rezas unas jaculatorias y *kitto...*<sup>[4]</sup> desaparecen. —De nuevo mojó los labios en el café—. Este era un bulto pequeño —indicó el tamaño separando los brazos en el aire—. Claro, enseguida lo entendí, tiene que ser el niño muerto que saqué de la tripa de su madre —se respondió a sí misma.

—¿Un bulto envuelto en una toquilla? —preguntó mi abuela como si aquello pudiera tener alguna importancia.

Anselma cabeceó con un gesto despectivo.

—No —dijo.

Bibiano, que parecía ya algo más preocupado en aquella espectral historia, se secó los labios con el envés de la mano antes de preguntar.

—¿Y por qué apareció el niño y no la madre? ¿Eh? *Zergatik?*<sup>[5]</sup>

Anselma cabeceó repetidas veces señalando a Bibiano con el dedo índice.

—¡Ahí está! *Hori da!*<sup>[6]</sup> ¿Por qué? Y en un cementerio que no era el suyo. —Se hizo un silencio sepulcral en la cocina, que nadie se atrevió a profanar; su voz se escuchó de nuevo con una sonoridad diferente—. ¡Porque venía a buscarme a mí!

Esta vez Maravillas dejó suspendido su mendrugo en el aire mientras Úrsula observaba la reacción de mi tío Bibiano. Nadie reparaba en mi presencia ni parecía importarles que estuviera escuchando la conversación. Más aún, tal vez pensaban que aquella era una útil y necesaria lección de vida.

Anselma se aseguró de que sus interlocutores estuvieran lo suficientemente atentos como para comprender las siguientes palabras que iba a pronunciar.

—El niño me lo dijo todo.

Se hizo un nuevo silencio.

—¿El niño muerto? —preguntó al fin mi abuela, con más extrañeza que estupor, demostrando así que además de rencorosa podía ser estúpida. Tenía que saber que los



muertos poseen facultades especiales. Que pueden trasladarse en el tiempo y en el espacio y hablar incluso con las mismas voces que los seres a los que se aparecen. Mi abuela tenía que saberlo. No era la primera vez que escuchaba relatos de aparecidos. Hay mucha tradición en el valle de Beriain.

Bibiano se encogió hombros.

—¡Qué preguntas hace, madre! ¡Pues claro! Los muertos también hablan. Y muchas veces, más y mejor que los vivos —añadió.

Úrsula se revolvió, incómoda, en la silla. Resultaba hiriente y ofensivo que la increparan de esa manera, cuando en realidad ella siempre se había jactado de ser la única mujer del valle que pudo ver a la Virgen cuando ocurrieron las apariciones en los bosques de Goñi.

—¿Cómo lo sabes tú?

Esta vez Bibiano resopló.

—Eso mejor que lo dejemos.

Pero mi abuela no estaba dispuesta a dejar en el aire algo tan importante.

—No, dejarlo, no. Quiero saberlo.

—Bueno —asintió—. Yo lo diré cuando termine Anselma. Ella entiende de esto más que yo.

Anselma agradeció el reconocimiento con una inclinación de cabeza y prosiguió.

—Sí, el niño me habló, pero sin que yo pudiera verle la cara ni mover los labios.

Úrsula iba a replicar algo, pero Anselma la contuvo con un gesto.

—Esto es así, Úrsula. Y tú lo tienes que entender, que aunque algunos lo nieguen, yo sé que pudiste hablar con la Virgen. Y cuando te pasan cosas así, no te importa que los demás no te crean. —Respiró hondamente antes de continuar—. El niño vino a decirme que no era hijo del marido de su madre, sino de un antiguo novio suyo con el que tenía relaciones secretas. Y temiendo ella que se pareciera mucho a su amante, intentó varias veces que el niño no naciera. Y al final lo consiguió. Braulia, la bruja del molino, le hizo de todo con las hierbas y ungüentos que prepara. Al final creo que le metió hasta unas varillas de sacudir lana, para que no llegara a nacer vivo. Lo que no esperaban era que ella también muriera.

—¡La hostia bendita! —exclamó Bibiano en perfecto castellano.

—¡¡¡Jesús!!! ¡Qué horror! —apostilló mi abuela con un estremecimiento—. *Ume gaixoa!*<sup>[7]</sup>

Aquel final era mucho más apasionante de lo que hubiera podido imaginar. Quizá hasta se sintió reconfortada. No solo a ella tenían que pasarle cosas terribles. Al fin y cabo, mejor que te dejen en un orfanato que matarte en la tripa de tu madre.

Mi tía Maravillas abandonó definitivamente el trozo de pan sobre la mesa en homenaje al niño muerto y me miró como si quisiera hacerme saber la suerte que había tenido de nacer en una familia tan considerada y generosa como la mía.

—¿Y qué hiciste, Anselma? —preguntó Bibiano.

—Pues enterrar a la criatura.

—¿Viva? —interpeló mi abuela, colmando ya nuestra paciencia.

Nadie le respondió y Bibiano volvió a insistir.

—¿No lo habían enterrado con su madre?

—Sí, claro, pero vino a buscarme a mí —recalcó antes de beber despacio un nuevo sorbo de café y puntualizar—. Lo enterré en un agujero muy pequeño al lado del ciprés, justo el que está enfrente de San Miguel —precisó—. No necesité más. No era ni así de grande. —Volvió a indicar el tamaño del niño con un gesto de las manos abiertas—. Vino a buscarme porque tenía que darse prisa. Le quedaban pocos días. Ya sabes que después del novenario, los muertos no se pueden aparecer.

Bibiano movió la cabeza como si discrepara.

—Bueno —dijo—. De eso no estoy tan seguro.

Era como si solo ellos pudieran entenderse. Mi abuela, mi tía y yo permanecíamos en silencio, sin parpadear.

Anselma asintió.

—Sí, es verdad, a veces los muertos vuelven después de muchos años —añadió pensativa—. Depende de muchas cosas.

Esta vez mi abuela Úrsula, que aún seguía ofendida, rumió una pregunta de peso para interpelar a la partera.

—¿Y qué hiciste después?

Anselma se quedó pensativa, como si evocara nítidamente la escena.

—Se lo dije a don Manuel en secreto de confesión.

Bibiano asintió, aprobando aquella decisión. Seguro que don Manuel sabría qué hacer. Al fin y al cabo, también la madre estaba muerta y su marido nunca se enteraría. Aunque en un pueblo, tarde o temprano, todo se sabe.

—Seguro que le sacaría una misa.

—Y hasta fue al camposanto a bautizarlo.

—Muy bien.

—*Bai, noski*<sup>[8]</sup>. Quise acompañarlo, pero me dijo que iría solo. Fue a bendecir la tumba y a bautizarlo.

Mi abuela parecía realmente impresionada.

—¡Jessssssúss! —repitió llevándose las manos a la cara. Maravillas movió en la silla su pesado cuerpo como dando, a su vez, por finalizado el episodio.

Tampoco yo tenía nada más que hacer allí, pero necesitaba ayuda para levantarme y arrastrar mi recosido talón. El dolor comenzaba a hacerse más intenso, cuando oí a Anselma preguntarle a mi tío Bibiano.

—¿Con cuántos muertos has hablado tú?

Dolorida o no, estaba dispuesta a quedarme el tiempo que hiciera falta. La respuesta de mi tío podía situarme en un nivel de conocimiento no solo muy por encima de mi prima Geli, sino de la mayoría de los habitantes de Izarra y su comarca.

Bibiano resopló dubitativo.

Anselma lo animó moviendo la cabeza en un gesto de interrogación.

—Dilo, estamos en confianza.

Bibiano agachó la cabeza.

—He hablado con mi padre —dijo al fin—, solo con mi padre, en el pajar —añadió en un tono de voz casi inaudible.

Mi abuela Úrsula no pudo evitar un respingo involuntario.

—*Mutikoa! Zer esaten duzu*<sup>[9]</sup>?

Bibiano no levantó la vista del suelo para responder a su madre. Anselma lo escudriñaba con sus pequeños ojos de comadreja y yo comprendí en aquel momento que mi abuelo Graciano, vivo o muerto, había decidido quedarse para siempre en Amets.

Tal vez tuviera algo de fiebre, pero recuerdo que sentí un escalofrío. Observé de reojo a mi tía Maravillas. No se alteró lo más mínimo. Parecía tranquila y serena. Su rostro no solo no mostraba temor ni extrañeza; inmóvil y hierática como una antigua emperatriz oriental, sonreía levemente con la boca entreabierta en un eterno gesto de estupor.

Desperté con el parte meteorológico de la radio. Había amenaza de aguanieve. Estuve a punto de llamar a Marcos para anular esa noche la cita en Izarra. Todavía hoy no sé si me alegro de no haberlo hecho. Mi vida ha cambiado, aunque desconozco el sentido de esa metamorfosis. Sospecho que hasta el final del camino no conoceré la respuesta.

Revisé el anticongelante del coche y las cadenas. Por supuesto, era consciente de que nunca sería capaz de ponerlas, pero también confiaba en no necesitarlas. Izarra estaba a menos de una hora de San Sebastián, aunque saldría antes de tiempo por las dificultades que pudieran surgir. Lo cierto era que temía menos a la nieve que al frío que haría en Amets. El frío de aquella casa era tan sobrenatural como el grosor de sus paredes de piedra.

Sin embargo, no tuve ninguna dificultad en llegar al pueblo. Las nubes oscuras y algodonosas amenazaban tormenta, pero el trayecto, provista de mi colección de cedés favoritos y la perspectiva de un fin de semana diferente, fue bastante agradable.

Hacía unos dos meses que no veía a mi primo Marcos. El último verano no pude asistir a la comida familiar porque me pilló en Barcelona. Se reunían para decidir hasta qué punto estábamos dispuestos a colaborar, incluso económicamente si fuera preciso, en aquella historia abracadabrante de la búsqueda de la madre biológica de nuestra abuela Úrsula.

Entonces sí recibí una llamada de mi prima Lorena. Tuve que contenerme para no decirle lo estúpido y demencial que me parecía todo aquello. No sé en qué momento, por qué razón ni si fue la propia Lorena u otro de mis primos quien tuvo la idea de buscar a nuestros antepasados. Incluso estaban dispuestos a acudir a los juzgados para pedir la paternidad y tomar los apellidos de la madre de mi abuela. Ya lo he dicho, mi familia profesaba un exacerbado respeto y una admiración morbosa por la leyenda que rodeaba sus orígenes. Desde el primer momento en que Úrsula llegó al pueblo para casarse con Graciano, ya se hablaba de su pertenencia a una ilustre familia de Pamplona. Se dijo también que su padre era un hombre muy importante, casado, naturalmente, y su madre, de tan solo diecinueve años, la oveja negra de la familia, una joven muy hermosa, de la alta burguesía navarra.

Era muy evidente que la genética de Úrsula la remitía forzosamente a un núcleo urbano cosmopolita y civilizado, y a unos antecedentes familiares que en absoluto tenían que ver con ninguno de los habitantes de Izarra ni de sus alrededores. Sus facciones, su porte, su elegancia natural, hablaban por sí mismos.

Estaba segura de que mis primos habían proseguido en sus pesquisas y era más que probable que la comida del día siguiente se debiera a la toma de decisiones respecto de los pasos a seguir. Lo que ellos no sabían era que yo no estaba dispuesta a perder ni un solo minuto en un asunto tan poco rentable y de tan dudoso gusto.

Llegué a Izarra sobre las siete y media de la tarde, y aparqué el coche frente al bar, a la entrada del pueblo. Pedí un café americano muy caliente y me senté en la barra mientras comprobaba mi móvil. Había oído el sonido de dos o tres wasaps por

el camino. Los peores augurios se cumplieron. Uno era de mi primo Marcos. Su contenido no pudo parecerme más demoledor.

«Hola, primita. Estamos parados en Etxegarate, no podemos seguir, está de nieve hasta las trancas. Si tú has conseguido llegar, llámame». Por lo menos, tuvo la decencia de no terminar el mensaje con emoticonos perplejos y caritas sonrientes. ¡Maldita sea! Qué gilipollas, mi primo. Tenía que haberlo previsto. Instintivamente, me asomé a la ventana del bar que, curiosamente, estaba casi desierto. Había tres hombres de mediana edad jugando a las cartas, dos de ellos con la boina calada hasta las cejas. El resto de los vecinos de Izarra estaban metidos en sus madrigueras sabiendo la que se avecinaba.

Todo ocurrió muy deprisa. Ya había anochecido y una fuerte nevada de copos grandes comenzó a amontonarse sobre calles y tejados. La intensidad de aquella espesa cortina blanca hacía presagiar que en menos de media hora la carretera que llevaba hasta Amets sería intransitable. Pensé en echarme a llorar a gritos en un intento desesperado de que aquellos aldeanos se compadecieran de mí y me trasladaran hasta Amets en cualquier tipo de vehículo rodante, incluso en un carro de bueyes.

No tenía ninguna intención de llamar a Marcos. En todo caso, lo haría para escupirle todo lo que pensaba de su estúpido plan de fin de semana en ese maldito y miserable pueblo. O quizá para decirle que también yo estaba tirada en plena autovía rodeada por una montaña de nieve. No, eso no era una buena idea. Lo primero que tenía que hacer era llegar a Amets. ¡Dios! Sola toda la noche en aquel lúgubre y frío caserón.

Me acerqué a la barra. El chico estaba colocando el vaso de café sobre el plato.

—Ah, gracias —dije—. No sé si me conoces. Soy Maravi, de Amets.

—Sí, ya te conozco.

Entonces pensé que tal vez pudiera evitar dormir en el caserío.

—¡Ah, qué bien! Oye, aquí en Izarra no habrá ninguna pensión, ¿verdad?

Chascó la lengua para enfatizar con rotundidad.

—No, aquí no.

—Ya. Ya me lo imaginaba. ¿Y tú crees —insistí tímidamente— que alguien podría llevarme en algún todoterreno o en tractor hasta allí? —Me detuve un instante—. Pagando, por supuesto.

Se encogió de hombros.

—Pero si Amets está ahí mismo.

—Hombre, ahí mismo, casi un kilómetro y por ese camino no puedo llegar con el coche.

—No sé, pregúntales a esos.

La situación era realmente lamentable, pero se podía poner peor.

—Bueno, cenaré aquí.

De nuevo se encogió de hombros.

—Tendrá que ser una tortilla o lo que quede del mediodía.

Miré el vaso de café con desgana.

—Sí, lo que sea. Una tortilla de bonito o de espárragos y algún postre. Oye, entonces el café lo tomaré después.

Hizo una mueca displicente que quería parecer una sonrisa y se metió en la cocina.

Desde que entré en el local, los tipos que estaban jugando a las cartas me observaban con disimulo.

Uno de ellos me miró dispuesto a entablar conversación.

—Tú eres la hija de Eliseo, ¿verdad?

—Sí —respondí encantada, sintiéndome menos abandonada.

—En mal día has venido.

Me acerqué dispuesta a confraternizar.

—Ya. —Sonreí—. No sé cómo voy a llegar a Amets. Tengo que dejar aquí el coche.

—Yo luego voy en esa dirección. Si quieres te acompaño —respondió el más joven de los tres, con gesto amable.

—Pues te lo agradezco muchísimo. Voy a cenar algo y cuando quieras nos vamos.

—Muy bien, en media hora o así.

La situación parecía encauzarse. Aquello era más de lo que podía esperar.

Comí sin apetito pensando las tristes horas que me esperaban en aquel inhóspito lugar. Aunque sabía que las habitaciones estaban bien surtidas de mantas y sacos de dormir, las camas estarían tan heladas que decidí que dormiría en la cocina. Al menos había una televisión, una mecedora y una de esas antiguas calefacciones de butano. Miré de nuevo por la ventana. La nieve caía copiosamente. La oscuridad del cielo hacía presagiar que nevaría toda la noche. Por suerte, al llegar había dejado el coche debajo de un cobertizo providencial.

Terminé la cena con una deliciosa tarta casera de manzana que me reconcilió momentáneamente con Izarra. Pagué la cuenta y me dirigí al grupo, que parecía haber terminado su partida. Estaban ya despidiéndose entre ellos.

—Voy a coger la bolsa —dije con una sonrisa—. ¿Cómo vamos a ir? —pregunté con ingenuidad.

Los dos viejos me miraron con curiosidad.

—Andando —respondió el joven, con un gesto sorprendido.

—¿Andando? —exclamé desconsolada.

—Sí, claro, si está aquí mismo.

No lo pensé, lo dije todo de un tirón.

—Si me llevas en un todoterreno o en un camión, o en lo que quieras, te doy cincuenta euros.

Se quedó en suspenso unos segundos, como si no hubiera oído bien. Seguro que le había parecido excesivo.

—Bueno, pero mañana me tienes que traer otra vez a recoger el coche —añadí intentando no parecer una pija descerebrada.

Aquello le pareció más creíble y razonable.

—Ningún problema. Te llevo y te traigo.

—¿Tú crees que mañana podré salir de aquí?

Hizo una mueca con los labios.

—Yo creo que sí. Este trozo lo tienen que limpiar porque sale a la carretera que va a la nacional.

—¡Uf! —sonreí—. Menos mal.

—No sé cómo has venido hoy —dijo como si quisiera invitarme a hacer alguna confidencia.

—Yo tampoco, te lo aseguro.

Se abrochó el comando y la capucha pensando lo estúpidos que éramos los de la capital.

—Espérame aquí —dijo antes de echar a correr.

A los pocos minutos apareció con una especie de tractor con capota. No había visto un vehículo así en mi vida.

—¡Sube! —gritó.

No era fácil. Parecía uno de esos gigantescos robots que envían a las misiones espaciales.

Al fin conseguí instalarme. El artefacto echó a andar a unos quince kilómetros por hora, pero yo estaba tan agradecida y encantada como si fuera un Ferrari Testarossa última generación.

Tardamos casi media hora en llegar. La nieve cubría completamente el camino.

—¿Vives en Izarra? —me sentí obligada a preguntar.

—Sí. ¿Y tú?

—Yo en San Sebastián.

Asintió con mucha convicción.

—Ahh, muy bonito todo aquello. ¿Y qué haces aquí, si te puedo preguntar?

Fue en ese preciso momento cuando sonó mi teléfono. En el visor apareció el nombre de mi primo Marcos.

Hice un gesto al chico disculpándome y respondí:

—¿Qué pasa prima? ¿Dónde estás? ¿Qué putada, no?

Respiré hondo intentando tranquilizarme y poner en orden mis emociones.

—¿Putada? Desde luego, Marcos. Ni queriendo podías haberme hecho una putada mayor.

Murmuró algo entre dientes mostrando su desolación.

—¿Dónde estás? —insistió.

Miré a mi alrededor, como si quisiera concienciarme aún más de lo desgraciada que me sentía.

—Pues mira, voy camino de Amets gracias a la amabilidad de una persona del

pueblo que me lleva en un tractor porque es imposible llegar en coche.

Suspiró desolado:

—No sabes cuánto lo siento.

No me importaba si lo lamentaba o no. Mi deseo era arrancarle la piel a tiras.

—Tendré que pasar la noche sola en Amets, pero mañana por la mañana me largo como sea. Y te ruego —me detuve un instante para medir mis palabras—, te ruego —repetí—, que no me hables más de ese asunto tan importante, que, por cierto, me importa una mierda.

—Venga, Mariví, no te cabrees. Créeme que lo siento más que tú.

—Eso es imposible —lo interrumpí.

—No, eso es verdad. Estoy muy jodido, Mariví, créeme que lo siento. Pero quería que supieras lo que ha pasado.

No iba a convencerme de nada ni iba a cambiar de opinión, pero no pude evitar preguntar.

—¿Qué ha pasado?

—Es algo muy serio y muy importante. Le dije a Lorena que no te llamara porque quería explicártelo yo mismo con todo lujo de detalles.

Su tono de voz consiguió comunicarme una cierta inquietud.

—Bueno, ¿qué pasa? Me imagino que queréis tratar el reparto de la casa o el tema de la abuela. ¿Es eso o no?

—Sí, es eso —dijo escuetamente.

Me lo temía. Sus pajas mentales de siempre.

—¿Sí? ¿El qué? ¿La casa o la abuela?

—Habría querido decírtelo personalmente —hizo un silencio que me pareció excesivo—. Pero ya lo sabemos todo de la abuela.

Lo sabían todo de la abuela. ¿Y qué? Me contuve un segundo antes de mandarlo a tomar por saco. Marcos sabía que ese asunto no me interesaba en absoluto, pero tenía que ser algo muy especial, llamativo o delicado para que mi primo, que era un tipo serio y riguroso, le diera esa importancia.

—No te entiendo, Marcos —dije de la manera más neutra que pude.

—A ver, voy a intentar ser sinóptico, ya tendremos ocasión de hablar. De momento, te doy un titular.

—Venga.

Esta vez suspiró:

—Mi hermana Lorena y su marido, después de largas y laboriosas indagaciones, han encontrado el rastro de la madre de la abuela Úrsula. No te lo pierdas, la de su familia en Pamplona y la de su pareja y su vida en París.

No niego que me pareció sorprendente.

—¿En París? *Joder* con la vieja.

Era perfectamente consciente del silencio sepulcral que mantenía el conductor del tractor. No perdía detalle de lo que allí estaba ocurriendo. Seguíamos bajo una feroz



tormenta de nieve a un ritmo de diez o veinte kilómetros por hora, lo que suponía que tardaríamos bastante aún en llegar a Amets.

—Sí. Pero lo más fuerte de la historia es con quién se enrolló en París.

—¿Con quién? —pregunté sin imaginar ni remotamente lo que iba a escuchar a continuación.

Marcos carraspeó levemente.

—Con Jacques Cartier —respondió con solemnidad, como si hubiera esperado mucho tiempo para pronunciar aquel nombre.

—¿Quién es ese?

—¿No te suena de nada el apellido Cartier?

—¿No será el joyero?

—Exacto, Mariví. Uno de los tres hermanos Cartier.

Verdaderamente, era algo inconcebible.

—¿Estás de coña?

—Lo que oyes. Tenemos que reunirnos cuanto antes. Lorena ha hecho copias de todos los documentos y las fotos que ha conseguido.

—¿Qué fotos?

—De la bisabuela Vicky.

—¿Vicky?

—Sí, Victoriana Lizarralde Oyón, la madre de la abuela Úrsula.

—¡Hostia, Marcos! Estoy alucinada, pero ¿esto es verdad? ¿No será una broma?

Su actitud volvía a ser la de siempre. Algo irónico y muy seguro de sí mismo.

—Completamente cierto, primita. Vamos a codearnos con la nobleza internacional. —Y rio.

Demasiadas emociones. En aquel momento no llegué a creerlo del todo. Era excesivamente literario. ¡La madre de mi abuela vivía en París con un hombre inmensamente rico, mientras su hija se casaba con un pobre aldeano para escapar del orfanato donde ella la había dejado y pasaba toda clase de penalidades!

—No voy a pegar ojo en toda la noche.

—Sí, es impresionante, Mariví.

—Sobre todo por el frío que hace aquí.

Volvió a recobrar un tono compungido.

—¡Qué rabia que ha salido mal! Pero frío no tienes que tener. Hay sacos y mantas por toda la casa. No sé si sabes que Elena y Juan suelen dormir en Amets cuando van a hacer escalada.

—Qué pena que no estén ahora.

—Ya, qué pena. La semana pasada recorrieron toda la sierra Andía.

No me pareció oportuno dar tantas pistas al chico del tractor. Ni siquiera le había preguntado su nombre.

—Bueno, Marcos, ya hablaremos. Ahora no puedo seguir. Enseguida llegamos a Amets.

—¿Has traído las llaves?

—Sí.

—Si no, ya sabes que las puedes pedir a la señora que cuida la ermita.

—En eso estoy pensando, en darme una vuelta por el pueblo.

—Vive al lado de Amets, en esa casita pequeña que tiene un porche a la entrada.

—Se detuvo un instante—. Bueno, no sé si es un Porche o un Maserati. —Y forzó una risa.

—Vale, muy gracioso, Marcos. Mañana hablamos. Yo me vuelvo a San Sebastián como sea.

—Ya, y yo tengo que anular la comida en el restaurante.

Sentía verdaderas ganas de llegar al caserío y de que pasara aquella maldita noche. Cuando colgué el teléfono, se hizo un pesado silencio. Tenía que intentar restar importancia a una conversación entre extraña, surrealista y hasta comprometedor.

—Perdona —dije en tono jovial—. No te he preguntado cómo te llamas.

—Gorka —respondió el joven sin desviar la mirada de los limpiaparabrisas, que parecían no poder abarcar los pesados copos de nieve.

—¡Uf, la familia, Gorka! Qué lio, ¿verdad?

Él parecía encantado con la situación.

—Ya. Además, en vuestra casa sois muchos.

No entendí su respuesta.

—¿Muchos primos, quieres decir?

—Sí, eso. Tú eres la periodista, ¿verdad?

—Bueno, más o menos.

—Te he visto en la televisión algunas veces, aunque yo veo muy poco la televisión.

—¿Ah, sí? ¿No te gusta?

—Es que soy pastor.

Nunca lo habría dicho. Tenía una visión más bíblica que bucólica de los pastores. Los imaginaba con esos chalecos de lana caminando hacia un belén viviente llevando una oveja en los hombros.

—¡Ah! ¿Y en qué monte sueles estar?

—Generalmente en San Miguel de Aralar o en Beriain.

Recordé mi niñez en Izarra y aquellas magníficas moles de piedra observando vigilantes las pequeñas aldeas que dormían a sus pies.

Continuamos en silencio algunos minutos. Parecía un chico de pocas palabras. Lo extraño fue que se dirigiera a mí en el bar. Pero sin duda estaba resultando providencial. No sé cómo habría podido llegar hasta el caserío sin él. ¿O debía decir hasta mi destino?

Aproveché el largo silencio para intentar asimilar algunas de las escenas vividas. Necesitaba ordenar toda la información acerca de mi bisabuela Vicky. No podía

ocultar que, de ser ciertas las informaciones recabadas por mi prima Lorena, resultaba excitante pensar en la madre de mi abuela Úrsula viviendo una historia de amor con uno de los nombres más importantes del mundo del lujo. Me faltaría tiempo para contarle en mis círculos, y no solo profesionales. Hasta podría escribir su historia. Quizá por eso Marcos contaba conmigo. Y también para que pudiera conseguir algunos contactos en Madrid. Yo podía acceder a ciertos ambientes selectos. No sería difícil para mí llegar hasta algunas personas que pudieran resultarnos de utilidad.

Estaba realmente impaciente, deseando llegar a Amets para hacer algunas llamadas. Por fin, al doblar la última curva del camino, apareció la oscura casona. Como en todos los cuentos de miedo, estaba envuelta en una leve atmósfera neblinosa que no era sino el efecto óptico que provoca la nieve. Pero fue entonces cuando, por primera vez en mi vida, tuve un presentimiento. Como un latigazo suave, una especie de llamada de atención, casi podría decir algo tan absurdo como una voz interior, *alguien* dentro de mi cabeza pronunció mi nombre.

No solo lo oí con nitidez, sino que estoy autorizada para afirmar que eso que llaman presentimiento debe llegar precedido por una voz interior que pronuncie tu nombre.

Tal fue la impresión que me produjo, que miré al chico del tractor con la certeza de que también él podía haberlo oído. Pero me devolvió una mirada vacía y extrañada.

—¡Qué bien! ¡Por fin! —disimulé.

Después de algunas complicadas maniobras, acercó el tractor justo hasta la puerta de entrada.

—Gracias, Gorka. No te imaginas el favor que me has hecho.

—No hay problema.

—Tenía una comida mañana con mis primos en Arbizu —me justificué—, pero se ha anulado. Algunos iban a venir esta noche aquí, pero no han podido pasar el puerto.

—Claro. ¿Necesitas alguna cosa más?

Iba a decir que no cuando recordé que quizá la luz y el agua estaban cortadas.

—Pues mira, ahora que lo dices. No sé si estarán cortadas la luz y el agua. ¿Te importa mirarlo?

Entré detrás de él. Seguramente por sentido común, pero adivinó de inmediato dónde podían estar los medidores de luz y agua. Yo jamás los habría encontrado. Mientras tanto, intenté denodadamente activar mi móvil, pero fue imposible.

—No funciona el móvil. ¿Qué pasa, que no hay cobertura?

—¡Ah, no! Aquí no. Tendrías que salir casi hasta la carretera.

—O sea, perfecto, de película de terror.

Gorka sonrió señalando los contadores.

—Mañana, para cerrarlos, tienes que girar en sentido contrario. Bueno, ya te lo haré yo.

—Muchísimas gracias, Gorka, de verdad, me has salvado la vida. ¿Te pago ahora o mañana? Como quieras.

—No, es igual. Mejor mañana. ¿A qué hora paso?

—No sé, a las diez y media o así... A ver si deja de nevar.

—Sí. Solo es una tormenta.

—Ojalá.

Cuando el chico cerró la puerta, entré en la cocina. Además de un frío glacial, olía a cerrado y a humedad. Sin duda, la casa era inquietante, casi tanto como el paisaje de espesa vegetación que la rodeaba. No recordaba que la impresión que producía fuera tan siniestra. Y es que nada parece igual de noche que de día. Sobre todo las casas. Sus paredes y estancias se impregnan del espíritu de quienes las habitan. Se adueñan de su alma. Adquieren su propio movimiento y son capaces de imitar y reproducir sonidos y ruidos imposibles de clasificar. Quejidos, chirridos, susurros que se pueden oír aunque no prestes atención. Yo siempre pude percibirlos, aunque jamás lo confesara a nadie, porque me negaba a aceptarlo.

Amets estaba llena de viejas vigas de madera, de movimientos, de ecos, de voces, de olores, de atmósferas vivas. Así lo recordaba y así también lo sentí aquella noche, pero estaba obligada a ser positiva y práctica. No iba a dejarme llevar por las emociones ni por las intuiciones. Las circunstancias eran determinantes. En cualquier caso, se trataba de pasar allí esa noche. Eso era todo. Estaba dispuesta a no salir para nada de la cocina. Encendería la estufa, vería un poco la televisión e intentaría dormir unas horas.

Pero no era cierto. El baño estaba arriba y las mantas también. Tendría que subir y mejor hacerlo cuanto antes. Iría al baño, cogería las mantas y bajaría rápidamente. Salí de nuevo a la entrada. Al fondo destacaba la vieja escalera. Arriba todo estaba oscuro y no se podía encender la luz desde abajo.

Recordé entonces lo valiente que era de niña. Me pareció oír a mi prima Geli gritando desde la cama: «¡¡No bajas, Mariví!!», cuando yo intentaba demostrarle que nada ni nadie podían inspirarme temor. Ahora tendría que decirme: «¡No subas, Mariví!». ¡Estábamos tan unidas! Sin embargo, excepto los ocasionales wasaps y skypes, hacía dos años que no nos veíamos. Vivía en Berlín. Su pareja era un periodista *freelance* que trabajaba para diversas agencias de prensa.

Encendí la televisión y la estufa intentando crear un ambiente algo más cálido y acogedor, y busqué el móvil en mi bolso. Lo saqué pensando en llamar a mi representante para contarle lo de mi bisabuela Vicky, él sabría muy bien cómo utilizar esa información. Además, sería la excusa perfecta para preguntarle por qué hacía más de un mes que no tenía noticias suyas. Al primer intento fallido recordé que dentro de la casa no había cobertura. Ni dentro ni en las proximidades. Volví a guardarlo con rabia. También deseché utilizar el pijama de invierno. Me quitaría las botas, pero dormiría vestida. No intenté engañarme a mí misma. No solo por el frío. En realidad decidí dormir vestida porque temía que en cualquier momento tuviera que salir

despavorida de aquel lugar.

Era imprescindible mantener la serenidad. «No pasa nada —me repetía a mí misma—. Esta es una situación especial, rara, excepcional, de acuerdo, pero mañana volveré a mi vida y a mis proyectos». Era perfectamente consciente de que todo aquello era muy extraño. No podía comprender que hubiera aceptado pasar esa noche en Amets con mi primo y su pareja. ¿Por qué estaba allí realmente? Como si un impulso desconocido me hubiera obligado a decir sí cuando quería decir, no. No deseaba estar allí. Tampoco tenía necesidad de demostrarle a nadie, ni siquiera a mí misma, que era capaz de superar una noche de Halloween con retraso.

Y fue entonces cuando vino a mi memoria Maritxu Guller, la conocida bruja de Ulía, de San Sebastián. Nunca he olvidado sus palabras:

«—Ellos no pueden conocer tus pensamientos, pero sí tus emociones. Pueden percibir la vibración de tu aura. Tienes que mostrarte siempre muy segura de ti misma, muy fuerte —me dijo una de las últimas veces que la vi con vida.

»—¿O sea, que existen?

Me miró despacio, con sus ojos intensos y brillantes.

»—Claro que sí. —Asintió sonriendo—. Por supuesto que existen. Viven a nuestro lado. —Después comenzó a mover las manos en el aire. Parecían pájaros haciendo acrobacias—. Son como nosotros y casi siempre se quedan en el lugar en el que vivieron».

Fui a recoger a Maritxu Guller a su casa, porque esa tarde pronunciaba una conferencia en el Aula de Cultura de *El Diario Vasco*. Contra todo pronóstico y a pesar de que ya no acudía a este tipo de actos, había aceptado la invitación. Fue muy emocionante para ella y, sobre todo, para mí. El público le rindió un homenaje extraordinario. Tan multitudinario fue el acto que desalojaron parte del aforo del enorme salón Excelsior del hotel María Cristina, por miedo a que el suelo se derrumbara. Abrieron las puertas y el gentío llenaba todo el vestíbulo y los exteriores del hotel.

—Es un privilegio charlar contigo, Maritxu.

—Gracias. También para mí conocerte a ti. —Me tomó la mano sin que pudiera oponerme—. Deja que te haga una lectura. —Pero algo debió de percibir en mi gesto.

—No te gusta, ¿verdad?

—Bueno, no demasiado.

—Déjame —dijo.

Comenzó a estudiar la palma de mi mano. Después de largos segundos en silencio, por fin empezó a hablar.

—Habrás muchas cosas importantes en tu vida, muchas experiencias que tú no deseas vivir, pero es tu destino y te enfrentarás a él. —Se detuvo un instante—. Por supuesto, me refiero a experiencias metasensoriales, trascendentes.

—Yo no creo en esas cosas, Maritxu.

Mantenia aún mi mano entre las suyas. Sonrió de nuevo.

—No importa que no creas, ni siquiera importa que no quieras. —Respiró hondamente—. Pero nunca olvides esto. Demuéstrales siempre que no tienes miedo. ¿Me entiendes?

—Prefiero no entenderte —intenté apartar la mano.

Pero no hizo ningún caso de mi queja.

—Tienes que demostrarles que tú eres más fuerte que ellos. —Sonrió con malicia—. Les gusta intimidar a los vivos.

Esas fueron las palabras de Maritxu Guller que recordé entonces para intentar comprender que mi viaje a Izarra no había sido casual. Ni la nevada, ni la ausencia de mi primo, ni que yo me encontrara sola en aquel lugar.

Y las recordé porque en aquel momento eran vitales para mí. Necesitaba llegar al piso superior, ir al baño y coger dos mantas. Y debía hacerlo como ella me dijo, mostrándome segura, tranquila y sin temor.

Siempre he tenido mucho control sobre mis emociones. Reacciono con rapidez y soy capaz de tomar decisiones en cualquier situación, por difícil que sea. Salí de la cocina llena de pensamientos tranquilizadores, recordando otros momentos de mi vida en los que había podido experimentar la misma sensación que sentía en ese instante, como de extrañamiento, casi de desdoblamiento de personalidad.

El resplandor de la nieve se filtraba por los cristales de una pequeña ventana sobre la puerta de la calle, alumbrando levemente la escalera por la que debía subir. Inicié el ascenso pisando los peldaños con firmeza, dispuesta a sobrevivir a aquella experiencia y a cualquier otra a la que tuviera que enfrentarme. Las escaleras crujían bajo mis pies con una intensidad desmesurada, como si estuvieran a punto de desplomarse. A mitad de camino, la oscuridad era tan absoluta que me vi obligada a tantear la pared. Sentía la boca seca y el fuerte latir de mi corazón. Reconocí el miedo en estado puro. Pero todo estaba en mi cabeza. Seguí subiendo hasta llegar al final de la escalera. Palpé la pared buscando el interruptor, pero no lo encontré. No recordaba dónde estaba. Era absurdo. Forzosamente tendría que estar allí. No era posible que los espíritus hicieran desaparecer un interruptor.

Fue entonces cuando sentí que me invadía una especie de rabia incontenible. Una furia que no nacía de mi mente, sino de lo más profundo de mis vísceras. Me parecía humillante que quienesquiera que fuesen pudieran amedrentarme y tener una influencia malsana sobre mí. Me quedé, inmóvil, pegada a la pared, golpeándola.

—¡¿Dónde cojones está la luz?!! —grité.

Y creo que mi rabia funcionó, porque la encontré. Allí estaba, en un lugar perfectamente lógico. Al final de la escalera, detrás de la viga. Giré el interruptor y mis ojos necesitaron unos instantes para acostumbrarse a los objetos que podía

distinguir. Las puertas de las habitaciones permanecían cerradas. Ni por un instante pensé en abrirlas. Al fondo del pasillo aparecía la puerta del pajar, igualmente cerrada. Al detenerme en ella, sentí como si por un momento mis fuerzas comenzaran a flaquear. Mi visita al baño fue meteórica, decidí que me cepillaría los dientes en la pila de la cocina. Solo tenía que coger unas mantas de la habitación que compartía cada verano con mi prima Geli y bajar corriendo. Nada más.

Y esa era la habitación que precisamente estaba pegada a la puerta del pajar. Podría haberlas cogido en cualquier otra, pero me impuse que fuera aquella. Si los espíritus de Amets eran capaces de advertir el miedo de los vivos, yo tenía que demostrarles mi fuerza y mi seguridad, como Maritxu Guller me indicó.

Temblaba de pies a cabeza, no solo por el efecto que las viejas paredes me causaban, sino por el frío glacial que hacía en el primer piso de la casa. Puse la mano sobre el picaporte mientras miraba la puerta del pajar de reajo. No era lo suficientemente gruesa como para aislar algunos sonidos que llegaban de su interior. Agucé el oído. No me engañaba. Perfectamente se podía distinguir un bisbiseo, un susurro que se convertía en una cadencia silbante como de agua que cae sobre una superficie metálica, tal vez una gotera vieja sin arreglar. Y con el temporal que hacía esa noche, era lógico que la nieve se filtrara por el tejado. Sentía mis nervios a flor de piel, como si de un momento a otro cualquier señal o indicio, por simple que fuera, pudiera hacer saltar mi equilibrio por los aires.

Respiré hondo antes de abrir la puerta de par en par, casi violentamente, y entonces pude verlo con mis propios ojos. La habitación estaba construida en escuadra y la luz del pasillo no llegaba hasta el fondo. Horrorizada, sin moverme del dintel,forcé la vista que, poco a poco, se iba acostumbrando a la penumbra. Había creído distinguir una sombra sobre la cama. ¿O debía decir una figura humana? Era un bulto, un objeto que yo quise imaginar que se abalanzaba sobre mí. Sentí como si una fuerza morbosa que nacía en mi interior deseara que algo espeluznante ocurriera. Estaba a un paso de ponerme a gritar y bajar las escaleras atropelladamente hasta llegar a la calle.

Sin embargo, permanecí inmóvil. Aún paralizada como estaba, seguí mirando aquel bulto sobre la cama, siguiendo con detalle sus pliegues y sus curvas. A los pocos segundos comprendí que en realidad solo era una almohada cubierta por una vieja colcha. *Alguien*, porque aquella escenografía solo podía ser premeditada, *alguien*, repito, había colocado la almohada cubierta con una tela para que diera exactamente la sensación de ser lo que no era. Un recurso, por cierto, muy manido y utilizado en las películas de terror.

Sin embargo, y aun creyendo que aquel bulto sobre la cama no era un ser humano ni un espectro, sino una simple almohada, no solo no me tranquilicé, sino que no fui capaz de acercarme para deshacer el montaje. Aquella puesta en escena me resultaba infinitamente más inquietante.

No imaginaba a mis primos Juan y Elena preparando una broma de esa

naturaleza. En absoluto. ¿Para qué? ¿Para quién? No tenía ningún sentido. Ni siquiera podía llamarlos por teléfono. Ni a ellos ni a nadie. ¿Qué clase de broma era aquella?

El armario estaba frente a la cama. Solo tenía que entrar sin detenerme en ningún otro detalle, abrir el armario, coger dos mantas y escapar de allí.

Al fin atravesé el dintel y entré en la habitación. El suelo de Amets era tan viejo que cualquier pisada causaba un ruido chirriante y desagradable. Ya contaba con eso. Llegué hasta el armario de tres cuerpos de puntillas, dispuesta a cumplir mi objetivo, cuando observé que en el espejo se reflejaba con nitidez insoportable la almohada echada sobre la cama cubierta con una colcha.

Seguramente mi naturaleza era más impresionable de lo que yo misma pudiera desear o imaginar. Cerré los ojos y, como si se tratara de un conjuro, recordé de nuevo las palabras de Maritxu Guller.

«Tienes que ser más fuerte que ellos».

Pero, de pronto, los abrí sobresaltada. Habían sonado unos golpes en la puerta de la calle. Estaban llamando. Pensé que Gorka, el chico del tractor, habría olvidado algo. Ojalá fuera él. Le daría otros cincuenta euros para que se quedara toda la noche conmigo en la cocina. Sí, sería él, no podía ser nadie más.

Me olvidé de las mantas y bajé corriendo dispuesta a abrir la puerta; sin embargo, antes pregunté:

—¿Quién es?

Nadie contestó.

Volví a preguntar. Esta vez con más energía:

—¡¡¿Quién es?!!

Al momento respondió una voz suave.

—*Gabon, Catalina naiz*<sup>[10]</sup>.

¿Catalina? ¿La vieja que cuidaba la ermita?

Abrí la puerta. Era una anciana enjuta y algo encorvada. Debí haber visto alguna señal en su rostro o quizá en su expresión para comprender que en realidad se trataba de un mensajero. Pero estaba demasiado ocupada en los fantasmas de aquella maldita casa.

—Hola —dije—. ¡Qué susto me ha dado!

—He visto luz en la ventana —respondió con una sonrisa beatífica.

Estaba encantada de recibir su visita. Nunca la habría reconocido, pero la recordaba vagamente de mis veranos en Izarra.

—Pase, pase, Catalina, que hace frío fuera. Me alegro de que haya venido. He oído hablar mucho de usted.

—Hablo mal en castellano.

—No se preocupe, ya nos entenderemos.

Entramos en la cocina. Catalina parecía observarlo todo con curiosidad, como si hiciera mucho tiempo que no pasaba por allí.

—Has venido —dijo.



—Sí —asentí sin poder reconducir aún las impresiones vividas un momento antes —. Lo que siento es no tener nada para ofrecerle. —En Izarra es obligado ofrecer vino o café a los visitantes.

Rechazó el cumplido con un gesto.

—No importa.

A mí tampoco me importaba darle conversación. Podía quedarse todo el tiempo que quisiera. Incluso aprovecharía para subir con ella a coger las mantas. Miré mi reloj. ¡Eran casi las once y media de la noche! Debía de hacer más de tres horas que no consultaba la hora. Pero no haría ninguna referencia a lo tarde que era. Ella no tenía aspecto de tener mucha prisa. Además, los viejos duermen poco.

—Mi primo Marcos me dijo que usted tiene la llave de Amets.

—Sí.

—Yo también, todos los primos la tenemos.

—Como debe ser.

Tenía un rostro amable, de rasgos pequeños. Apagué la televisión y la invité a sentarse. Nos dispusimos alrededor de la mesa.

—Usted vive al lado de la ermita, ¿verdad?

Movió la cabeza afirmativamente por toda respuesta. No parecía muy habladora.

—Yo conocía mucho a tu abuela —dijo de pronto.

Aquello me sorprendió gratamente.

—Ya, ya lo imagino.

—Era muy guapa —añadió.

—Sí, eso dicen. ¿Y conoció a mi abuelo?

—Sí, sí, también.

Sonreí como para darle confianza.

—Ya me gustaría que me hablase de ellos.

Pero no respondió. Parecía traer escrito su propio guión. Su gesto se volvió apagado.

—Úrsula sufrió mucho.

—¿Ah, sí? ¿Por qué lo sabe? —Nunca imaginé sufriendo a mi abuela.

Se encogió de hombros, como si le pareciera una pregunta absurda.

—Sí, sufrió mucho —repitió—. Sufría porque la abandonaron cuando nació y nunca pudo conocer a su madre. —Se detuvo un instante—. Dicen que tú puedes ayudarla.

Por un momento pensé que no había escuchado correctamente.

—¿Cómo?

—Tienes que ayudar a tu abuela.

No pude evitarlo. De pronto sospeché que algo raro iba a pasar o estaba pasando ya.

—¿Ayudarla? ¿Cómo? No entiendo. ¿Ahora, quiere decir?

—Sí, claro. Ahora.

Me puse en guardia. En el peor de los casos, si fuera una loca, podría dominarla, dada su pequeña estatura.

—¿Y quién dice que yo puedo ayudarla, Catalina?

Negó repetidamente con la cabeza.

—No lo sé. Eso me han dicho.

Me recliné en la silla para observarla con más detenimiento. Sus ojos eran pardos. Una mezcla verdimarrón muy común en la genética vasca. Tenían una transparencia húmeda, como líquida. Deseché mis absurdos presentimientos. Cuando decía que tenía que ayudar a mi abuela, probablemente se referiría a rezar por ella. Al fin y al cabo, Catalina cuidaba una ermita y sería una mujer muy piadosa.

—Usted sabe que mi abuela murió, ¿verdad?

Catalina asintió.

—Sí.

—Entonces, cómo puedo ayudarla —pregunté vocalizando perfectamente cada palabra.

Apartó las manos de la mesa y de nuevo se encogió de hombros.

—Yo solo he venido a decirte eso.

—¿Es que va a venir alguien más?

Movió la cabeza repetidamente y comenzó a incorporarse.

—Eso no lo sé.

—¿Se marcha?

—Sí, tengo que preparar la capilla para mañana.

Entonces lo comprendí todo. Seguramente padecía un Alzheimer incipiente. Aunque más joven que Úrsula, tenía que ser muy mayor. Me levanté con intención de acompañarla, pero antes tenía que aprovechar su visita. Subiría a coger las mantas del armario.

—Un momento, Catalina. ¿Puede hacerme un favor?

Me miró con sorpresa:

—Voy a subir un momento a la *ganbara*<sup>[11]</sup>.

Salí de la cocina y subí corriendo escaleras arriba. La luz seguía encendida. Entré en la habitación sin mirar hacia la cama. Abrí el armario, cogí dos mantas grandes e inmediatamente lo cerré. Entonces, a través del espejo, aun sin querer mirar, vi reflejada en él la cama vacía. Me volví sin creer lo que veían mis ojos. No había almohadas, ni bultos, ni colchas, ni nada. Todo había desaparecido.

Sentí en el pecho algo parecido a una congoja. No era taquicardia ni angustia ni los furiosos latidos de mi corazón. Era tristeza, una extraña melancolía.

Dejé la luz encendida. Por mí se podía quedar encendida toda la maldita noche, y corrí de nuevo hacia la escalera mientras llamaba a Catalina.

—¡Ya voy, Catalina! Es que tenía que coger...

No terminé la frase, porque ella tampoco estaba allí. Miré alrededor sin dar crédito a lo que estaba ocurriendo. Corrí a la cocina para asegurarme de que no había vuelto a entrar. Era increíble, la vieja había desaparecido. Sin embargo, era imposible que yo no hubiera oído el sonido de la puerta al cerrarse.

Desorientada, salí a la calle. Si fuera un ser real, forzosamente tendría que verla alejándose. Solo había un camino por el que podía haber entrado y salido de Amets. Una ráfaga gélida me cruzó el rostro. Temblando de emoción y de frío, miré el desierto camino que se extendía frente a mí. No había ninguna huella de sus pasos. La capa de nieve que cubría el suelo parecía un acolchado mar de algodón. ¿O quizá Catalina había regresado por un estrecho atajo que circundaba la casa?

Cerré la puerta sin poder evitar un largo escalofrío. Volví a la cocina. Me quedaría allí sin moverme hasta que el chico del tractor viniera a buscarme. Incluso pensé en atrancar la puerta con las sillas y algunos objetos contundentes. Rápidamente desistí. ¿Para qué? Aquella mujer había atravesado las paredes. O yo lo había soñado.

Claro, podía tratarse de un sueño. Más que un sueño, una proyección mental. Esta era la explicación más plausible. Puede ocurrir que en situaciones extremas de estrés, nuestro cerebro sea capaz de generar las imágenes tranquilizadoras que en ese momento necesita para neutralizar las ideas tóxicas que lo invaden.

Yo sabía que la mujer de la ermita vivía cerca y por eso mi mente fue capaz de elaborar aquella estrategia para protegerse. Nada más. Todo tiene una explicación lógica y razonable.

Encendí de nuevo la televisión y quité el sonido. Tenía la mente llena de pensamientos, conjeturas absurdas, emociones. No habría podido soportar ninguna otra voz.

Había dicho que ella solo había venido a transmitir un mensaje. ¡Un mensaje! Casualmente el mensaje referido a la orfandad de mi abuela Úrsula. El mismo que mi primo Marcos quería tratar esa noche conmigo. ¿No era demasiado increíble? Pero me dijo algo más: «Tienes que ayudar a tu abuela». Como si quisiera decirme: «Tienes que ocuparte de que tu abuela descanse en paz».

Sin duda, así era. Pero ¿por qué yo era la elegida y no mi primo Marcos o su hermana Lorena? Muy sencillo. Porque mi profesión me permitía llegar a personas y a lugares a los que ellos no podían acceder. ¿Y qué podía saber la vieja de mí? Alguien le habría dicho que yo era periodista o lo habría oído en el pueblo.

A pesar de que hacía calor en la cocina, me envolví en una manta y me acomodé en la mecedora. No esperaba dormir en toda la noche. Pero poco a poco, conforme pasaban las horas, me sentí invadida por un sopor que no podía vencer.

Ya de madrugada, frente al televisor encendido, fui cayendo en una especie de

duermevela. Las imágenes de aquel extraño día fueron discurriendo amalgamadas en una sucesión dantesca. El viaje, la nevada, la revelación de mi primo y la experiencia vivida en Amets, tan inquietantes resultaban que a cada momento despertaba completamente sobresaltada. Eran retazos de pesadillas en las que aparecían rostros conocidos y extraños, vivos y muertos, ocupando las habitaciones, tumbándose sobre las camas, saliendo y entrando en el pajar de Amets.

La última vez que consulté mi reloj eran casi las seis de la mañana. Ya faltaba poco para que amaneciera. Me levanté y fui hacia el fregadero. Abrí el grifo y me mojé la cara. Aparté las cortinas y sentí un gran alivio. Había dejado de nevar. Respiré hondo. La luz blanca de la nieve caída durante la noche extendía sobre el camino una atmósfera irreal de silenciosa paz.

Volví a la mecedora. Me sentía tensa y agotada, incapaz de ordenar mis emociones, y aunque no deseaba dormir, el sueño me venció otra vez. Ignoro el tiempo que transcurrió antes de despertar de nuevo sobresaltada. Abrí los ojos sin comprender lo que estaba ocurriendo. No conseguía ubicarme. Alguien golpeaba con insistencia la puerta de la calle. De pronto, comprendí que estaba en la cocina de Amets, encogida en la mecedora y sofocada por el calor. La estufa no había dejado de funcionar en toda la noche. ¡Sería el chico del tractor! Consulté mi reloj. ¡Ya eran las diez y cuarto de la mañana! Apenas me recompuse antes de abrir.

La noche había pasado y los malos sueños también. Seguro que no pudo entender mi exagerada euforia al recibirle.

—¡Gorka! ¡Qué alegría! ¡Gracias por tu puntualidad!

Me observó extrañado, sobre todo por el terrible aspecto que debía de tener.

—Hola. Llevo un rato llamando.

—Lo siento, perdona —continué intentando ordenar mi pelo enmarañado—. No he pegado ojo en toda la noche. No sé ni cuándo me he dormido.

Volví a la cocina a recoger mi exiguo equipaje mientras oía la voz de Gorka a mi espalda.

—Ha dejado de nevar, pero si tienes cadenas en el coche, te las puedo poner.

—Sí, tengo. ¡Cómo te lo agradezco! Por cierto, ya puedes cerrar la luz y el agua.

—Hay una luz encendida arriba —dijo.

—No importa, ahora apagas la general.

No quise subir para comprobar si el bulto de la cama había regresado de nuevo.

Dejé atrás Amets con la intención de no volver nunca. Lo primero de todo sería desayunar en el bar dos rebanadas de pan tostado y un café caliente antes de recomponer mi aspecto en el cuarto de baño. Después, llamaría a Marcos. No había decidido si debía contarle la visita de Catalina. Lo que no podía imaginar era que aún me aguardaba una sorpresa mayor.

Me sentía a salvo, ya en aquel tractor, con alguien tan práctico y racional como

Gorka a mi lado.

No podía dejar de bostezar.

—Lo siento —dije—. Ha sido una noche terrible.

—Ya lo pensé.

Me extrañó su respuesta.

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

Se encogió de hombros.

—Es que... —Se detuvo como sin atreverse a continuar.

—¿Qué? —insistí aún más sorprendida.

—Pues que yo no me atrevería a pasar una noche en Amets. —Sonrió para quitar solemnidad a lo que acababa de decir.

—¿No? ¿Por qué? No te entiendo.

Resopló, resistiéndose a continuar.

—Dicen que allí pasan cosas raras.

No mostré extrañeza ni inquietud.

—¿Qué tipo de cosas?

Forzó una carcajada, quizá sintiéndose algo ridículo. No debía de estar acostumbrado a mostrar sus debilidades.

—No sé, es lo que dicen en el pueblo.

No sabía cómo hacerlo, pero de inmediato pensé en hablarle de Catalina. Empezaba a tener la certeza de que ella no estuvo en Amets la noche anterior. Fue un sueño, una pesadilla, un espejismo o una aparición. Sí, tal vez una aparición.

—Pues Catalina, que vive al lado, tendría que saberlo.

—¿Catalina? —preguntó con un gesto de extrañeza.

Estaba preparada para observar milimétricamente su reacción.

—Sí, Catalina, la señora que cuida la ermita.

Se encogió de hombros mientras resoplaba.

—¡Uf! Hace muchos años que murió esa mujer.

A pesar de que lo esperaba y lo temía, me causó un gran impacto saber que la noche anterior estuve hablando con una muerta. De inmediato comprendí que no podía tratarse de una proyección mental. Sin embargo, no me sentía con fuerzas para mostrar mi asombro y mucho menos para relatar su misteriosa y desconcertante visita. Cuando ocurre un hecho de naturaleza sobrenatural, el cerebro pone en acción un mecanismo de defensa para conseguir incorporarlo rápidamente a la experiencia vital. Es una ley de supervivencia.

Permanecí en silencio unos segundos reviviendo la imagen de Catalina, sus palabras y el verde pardo transparente de sus ojos.

—¿Tú la conocías? —pregunté al fin.

—Sí, sí la conocía.

—¿Y estás seguro de que murió?

Me observó con el mismo estupor que si le hubiera preguntado de qué color era el

caballo blanco de Santiago.

—Pues claro —dijo disimulando una sonrisa.

Suspiré como quien acepta un designio injusto. No iba a revelar a nadie lo que había ocurrido en Amets la noche pasada, ni que la cuidadora de la ermita, muerta hacía varios años, vino a visitarme para decirme que tenía que ayudar a mi abuela a superar el trauma de haberse criado en un hospicio. Hay historias que si las relatas a la luz del día te hacen parecer un loco o un imbécil. El cansancio y las emociones de la noche pasada me habían dejado sin fuerzas.

—Necesito un café bien cargado, estoy agotada.

El tractor rodaba despacio sobre la nieve ya helada. Tenía que hacer varias llamadas. Por supuesto, desistí de preguntar a mis primos montañeros si ellos en su ultima visita habían dejado sobre alguna cama una almohada cubierta con una colcha. Ya conocía la respuesta. Probablemente aquella visión formaba parte del hecho sobrenatural que acompañaba a Catalina. Nunca lo sabría y tampoco me importaba demasiado. En aquel momento solo deseaba olvidarlo todo. Tal vez con el paso del tiempo fuera capaz de plantearme de otra manera todo lo que ocurrió aquella extraña noche en Amets.

Apenas había transcurrido una semana, pero debo confesar que no solo no conseguí olvidar lo ocurrido, sino todo lo contrario. Con demasiada frecuencia, era un pensamiento recurrente.

Habíamos quedado para comer con mi primo Marcos en su casa de Zarautz. Lorena traería las fotos de Victoriana Lizarralde y todos los documentos que había conseguido reunir. Partidas de nacimiento y defunción, escritos de los consulados y copias de la demanda de reconocimiento de paternidad. Según dijeron, el tema estaba ya avanzado y yo en aquel momento, profesionalmente hablando, tenía bastante disponibilidad.

Debo confesar que los hechos inexplicables ocurridos en Amets no eran la única razón por la que me sentía ya tan preocupada en aquella historia. La posibilidad de que el joyero Jacques Cartier fuera el marido o el amante de mi bisabuela me resultaba extraordinariamente estimulante. A pesar de todo, mostré dudas y reticencias.

—La primera ley de la economía es marcarse objetivos concretos y rentables. Y me temo que este es un objetivo incierto y volátil, además de largo y caro. Sería una cuestión de derecho internacional y tendríamos que interponer una demanda en Francia. Menudo marrón, tío.

—No tienes que plantearlo así, Mariví —comenzó Marcos—. En principio, la demanda de paternidad está interpuesta en Navarra. Es un juicio de menor cuantía que no va a resultar gravoso. Al contrario, es gratis y no hace falta ni abogado. Lo hice y lo presenté yo. O sea, que eso está en marcha. En cuanto al resto, iremos viendo. —Hizo un breve paréntesis para continuar—. En la comida de agosto todos los primos estábamos de acuerdo. La verdad es que ellos han delegado en nosotros.

Lorena rebuscaba entre los papeles.

—Mira, esta es Vicky. —Con expresión exultante, me tendió dos fotografías ampliadas de la madre de mi abuela Úrsula—. ¿Qué te parece?

En la primera aparecía una joven sentada con las manos cruzadas sobre el regazo, de pelo negro ensortijado y cejas finas, párpados ligeramente caídos y sonrisa contenida. Llevaba un vestido de cuadritos de Vichy con enorme cuello blanco. A pesar de tratarse de una fotografía muy de época, siempre tan poco favorecedoras, la tal Vicky resultaba muy atractiva, incluso guapa.

—¿Qué edad tenía aquí?

—Se la hizo poco antes de quedarse embarazada. Unos dieciocho años.

—Se parece a la abuela, ¿no?

—Sí, mira la otra, Mariví.

En la siguiente fotografía era más mayor. Estaba de pie con un traje oscuro algo varonil y un sombrero redingote. Posaba en un pequeño jardín a la puerta de una villa con un elegante perro de lanas.

—¿Y esta?

—Su casa de París.

—¡Vaya casoplón! Muy buena pinta, ¿no?

Miré por encima el resto de los papeles. Los estudiaba con displicencia. Por fin podía poner rostro a la madre de mi abuela Úrsula, a la que, según Catalina, yo debía desagraciar.

—Hemos conseguido varios teléfonos de su familia en Pamplona —prosiguió Lorena.

En realidad la historia era sorprendente.

—A mí me parece increíble que la madre de nuestra abuela fuera la mujer de un Cartier.

—Nunca se casaron —rectificó Marcos.

—¿Cómo lo sabes?

Lorena colocaba los posavasos sobre la mesita frente al sofá.

—Me lo dijo el hijo de un sobrino nieto de Vicky. Quedamos un día en Pamplona. He hablado varias veces con él. Es una familia de la buena burguesía pamplonesa. ¡Uf! Tenemos mucha información. —Se puso en pie para enumerar los datos que manejábamos—. Aunque, al parecer, Jacques Cartier oficialmente estaba casado, estuvieron juntos más de veinte años. Tenían casa en Mónaco y París, y solían venir a España en un Rolls Royce blanco con chófer de gorra de plato.

—Joder con la señora —exclamé—. Eso quiere decir que, casados o no, seguro que a los burguesitos pamploneses les tocará mucho los huevos todo este rollo, ¿no?

Marcos sonrió.

—Sí, bastante. No quieren saber nada de nosotros. Se creen que somos los miserables de Víctor Hugo pidiendo limosna a la puerta de su palacio.

—¡Que me enseñen su cuenta corriente! —intervino Lorena indignada. Se sentía muy orgullosa de su estatus. Al fin y al cabo, su marido era un alto funcionario del PNV—. ¡A ver si resulta que son ellos los que están a dos velas!

Estaba dispuesta a colaborar en lo que me pidieran. Me alegré de que todo aquello ocurriera y de que ellos desearan contar conmigo. Sin embargo, Marcos, que parecía observarme con atención, intervino de pronto.

—No sé, prima, te veo rara.

—¿Rara? Pues mira, estaba pensando que me alegro mucho de que contéis conmigo.

Pero tenía razón. Lo que Marcos advertía era mi falta de sinceridad. Yo no podía confesarles que Victoriana Lizarralde era la parte superficial de algo infinitamente más trascendente. Que lo que para ellos era solo una aventura excitante, para mí, detrás de aquella búsqueda, ocultaba una razón última capaz de dar un vuelco a mis aspiraciones, hasta entonces quizá demasiado prosaicas y mercantilistas. Hacía tiempo que sentía una cierta frustración, la sensación de que a pesar de mis ambiciosos proyectos, había alcanzado muchos menos objetivos de los que me había propuesto. Tal vez se trataba de la crisis de los cuarenta, tan cercana para mí.

Al rememorar lo ocurrido en Amets, lo más extraño no era el desconcierto o el



miedo que pude sentir entonces, sino la presencia de Úrsula, ya para siempre incorporada a mi vida. Su mensaje, su gratitud, casi su complicidad. Era algo no solo difícil, sino imposible de explicar. Por eso, al mismo tiempo que necesitaba comunicarlo y confesarles lo ocurrido con Catalina, sabía que bajo ningún concepto debía hacerlo. Aun conociendo mi pragmatismo habitual y mi falta absoluta de veleidades mágicas o esotéricas, ni siquiera Marcos podría creerme. Intenté justificarme y desviar la atención.

—Te aseguro, Marcos, que estoy mucho más implicada, pero, por supuesto, también expectante. Desde luego que se puede intentar —insistí—, pero no estoy nada segura del final de esta historia.

Lorena parecía eufórica y excitada. Al fin y al cabo, ella había sido la que inició las pesquisas y se sentía responsable del rumbo de los acontecimientos.

—Yo sí estoy segura de que todo va a salir genial. Ya lo verás.

—¿Cómo y por qué se te ocurrió empezar con todo esto? —pregunté sin demasiado interés: no era eso lo que realmente me interesaba.

Lorena miró a Marcos de soslayo.

—Bueno, en realidad no fui yo. —Se detuvo un instante—. Fue Olga —dijo al fin.

Me volví hacia Marcos sorprendida.

—¿Olga? ¿Tu novia?

Marcos asintió con expresión resignada, como si deseara pasar cuanto antes aquel trámite inevitable.

—Bueno, ahora exnovia.

—¿Cómo? ¿Habéis roto? Claro, ya me ha extrañado que no estuviera aquí. No me cuentas nada, primo.

—Estás siempre fuera, ¿no?

—¿Qué pasa, que no tienes teléfono? —Había llegado el momento de soltar mi frase favorita—. Los hombres sois todos unos inmaduros emocionales, y además os encanta serlo.

Marcos sonrió:

—Entonces como tú y como la abuela Úrsula, ¿no?

No me importó su comentario, pero me hice la ofendida.

—Perdona, tío, la abuela no sé, pero yo estoy supercentrada en la vida.

—Supongo que no lo dirás por Carlos.

—Pues sí, es un amigo al que aprecio mucho.

—Ja, ja, que aprecias mucho, pero que no sabes cómo quitarte de encima.

—Pero bueno, ¿a ti quién te ha dicho eso?

—No revelaré mis fuentes, como decís vosotros en la televisión.

Miré a Lorena, que se revolvió inquieta en el sofá. Habíamos terminado de comer y estábamos cómodamente instalados en un confortable salón con vistas a un mar embravecido. Era un ambiente propicio para las confidencias.

—Qué hermano tan petardo tienes.

—Por favor, no nos desviemos del tema.

Acepté la sugerencia, pero no pude evitar dirigirme a Marcos en voz baja:

—Pues a mí Olga me parece una mujer superatractiva.

Lorena se impacientaba por momentos.

—Venga, chicos, a lo que estamos. Decía que fue Olga, la exnovia de Marcos —puntualizó—, la que comenzó con todo esto.

—Vale —asentí—. Pero no entiendo nada. ¿Cómo pudo empezarlo ella?

Marcos respiró profundo.

—Con un sueño. Olga tuvo un sueño —dijo arqueando las cejas y abriendo los brazos en el vacío—. Digamos que muy sorprendente.

Sentí un leve escalofrío.

—¿Un sueño? ¿Cómo que un sueño?

Marcos iba a responder, pero Lorena lo interrumpió con un gesto de la mano.

—Déjame a mí, por favor. A ti sí que no te veo muy centrado hoy, hermanito.

Marcos adoptó una actitud irónica intentando relativizar aquel hecho, que no prometía resultar demasiado creíble. Se jugaba un poco su prestigio de tipo duro y racional. Y por otro lado, parecía bastante incómodo escenificando aquella parte del relato.

—Te recuerdo que soy tu hermano mayor.

Lorena se irguió en el asiento.

—A veces no lo parece. —Después se dirigió a mí adoptando un aire solemne—. Verás, Mariví. Resulta que Olga, por supuesto sin saber nada del pasado de nuestra abuela, soñó que una mujer mayor...

—Una anciana —corrigió Marcos.

—Eso, una anciana.

—A la que describió físicamente —apostilló Marcos de nuevo.

Lorena ya no pudo contener su impaciencia.

—Vale ya, Marcos, lo quiero contar yo. ¿Por qué te crees que Olga me llamó primero a mí?

—Bueno, que lo cuente cualquiera de los dos, pero que lo cuente alguien.

Lorena asintió.

—Sí. Tienes razón. Pues verás —prosiguió—. Olga soñó que una anciana, cuyos rasgos físicos se correspondían con los de la abuela Úrsula, le decía que tenía un mensaje para Marcos.

—Pero ¿dijo exactamente su nombre? ¿Dijo Marcos? —me parecía importante la precisión.

—Sí, sí: dijo Marcos —respondió Lorena—. Y también le dijo que era la abuela de Marcos.

—Vale, continúa, por favor.

—Lo más curioso de todo, y lo cuenta la propia Olga, es que ella, en el sueño, no

creía estar en el sueño. ¿Entiendes?

Sabía perfectamente a lo que se refería, pero no iba a ponerme en evidencia. A mí me había ocurrido muchas veces.

—No sé si entiendo, pero ¿qué más?

Era indudable que Lorena creía a pie juntillas el relato de Olga.

—Te aseguro que Olga es una tía inteligente y con los pies en el suelo.

—La conozco —me limité a comentar—. Igual hablo con ella. ¿Te parece bien, Marcos?

Marcos se encogió de hombros exhalando un pequeño bufido. Pensó que necesitaba marcar distancias con una revelación de dudosa verosimilitud que yo estaba a punto de conocer.

—A mí me la suda —dijo entre dientes.

—¡Qué explícito! Venga, sigue, Lorena.

—Olga dice que durante el sueño sabía que estaba ocurriendo un hecho extraordinario e incluso algo macabro, pero que no tenía miedo. Incluso ella misma se extrañaba de no tenerlo.

Aquello se iba pareciendo demasiado a lo que yo me temía.

—Ya. ¿Qué más le dijo la vieja?, perdón, la abuela Úrsula.

—Precisamente eso, que era la abuela de Marcos y que le dijera a él que tenían que encontrar a su madre.

Verdaderamente resultaba increíble, pero al mismo tiempo todo comenzaba a encajar. Casi podía adivinar lo que iba a ocurrir a continuación.

—¿Le dijo por qué o para qué quería encontrar a su madre?

Lorena mojó los labios en su copa de Bailey's, como queriendo dar un rango especial a su próxima afirmación.

—Sí. Bueno, más o menos.

—¿Y...?

—Te adelanto que es una respuesta rara que no podemos entender. —Se detuvo un instante—. Y que sepas también que, por supuesto, todo esto no se lo hemos contado a nadie.

Y entonces lo comprendí. Antes incluso de que Lorena pudiera responder. Comprendí todo lo que había ocurrido hasta ese momento. La próxima revelación se refería a mí o tenía que ver conmigo. Era yo la que tenía que saberlo, como era yo la que tenía que llegar a Izarra y pasar la noche sola en Amets. Era yo la que tenía que ver a Catalina. Era yo la que debía desagraviar, ¿o rescatar?, a mi abuela. La piel se erizó debajo de mi blusa al tiempo que sentía un levísimo mareo. Un ligero vahído en el estómago. Algo parecido a cuando un Boeing 747 está levantando el vuelo.

—Entendido, Lorena. ¿Le explicó a Olga por qué quería ahora encontrar a su madre?

—No lo sé. A ver qué te parece a ti. Te digo textualmente lo que le respondió: «Porque la protegida ha nacido en mi rama». Eso fue lo que le dijo. «Porque la

protegida ha nacido en mi rama» —repitió por si no hubiéramos escuchado correctamente.

Se hizo un breve silencio. Observé a Marcos, que me miraba curvando los labios con escepticismo. No era casualidad que ellos también hubieran tenido contacto con una experiencia paranormal. ¿Qué debía hacer? ¿Mostrar sorpresa? ¿Sonreír con cara de estúpida? ¿Confesarles mi aventura en Amets? No, no lo haría. Bajo ningún concepto iba a confesarles nada de lo ocurrido aquella noche. No era lo mismo hablar de un *sueño*, como Olga, que intentar hacerles creer que tuve un encuentro, no soñado, sino real, con el espectro de una muerta.

—Yo tampoco lo entiendo —dije al fin.

Lorena se adelantó en el asiento buscando mi complicidad.

—Es lo que yo pienso, Mariví. Si todo es cierto —movió las manos en el aire—, a ver, que yo no digo que Olga mienta y no lo soñara, pero si todo fuera cierto, ¿por qué la abuela no se le apareció a Marcos directamente?

—No habrá podido contactar con él por la densidad de su aura —respondí de carrerilla sin poder evitarlo.

Me ocurría a veces. Era como mi otro yo el que hablaba por mí.

Sentí sus miradas sorprendidas. Tenía que justificar mi comentario con rapidez.

—Yo no sé mucho de estas cosas, pero dicen que los espíritus se aparecen a personas que tienen unas cualidades especiales. Un aura más liviana o un karma menos denso. ¿Vosotros nunca lo habéis oído? —concluí de la manera más superficial que pude.

No era la primera vez que minimizaba mi supuesta intuición *prodigiosa*. Desde niña supe que había nacido en una fecha, una hora y un lugar predeterminados, y este conocimiento iba mucho más allá del interés que podía tener por conocer el signo astrológico o mi carta astral. Sin duda, era extraño que unos datos tan aleatorios y aparentemente tan pedestres movieran ya mi curiosidad desde la infancia.

El lugar de nacimiento es el punto de partida al que regresamos después del viaje a la vida. Los días del calendario son caminos. No es igual un camino transitado que solitario. No es igual un paisaje que otro. No es igual nacer un día par que impar. No es igual nacer en la primavera que en el invierno. Y no es igual nacer a las doce del mediodía que a las doce de la noche. La hora representa la proximidad o la lejanía respecto a la luz o a la oscuridad.

Este conocimiento y otros parecidos eran inherentes a mi naturaleza; sin embargo, carecían por completo de interés para mí. Es como quien nace rubio o moreno, alto o bajo. Una circunstancia más. Nunca quise darles otro valor.

—Puede ser como dices. Yo creo en el karma —afirmó Lorena con rotundidad—. Desde que trabajo en la UCI estoy viendo cosas que solo con la ciencia en la mano no tienen explicación.

Aquel era un tema en el que podíamos volver a perder el norte.

—Desde luego, pienso hablar con Olga —añadí intentando reconducir la

conversación—. ¿No vas a decir nada, Marcos?

Este se había incorporado del sofá para acercarse al ventanal. Llevaba unos minutos contemplando, absorto, el paisaje.

—Vaya. Ahora queréis que hable —respondió sin volverse.

—No seas crío y no te mosquees —dije—. Supongo que estás más suspicaz por lo de Olga. Habréis quedado como amigos, ¿no?

Se volvió para llenar de nuevo su copa.

—Sí, claro. Ningún problema. Tenemos buen rollo.

—¿Puedo preguntar lo que pasó?

Se encogió de hombros mientras bebía despacio pequeños sorbos de Cardhu.

—Pregúntaselo a ella.

Lorena me dirigió una mirada cargada de intenciones.

—No es verdad que tengan buen rollo. Él no se lo perdona. Los tíos son muy rencorosos.

Eran demasiadas revelaciones para una misma tarde. Me sentía algo dispersa y confusa.

—Ya os dicho que pienso llamarla, así que os agradeceré a cualquiera de los dos que me pongáis al día de la historia. Sin entrar en detalles, por favor —añadí en tono festivo.

Marcos volvió a sentarse y permaneció en silencio jugando con la copa entre las manos.

Lorena tomó de nuevo las riendas de la conversación.

—¿Recuerdas la noche en que os ibais a encontrar en Izarra?

Intenté sonreír, pero no pude.

—Como para olvidarla. La noche más hijoputesca de mi vida.

—Pues esa noche Olga soñó con la abuela por segunda vez. Y esa vez, en el sueño, estaba durmiendo en Izarra. Y además precisó en qué habitación.

Aquello sí que me impactó. La impresión fue tan fuerte que de un respingo casi a punto estuve de levantarme:

—¡¡¿¿Cómo??!! —exclamé mirando a Marcos esperando una explicación.

—Sí, es lo que dijo —asintió con un cierto fastidio.

—¿En el sueño estaba durmiendo en Izarra? —repetí despacio, como intentando descifrar el significado de aquella nueva clave.

—Sí —respondió Lorena, sorprendida por mi vehemencia.

—¡¿En qué habitación?! —pregunté ya sin disimulo.

Marcos se quedó parado en medio del salón, con los brazos abiertos.

—¿Qué pasa, Mariví? ¿Qué es lo que te extraña?

¡¡Claro!! Entonces lo comprendí todo. ¡Olga era el bulto sobre la cama!

Marcos y Lorena me observaban con un cierto estupor. Era necesario que me serenara. Tenía que contener mis impulsos.

—Es que me gusta analizar los sueños —traté de disimular—. Y como yo

también estuve allí esa noche...

—Pues mira, creo que me dijo... —Se detuvo un instante como intentando recordar—. Sí, seguro que me dijo que era la habitación que está pegada al pajar.

No necesitaba que me lo confirmara. Estaba segura. Era ella. Era Olga. Casi no había luz, así que no pude ni quise distinguir lo que se ocultaba bajo la colcha. Sin duda, cuando yo subí a por las mantas, era el momento en el que Úrsula contactaba con Olga a través del sueño, por eso yo pude verla. Como después vi a Catalina. Sin embargo, en ningún momento se materializó la abuela Úrsula. ¿Por qué?

Me tranquilizaba saber que podría relatarle a Olga todo lo que me había ocurrido en Amets. Ella me creería y me comprendería. Era un espíritu evolucionado, capaz de conectar con las energías sutiles de los muertos. Tenía que hablar con ella cuanto antes. Esa misma noche, incluso. Ya no tenía que hacer nada más en casa de mi primo. Miré mi reloj. Eran las siete y media de la tarde. Una hora perfecta para llamar a Olga. Ella también vivía en Zarautz. Hacía mal tiempo y era domingo. Con un poco de suerte estaría en casa viendo la televisión.

Lorena seguía observándome un poco sobrepasada por mi exagerada curiosidad.

—Perdona, Lorena, pero creo que he desviado el tema. ¿Qué tuvo que ver ese sueño con la ruptura de Marcos y Olga?

Marcos caminó de nuevo hasta el sofá y se sentó a mi lado. Cabeceó antes de acercarse la copa a los labios.

—No lo sé. Pero desde entonces no fue la misma.

—¿En qué sentido?

Respiró profundamente antes de continuar:

—En todos los sentidos. —Se pasó la mano por la cabeza—. Era como si fuera una persona distinta.

Lorena se encogió de hombros.

—No es por darle la razón a Marcos, pero antes solíamos vernos muchos días, íbamos de compras, quedábamos para tomar un café. —Calló un instante—. Ahora hace quince días que no nos vemos. La he llamado alguna vez, pero me da excusas, dice que está ocupada y que ya me devolverá la llamada.

Volvíamos al principio. Precisamente esa era mi situación. A pesar de que intentaba no pensar en ello, yo tampoco había vuelto a ser la misma desde mi encuentro con Catalina. Cuando vives en primera persona un hecho de esa naturaleza, poco a poco modifica tu vida. Incluso de manera drástica, en muchos casos. Se han dado situaciones de videntes y médiums que después de una determinada experiencia paranormal han cambiado totalmente el curso de sus vidas. Ignoraba cuál habría sido la experiencia de Olga, pero podía comprenderla. Estaba deseando salir de allí. Ella tenía muchas claves que yo necesitaba conocer. Por ejemplo, ¿por qué mi abuela no se me apareció a mí en sueños? Lo habría preferido. La estrategia del sueño es perfecta para ocultar o solapar una realidad inasumible, demasiado incomprensible para la mente humana. Cada vez que recordaba aquella noche, me costaba conciliar el

sueño, comer con apetito o incluso comunicarme con los demás. También mi relación con Carlos había variado sustancialmente. Era como si de pronto hubieran aflorado mis verdaderos sentimientos hacia él. Hasta que puse los pies en Amets, necesitaba creer que era el hombre de mi vida y quería creerlo. Y ahora me resultaba un esfuerzo contestar a sus wasaps y a sus llamadas telefónicas. Incluso imaginar que hacíamos el amor o recordar situaciones vividas a su lado en las que antes me deleitaba. Al contrario, ahora me irritaba saber que había reservado un fin de semana en un hotel con encanto cerca de Biarritz para darme una sorpresa. Mi único interés era encontrar la excusa perfecta para negarme a ir, pero hasta que escuché el comentario de Marcos relacionando el sueño de Olga con su ruptura, jamás se me habría ocurrido pensar que pudiera existir un nexo entre ambas circunstancias.

Marcos encendió algunas luces auxiliares. Una reverberación amarilla y cálida se extendió por el salón. Fuera era ya completamente de noche.

Lorena suspiró. A ella no le interesaba demasiado la situación amorosa de su hermano. No era la primera novia con la que había roto, ni sería la última. Además, yo había quedado en llamar a Olga. Tal vez no tendría inconveniente en concertar una cita conmigo ya que tanto le gustaban mis columnas del periódico. Mejor que fuera ella misma la que me diera su versión de los hechos.

—Nos estamos dejando un montón de cosas en el tintero —dijo iniciando un mohín con los labios—. ¿Por qué no le comentas a Mariví el tema de la inauguración de la boutique Cartier en Madrid? ¿Eh, Marcos? ¿Te parece? —Lorena estaba decidida a dar por zanjado el tema de Olga—. Ya hablaremos de eso más adelante. Queríamos saber si tú podrías asistir. Como eres una famosa periodista...

—¿Ah, sí? En ese caso intentaría montármelo.

Marcos me interrumpió:

—¿Recuerdas a mi socio Antoine?

—Por supuesto.

—Es un crack el tío. He hablado con él de Victoriana Lizarralde y Jacques Cartier, y ni te imaginas el dossier que tiene ya de toda la saga. Un amigo suyo es amigo a su vez de Franco Cologny, el director de Cartier Mundo. —De nuevo se sentó frente a mí sin poder ocultar un gesto de satisfacción—. Y le han informado de que vendrá a Madrid a la presentación del nuevo reloj Thank que acaba de salir al mercado.

Estaba realmente sobrepasada.

—¡Qué nivel tu socio, primo! Bueno, yo por mí, encantada, suena muy glamuroso. Pero las grandes firmas son muy selectivas. Ese tipo de eventos tiene las invitaciones muy restringidas. Aunque lo puedo intentar.

—No te preocupes, de eso se encarga Antoine. Le han informado de que la presentación del nuevo Thank será un fiestón.

—¿Pero tú crees que el tal Cologny sabrá de la existencia de nuestra bisabuela?

Marcos se encogió de hombros:

—No lo sé. Pero este tipo de situaciones son impredecibles. Bueno, y otras también —precisó en clara alusión a la que acababa de vivir con Olga.

Quise reconfortarlo:

—Por cierto, siento lo de Olga, primo.

Hizo un gesto con la mano.

—¡Bah! No es la única tía del mundo.

—Venga, no vayas de duro.

Lorena seguía más interesada en la fiesta de Cartier que en la situación sentimental de su hermano. No me habría consentido que me negara a acudir.

—Qué bien, Mariví. Piensa que vas en representación de toda la familia.

—Una buena puntualización, Lorena. No hemos comentado nada del resto de los primos. ¿Qué les parece todo esto?

—Lo que importa es lo que nos parezca a nosotros.

Marcos asintió.

—Estarán de acuerdo con todo lo que hagamos. Ellos tienen menos recursos y contactos sociales. —Levantó el vaso en señal de brindis—. Bueno, y sobre todo que tú.

—Más tiene tu socio, ¿no? Me lo tienes que presentar formalmente.

A Marcos pareció encantarle mi propuesta:

—¿De verdad? ¿Cuándo quieres que lo organice?

—A mi vuelta de Madrid.

—¿Por qué no vas con él?

No quise mostrar sorpresa.

—Por mí, genial. Pregúntaselo. Un tipo con esa agenda es una mina.

—Ja, ja. ¿Le vas a pedir permiso a Carlos?

—¡Qué coñazo eres!

Lorena escuchaba nuestro frívolo intercambio con gesto reprobatorio. Pero también ella preguntó:

—Es verdad. ¿Y Carlos?

Sabía que al responder estaba dando por terminada mi relación con él.

—Hay que dejar fluir —sentencié.

—¿Qué quieres decir?

—No entiendes nada, hermanita. Qué fluyan los fluidos. ¿No, prima? —intervino Marcos, socarrón.

Sonreí aceptando su ironía. No pensaba en su socio para iniciar una nueva relación amorosa, salvo que fuera imprescindible. Me interesaba más lo útil que podía resultarme en mi nueva aventura. Mi cerebro circulaba ya a una velocidad suicida.

—Cómo os gustan a los tíos los chistes malos y obvios.



Marcos entonó el típico mea culpa varonil.

—Vale, siempre estamos pensando en lo mismo, ¿no?

—Bueno, venga, me pasas la fecha, la hora, la invitación y hablamos. —Me incorporé mirando hacia el ventanal—. Me tengo que largar. Creo que van a caer chuzos de punta de un momento a otro. No me gusta conducir de noche con lluvia.

Me acompañaron hasta la puerta.

—Os contaré lo que me diga Olga.

—Vale, Mariví. Besito.

—¡Ah! Marcos, dile a Antoine que me llame.

—Déjalo de mi cuenta.

Tenía el coche aparcado frente a la casa de Marcos, pero necesitaba andar un poco. Siempre lo hago para ordenar mis ideas. Es como si el movimiento las colocara físicamente en el lugar exacto del puzle mental. Había poca gente en la calle. Caminaría hasta el malecón para aspirar la brisa salada del mar. Los rostros de cada uno de los personajes de aquella historia aparecían entremezclándose en mi memoria. Mi bisabuela Vicky, con su vestido de cuadritos de Vichy, viviendo una aventura amorosa con el joyero Cartier; mi abuela Úrsula pidiendo ayuda desde el más allá; Amets, la casa encantada; Carlos, mi futuro ex; Antoine, mi próximo novio tal vez... ¡Y Olga!, la médium. Olga era lo primero. Tenía su número en mi móvil. En una ocasión tuve que ponerme en contacto con ella para enviarle un recado de Marcos. La recordaba amable y educada y, sobre todo, sabía que tenía una buena opinión de mí. Presioné la tecla de llamada. Respondió casi de inmediato.

—¿Sí? ¿Quién es?

—Hola, Olga, ¿cómo estás? Soy Mariví, la prima de Marcos.

En el silencio que se produjo, temí que Olga pensara que la llamada era una estúpida excusa para interceder por mi primo. Mi próxima intervención tenía que ser inequívoca y directa.

—¡Ahh! Qué sorpresa —dijo con voz neutra.

Pero tampoco después fui lo suficientemente contundente.

—Estoy en Zarautz, ¿puedo verte?

Su desconcierto era muy evidente.

—Es que... Bueno, lo siento Mariví, estoy...

Tenía que darle una información mucho más concreta.

—No, espera, no me digas lo que estás haciendo —comencé precipitadamente—. Necesito que me cuentes el sueño que tuviste en Amets esa noche que habíamos quedado en Izarra con Marcos. ¿Recuerdas? Yo también viví una experiencia paranormal. —Me detuve un instante—. No sé cómo explicártelo. Tengo que verte, Olga. Es importante.

Me había comprendido perfectamente, pero necesitaba asegurarse.

—¿Cómo dices?

Entonces le demostré que estaba decidida a todo.

—Vosotros no pudisteis llegar por la nieve y yo tuve que pasar la noche sola en Amets. Cuando subí a coger unas mantas, vi en la habitación junto al pajar una mujer sobre la cama. —Esperé su reacción, pero Olga permaneció en silencio—. No estoy segura, pero yo creo que esa mujer eras tú.

Suspiró ruidosamente.

—¿Dónde estás? —preguntó por toda respuesta.

—En el malecón —dije cruzando los dedos.

—Yo vivo cerca de Euromar.

—Voy hacia allá. ¿Quedamos en la cafetería?

—Vale.

Parecía desmejorada desde la última vez que la vi. No se había maquillado, tal vez por no hacerme esperar, y estaba algo más delgada, pero su melena rubia seguía siendo impecable.

Nos besamos como preludio de una amistad que las dos parecíamos desear. Olga sabía que yo había dicho la verdad y que podía confiar en mí. Desde aquellos sueños que tuvo seguramente se sentiría muy sola. Hice una breve sinopsis de mi estancia en Amets, pero omití el episodio de Catalina. Ya llegaría el momento en que podría hacerla partícipe de aquella confidencia tan extraordinaria.

Se recostó en el asiento, como si pensara en su propia experiencia más que en la mía, y asentía como si comprendiera y aceptara todos los hechos que acababa de conocer.

—Te creo —dijo—. Mi experiencia también fue brutal.

—¿Has soñado más veces con ella?

Negó con la cabeza y de nuevo suspiró como si se resistiera a relatar en voz alta todas sus impresiones.

—No —murmuró.

Me incliné para presionarle ligeramente el brazo:

—Sé que no quieres hablar de ello, pero yo soy la única persona que puede comprenderte.

Entonces me miró con una mezcla de simpatía y gratitud.

—Nunca me había ocurrido algo así.

—Ya ha pasado todo.

—No, no ha pasado todo.

—¿Qué quieres decir?

Bebió un largo trago de su *gin-tonic*.

—¡Humm! No he vuelto a soñar con ella, pero ahora... es distinto, porque es como si la tuviera siempre presente.

No supe qué responder. Olga había reconocido que nunca antes había tenido experiencias metasensoriales, luego no podía ser una contactada, ni siquiera una médium. Esa facultad se posee y se percibe desde la infancia. ¿Por qué mi abuela había podido llegar hasta ella?

—O sea, que te acuerdas mucho de lo que te dijo —pregunté por decir algo.

Chascó la lengua con una cierta impaciencia.

—No. Lo que quiero decir es que me ocurren cosas extrañas, que aparecen de pronto en mi camino personas desconocidas que me traen mensajes o que quieren avisarme de algo que va a ocurrir. Tengo presentimientos que después se cumplen. Eso es lo que quiero decir.

A punto estuve yo también de pedirme un *gin-tonic* bien cargado, pero tenía que conducir. Me conformé con sorber delicadamente mi Rooibos sabor canela.

—¡Uff! Qué movida, Olga. Y supongo que todo esto habrá afectado a tu trabajo y

a tu vida.

—No. En mi trabajo no saben nada. —Se pasó la mano por el cabello, con cierto nerviosismo—. Sabes que he roto con tu primo, ¿verdad?

—Sí, sí, claro.

—Ha sido una buena decisión. Yo estoy bien y muy tranquila —titubeó—. Creo que la ruptura será buena para los dos. No es el hombre que yo necesito, ni yo seguramente la mujer que él necesita. —Me miró fijamente a los ojos—. ¿Me creerás si te digo una cosa?

—Por supuesto —respondí sin perderme una sílaba de sus palabras.

—Creo que tu abuela vino para ayudarme. Ha sido ella la que nos ha separado.

Aquello no tenía por qué ser necesariamente cierto. Me encogí de hombros. Tal vez solo era una impresión suya o una justificación. Entonces no le di importancia.

—Es verdad que tu abuela ha modificado mi vida y mis costumbres —prosiguió—, pero cada día asumo más esta situación y ahora creo que soy una privilegiada.

—¡Qué curioso! —dije sin convicción.

No esperaba ese comentario. Cuando la observé de nuevo, no la vi preocupada ni angustiada. No sé qué me había hecho pensar lo contrario. Lo cierto era que en ningún momento demostró que lo estuviera. Al vivir aquella experiencia ella había pasado del temor inicial al desconcierto, después a la sorpresa y por fin a la aceptación. En cierta forma, sus sensaciones eran las mismas que yo podía sentir.

Fue ella esta vez la que apretó mi mano con fuerza.

—Me alegro mucho de que me hayas llamado —sonrió buscando mi complicidad—. Tengo la sensación...

—¡Uf! ¡Qué miedo me dan tus sensaciones! —bromeé—. A ver lo que me dices.

Olga rio con ganas.

—Sí, te lo juro, tengo la sensación de que haremos muchas cosas juntas.

—¿Ah, sí?

Olga no respondió a mi pregunta y de nuevo se llevó la copa a los labios.

—Sí, y quiero decirte algo más —añadió con aire pensativo—. Esta mañana una mujer ha llamado por teléfono a mi casa y ha preguntado por un tal Antoine.

—¿Antoine? —exclamé sorprendida.

—Sí, Antoine.

—Ya... ¿Y?

Olga bebió un pequeño sorbo y dejó despacio la copa sobre la mesa.

—Supe de inmediato que la llamada no era casual. Y ahora sé por qué.

—No te entiendo —*mentí* para ganar tiempo.

—¿Tienes algo que ver con algún Antoine? —preguntó con una cierta ironía.

Intenté analizar los hechos con rapidez. Seguro que la mujer que llamó no había sido mi abuela, pero si la llamada obedecía a una causa paranormal, según las conjeturas de la propia Olga, estaba claro que esa mujer era un mensajero. ¿Las energías sutiles se sirven de mensajeros anónimos y furtivos que obedecen órdenes

sin preguntar?

—Olga, estoy acojonada.

—¿Por qué?

—Antoine es el socio de Marcos y hoy precisamente le he dicho a mi primo que quiero que me lo presente. ¿Quién crees que ha podido hacer la llamada?

Su respuesta me heló la sangre en las venas. Después de un breve silencio, respondió sin inmutarse.

—Sí. Ahora sé que eras tú.

—¡Hostia, Olga, no me digas eso!

Ella asintió con una naturalidad pasmosa.

—Claro. Recuerda que tú me viste a mí en Amets de la misma forma que yo he oído anticipadamente tu voz por teléfono. —Después negó con un gesto de su mano—. Por supuesto, yo ni imaginaba ni podía saber que nos íbamos a encontrar hoy en esta cafetería.

—Tampoco sabía yo por la mañana que hablaría de Antoine. Ni que Marcos y tú habíais roto o que nos veríamos hoy. Entonces, ¿por qué iba a llamarte?

Olga se encogió de hombros.

—Esa explicación te la dejo a ti. Yo sé que esa mujer que me ha llamado esta mañana eras tú.

—Pero ¿reconociste mi voz?

—No —negó con rotundidad—. Incluso es probable que la llamada no se haya producido en el plano físico. —Parecía no solo contenta, sino exultante—. La ciencia admite la existencia de planos paralelos. Teorizan sobre la posibilidad de que la realidad transcurra en el plano físico, al mismo tiempo que en un plano astral o virtual.

—¡Uf! Olga...

Se echó a reír.

—Una mujer tan inteligente como tú. Por cierto —bajó el tono de voz—. Me encantan tus columnas en el periódico y me leí casi de una sentada tu última novela. Es fantástica.

—Gracias.

—Pues eso, que seguro que sabes dar una explicación a ese tema y a otros que se presenten.

—¿Y qué me dices de la respuesta de mi abuela en tu sueño?

—¿A cuál te refieres?

Callé un momento como si necesitara recordarla.

—Creo que te dijo: «Porque la protegida ha nacido en mi rama». ¿Qué puede significar? —dije observando a Olga detenidamente.

Se encogió de hombros.

—Sí, esa fue la frase, pero no sé lo que significa. Es posible que quisiera referirse a algún familiar suyo, o sea, de su rama, de su árbol genealógico... vivo o muerto —

añadió.

—¿Vivo o muerto? No se me había ocurrido eso.

—Así lo entiendo yo.

Aquel detalle era muy importante. Vivo o muerto. Entonces podía no tratarse de mí. Tenía que arriesgarme a decirle lo que realmente había pensado. Confiaba totalmente en el criterio de Olga.

—Pues fíjate que cuando me lo dijo Lorena llegué a pensar que se refería a mí.

Inició un gesto como de aquiescencia.

—Podría ser. Sí, claro... tu proyección profesional, social, tus recursos literarios.

—Respiró hondo y comenzó a acariciar con el dedo el borde de la copa—. Pero fíjate que no creo que tu abuela quiera que tú escribas esa novela.

Me pareció una conclusión apresurada:

—¿Ah, no?

—No. Bueno, entiéndeme. Ni tampoco lo contrario. —Se detuvo, pensativa—. Pero quizá lo que tu abuela necesita es que algunos hechos salgan a la luz. Hay algún misterio, algún secreto que a ella la atormenta.

Sonreí displicente dando por hecho y aceptando con naturalidad que los muertos pudieran estar realmente atormentados por algo.

—Pues imagínate que lo resolvemos y yo escribo su historia.

La sutil inteligencia de Olga comprendió que yo solo estaba dispuesta a aceptar beneplácitos a la idea de novelar la historia de mi saga familiar y que bajo ningún concepto debía intentar disuadirme. A pesar de la simpatía que me inspiraba, mi vanidad no se lo iba a permitir.

—Claro, claro... ¿Puedo preguntarte algo, Mariví?

—Por supuesto.

—¿Qué relación tenían tu abuela Úrsula y tu madre?

Aquello me desconcertó. Intenté visualizarlas a las dos.

—Mi abuela y mi madre. ¿Qué relación tenían? —repetí.

—Sí.

Me pareció que Olga tenía la misma expresión que cuando relató el detalle de la llamada equivocada preguntando por Antoine.

Inicié una carcajada algo forzada.

—Vaya, éramos pocos personajes en busca de autor y parió la abuela.

—Ja, ja —coreó Olga.

Yo también tuve entonces una impresión extraña.

—Me lo has preguntado por algo, ¿verdad?

Olga asintió.

—Sí, no sé muy bien por qué, pero me temo que sí.

—Lo que te puedo decir es que mi madre también era una mujer muy peculiar.

—Tenía que serlo.

—¿Por qué lo dices?

—¿A quién te pareces tú, a ella o a tu padre?

Asentí sin dejar lugar a dudas.

—A ella.

—Pues claro, por eso digo que sería peculiar. ¿Cómo se llamaba?

—Brígida —respondí evocando sus preciosos ojos color miel.

Nos quedamos en silencio, pero advertí que la curiosidad de Olga iba en aumento.

—Cuéntame algo.

De pronto sentí una enorme pereza.

—Bueno, te haré una sinopsis. Era la más pequeña de muchos hermanos y la más protegida. Su madre...

De pronto, Olga me interrumpió abriendo los ojos como si acabara de recibir una valiosa información.

—¡Aaah! La protegida, dices. Es lo primero que has dicho de ella.

—Protegida en el sentido de que era la más pequeña y...

De nuevo intervino:

—No. No es eso.

—¿Cómo que no es eso?

Olga se llevó los dedos a la comisura de los labios y permaneció así un instante, después comenzó a acariciarse el labio inferior.

—Sí, claro. —Movía la cabeza como hablando para sí misma.

—¿Qué pasa?

—Bueno, no estoy segura.

—¿De qué?

Me miró despacio con expresión de desvalimiento, como si en ese momento, más que nunca, necesitara que yo la creyera.

—No sé si estás preparada, pero quiero decirte algo.

Volví a sentir el mismo escalofrío que ya conocía.

—Sí, lo estoy.

Olga se inclinó hacia mí y comenzó a hablar despacio en voz baja.

—Esto es lo que me ha venido a la mente... Podría ser que en origen la *protegida* fuera tu madre, y tu abuela Úrsula lo supiera en cuanto la vio. Pero tu madre no era de su rama. Tu abuela Úrsula necesitaba tener a la *protegida* en su árbol. Cuando tus padres se casaron, cabía la posibilidad de que en su rama naciera otra *protegida*.

—O sea, yo —repliqué sin poder evitarlo.

Me miró sin verme y sin detenerse en mi respuesta:

—Cada familia es un árbol —continuó—. Una rama puede salvar el árbol. Los llamados *protegidos* son como escudos y defienden a todo su linaje.

Hacía calor en la cafetería, pero yo no podía dejar de temblar. Aquel frío repentino era la prueba palmaria de que todo lo que estaba escuchando era cierto.

—¿Entonces?

Se encogió de hombros. Tal vez porque no quería darle demasiada importancia a

lo que acababa de decir, o tal vez para ir dosificando la información.

—Ya te digo que es lo primero que se me ha ocurrido. Tendría que elaborarlo más. Necesito más información acerca de tu madre, de tu abuela y de tu infancia. — Se apoyó de nuevo en el respaldo del asiento, como si definitivamente diera por abortada aquella revelación—. Sí, tienes razón. Es muy posible que ahora seas tú la *protegida* —añadió con una sonrisa cómplice.

Creo que entonces le agradecí que intentara desdramatizar.

—No sé si me hace ni puta gracia, Olga.

Se echó hacia atrás en el asiento para escenificar aún más su asombro.

—Pero ¿qué dices? Es un privilegio, Mariví.

No estaba dispuesta a entrar en detalles, por eso reconduje mi actitud.

—No lo creas, para mí nunca lo ha sido. Espero que no hayas acertado. ¿No sueles equivocarte?

Olga sonrió intentando disimular una creciente sorpresa.

—Por supuesto que me he equivocado muchas veces... La más reciente con tu primo Marcos.

Yo a duras penas conseguía contener un gesto de fastidio.

—Ya... Pero según tengo entendido, antes del sueño no tenías ningún tipo de intuiciones, ¿no?

—No exactamente. Lo que es cierto es que a raíz de soñar con tu abuela, todo cambió. Comprendí que ni mi relación con Marcos ni nada de lo que estaba haciendo con mi vida me satisfacía. Ahora soy mucho más libre y más feliz. Es como si a raíz de esos sueños vividos, mi visión de las cosas y de las personas fuera más nítida.

—¿Sueños vividos?

—Sí, pregúntame lo que quieras, estoy muy documentada.

—Pero me dijo Lorena que no habías vuelto a soñar con mi abuela.

—Es verdad, pero sé que podría contactar con ella a través del sueño.

Me recosté en el asiento como dándome por vencida.

—Eso significa que eres una médium.

Olga se encogió de hombros:

—No lo sé.

Yo era consciente de que ella percibía mi incomodidad.

—Perdona, Olga. Hay cosas que no sabes y yo...

—No te preocupes —me interrumpió—. No necesito saber nada que tú no quieras que sepa.

—Me encantaría que fuéramos juntas a Izarra —dije para desviar el tema.

—¿Sí? ¿Estás segura?

—Yo sí estoy segura. ¿Tienes miedo o qué?

Movió la cabeza.

—No, no creo.

Entonces recordé el comentario de Gorka, el chico que me llevó en tractor hasta



el caserío. Dijo que él nunca pasaría una noche en Amets. Y, sin embargo, echando la vista atrás, hasta mi infancia, empezaba a creer que el origen de todo aquello no solo tenía que ver con mi abuela Úrsula. Existían otras causas y otros personajes, como mi madre, capaces de interactuar en aquella extraña aventura metafísica.

—Me gustaría contarte *in situ* la historia de mi familia. De mi bisabuelo y de mi abuelo Gradano, de mi abuela Úrsula, de mis tíos... Y también te contaré lo que sé de mi madre. Son todos muy peculiares.

—Tu madre, sin duda, Mariví. Tal vez la más peculiar de todos —añadió como si supiera muy bien lo que decía.

—Espero hablar contigo de ella. Ahora no he querido profundizar, Olga.

—Ya lo sé... Solo dime cómo conoció a tu padre.

Lo recordaba perfectamente. Se lo había oído muchas veces.

—La familia de mi madre era de Goñi, el pueblo vecino de Izarra, y mi madre era muy amiga de Águeda, una hermana de mi padre. Ya sabes, vecinos del pueblo y amiga de su hermana. Así empezaron.

—Claro. Seguro que tu abuela estaría encantada de que se casaran, ¿no?

—Eso no lo sé. Aunque no creas que después se llevaban demasiado bien. Pero te aseguro que todo esto lo puedo saber casi de primera mano.

—Me interesa mucho. Y a ti también.

De pronto, y sin saber por qué, me sentía más preocupada con la historia de mi madre que con la de mi abuela.

—Sí, Olga... Quizá escriba la historia de mi familia.

Olga juntó las manos como si fuera a aplaudir.

—Será un *best seller*. ¿Cómo se titularía?

Intenté resistirme, pero estaba deseando hacerla partícipe de mis secretos.

—Dicen que se gafa, pero tú vas a darme suerte. —Callé un instante para dar más solemnidad a aquel momento—. Alguna vez lo he pensado... Se podría titular *El señor de las maravillas*.

Olga lo repitió algo sorprendida.

—No entiendo el significado, pero me gusta, sí... es muy sugerente.

—Es largo de explicar. Precisamente tiene que ver con el mundo de los sueños.

—No importa. —Levantó su copa en el aire—. ¡Por tu novela!

—¡Y por nosotras! ¡Chin, chin, Olga! —respondí chocando mi taza de porcelana contra su copa—. Cuento contigo totalmente. —No pude ocultar una cierta emoción en la voz.

—Nos llamaremos todas las noches para ponernos mutuamente al corriente de todo.

—Genial. Tengo que organizar el viaje a Madrid. Precisamente Antoine va a conseguirme las invitaciones para un evento de Cartier.

—¡Sí, es fantástico! Marcos me contó lo de tu bisabuela y Cartier... —dudó un instante— antes de que rompiéramos —añadió, y después desvió el tema con un

gesto lleno de cordialidad—. Mi intuición no ha sido capaz de adivinar que tendríamos este encuentro. Pero te repito que estoy encantada, Mariví.

—Yo también, Olga.

A pesar de su comentario, cuando sonrió me pareció ver una sombra de preocupación en su mirada.

—Pero ahora vete, que hace muy mal tiempo y creo que se va a poner peor.

Consulté mi reloj.

—¡Uf! Es verdad.

—Lo único bueno es que con todas las cosas en las que tienes que pensar, se te va a hacer el camino muy corto.

—Ya te contaré.

Nos abrazamos a la salida de la cafetería. Aquel imprevisto encuentro con Olga me había llenado de vitalidad y optimismo. Me sentía con ganas de enfrentarme a cualquier situación por insólita y surrealista que fuera. La lluvia y el viento arreciaban con una fuerza huracanada. Desde allí se podía oír el estruendo de las olas al chocar contra el malecón. Era la furia del Cantábrico en todo su esplendor. Me introduje en el coche intentando recordar todas y cada una de sus palabras. Sin duda, Olga era una mujer muy valiosa. No me parecía extraño que hubiera roto con Marcos. Mi primo era un buen tipo, pero sin ninguna inquietud metafísica ni profundidad de mirada. Comprendía perfectamente que mi abuela no se le hubiera aparecido a él en sueños.

Cuando puse el coche en marcha, comenzó a sonar la voz grave y sensual de Sinatra, *I've got you under my skin*. No me gusta conducir de noche con un tiempo de perros, pero imaginando mi próximo viaje a Madrid y escuchando aquella preciosa canción, me sentía dueña de la autopista. No había llegado aún al peaje cuando sonó mi móvil. Anduve unos metros hasta aparcar en un vado algo apartado con las luces de posición encendidas. Era Carlos. Al responder, comprobé que tenía tres llamadas perdidas suyas. Apagué el cedé y suspiré hondo antes de responder.

—Hola, Carlos.

—¿Dónde estás? —Aunque lo intentaba disimular, su voz era dura y fría.

—Volviendo a San Sebastián. He comido con Marcos y Lorena.

No se atrevía a decirme que ya no soportaba mi actitud indiferente y mi indecisión. Tenía que decidir de una puta vez si nuestra relación pasaba a otro estadio distinto más comprometido y formal. Sin embargo, cuando comenzamos a salir, él era el más interesado en hacerme saber que no tenía ninguna intención de adquirir compromisos con nadie. Que yo lo atraía, sobre todo sexualmente, y que mantendríamos una relación abierta. El muy gilipollas. Como tantos otros descerebrados sin imaginación, se parapetaba en el lugar común de la libertad sexual.

Hablaría con él, pero en ningún caso estaba dispuesta a pasar un fin de semana en un hotelito con encanto. Era el momento de hacerle comprender que lo nuestro hacía tiempo que estaba acabado, muerto, *kaput*.

—¿Quedamos mañana?

—Espera, déjame pensar... Mañana es lunes.

Escuchaba su respiración agitada a través del teléfono.

—Sí, todo el día.

No era conveniente que se mosqueara demasiado.

—De acuerdo. A las siete en...

—Prefiero quedar en tu casa —me interrumpió.

No estuve ágil. Tenía demasiadas cosas en qué pensar y desde luego Carlos no era una de ellas. En absoluto me apetecía recibirlo en mi apartamento y al final tener que rechazar acostarme con él. Pero no tenía escapatoria.

—¡Uf! Lo tengo todo superdesordenado. Yo casi prefiero verte mañana un ratito en el Niza y, si eso, nos vemos el miércoles en mi casa. ¿Eh? ¿Qué te parece?

—No. Mejor mañana en tu casa. Quiero darte una sorpresa.

Me lo temía. Seguro que tenía hecha la reserva del maldito hotelito en la *corniche*. Si no había forma de evitarlo, lo mejor sería cortar la conversación cuanto antes. De nuevo había comenzado el diluvio universal. Una espectacular tromba de granizo y aguanieve amenazaba con destrozarme los cristales del coche.

—Vale, Carlos, ahora no puedo hablar, te dejo que tengo que largarme de aquí.

Corté la comunicación sin ni siquiera esperar su respuesta. Yo también estaba rabiosa. Rabiosa y harta. Rabiosa por mi propia estupidez de haber comenzado una relación absurda solo por aburrimiento con un tipo tan conflictivo como Carlos. Y harta de su osadía. ¿Cómo se atrevía a ponerme contra las cuerdas? Era una rabia parecida a la que sentí en Amets cuando al subir a recoger las mantas no podía encontrar el interruptor de la luz y pensé que algún espectro lo habría ocultado. Sí, reconozco que es irracional creer en espectros y aún más irracional, en el caso de creerlo, enfrentarte a ellos. Pero es así. Como si de pronto me poseyera una fuerza sobrehumana y me sintiera invulnerable. Ese otro yo que vivía dentro de mí. Tal vez a eso se refería Maritxu Guller, la bruja de Ulía: «En un mundo depredador, como el nuestro, es necesario que muestres tu fuerza en todo momento, constantemente, que ni los vivos ni los muertos conozcan nunca tus debilidades o tus miedos».

Llovía en diagonal con una furia salvaje. Era imposible continuar la marcha. Giré en redondo, con un poco de suerte llegaría sin más incidentes hasta la gasolinera de la entrada de la autopista. Allí esperaría a que amainase.

La gasolinera tenía todas las luces encendidas, rojas, verdes, azules. Enormes anuncios luminosos como gigantescos insectos clavados en la pared. Me gustan las luces de neón, me tranquilizan. Frías y asépticas como sepulcros blanqueados, son el distintivo más cosmopolita de nuestra podrida civilización. Pueden resultar, al mismo tiempo, enervantes y acogedoras. Como cuando el protagonista de una película de terror llega a un hotel de carretera. Nunca sabe qué se va a encontrar, aunque el

guionista quiera hacemos creer que esas luces serán su salvación.

No necesitaba repostar, así que solo entré para hacer tiempo. Compraría alguna revista y un Aquarius. No había nadie dentro. Ni había nadie ni salió nadie cuando llamé para ser atendida. «Estarán en el baño», pensé. Sonaba una canción del último disco de Alejandro Sanz. Me acerqué al expositor de las revistas y empecé a ojearlas distraídamente. Una y otra y otra. Pasaban los minutos. Volví a llamar.

—¡Hola! —comencé diciendo en voz no demasiado alta, hasta que terminé casi gritando—. ¿Hay alguien? ¡Oiga! ¿Hay alguien?

Pero nadie respondió.

Sí, era muy extraño. Tanto que decidí que estaba ocurriendo algo fuera de lo normal. Quizá el empleado había ido al baño y se había desmayado. Quizá acababa de producirse un atraco y el hombre estaba en la trastienda, malherido. Recordaba haber leído en la prensa días atrás la noticia de varios atracos en gasolineras. Me encaminé despacio hasta el mostrador. Todo parecía en orden. A pocos metros en línea recta había un estrecho pasillo que sin duda desembocaría en los servicios. Me dirigí hacia allí. En efecto, había dos aseos. La puerta de señoras estaba ligeramente entreabierta. La empujé despacio, pero no había nadie. La puerta del aseo de hombres parecía cerrada. Sentí que se me aceleraba el pulso. Inspiré hondo y llamé con los nudillos, primero con suavidad, después con más energía.

—¡Oiga! ¿Hay alguien?

No hubo respuesta. Por fin lo hice. Apoyé la mano en el pomo y empujé hacia abajo con la misma sensación que si se tratara de un detonador a distancia. ¡Estaba cerrada por dentro! Quien se escondía en su interior no quiso responder.

Sin pensarlo, busqué mi móvil y marqué el 112.

—¡Oiga! Estoy en la gasolinera de la entrada de Zarautz. Llevo aquí un rato, no hay nadie atendiendo, uno de los aseos está cerrado, pero nadie contesta. Yo tengo que marcharme, pero quiero dar este aviso.

—De acuerdo. Vamos para allá, gracias.

Seguía diluviando, monté en el coche y salí apresuradamente. Puse la calefacción, tenía el frío metido en el cuerpo. Sin embargo, intenté desdramatizar. Era extraño lo que acababa de ocurrir, de acuerdo, pero todas las situaciones importantes o insignificantes de mi vida no tenían que tener una explicación paranormal. No podía obsesionarme de esa manera. La ausencia del empleado de la gasolinera era una estúpida coincidencia, nada más. Tenía cosas mucho más importantes en las que pensar. Y, sin duda, la más importante, era intentar sujetar con fuerza el volante para que el coche no terminara elevándose del suelo como la bicicleta de E.T. Reduje la velocidad. La visibilidad era pésima, tenía que forzar la vista para conseguir distinguir la carretera. Estaba atravesando un auténtico temporal de viento y granizo.

Llegar a San Sebastián sana y salva se convirtió en una peligrosa odisea. Cuando

por fin entré en mi pequeño apartamento de la calle Marina, me pareció el lugar más acogedor y confortable del mundo. Eran las doce y media de la noche. No cené, creo que ni siquiera me lavé los dientes. Solo tuve fuerzas para tomar un ibuprofeno y meterme en la cama. Sé que al instante me dormí profundamente. Como si me deslizara sobre el tobogán de los mundos de Alicia, penetré en el paraíso de los sueños. El verdadero reino del señor de las maravillas.

Cuando desaparecen el amor, la atracción, el deseo o la ilusión, no es cierto que no quede nada. Casi siempre aparecen otros sentimientos, otras emociones más densas, más turbias, más mezquinas. Su visita a mi casa fue un completo desastre. No imaginé que mi relación con Carlos terminara de una manera tan violenta. Lo cierto es que tampoco puse en acción ninguna de mis estrategias de medida o empatía. Alguna vez he llegado a pensar que yo misma deseaba provocar que todo aquello ocurriese.

Desde el momento en que lo vi supe que su único deseo era retenerme a su lado, por eso mis palabras le hicieron tanto daño.

Abrí la puerta y lo saludé sin el beso de costumbre. Suponía que eso ya sería un indicio suficiente para mostrar mis verdaderas intenciones.

—Hola, Carlos, perdona, estoy acabando una cosa en la cocina. Ponte cómodo, ahora vengo.

No respondió, pero lo vi sentarse en un lugar que no ocupaba habitualmente.

Dejé pasar unos minutos.

—Bueno, ya estoy aquí. ¿Qué era eso tan importante que tenías que decirme?

Tenía mala cara. Tal vez no había dormido esa noche.

—¿Tienes prisa o qué?

Le habría dicho que sí, pero me conformé con mostrar una extrañeza que no sentía.

—¿Prisa? No entiendo, no sé por qué lo dices.

Estaba incómodo, se movía constantemente en el asiento.

—Supongo que prefieres la versión abreviada, ¿no?

Agradecí su consideración.

—Sí, por favor —dije sentándome frente a él.

—¿Desde cuándo sabías que querías romper esto?

—¿Romper qué?

—Lo nuestro... Nuestra relación.

Me encogí de hombros.

—Nunca he pensado que tuviéramos una relación... Al menos, formal —precisé —. Te recuerdo que me lo hiciste saber el primer día. El que no ha respetado el pacto has sido tú.

Estaba pillado y lo sabía, pero nunca iba a reconocerlo. Se puso en guardia

demasiado pronto. Debía de tener muchos rencores acumulados.

—Oye, aquí la que menos puede hablar de respeto eres tú, que siempre haces lo que te sale de los cojones. Así que calladita.

—¿Cómo que calladita? Te recuerdo que estás en mi casa.

—Por eso he venido a tu casa, para decirte todo lo que pienso.

—¡Ah! Creí que venías a invitarme a un *finde* en un hotelito con encanto.

Mi comentario le dio directo en la línea de flotación. Tensó las mandíbulas y apretó los labios.

—Tienes muy mala baba, tía.

Me puse de pie para hacerle saber que no estaba dispuesta a aguantar su impertinencia y que cuanto antes acabáramos, mejor.

—Bueno, vale ya. ¿Qué más tienes que decirme?

Carlos también se puso de pie. Estaba lívido.

—Yo creo que después de dos años merezco...

—¿Dos años? —lo interrumpí—. Año y medio como mucho.

—Casi dos, pero es igual. Tenía planes para nosotros.

—Ya. ¿Y a quién se los has contado? A mí, no desde luego.

—¿Cuándo te los iba a contar? Llevas casi un mes dándome largas.

—Nos hemos visto.

—Sí, porque no tenías más remedio.

—No estarás tan a disgusto cuando lo has aguantado.

Me devolvió una mirada gélida. Yo no estaba dispuesta a intentar un nuevo remake de *Begin the beguine*. Lo vio todo perdido y creyó que había llegado el momento de decirme lo que realmente pensaba de mí.

—No sé quién te crees que eres. No te des tanta importancia. Por si no lo sabes, en la televisión hoy sale cualquiera. Y cuanto más cutre seas, más te van a contratar. Pero es igual, eso no importa. —Se pasó la mano por el pelo con gesto desquiciado—. De lo que estoy seguro es de que no pienso aguantar más tus neuras ni tus traumas. Si no cambias de actitud, soy yo el que se larga.

—Nos harías un favor a los dos. A ti y a mí. Y no sé a qué neuras ni a qué traumas te refieres, te sugiero que emplees bien los términos para no hacer el ridículo.

Tenía las manos metidas en los bolsillos intentando simular una indiferencia que no sentía.

—Estás muy pirada, tía, y muy perdida, que lo sepas, y no soy el único que lo piensa.

—Te dispersas mucho, Carlos. ¿Tú crees que a una tía pirada y perdida como yo le puede importar lo que piensen los demás?

—Pues debería importarte.

La rabia empezaba a revolverse en mis tripas. Era un cobarde que tenía que echar mano de lo que la gente pensara de mí.

—Una puta mierda me importa a mí la gente. Muy pirada y muy perdida, pero

siempre he tenido las cosas más claras que tú.

Inició una sonrisa amarga.

—Sí, es posible. Eres muy interesada.

—Y muy ambiciosa, te lo recuerdo —lo interrumpí—. Me lo has dicho otras veces.

—Y muy ambiciosa y egoísta, sí, que solo piensas en tu jodida vanidad: yo, yo y siempre yo —añadió dándose golpes en el pecho.

—¿Y tú? A ver si me vas a hacer creer ahora que eres la madre Teresa de Calcuta. Que si no me has metido en más embolados es porque no te lo he consentido.

Aunque intenté disimularlo, ya comenzaba a observarlo con cierto temor. Su nerviosismo iba en aumento.

—¿Qué embolaos ni qué hostias?

—No tengo nada más que hablar contigo, Carlos. Por mí, hemos terminado este rollo. O sea, que...

—O sea, que, ¿qué? —Avanzó unos pasos hacia mí entrecerrando los ojos—. ¿Eh? O sea, que, ¿qué?

No retrocedí, me enfrenté a él mirándolo directamente. Entonces comprendí que él tampoco deseaba que todo terminara así, pero ya era demasiado tarde. Estaba tan decidida a perderlo de vista que incluso me costaba soportar su presencia. Se dio cuenta, vio en mis ojos que todo estaba perdido. Seguro que traía las reservas del hotel en el bolsillo y se sintió ridículo. Solo necesitaba ese pequeño desahogo. Cinco minutos más y se habría largado de mi vida para siempre. Lo prudente habría sido no responderle. Con acercarme a la puerta y abrirla indicándole que se marchara, habría sido suficiente. Pero esa ira, esa rabia que me posee y que nace en lo más profundo de mis vísceras, habló por mí. Ni siquiera me alejé una mínima distancia prudencial para escupírselo a la cara.

—¡¡¿O sea, qué?!! Te lo voy a decir, ¡que eres un machista impresentable, eso te digo! Que detrás de tu fachada de progre de manual, de tu ética barata, de tu modernidad, no eres más que un intransigente, un puto convencional reprimido y frustrado. ¡Tú sí que estás lleno de traumas, pero hasta arriba! ¡Eso te digo! Que lo que más te jode es no poder controlarme. Lo que más te jode es que viva mi vida como me da la gana. Lo que no puedes soportar es que tus amigos piensen que no eres para mí más que un capricho. Eso es lo que no puede soportar tu hombría. ¡Ja! ¡Tu hombría! ¡Me río de tu hombría, tío!

La bofetada me alcanzó de lleno en la boca y en la nariz. Me pareció que hacía un ruido ensordecedor y seguí oyéndolo durante largos segundos. Era como un eco repetido y sordo.

No sé si me sorprendió su reacción o si en realidad deseaba provocarla.

Fueron breves minutos de silencio. Era una sensación contradictoria. No me rebelé porque en el fondo estaba satisfecha. Era la excusa perfecta para no volver a verlo nunca más. Caminé despacio hacia la puerta, cubriéndome la mejilla con la

mano. La abrí sin decir nada.

Me negué a mirarlo. No sabía lo que estaba haciendo. Solo esperaba verlo atravesar la puerta y olvidar aquella escena cuanto antes. Escuché cómo recogía su chaquetón y se dirigía hacia la salida. Yo seguía obsesivamente mirando hacia el suelo. Se detuvo un instante a mi altura.

—Te vas a arrepentir de esto.

—No sé cómo te atreves —respondí—. Podría denunciarte, pero prefiero perderte de vista para siempre. Si tienes algo en mi casa, te lo mandaré al gimnasio. No quiero verte nunca más.

Vi que comenzaba a descender las escaleras sin esperar al ascensor. Cerré la puerta y respiré. Después corrí al espejo del baño. Tenía el labio tumefacto y un hilillo de sangre escapaba por la comisura de la boca. También la mejilla estaba enrojecida y acusaba el impacto del golpe. Pero nada más, me parecía un precio barato a cambio de desprenderme de él para siempre.

Elegí un paquete de guisantes congelados y lo coloqué sobre el rostro sin demasiado cuidado, como si fuera un protocolo inevitable, pero sin importancia. Después, me derrumbé en el sofá para repasar todos los instantes vividos. Me sentía invadida por una extraña laxitud. Cerré los ojos y respiré profundo, recordando que no era la primera vez que me ocurría algo así. Aunque la anterior fue más dura y peligrosa, y tal vez marcó para siempre mi relación con los hombres.

Tenía doce años y aquella tarde mi amiga Rosa y yo nos repartimos el paquete de Winston americano que le había robado a su hermano Vitorio, que trabajaba en la aduana de Irún. Otras veces era yo la que metía la mano en el bolsillo de la chaqueta de mi padre, mientras dormía la siesta, aunque solo podía conseguir dos o tres rudos Ducados ibéricos pata negra.

Tener un Winston americano entre los labios no ocurría todos los días, por eso, eufórica y orgullosa, fui a buscar a Fito al bodegón del cojo con aquel valioso botín. A mí me gustaba de Fito aquella manera que tenía de mover las manos cuando fumaba y sus ojos grandes y verdeazulados. Era un chico delgado y nervioso, con el cuerpo lleno de cicatrices.

—¡Ven, Fito! ¡Vámonos! Tengo una cosa para ti.

—¿Ah, sí? —dijo sonriendo maliciosamente—. Yo también.

Subimos la cuesta que conducía al cementerio. Aquel lugar deshabitado era una ciénaga siniestra donde se amontonaban gran parte de las basuras de la ciudad.

—Vamos a fumarlos a la cueva.

Avanzábamos cogidos de la mano, estimulados por la mórbida presión de un deseo nuevo y desconocido. Cuando llegamos, nos acomodamos sobre el barro sucio



y seco del suelo. Fito encendió un cigarrillo aspirando profundamente la primera bocanada. Yo imité su parafernalia y sus gestos ahogándome con cada inspiración. Reíamos a carcajadas sin poder contener la emoción, hasta que, de pronto, dejó el cigarro apoyado en un saliente de la piedra y se acercó hasta mí al tiempo que me empujaba contra el suelo sin ningún tipo de contemplación. Lo miré con sorpresa y desconcierto mientras se colocaba a horcajadas sobre mi vientre.

—Pero ¿qué haces?

—¿No querías esto, eh? —dijo rebuscando entre los pliegues de sus calzoncillos demasiado grandes su minúsculo sexo en reposo. Después de torpes y denodados esfuerzos, extrajo con dificultad una culebrilla sonrosada de blandos perfiles.

—¿Qué es eso? —pregunté con los ojos muy abiertos.

—¡Esto es una polla! ¿No ves? —insistía Fito friccionando el miembro con la mano, como si pudiera convencerme con aquellos ademanes de que lo que tenía entre las manos era una cosa diferente a lo que yo veía.

—¡Pues vaya pito más enano... parece una lombriz! —le respondí medio incorporándome, con el rostro alterado por el esfuerzo.

No conocía entonces el cúmulo de enloquecidas sensaciones que un hombre puede sentir al mentársele con desprecio sus atributos sexuales. Porque el pene del hombre es su cetro, el símbolo sagrado y mágico de su poder. Piensa que a través de su falo discurre la energía creadora, el humus vital, el magma de la vida. Más aún, cualquier metáfora que intente definirlo le resulta insuficiente. A su sexo encomiendan su espíritu, su hombría y su razón de ser. De ahí la variedad y vastedad de complejos y frustraciones que muchos alimentan estúpidamente.

El pobre Fito no llegó a saberlo nunca, por eso la bofetada me alcanzó de lleno, haciendo que, al caer, mi rostro golpeará contra el suelo.

—¡Ahora te vas a enterar! —añadió con voz cavernosa.

Sus ojos se habían vuelto pálidos y fríos. Con extraordinaria habilidad y a pesar de mis bruscas convulsiones, consiguió levantarme la falda. Después buscó a su alrededor un trozo alargado y puntiagudo de cristal, como aquellos que habíamos usado en otras ocasiones para grabar en el barro nuestras iniciales dentro de un corazón atravesado por una flecha.

Sentí una terrible angustia. Cerré los ojos y grité con todas las fuerzas de mi garganta, que eran muchas, al tiempo que lo empujaba hacia atrás con desesperación. Él, momentáneamente sorprendido por mis alaridos, cayó hacia un costado mientras lo oía blasfemar. Aproveché el instante para saltar fuera de la cueva en menos tiempo que se emplea en pensarlo. Fito gritaba a mi espalda: «¡Te voy a dejar marcada para toda tu puta vida!», repetía una y otra vez, utilizando con toda propiedad una frase de uso corriente en su hogar. Lo miré un instante y vi que se entretenía unos segundos en colocarse los calzoncillos en su lugar. Con toda la rabia en el borde de la piel, corrí cuesta abajo como una exhalación. Ya estaba muy cerca de las primeras casas del barrio cuando le respondí deteniéndome unos segundos para que pudiera escucharlo:

«¡Fito poco pito! ¡Fito poco pito!».

Llegué a mi casa despavorida y jadeante, dispuesta además a soportar la paliza de mi madre por el lamentable aspecto de mi vestido.

—¿Te crees que soy tu criada?

En los días siguientes volvía aterrorizada del colegio, pensando que Fito me esperaba al doblar cualquier esquina. Yo sabía mejor que nadie de lo que era capaz. Por eso me vi obligada a dedicarle una de mis mortales jaculatorias. Mi dios era una cabeza de barro que yo había modelado, a la que había incrustado a modo de ojos dos piedras verdes de un collar viejo de mi madre. El aspecto de la cabeza, una réplica híbrida de dios azteca y príncipe de los avernos, mediría unos quince centímetros y tenía un aspecto siniestro. Cuando la situación era muy desesperada, como aquella, me arrodillaba frente a él para implorar: «Señor, yo no he tenido la culpa de nada, pero sé que Fito es capaz de matarme. Protégeme como siempre lo has hecho y yo a cambio daré a conocer al mundo la gloria de tu nombre. Amén».

Esta última parte pertenecía a una de las oraciones que mi madre guardaba en su mesilla de noche. La respuesta del dios, al igual que en otras ocasiones, no se hizo esperar. Fito volaba una tarde con su bicicleta a tumba abierta por la llamada Cuesta de la Muerte cuando un perro se cruzó en su camino. El impacto lo arrancó del sillín catapultándolo a varios metros de distancia. Su cabeza se estrelló contra un viejo buzón de correos en el que seguramente nadie había depositado una carta jamás. La prueba fue que a los pocos días lo retiraron y nunca volvieron a poner otro en su lugar.

Sin embargo, de la muerte de Fito no salí indemne. Su espíritu me atormentó muchas noches. Entraba de madrugada por la ventana de mi habitación mirándome con el rostro ensangrentado. Yo le decía: «No lo intentes. No puedes llegar hasta mí. Estás muerto». Entonces él abría mucho los ojos y la boca, como si pudiera comprender al fin lo que le había ocurrido. El primer día su presencia estaba aún tan cargada de materia que, cuando atravesó la ventana y se posó en el suelo, se oyó el ruido de un cuerpo al caer. Después, poco a poco, sus apariciones fueron más etéreas y silenciosas. Sus perfiles se desdibujaron y se convirtió al fin en una forma difusa en la que apenas podía reconocer el brillo de unos ojos claros y fríos. El último día solo fue una sombra neblinosa en la oscuridad. Un rastro de humo que recorrió la habitación chocando contra las paredes para desaparecer a los pocos segundos a través de los cristales.

Salté de la cama para seguirlo, sabía que no regresaría más. Por eso abrí la ventana de par en par, como si deseara conocer el lugar hacia el que se dirigía. Pero allá afuera no había nada. Solo la noche estrellada y la enorme chimenea de la fábrica de ladrillos que no descansaba jamás vomitando humo negro por su boca. Tal vez el mismo al que Fito se unió para siempre.

Cuando volví a la cama no pude conciliar el sueño el resto de la noche. Pero no pensaba en Fito ni sentía piedad por él. La piedad y la nostalgia son sentimientos inútiles. Solo la fuerza y la inteligencia pueden salvarnos, pensaba entonces. Y esa se convirtió en mi ley.

No quería aceptarlo, pero muchas cosas estaban cambiando. Aun así, me negaba a creer que Olga pudiese tener razón. Mi desinterés repentino por Carlos no tenía nada que ver con mi abuela ni con aspectos esotéricos o metafísicos. Probablemente nunca estuve enamorada de él. Carlos me había decepcionado, no era delicado ni cariñoso. Tenía un buen cuerpo, manejaba dinero y resultaba una pareja atractiva y presentable. Todo eso era importante para mí, pero sabía que no volvería a pensar en él. No había dejado ninguna huella en mi vida.

Lo que empezaba a preocuparme era que cada día, aunque solo fuera un instante, volviera a recordar el momento en el que pude hablar con una muerta. Catalina estaba muerta, me lo dijo Gorka, el chico del tractor que me llevó a Amets, y yo hablé con ella. Eso nadie me lo podía negar. Trajo a mi mente los tristes recuerdos que me retrotraen a momentos de mi infancia, como la experiencia que viví con Fito, y otras que me obligaron a ver, a percibir y a soñar con esas presencias que se esconden en los más oscuros recovecos de la mente.

Quizá Olga se refería a eso. Que la fuerza o la importancia de un hecho de naturaleza sobrenatural inmediatamente ocupa un espacio de preeminencia tan determinante que hace que el resto de las circunstancias pasen a un segundo plano o vayan perdiendo intensidad. En mi caso, quizá aún con más razón, pues eran experiencias que ya conocía. Y siendo esto prodigioso, era también lo que más me inquietaba. Pero contaba con su ayuda, Olga sería una fiel y valiosa aliada. Es cierto que soy utilitarista, pero una utilitarista agradecida.

Estaba preparada para ordenar el complejo mapa genético al que me enfrentaba. Se trataba de colocar sobre el papel la tupida red de personajes que componían mi extraña familia y las peculiares circunstancias que los rodeaban. Compré un bloc de anillas en un bazar chino. Admiro a los chinos. Son inteligentes y trabajadores. Hablan poco y hacen mucho. No solo no molestan ni preguntan, sino que ni siquiera te miran. Van a lo suyo. A cualquier empleado de un bazar chino le importas una puta mierda.

A punto estuve de coger un cuaderno mediano Hello Kitty de tapas rosa chicle, pero me pareció de un consumismo barato y manido, así que me decidí por otro del mismo tamaño con el dibujo de una geisha decadente cubriéndose la boca con un abanico rojo. Ya en casa, después de una reflexión bastante apresurada, diseñé un organigrama sencillo en el que aparecían todos los personajes de las diferentes tramas, y establecí un riguroso orden de prelación. Tenía muchos asuntos que atender. No solo mi bisabuela, mi abuela y mi madre, Olga, Marcos, los viajes Madrid-París, las hipotéticas secuelas del *affaire* con Carlos o mi próxima nueva amistad con Antoine. También estaba pendiente una colaboración televisiva que mi mánager me había anunciado, y del que por cierto no había vuelto a saber nada desde hacía más de un mes. Seguramente no existe un trabajo más innoble y ramplón que el de representante artístico. Tampoco podía olvidar mi columna en el periódico y otras colaboraciones literarias. Demasiados frentes por cubrir. Y todo eso por no hablar de

comenzar la nueva novela de la que mi editor ya estaba reclamándome una sinopsis.

En medio de esta vorágine, apenas faltaban veinte días para Navidad. No haré ningún comentario sobre la Navidad y la repugnancia que me inspira, aunque en esta ocasión resultó providencial. Podría empezar a creer en el destino.

Recibí un wasap de mi prima Geli desde Berlín: «Hola, Mariví. Al final tampoco podremos vernos esta Nochebuena. Lucas tiene un proyecto estupendo. Tú sabes lo duro que es ser *freelance*. Te llamaré por Skype el 24 por la tarde. Estamos bien. Besos y abrazos para todos. —Emoticonos de Papá Noel y una postdata—: Ya sabes que solía ir a visitar a Ascensión; por favor, vete de mi parte, pobrecilla, me suelo acordar de ella. Nadie va a verla, está muy sola. Llévale unos pastelitos».

Ascensión era una prima segunda de mi madre, nonagenaria, ingresada en una residencia para ancianos en Irún. Apenas la conocía. Mis ocupaciones mediáticas me habían mantenido bastante alejada de todo, incluso de la vida real. Geli era la que solía ocuparse de los menesterosos de la familia.

Aquel wasap de mi prima iba a marcar el disparo de salida en la aventura de la biografía novelada de mi familia. Como Olga me había sugerido, debería comenzar por saber cosas de mi madre por las que nunca antes me había interesado.

Esa misma noche le devolví un wasap:

«Vale, Geli. Iré a verla. Dime en qué residencia está ingresada Ascensión. FELICES FIESTAS. Ya te contaré. Besos para los dos».

Había mucho que contar, pero la vida de Geli estaba ya en otra parte. Hacía dos años que no nos veíamos, y nuestras comunicaciones eran cada vez más breves y espaciadas. A pesar de todo, ni ella ni yo olvidaríamos jamás nuestras vacaciones agosteñas en Izarra, aquella maravillosa niñez y adolescencia que por un tiempo nos permitió creer que todos nuestros sueños podrían hacerse realidad. Los miedos y las risas nerviosas por la noche debajo de las sábanas, el calor de agosto cuando los días duran una eternidad, bajar al río a coger cangrejos, el olor a verano, a vacaciones, el griterío de las golondrinas que anidaban en el tejado de Amets y nuestras primeras salidas a las fiestas de los pueblos de alrededor.

Teníamos quince años y aquella noche habíamos quedado con dos chicos que conocimos unos días antes en las fiestas de Alsasua. Era la primera vez que nos atrevíamos a tanto. Nos esperarían a las once en la puerta de casa y nos llevarían en coche hasta Leiza. Decidimos ir sin pedir permiso a la abuela, porque sabíamos que no nos lo iba a dar.

—Subiremos a la habitación como si fuéramos a dormir, y después bajamos.

—¿Y dónde nos cambiaremos?

—En la cuadra.

—Jo, qué asco, con lo mal que huele. Oye, Geli, ¿tú crees que le gusto a Paco?

—Seguro que sí, se le nota mucho.

—A mí también me gusta, ¿qué pasará esta noche?

—¡Uf! Me da un poco de miedo.

—¿Por qué?

—Igual no tienen ni carné de conducir.

—No importa, aquí todos los chicos saben conducir.

—Ya, pero hay que pasar el puerto y de noche es peligroso. Y seguro que beben.

—¡Bah! Más peligroso es que nos pille la abuela.

—No nos va a pillar. Me he fijado y en la cena se han metido dos vasos de vino cada una. Están noqueadas.

Se refería también a la tía Maravillas. Geli nunca pudo entender que me pusieran el mismo nombre que a ella.

—Es que yo me lo habría cambiado, te lo juro.

A mí también me parecía horrendo, pero no quería demostrarlo.

—¡Pues anda que el tuyo!

—¿Qué le pasa a Geli? Bien bonito que es.

—No te llamas Geli, te llamas Angelines o María de los Ángeles. Vaya cursilada.

—Ya. ¿Y qué? Me llamo Ángeles. Por lo menos es normal, no como llamarte Maravillas, que parece una marca de fajas...

Aquello era verdaderamente humillante para mí.

—Pero todo el mundo me llama Mariví, que es mucho más original que Geli.

—Pues yo no te lo cambio por el mío.

Si había algo que no podía consentir era que mi adversario dialéctico dijera la última palabra. Y para eso sí que estaba excepcionalmente dotada. Mi espontánea oratoria y mi proverbial fantasía no tenían rival. Nunca, nadie, jamás había conseguido superarlas.

—Mira, no te lo quería decir.

Desde luego, mi prima Geli no estaba lo suficientemente en guardia frente a tan extraordinaria y singular facultad.

—¿El qué no me querías decir?

—Lo que significa llamarse Maravillas.

Geli se encogió de hombros. Siempre caían en la trampa de mi aparente rigor y seriedad. Yo misma era tan coherente, tan convincente y tan respetuosa con mis mentiras que no existía una fisura por la que pudiera penetrar un resquicio de luz.

—Resulta que este nombre lo tienen muy pocas personas en el mundo.

La primera afirmación, impecable. La siguiente tenía que ir inmediatamente después, sin permitir que el adversario objetase cualquier absurda y banal consideración.

—Y eso no es casual, Geli —proseguí—. Por ejemplo, ¿no te has fijado nunca en los nombres tan raros que tienen los reyes?

—Hay de todo —respondió con el ceño fruncido—. Llamarte Juan Carlos o Felipe es bastante normal.

—Ya. Pero ¿tú sabes cuántos nombres rarísimos tienen detrás? Pero no es solo eso. En concreto, Maravillas es algo superespecial. Según dicen, es señal de inteligencia, buena suerte, salud y belleza...

Geli creyó ver en mis palabras el espejismo de una revancha fácil.

—¡Ah, sí! Pues tu tía que está durmiendo arriba se llama Maravillas y mira cómo es, y encima subnormal, o sea, que...

Cuanto más difíciles se pusieran las cosas, más elevada era mi apuesta.

—Sí, eso es lo que tú te crees y lo que ella quiere que parezca.

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir? ¿Que no es subnormal?

—Para nada. Si la hubieras visto como yo... ¿Te acuerdas del otro día, cuando fuiste a Etxarri con Juanma?

—Sí.

—Pues vino el frutero y subí a la *ganbara* para coger la cartera... y cuando pasé por la habitación donde duermen ellas, oí una voz que no era ni la de la abuela ni la de la tía Maravillas. Me quedé paralizada. La puerta estaba entreabierta y me acerqué despacito. Se veía todo perfectamente por la rendija. ¡Era la tía Maravillas mirándose en el espejo, y de su garganta salían dos voces! Como si hablase con ella misma, pero le respondía alguien con una voz que no era la suya. Una voz como de hombre, y hablaba sin fallos y se le entendía perfectamente. ¡Dos personas distintas en un mismo cuerpo! Y no te puedes imaginar lo que le decía: «Eres la más guapa. No les hagas caso, todas te tienen envidia. No les dejes hacer lo que quieren, tú eres la mejor»; y cosas así, mientras Maravillas se reía y se ponía y se quitaba collares, vestidos, incluso trapos y colchas encima de la cabeza. Se miraba y se movía acariciándose el cuerpo, como si se lo acariciase la otra voz, ¿sabes?, y haciendo gestos delante del espejo.

Aproveché la perplejidad de mi prima para tomar aliento. Geli no sabía qué decir, pero tampoco estaba dispuesta a creérselo tan fácilmente. Negó con la cabeza:

—No me lo creo.

—Me da igual. Estaba segura de que no te lo creerías. Ya me advirtió Emilia: «No cuentes a nadie las cosas que te pasan —me dijo—, que no te creerán».

—¿Quién es Emilia?

—La vecina de mi madre, que va siempre a una echadora de cartas que le acierta todo. Pero todo, todo —afirmé tajante—. Pregúntale a mi madre. Es increíble las cosas que le ha dicho de su marido y de un montón de cosas...

—¿Y tú también has ido?

—Sí, me llevó ella, porque ya sabe que yo... —dejé la frase sin concluir.

Se lo creyera o no, no quería quedarse a medias.

—¿Qué?

—Pues eso, que tiene que ver con mi nombre. Que las que se llaman Maravillas tienen unas facultades especiales. Eso me dijo la bruja.

No era cierto que me lo dijera, pero la bruja existía y se llamaba Nica, cobraba 50

pesetas por sesión y le sacó a Emilia una verdadera fortuna. Y eso que a ella le hacía precio especial. Varios días la acompañé a las sesiones, porque ante su marido yo era una coartada perfecta. Josué era un tipo bestia y malencarado, sin oficio ni beneficio, que solo con verlo no te hacía falta que nadie te echara las cartas. Era de los que te sacudía y luego preguntaba. En cuanto a la bruja, jamás se fijó en mí. Y lo de mi tía Maravillas acariciándose en su habitación también era mentira. O, para ser más exacta, no era mentira, era una de mis imaginativas escenificaciones teatrales.

—¿Y qué te acertó a ti la bruja?

—¡Uf! —improvisé de nuevo—. Todo. De mi pasado, de mi futuro, de mis padres. Todo —repetí con un énfasis sospechoso—. Todo, todo.

—¿Qué te dijo del futuro?

—Pues mira, la última vez que fui, hace como un mes o así, me dijo que en estas vacaciones iba a conocer a un chico de Pamplona, alto y moreno, y que yo al principio no querría salir con él, pero que luego sí. ¡Ah! ¡Y también me dijo algo increíble!

—¿Qué? —preguntó Geli, ya casi ganada para la causa.

—Que su nombre empezaba por pe. Y todo es verdad, porque cuando conocimos a Paco, a mí me cayó fatal. ¿Te acuerdas? Y, sin embargo, ahora me gusta.

Geli no parecía dispuesta a encajar más ases en la manga.

—No, pero no empieza por pe, porque Paco se llama Francisco.

—No, perdona, tú no entiendes de eso. Las cartas ven y oyen cómo lo llaman todos. Y nadie lo llama Francisco.

—No sé.

—Mira, son cosas que no se pueden contar. Y me dijo la bruja más cosas que iban a pasar. Y me habló de una chica que estaba siempre conmigo. Y yo creo que eras tú, porque hizo una descripción... o sea, igualita que tú. Me gustaría que conocieras a Nica. En cuanto vaya a San Sebastián quiero preguntárselo. Aunque... —De nuevo me detuve premeditadamente.

—¿Qué? —preguntó otra vez sin poder controlar su impaciencia.

—Pues que mi madre no quiere que vaya, porque dice que son cosas del demonio. Y tampoco quiere que me trate con Emilia. Tiene muy mala fama en el barrio. Y me da mucha rabia, porque no te puedes ni imaginar las virguerías que tengo que hacer para acompañarla. El otro día, ¡uf!, cada vez que me acuerdo, fue una pasada.

—¿Qué hizo?

—No sé si nos va a dar tiempo a prepararnos. ¿Qué hora es?

Estábamos en la cocina de Amets. Miré el reloj sobre el viejo armario de madera. Eran las diez y media de la noche. Faltaba solo media hora hasta que los chicos vinieran a buscarnos, así que poco más podría extenderme.

—Fuimos a ver a la bruja y Emilia estaba muy nerviosa, fíjate que me dijo que si la acompañaba me haría un regalo.

—¿Qué regalo?



—No sé, siempre me los prometía, pero nunca me los hizo. Bueno, una vez me compró un estuche de pinturas al *gouache*.

—¿Qué es eso?

—Pinturas para pintar. Pero seguro que no las compró, porque venían sin envolver. Se las daría alguien.

—Bueno, y qué pasó.

—Que la pobre Emilia estaba destrozada. Su marido era un sinvergüenza. Menos mal que está muerto. Le pegaba y más cosas que no se pueden decir.

—¿Qué cosas no se pueden decir? Si se empieza a contar algo, se termina.

En realidad estaba deseando hacerlo:

—Bueno, pero tú no digas que te lo he contado. Su marido la obligaba a bajar al bodegón del cojo para acostarse con hombres. Y de eso vivían los dos. Y como ella se lo gastaba todo con la bruja, tenía que hacer horas extras. A veces se iba a trabajar hasta Morlans y a Gros, a los bares del final del espigón. La llamaban la Ratitos.

—¿Por qué?

—Porque se ponía en una esquina y les preguntaba a los hombres que pasaban: «¿Quieres pasar un ratito conmigo?».

Todos aquellos datos eran ciertos y por eso olían a verdad. Para mentir bien es importante mezclar mentiras y verdades. Muchas veces es más fácil creer la mentira que la verdad. Geli nunca habría sido capaz de distinguir las unas de las otras.

—Jo, pobre Emilia.

—Ya, mi madre decía que Josué era un canalla. —Me detuve recordando los ojos almendrados de Emilia y su sonrisa perfecta—. Ella era muy guapa, pero no podía tener hijos. —¿Y qué tiene que ver que no pudiera tener hijos?

Me encogí de hombros y moví las manos en el aire, como intentando dar a entender alguna situación escabrosa en la que no deseaba profundizar.

—De eso sí que no voy a hablar por mucho que te empeñes.

Geli suspiró ruidosamente.

—¿Desde cuándo vas a ver a la bruja?

—¡Uf! Ahora tengo quince... Yo creo que desde los diez o así.

—¿Y la bruja te dejaba entrar tan pequeña?

—No siempre. Según de lo que fueran a hablar. A veces tenía que esperar en el pasillo. Pero casi siempre escuchaba detrás de la puerta y me enteraba de todo.

Geli se encogió de hombros. Eran demasiadas impresiones para digerir.

—Estoy aprendiendo, ¿sabes? —añadí para escandalizar un poco más a mi prima.

—¿A echar las cartas?

—Sí.

—¿Te enseña ella?

—Eso no se puede enseñar —respondí con rotundidad. Si te llamaras Maravillas,

echarías las cartas y harías otras muchas cosas...

La conversación podía derivar hacia terrenos impredecibles, porque para mí no existían los límites. En aquel momento estaba dispuesta a defender a muerte que mi nombre tenía un origen de naturaleza superior y para argumentarlo me sentía capaz de todo. Mi nombre o cualquier otra causa que se me pusiera a tiro por absurda y peregrina que fuera. Ninguna causa, ningún tema era lo suficientemente insignificante o grandioso como para que yo no intentara domesticarlo. A Geli le quedaban pocos recursos que esgrimir.

—Entonces, ¿es verdad lo de la tía Maravillas?

—Por supuesto que es verdad, Geli, ¿qué te crees? Hay cosas sobre las que no se puede mentir, porque luego te pasarían desgracias terribles. Estoy segura de que nuestra tía oculta cosas que no podríamos ni imaginarnos.

Permanecemos en silencio. Podía darme por satisfecha. Tampoco tenía demasiado mérito. Mi prima Geli no era difícil de convencer. Mi próximo objetivo era seducir al chico que me gustaba y tener un encuentro con él, pero solo como yo quisiera y hasta donde, me apeteciera.

A las once menos cuarto, primero una y después la otra, todo lo sigilosamente que los viejos escalones lo permitían, iniciamos la subida para coger la ropa.

—¡Jo! Cómo crujen estas maderas.

—Se van a despertar, Geli.

Lo más difícil de todo era contener la risa nerviosa que nos asaltaba.

—Joder, no te rías que la vamos a liar.

—Vale, venga. ¿Qué te vas a poner?

—El azul de florecitas.

—¿Otra vez? —pregunté con gesto despectivo.

—Oye, ¿qué quieres? ¿Y tú?

—Yo voy a estrenar el nuevo.

—Pero es para la misa de mañana.

—¿Qué misa ni qué mierdas? Me lo pongo esta noche. ¿Tú no tienes uno para estrenar?

Geli se encogió de hombros. Al fin y al cabo yo era hija única, pero ella tenía dos hermanos más y en algo tenía que notarse.

—No, pero es igual, el de florecitas me queda genial.

Hablábamos en un susurro apenas audible.

—Casi nos vestimos aquí.

—Ya, pero nos ponemos las sandalias abajo.

—¿Nos queda tabaco?

Geli rebuscó en su mochila:

—Sí, medio paquete.

—Vale. Yo llevo algo de dinero.

Con las sandalias en la mano iniciamos el descenso. Ya habíamos llegado al

último escalón cuando de pronto se encendió la luz de la *ganbara*.

La tía Maravillas apareció en lo alto de la escalera con el pelo hirsuto y desperdigado como un arbusto sin podar.

—¿Q' haces? —preguntó en su peculiar jerga.

—¡Hostia, tú! Nos han pillado.

Comenzó a bajar torpemente sujetándose a la pared. Llevaba una camiseta de hombre, probablemente del tío Bibiano, que le llegaba a mitad del muslo, dejando al aire el resto de su bamboleante anatomía.

—Y decías que estarían noqueadas.

—Bajará a la cuadra a mear.

Era una emergencia total. Los chicos estaban a punto de llegar.

—Vamos a la cocina, Geli. Yo estaré pendiente.

Nos pusimos las sandalias y pasamos a la cocina. Maravillas nos siguió moviendo amenazante la mano en el aire.

—*V'reis l'moña...*

Geli se enfrentó a ella:

—Tú no tienes que meterte en esto.

—Sí, m' meto, m' meto.

—Todavía no vienen —dije dando un rápido vistazo a la ventana al tiempo que me arreglaba el pelo en un espejo pequeño de pátina amarillenta que colgaba de la pared. Después me dirigí a ella—. ¡Tú a callar! Y no le digas nada a la *amona*, que solo vamos un rato con Idoia a tomar algo al bar de arriba.

—*¡M'ntira! ¡¡Vasss feestasss... feestasss!!*

En un arranque inesperado, Geli se acercó a ella con gesto desafiante.

—¡A ti qué coño te importa adónde vamos! ¡Como digas algo, le cuento yo a la abuela lo que haces tú cuando estás sola en tu cuarto!

Se hizo un silencio sepulcral. Ninguna de las dos parecía reparar en mi presencia. Maravillas, con la mandíbula desencajada por el impacto, observaba perpleja a Geli, como intentando averiguar si aquello había sido un comentario casual o tenía algún fundamento verificable.

Geli aprovechó la situación para dar el golpe definitivo.

—O sea, que ya sabes. ¡Que aquí tenemos todas mucho que callar!

Yo tampoco salía de mi asombro. Aquella fue una actuación perfecta.

De pronto oímos voces y risas contenidas en la puerta de entrada. Eran Paco y Juanma, que venían a buscarnos.

—¿Entendido? —exclamó Geli ejerciendo su poder omnímodo.

Nunca lo olvidaré. Maravillas ni siquiera entró en la cuadra. Con el gesto descompuesto, giró sobre sí misma y tal y como había bajado, comenzó lentamente a subir las escaleras intentando salvaguardar su preciada e ignota intimidad.

—Te juro que si no lo veo no lo creo —dije entre dientes.

Sin ocultar su orgullo, Geli se irguió en un gesto teatral y se dirigió hacia la

puerta.

—Para que veas lo que podemos hacer las que no nos llamamos Maravillas.

Pero Paco y Juanma no venían solos. Los acompañaban dos amigos más. Llenar el coche a reventar para desplazarse de un lugar a otro es algo habitual en las fiestas de los pueblos. Tan habitual como justificar los roces y manoseos del tocón de turno que se prodiga sin recato ni disimulo. Lo bueno es que tengas la suerte de colocarte encima del chico que te gusta y no del baboso de la pandilla. Montamos los seis en un dos caballos desvencijado y nos dispusimos a subir el puerto de Izarra camino de Leiza. La suerte seguía acompañando a Geli, que pudo sentarse encima de Juanma. Pero como Paco era el que conducía, a mí me tocó encima de Marcelo, un chico feo y gritón que no paraba de moverse intentando constantemente ubicar mi culo sobre sus piernas con las más obvias y obscenas intenciones.

—¡Joder, para quieto, que te mueves más que una coctelera!

Reía nervioso y excitado:

—Quiero que vayas cómoda.

—¡No te preocupes por mí y deja mi culo en paz!

No sé si estaban borrachos, pero habían bebido lo suficiente como para atreverse a ir con dos chicas de ciudad a las fiestas de Leiza de *gau pasa*, que es el equivalente actual al *after hours*.

La primera impresión que recibí fue la indiferencia de Paco. No iba a defenderme, porque eso era lo que ellos previamente habían pactado. Éramos dos forasteras por las que no tendrían que dar explicaciones a los autóctonos de Izarra y estaba claro que los cuatro nos iban a pasar por la piedra. No tendrían ninguna consideración con nosotras.

Miré a Geli y comprendí que también ella se había dado cuenta. Hizo un gesto de «aguanta, que solo es media hora, cuando llegemos a Leiza nos piramos». Media hora que se convirtió en la más larga de nuestra vida.

—Como no pares quieto, me bajo del coche —insistí dando un manotazo a Marcelo—. Que no sé ni cómo nos hemos montado... porque huele a porro que tumba a un muerto.

La risotada fue general. El copiloto, que era el camarero de un bar de Alsasua, sacó una botella de *whisky* de debajo del asiento para celebrar el comentario, bebió y se la pasó a Paco. Después de beber, este alargó la mano sin mirar atrás y Juanma la recogió. Bebió y se la ofreció a Geli, que la rechazó.

—No quiero —dijo.

—Joder, qué aburridas sois, la hostia —vociferó el copiloto—. Vamos a poner un poco de música.

Un sonido insoportable y agudo inundó el claustrofóbico espacio. Era un casete tan viejo como el coche, y de él emergía una pieza de *rock* duro, tal vez AC/DC.

Todos, incluido Paco, comenzaron a moverse como locos siguiendo el frenético ritmo de la música. La perspectiva no podía ser peor. Apenas llevábamos diez minutos de camino y en la carretera, estrecha y serpenteante, no había luces ni referencias visuales. Pensé que aquella inesperada y delirante situación podía tratarse de una venganza de la tía Maravillas por mi mal comportamiento. Por supuesto que lo pensé. Incluso hubo un instante, en una de las aterrorizadas miradas que intercambié con Geli, en que me prometí a mí misma que en cuanto bajáramos del coche le confesaría que todo lo que había contado de nuestra tía era una puta mentira. En cada una de las curvas suicidas que abordaba Paco borracho y fumado, temía con más certeza que Maravillas nos hubiera dedicado una de sus jaculatorias perversas. Que a mí me constara, al menos lo había hecho en otra ocasión con una parienta lejana que osó burlarse de su manera de hablar. A los pocos meses, uno de sus nietos nació sordomudo y fue precisamente la abuela Úrsula la que se encargó de decir a todo el mundo que aquello era el castigo que Dios le mandaba por haberse reído de su hija.

Pero rechacé la idea de que también quisiera vengarse de nosotras. Me decía a mí misma que éramos dos niñas inocentes y algo tendría que querernos, sobre todo a mí, que llevaba su mismo nombre. Por eso, a pesar de mi propósito de enmienda y del miedo que me inspiraban aquellos cuatro energúmenos, pensé que no sería necesaria la rectificación. Mi soberbia me impedía quedar en evidencia delante de Geli. Tan segura estaba de mi buena suerte como dispuesta a jugármelo todo.

—¡Eh! ¡Paco, cabrón! —dijo Marcelo—. ¡No se te ocurra hacer ahora lo que hiciste el otro día!

—¿Qué hizo? —preguntó Geli intentando ocultar el miedo con una patética sonrisa.

—¡Conducir con los ojos cerrados...!

—¡No jodas! —respondió el camarero.

—¡Sí! Pero no subiendo el puerto... ¡Bajando, tío! ¡Ja, ja, ja! ¡Es un fiero! ¡Un fenómeno! ¿A que no tienes cojones?

No lo creí. Pensé que sería una bravuconada. Me temblaban las piernas de tal manera que el guarro de Marcelo, entre mi tembleque y el frenesí del *rock*, debía de ir bien servido.

Sin embargo, lo hizo. Llegábamos a la curva más cerrada del puerto. No creo que Paco cerrara los ojos, pero aceleró todo lo que aquel trasto podía dar de sí. Entró a toda velocidad sin reducir la marcha. El chirrido de las ruedas fue como la sintonía macabra previa a la catástrofe. En el interior del coche, el viraje hizo que nos golpeáramos unos contra otros como bailarines de una danza enloquecida. Por un momento vi su rostro en el retrovisor. Tenía la mirada desencajada y los ojos enrojecidos. Estaba totalmente colocado. Fueron unos segundos terribles en los que el coche continuó deslizándose por el asfalto sin conseguir equilibrarse. Las ruedas no dejaron de chirriar siguiendo una deriva impredecible. Nos íbamos a estrellar y cada nanosegundo que transcurría sabíamos que podía ser el último. Sin embargo, nadie

gritó.

Sin alcanzar a comprender qué estaba ocurriendo, de pronto las puertas se abrieron y me vi catapultada fuera del coche. Tuve la sensación de que había tardado mucho tiempo en llegar al suelo. Son instantes en los que desaparece la realidad y penetras en un sueño del que solo eres espectadora. Fue un golpe brutal, pero no sentía dolor. Afortunadamente, caí sobre un manto de tierra y hierba. Pensamientos inconexos, olores que no puedes identificar, el sabor del barro en la boca, los miembros paralizados.

La cinta siguió sonando. Ignoraba a qué distancia me encontraba de todo y de todos. Creo que llamé a Geli. Apenas podía murmurar su nombre. Pero nadie respondió. Solo se oía el estruendo de la música profanando el silencio de la noche.

Llegué a Irún sin problemas con el GPS, cosa extraña. La voz mecánica me ubicó en el aparcamiento mismo de la residencia de ancianos Toki Alai, un viejo edificio blanco de persianas verdes y fachada desconchada, cerca de la desviación que enlaza con la frontera francesa. Teniendo en cuenta lo poco que sabía de Ascensión, entré dispuesta a improvisar lo que hiciera falta. Cuando me atendió la recepcionista, sentía una cierta inquietud o quizá fuera solo curiosidad. Una joven vestida con bata blanca me observaba sin poder ocultar su sorpresa.

—Hola, buenos días.

—*Egun on*<sup>[12]</sup> —respondió. Es igual que saludes en finlandés, aquí solo te van a decir *egunon*.

—Vengo a ver a Ascensión.

La empleada me observaba sonriente.

—¿Ascensión? ¿Cómo se apellida?

No había pensado en el apellido. ¿Era prima carnal de mi madre o prima segunda?

—Pues mira, lo siento, creo que Irureta, pero no estoy segura. Es una señora mayor.

La recepcionista parecía encantada:

—¡Claro! ¡Mayor! Tiene que ser mayor para estar aquí. —Al fin se decidió a pasar al ataque—. Eres la periodista, ¿verdad?

—Sí.

—Hace mucho que no te veo en televisión.

—Ya. La tele es así. Hoy estás y mañana no estás.

—Sí, pero te leo en el periódico, me río mucho contigo.

—¡Ah, genial! Gracias. ¿Te puedo dar algún dato más de Ascensión?

—A ver, dime, creo que ya sé quién es.

—Tiene noventa y tantos años, pero está estupenda. Se vale por sí misma. Es delgada y recuerdo que siempre va muy tiesa.

—Sí, claro, Ascen. De esa edad que esté tan bien como ella no hay otra. Sube a la primera planta y pregunta por Nagore; es la responsable de su zona.

Pero no hizo falta que preguntara. Cuando llegué toda la planta esperaba mi llegada. Otra joven vestida de blanco me hizo pasar a una pequeña salita de espera.

—Enseguida viene. Ahora mismo la aviso.

El cuartito estaba reformado y era impersonal y aséptico. No había muebles, solo unas sillas de formica y una mesita central llena de revistas atrasadas. En el aire flotaba un fuerte olor a productos de limpieza. Seguramente acababan de pasar por allí las limpiadoras.

Me senté calibrando cómo recibirla. Hacía varios años que no la veía y la verdad era que ni siquiera recordaba su rostro.

A los pocos minutos, Ascensión apareció en el umbral. De aspecto aparentemente frágil, muy delgada, de estatura mediana, pero algo más alta que las de su generación,

o tal vez era esa la impresión que producía al caminar tan erguida. Sin embargo, tenía un curioso parecido con Catalina y con todas las ancianas de su edad. Vestida de gris y negro, con el pelo completamente blanco muy tirante, recogido en un moño bajo. Se quedó observándome con un gesto de extrañeza. Seguramente ella tampoco me recordaba a mí.

Me levanté solícita, dispuesta a saludarla afectuosamente, pero ella me detuvo con la mano en alto, como si necesitara observarme mejor desde esa distancia.

—¿Quién eres? —preguntó.

—Hola, Ascensión... Soy Mariví.

Su expresión no varió.

—¿Mariví? —Negó con la cabeza varias veces—. No te conozco —dijo al fin.

Sonreí sin poder evitarlo:

—Mariví Asparren... La hija de Brígida Irureta.

Entonces abrió mucho los ojos y se colocó la mano sobre la boca como para ahogar una exclamación.

—¡Jesús! ¿La hija de la Brígida? —Avanzó unos pasos mirándome de arriba abajo—. Claro que no te conozco. ¿Qué haces aquí?

—Bueno, Ascensión. Lo que pasa es que hace mucho tiempo que no nos vemos.

—No. —Negaba tozudamente—. A tu prima sí que la conozco. De ti no sé nada.

No me lo iba a poner fácil. Pero la tomé del brazo y la llevé hacia las sillas.

—Precisamente por eso vengo yo. Ya sabes que Geli está fuera y no puede venir estas navidades, por eso me ha encargado que venga yo en su lugar. Y a mí me ha hecho mucha ilusión, Ascen.

Nos sentamos una junto a otra, pero Ascensión continuaba con el ceño fruncido. Se encogió de hombros.

—Bueno, pero no tengo mucho tiempo. Ahora viene uno que nos da gimnasia.

Me iba a resultar más difícil hablar con ella que entrevistarme con el papa Francisco.

—Por cierto, Geli te manda muchos saludos y me había encargado que te comprara unos pasteles, pero al final se me han olvidado. Lo siento.

La anciana dio una brazada en el aire sin bajar la guardia. Estaba incómoda, sentada en el borde de la silla, como dispuesta a levantarse en cualquier momento.

—¡Déjate de pasteles y tonterías! ¡Aquí no necesitamos nada! Comemos muy bien —dijo. Después, como si intuyera que había algo más, me miró a los ojos—. Bueno. ¿Y qué quieres?

Era su manera de decirme que los tiempos los administraba ella. De acuerdo. Acepté sus reglas.

—Me gustaría preguntarte por mi madre.

Su cabeza funcionaba con una lucidez extraordinaria. En los segundos de silencio que siguieron, Ascensión ordenó sus recuerdos y sus rencores. A su memoria acudieron los nombres de todas sus víctimas y de todos sus verdugos.



Aún en silencio, asintió varias veces.

—¿Qué quieres saber de tu madre?

—Aunque hace tiempo que ha muerto, la echo mucho de menos y Geli me ha dicho que viniera a verte para que me hablaras de ella.

—Trece años hace que murió —dijo interrumpiendo mi cháchara. Lo sabía mejor que yo—. Trece años —suspiró—. Pobre Brígida.

Sentí como una congoja:

—¿Por qué dices *pobre Brígida*?

No respondió.

—Siempre que pude la ayudé. Estuvisteis viviendo en mi casa cuando erais pequeñas. Pero la Úrsula la hizo sufrir mucho.

—¿Úrsula?! ¡Mi abuela! —exclamé asombrada—. ¿Cómo que la hizo sufrir?

De pronto se puso en pie como dando por terminada la visita.

—Bueno, deja, deja... No quiero hablar de nadie... No tengo nada que decir. A qué vienes tú aquí ahora a revolver las cosas.

Era desagradable y maleducada. No podía consentir que aquella vieja caprichosa y arbitraria me dejara a dos velas. Estaba dispuesta a jugar sucio si hacía falta. Yo también me puse en pie dispuesta a defenderme.

—Bueno, si tú no quieres contarme nada, ya sé a quién preguntar.

Volvió a mirarme de arriba abajo con una sombra de desprecio en sus ojos penetrantes.

—¿A quién vas a preguntar tú?

No tenía ni idea de qué responder. Pero alguien vino en mi ayuda.

—Se han dicho muchas cosas, Ascensión, y yo quiero que la gente respete su memoria.

Volvió a sentarse despacio.

—Ya tienes a quién parecerse —murmuró.

—¿Yo? —pregunté extrañada.

—Sí, tú.

—Pues todo el mundo dice que me parezco a mi madre.

Era intolerable que sin conocerme tuviera tan mala idea de mí.

—Ya quisieras —dijo entre dientes. Después de unos segundos, añadió—. Eres igual que tu abuela Úrsula. Ya te dio bien las aguas.

Yo no salía de mi asombro.

—¿Las aguas? ¿Qué es eso?

Me miró sin verme, como si pensara en lo siguiente que debía decir. Había que estar muy pendiente de sus volantazos dialécticos si no querías perderte la mitad de la información.

—Dar las aguas es el bautismo —respondió displicente—. Úrsula se empeñó en ser tu madrina. Aquel fue un terrible disgusto para Brígida, porque mucho antes de que nacieras ya tenía hablado quién te iba a llevar a la iglesia.

Seguía sin comprender qué importancia podía tener una madrina u otra.

No había silenciado el teléfono y de pronto comenzó a sonar dentro del bolso. Rápidamente lo busqué y miré el visor, no era un contacto conocido. Lo apagué y lo guardé de nuevo.

—Pero, no entiendo, ¿qué más da quién sea la madrina?

—Pues si no entiendes eso, no entiendes nada —añadió con rotundidad—. Dar las aguas es muy importante para el destino de la criatura.

Aquello me pareció demoledor. Solo Olga sería capaz de interpretarlo. Ascensión era una mina. Tenía que intentar ganármela definitivamente.

—Gracias por decírmelo, Ascen. Eres una buena persona.

—¿Qué más quieres saber? —No había dulcificado su tono, pero su actitud parecía más serena. Ni siquiera me planteé hacerle preguntas, ella solo iba a contar lo que quisiera.

—Todo lo que tú puedas recordar de ella.

Se encogió de hombros.

—¿Todo? ¿Qué es todo?

Era increíble, pero seguía a la defensiva. Si decidió contarme lo del bautismo no era porque yo se lo hubiera pedido ni para reivindicar la memoria de mi madre, sino para que yo no indagara por mi cuenta. Como quien da un caramelo a un niño teniendo escondida una enorme tarta de chocolate. ¿Qué era aquello de mi madre que yo no debía conocer? Así que continué representando mi papel.

—Solo quiero saber si son verdad las cosas que se dijeron de ella.

Esta vez me observó detenidamente entrecerrando los ojos.

—¿Qué has escuchado tú?

—Me las contó una prima mía —mentí.

—¿De Goñi o de Izarra?

Goñi era el pueblo de mi madre e Izarra el de mi padre y el de mi abuela Úrsula.

—De Izarra.

—Entonces seguro que todas son trampas y mentiras.

Callé un instante para dar más solemnidad al momento.

—Tengo derecho a saber de mi madre, Ascensión.

Inspiró profundamente y se arrellanó en el asiento ocupando toda la silla. Después cruzó las manos sobre el regazo y comenzó a hablar mirando al infinito, como si deseara visualizarla.

—Era una mujer de los pies a la cabeza, muy cariñosa —enfaticó—, limpia y aseada... la más *txukuna*<sup>[13]</sup> de todas. Sabía coser, dibujar, cantar, cocinar, conocía las hierbas y podía curar a los animales y a las personas. Y aún tenía tiempo para ocuparse de la iglesia. Todas las semanas le cambiaba las flores a la Virgen y limpiaba la capilla. —Calló un instante—. Todo lo que hacía tu madre era bueno —terminó, como quien pone el broche a una lección aprendida.

La escuché sin ocultar mi asombro mientras intentaba imaginar los celos o la

competencia que quizá hubiera existido entre mi madre y mi abuela. Parecía como si Ascensión estuviera a punto de contarme *Blancanieves y los siete enanitos*, con suegra en lugar de madrastra.

—Pero todo eso está bien. ¿Qué era lo malo?

De pronto su actitud cambió, como si en la dirección en la que estaba mirando hubiera visto algo que la hiciera recapacitar.

—No vas a entender lo que te voy a decir —dijo con gesto retador.

Aquella situación era muy humillante para mí. No estaba dispuesta a soportar más sus aires de grandeza. Entonces quise demostrarle que no era tan estúpida como ella creía.

—Te equivocas. Sí, lo voy a entender. Sé lo que me quieres decir. Hace dos semanas pasé una noche en Amets yo sola. Y vi a Catalina. ¿Sabes quién es Catalina? La señora que cuida la ermita de San Adrián —dije sin esperar su respuesta—. Pero Catalina murió hace más de tres años. Pero yo la vi y hablé con ella hace apenas dos semanas. Por eso te voy a creer y por eso lo voy a entender.

Entonces se volvió para devolverme una mirada distinta. Me observó despacio con toda su atención, como si en ese momento acabara de sentarme junto a ella y nuestra conversación anterior nunca se hubiera producido.

—¡Catalina! —exclamó en un murmullo.

—¿La conociste?

Asintió sin palabras mirando de nuevo al frente, ensimismada aún en sus pensamientos. Permanecí en silencio esperando que hablara de nuevo. Al fin inspiró profundo.

—Sí, sí la conozco —dijo.

Hablaba de Catalina como si estuviera viva. Creí que debía insistir en que había muerto hacía varios años.

—Pero Ascen, Catalina ya murió.

—Ya, ya lo sé.

Parecía seguir recordando viejas escenas vividas quién sabe cuándo y en qué lugar.

—Es que me ha parecido que no me habías entendido.

Ascensión chascó la lengua sin importarle absolutamente nada mi perplejidad.

—Muerta o viva, esa es la misma enredadora de siempre... ¿Y qué te dijo?

Era absurdo que me detuviera a poner en duda su cordura o que analizara sus respuestas con una mentalidad lógica y empírica. En ese momento, yo estaba en el mundo de Ascensión. Y en ese mundo estaba obligada a responder a cualquier cuestión con total naturalidad.

—Me dijo algo muy importante, Ascen.

De nuevo se volvió para mirarme.

—¿Qué te dijo? —insistió con sequedad.

—Que tenía que encontrar a la madre de mi abuela Úrsula para que ella pudiera descansar.

—¡Qué bruja! —murmuró entre dientes.

—¿Cómo dices? ¿Te refieres a Catalina a o a mi abuela?

—¡A las dos! —respondió tajante—. Sí —añadió como para sí misma—. Haz lo que quieras, pero solo quieren enredarte.

Por muy absurda que pareciera la situación, en el fondo la creía. La creía más que a Catalina. La seguridad y el aplomo que mostraba Ascensión eran algo extraordinario.

—Pero ¿cómo no voy a hacer caso a una muerta que me trae un mensaje de mi abuela?

Ascensión comenzó a mover enérgicamente la mano en el aire:

—Nada, ni caso.

No necesité fingir que estaba desesperada. Lo estaba realmente.

—Pero ¿qué voy a hacer? ¡Por favor, no me digas eso, Ascensión!

La vieja pareció compadecerse de mí.

—Tú verás. Yo en tu lugar no me metería.

—¡Pero no puede ser! Ahora que ya lo sabemos todo, incluso sabemos quién era su madre. ¡Todo, Ascensión! —exclamé buscando su comprensión.

—¿Quién era su madre? —preguntó de pronto.

—¡Qué más da!

Crucé los brazos y me quedé encogida en mi asiento, sin fuerzas para preguntar ni para responder. Ascensión respetó mi silencio y pareció sumergirse a su vez en sus propios recuerdos.

Después de algunos momentos de indecisión, carraspeó como si deseara anunciarme que estaba dispuesta a hacer una nueva revelación. Era muy evidente que solo había estado recreando la versión de mi madre que más le interesaba transmitir.

Y debo añadir, para quien quiera creerlo, que a pesar de que entonces no podía saber quién era realmente Ascensión, ni si me estaba mintiendo, algo extraño percibí. Como si mi visión se desenfocara, noté de improviso como un vaho espeso que la envolvía y una atmósfera turbia a su alrededor.

—La Virgen la quería mucho a tu madre —dijo.

No respondí. Tampoco habría sabido qué responder. Además, estaba segura de que ella añadiría algo más. Esa era su táctica.

—Por eso le tenía envidia tu abuela.

No sabía por qué, pero no pude ocultar que estaba irritada. Me volví hacia ella llena de impaciencia.

—¡No te entiendo, Ascensión! Habla más claro. ¿No ves como te he contado yo lo de Catalina?

Siguió mirando hacia el frente, con sus manos sarmentosas cruzadas sobre el

regazo, y comenzó a murmurar algo entre dientes. Solo pude entender:

—Sí, igual que ella.

—¿Igual que quién?

Suspiró ignorando mi pregunta.

—Toda la gente del pueblo acudía a tu madre para que le pidiera cosas a la Virgen. Y si lo pedía ella, la Virgen se lo concedía.

No esperaba una revelación así. Me sentía absolutamente desbordada por los acontecimientos.

—¿Qué tipo de cosas? —pregunté estúpidamente.

Ascensión asintió.

—De todo, pero sobre todo salud. Brígida curaba a los animales y a los hombres.

—¿Y les cobraba?

Pero Ascensión ni respondió ni se inmutó. Parecía imposible alterarla o sorprenderla.

—La gente le llevaba patatas, huevos y gallinas —continuó hablando como si no hubiera escuchado la pregunta anterior.

—¿Y mi abuela Úrsula?

Se encogió de hombros:

—Vivía en Izarra con los tres *zoragarris*<sup>[14]</sup>.

—¿Y lo que has dicho de que mi abuela le tenía envidia?

—Sí, mucha envidia —asintió—. Úrsula empezó a decir que de joven se le habían aparecido la Virgen y san Miguel bajando del cielo con un caballo blanco, y que por eso ella podía hacer más milagros que Brígida.

—¡Uf! ¡Qué mal rollo! ¿Apariciones de la Virgen?

—Claro, mentiras de la Úrsula... A ella no se le apareció nadie.

—Claro que no. Ya me imagino que era mentira.

Ascensión se volvió completamente hacia mí y puso su mano helada sobre la mía. No pude evitar un escalofrío.

—Pero las apariciones eran de verdad, ¿eh?

—¿Cómo que eran de verdad?

—Sííí. Empezaron en Ezkioga en julio de mil novecientos treinta y uno —precisó. Después dirigió su mirada de nuevo hacia un lugar indefinido del techo—. Venía gente de toda La Barranca a ver a la Virgen. Decían que aquello era más importante que lo de Fátima y Lourdes. Por eso al final también vinieron personas muy importantes, políticos y obispos a la campa de la ermita a escuchar el mensaje.

—¿Qué mensaje? —pregunté hipnotizada.

Calló momentáneamente, como para tomar aliento.

—Que a los cinco años de su primera aparición, o sea, en el mes de julio del año mil novecientos treinta y seis, en España se derramaría mucha sangre. Que habría una guerra entre hermanos y pasarían cosas terribles. Y ya ves... acertó exacta la fecha —añadió con un gesto de satisfacción incomprensible.

—¡Hostia! Perdón —corregí sobre la marcha—. ¿Qué dices?

—Sí, eso está escrito y hay fotos y todo.

—¿Fotos de la Virgen apareciendo? —pregunté de nuevo en pleno síndrome de Estocolmo.

Ascensión se encogió de hombros cabeceando.

—No creo. Ahí no estoy segura. Pero salió un libro con fotos de Goñi, Izarra, Arbizu, Ezkioga, Unanua. Llegaban miles de personas a ver a la Virgen, que bajaba vestida de blanco con una espada en la mano para anunciar que habría en España una guerra civil. Sí, así es. «Dentro de cinco años habrá una guerra entre hermanos» —repetió—. ¿No sabes eso tampoco? —añadió, sin duda para humillarme.

Comencé a notar un latido sordo en la sien. Seguro que iba a dolerme la cabeza. Demasiada información que codificar.

—¿Y mi abuela veía a la Virgen?

Su gesto se endureció. Aquel tema parecía irritarla.

—No, mentira. Eso hubiera querido ella. Ya te lo he dicho, todo mentira. Solo para darse importancia y ser más que tu madre.

—Pero ¿es que mi madre veía a la Virgen?

Cabeceó enérgicamente:

—¡No lo sé!

—¿Cómo no vas a saberlo?

—Basilia era la que veía a la Virgen. Tu madre iba con ella a la campa de Izarraitz.

—¿Quién es Basilia?

Pareció arrepentirse de haber pronunciado ese nombre.

—¡Haces muchas preguntas! ¡Preguntas tontas!

—Es que has dicho que iba con Basilia a ver las apariciones. Me interesa mucho esa mujer. ¿Vive en Goñi?

Ascensión se retorció las manos obsesivamente:

—Me estás confundiendo. ¡Ya no sé lo que te he dicho!

—Es que has dicho que mi madre hacía milagros y curaba a la gente.

—¡Yo no he dicho eso! —Su gesto era evasivo y equívoco—. La veía como en sueños. Soñaba con la Virgen y le pedía todas las cosas que necesitaba, nada más.

—¿Y tú?

Ascensión se volvió:

—¿Yo qué? —preguntó innecesariamente. Sabía muy bien a qué me refería.

—¿Tú viste a la Virgen?

Se replegó en su asiento, mostrando su gesto más hostil. Era increíble, no quería responder. A pesar de su desparpajo y de toda la impertinencia que era capaz de destilar, no iba a responderme.

—¿No vas a decir nada?

Negó repetidamente con la cabeza. Sin embargo, de pronto no era enfado ni rabia

lo que había en su rostro, sino una inmensa tristeza, una angustia contenida.

—No puedo —dijo inclinando la cabeza.

—Pero, Ascensión...

—Déjalo. Hace mucho tiempo ya, no me acuerdo.

Respeté su deseo y de nuevo permanecimos en silencio. Entonces creí adivinar que aquel extraño episodio nunca olvidado fue uno de los más importantes en la vida de Ascensión y tal vez en la de mi madre. Consulté mi reloj. Eran casi las once y media de la mañana. Llevábamos una hora y media hablando de milagros, locuras y cosas imposibles.

—Hoy te has quedado sin gimnasia, Ascensión.

Asintió con un cierto alivio.

—No importa. Lo he dicho por si no me gustaba estar contigo.

—Ya lo sabía —respondí con una carcajada—. Pero al final hemos estado a gusto, ¿verdad?

Frunció el ceño sin poder contener una incipiente sonrisa.

—Entonces, ¿puedo venir otro día? —pregunté.

—No sé para qué. Ya te lo he contado todo —mintió—. Las dos sabíamos que guardaba muchos secretos que no revelaría jamás.

—Qué rabia no haberte traído los pasteles, Ascensión. Por cierto, Geli me dijo que te gusta comer los pasteles con pan.

Levantó los hombros rítmicamente como si fuera el comienzo de un baile ritual.

—Sí, pero ahora no como dulces. Prefiero tomar en la cafetería un café con leche.

—¡Ah! ¿Tenéis cafetería aquí?

—Sí, una muy elegante.

Dudé un segundo antes de preguntar:

—¿Te puedo ofrecer un poco de dinero para que tomes unos cafés?

—Sí, sí, lo que tú quieras. —Por primera vez mostraba una actitud comunicativa y cordial—. Aquí nos dan de todo, pero el dinero me viene muy bien.

Volví a reír a carcajadas.

—¿Solo para tomar cafés?

Saqué mi cartera y deslicé cien euros en el bolsillo de su falda. Por su expresión, aquello debió de parecerle una fortuna. Por fin conseguí que Ascensión sonriera.

—Bueno, y alguna copita de pacharán, también.

—Gracias por todo, Ascensión.

De nuevo su mano fría y sarmentosa se posó sobre las mías.

—Me has dado mucho dinero, así que ahora, como despedida, te voy a cantar la canción que tu madre le hizo a la Virgen.

Al final solo el dinero pudo conmovier a Ascensión.

—¿Mi madre hizo la letra de la canción?

—Sí —asintió bajando la mirada.

Se aclaró la voz con un largo carraspeo y comenzó a cantar.

*Maite zaitugu, ama Maria, zerurako bidean  
Kantzatzen gaude pozez beterik zure sortze santua  
Ama, maite, zoragarria... zure begi eder horiekin...  
Beti begira gaitzazu... Ama bedeinka gaitzazu<sup>[15]</sup>.*

Yo la conocía. No era cierto que la escribiera mi madre. Era una antigua canción religiosa suave y nostálgica. Pero sentí una gran emoción dentro de mí. Algo muy profundo y muy lejano atravesaba el tiempo y el espacio para retrotraerme a aquel lugar de la infancia donde la escuché por primera vez.

Ascensión siguió tarareándola mientras se alejaba. Me quedé observando su erguida compostura, esperando un último saludo. Pero no se volvió para mirarme.

Busqué mi móvil para comprobar quién había llamado unos momentos antes. Era un teléfono desconocido. Apreté la tecla de rellamada y esperé:

—Soy Mara Asparren. Me has llamado. ¿Quién eres?

Era un inconfundible acento gabacho:

—Hola, Mara. Soy Antoine, ya sabes, el socio...

—¡Ah! ¡Antoine! —lo interrumpí—. Claro que sé. Encantada de hablar contigo y gracias por llamarme tan pronto.

—Gracias a ti. ¿Mara o Mariví? —preguntó con extraordinaria jovialidad.

—Prefiero Mara, Antoine. En casa todos me llaman Mariví, pero en la calle soy Mara.

—Ya, y en la televisión también. Por cierto, estás muy guapa, aunque hace bastante que no te veo. ¿O ya no vas?

—No, no voy, gajes del oficio.

—¿Gajes o gafes?

Tenía una voz muy cordial y vitalista.

—Ja, ja. De todo, Antoine.

—Bueno, ¿cuándo quedamos?

—Cuando quieras.

—Muy bien. Te invito a cenar este viernes, ¿okey?

—Genial.

—Vale, ahora no puedo hablar mucho. Te llamo el viernes por la mañana y quedamos. Elijo yo el restaurante, ¿te importa?

Me alegré de que Antoine fuera explícito y conciso. Parecía acostumbrado a afrontar las situaciones sin preámbulos. Y por otra parte yo me sentía tan absolutamente arrebatada por las asombrosas revelaciones que acababa de conocer que me resultaba difícil fijar mi atención en otros temas. La próxima vez que fuera a visitar a Ascensión, iría acompañada de Olga. A pesar de todo, Ascensión seguía inspirándome más confianza que Catalina. Sentí una tristeza amarga al comprender



que si su relato fuera cierto, mi madre era una absoluta desconocida para mí. Y para todos nosotros. Ni yo ni ninguna persona del círculo familiar éramos conocedoras de aquellos hechos. Aparte de mi abuela Úrsula y de mi padre, que forzosamente tendría que haberlos vivido, pero jamás habló de ello con nadie. Lo recuerdo callado y poco expresivo. Era probable que todo aquel asunto no fuera de su agrado.

*Maite zaitugu.* Cuántos recuerdos trajo a mi memoria aquella canción. Qué curioso el poder de una melodía, de un olor, de un nombre. Ahora que escribo estas líneas, poco a poco, los recuerdos de una infancia que siempre he deseado olvidar acuden a mi llamada. Llegan mutilados, difusos, algunos incluso totalmente borrados. Apenas queda la huella lejana de unas estrofas escuchadas en la niñez. Pero el rastro que dejan es indeleble. Como la añoranza del olor de los libros nuevos al comienzo del curso o la cadencia de la voz de mi madre.

En cualquier caso, lo asombroso era que Olga tuviera razón. ¿Cómo era posible que intuyera tan certeramente al insinuar la mala relación entre mi madre y mi abuela?

Llamé a Olga a través del manos libres. Enseguida oí su reconfortante voz.

—Hola, Olga, tengo muchas cosas que contarte y acabo de quedar para cenar el viernes con Antoine.

—¡Oh! Qué bien. O como tú dirías: «Cómo mola, tía».

—Ja, ja. Te pongo en antecedentes. Vengo de Irún, de visitar a Ascensión, una prima de mi madre. Tenías razón, me ha contado cosas alucinantes de ella y de apariciones de la Virgen.

—¿Qué dices? ¿Que tu madre veía a la Virgen?

—No, no lo sé, no creo. Pero sí me ha dicho que curaba a los enfermos con una pomada de hierbas que hacía. Verbenas y pasmobelarras y cosas así. Lo de las apariciones tengo que mirarlo en internet. Ocurrieron en Ezkioga, un pueblo de Guipúzcoa, sobre el año treinta y uno. Asegura que fueron más importantes que las de Fátima y Lourdes.

Se produjo un silencio que me hizo creer que se había cortado la comunicación.

—¡Olga! —exclamé.

—Sí, te oigo, Mariví.

—¡Ah! Creí que se había cortado.

—No, estoy aquí.

Entonces comprendí que había percibido algo misterioso en toda aquella información.

—¿Qué piensas, Olga?

—Yo tampoco sé qué decirte, pero me gustaría conocer a esa mujer.

Tomé aire antes de responder atropelladamente:

—No, a ella no. Pero vamos a ir a Goñi y preguntaremos por Basilia; mi madre iba con ella al lugar de las apariciones. ¡Quiero ir contigo, Olga! ¡Lo necesito!

—Muy bien. Llámame y quedamos.

Algo estaba ocurriendo. Su voz era serena, pero preocupada.

—Gracias, Olga.

Parecía que no iba a responder nada más, por eso aproveché el momento:

—Y de Antoine... también necesito que me des una opinión, que digas lo que te parece, ¡pero ya! —exigí bromeando.

—¿Qué quieres saber de Antoine? ¿Física o metafísicamente hablando?

—De momento, físicamente. De lo otro tengo bastante con lo mío.

—¡Uf! —resopló—. Lo conozco muy poco. Me lo presentó Marcos un día que coincidimos en el Arzak y luego lo he visto un par de veces. Pero te advierto que ya te puedes portar bien con él porque es íntimo de tu primo.

—Yo siempre me porto bien.

La oí reír, quizá para desdramatizar su admonición previa:

—No estoy tan segura.

—Venga, no te hagas de rogar, dime cómo es.

—Bueno, es un tipo agradable, educado, detallista, caballeroso...

—Uy, mal empezamos.

—Que no.

—A ver, especifica.

—Te va a gustar, ya verás. —Hizo un brevísimo silencio—. Bueno, no es un cachas metrosexual como Carlos.

—Mejor, no lo quiero ni ver. Terminamos ayer de muy mala manera.

Sabía que no iba a consentir que no le contara el incidente con mi ya exnovio hasta los más ínfimos detalles. Aproveché el viaje de vuelta a San Sebastián para poner a Olga al día también de mi ruptura con Carlos y el extraño caso de la gasolinera.

—Son demasiadas cosas las que me están ocurriendo, Olga. ¿Tú crees que es normal que una gasolinera esté vacía?

—Pero ¿no dices que había alguien encerrado en el baño?

—Sííí, claro, y aporreé la puerta y no me contestó. Estoy mosqueada, Olga, no sé si son hechos casuales o paranoias mías.

—No te preocupes, me enteraré de si pasó algo.

—¿De verdad? ¡Cómo te lo agradezco!

—Déjalo de mi cuenta.

—Muchas gracias, Olga. Estoy tan obsesionada con todo que creo que de un momento a otro voy a levitar o a escuchar voces.

—Ja, ja. Cuando me entere, te lo digo.

Confiaba plenamente en ella. Sin embargo, no la invité a acompañarme a Madrid. Prefería ir con Antoine. Él me sería más útil y me abriría muchas puertas. Era un hombre maduro, experimentado y con muchos contactos sociales. Con Olga contaba para todo lo demás y por supuesto para mi visita a Goñi. Necesitaba saber quién había sido mi madre y conocer la relación que había mantenido con mi abuela. El

relato que hizo Ascensión, aun resultando aparentemente increíble, era lógico y tenía sentido. No podía ser cierto que mi abuela Úrsula estuviera sufriendo en el más allá porque no supiera quién era su madre biológica. Había algo de más calado, infinitamente más turbio y oscuro, que entonces yo no podía ni imaginar.

Tan ocupada estuve ultimando los detalles de mi viaje a Madrid para asistir a la fiesta de presentación del nuevo Thank, que no pude telefonar a Marcos hasta la víspera de la salida. Tenía un par de llamadas tuyas que no pude atender, pero él sabría comprenderlo. Le estaba infinitamente agradecida por prestarme a su socio y amigo. Seguro que estaba al tanto de que Antoine me acompañaba a Madrid, así como de la cena que tuvimos previamente y de nuestro incipiente coqueteo posterior. Todos contábamos con que ese chispazo se produciría. Marcos era un hombre práctico y sabía que Antoine podía resultar providencial para mí y para nuestras aspiraciones con la familia Cartier.

En apenas dos semanas, nuestra relación era perfecta. Después de tres años de divorcio prácticamente en dique seco, Antoine disfrutaba plenamente de mi compañía.

Ni Antoine ni yo aspirábamos a más. Podía ser el hombre que estaba necesitando. La voz de Marcos delataba sorpresa y alegría a partes iguales.

—¡Hola, prima! Qué caro te cotizas, ¿no? Claro, ahora solo tienes tiempo para Antoine.

Estaba preparada para encajar su batería de chascarrillos.

—Ja, ja, no quiero cachondeo.

—¿Qué? ¿Cuándo os vais?

—Mañana mismo, Marcos. Pero me habría gustado hablar contigo antes.

—Vale, soy todo oídos.

No estaba al día de nada. Ni de mi visita a Ascensión ni de mi complicidad con Olga ni de las apariciones de la Virgen. Nada de nada.

—¡Uf! No puede ser, hay mucho que contar, Marcos. Casi mejor hablamos cuando vuelva. Bueno —rectifiqué—. Cuando volvamos de Madrid.

No estaba excesivamente picajoso. Al contrario. Parecía poco comunicativo.

—¿Puedes hablar o estás ocupado?

—No, no, dime...

—Bueno, ya te pondré al día. Pero así, a bote pronto. ¿Tú recuerdas anécdotas de la abuela, de su relación con nosotros o conmigo en especial? Algo que recuerdes de la infancia o de más tarde, incluso.

—Pues no sé —dijo antes de quedarse de nuevo en silencio—. Bueno, sí, ya lo pensaré. Pero contigo tenía muy buen rollo.

—¿Ah, sí?

—Sí. A ti te quería mucho.

—¿Por qué lo dices?

—Pues porque se notaba. Siempre decía que eras suya.

—¿Suya?

—Sí, decía *Zu zara nereá*<sup>[16]</sup>.

Al escuchar a mi primo, lo recordé:

—¡Es verdad! Sí que me acuerdo.

Pero Marcos no estaba pensando en eso:

—Bueno, qué más. ¿Llamaste a Olga?

—¡Ah, sí!

—Hostia, tía, no me has dicho nada.

Eso era lo que lo preocupaba:

—No hay mucho que contar en lo que se refiere a ti.

—¿No te preguntó por mí, o qué?

—No.

—Había pensado en llamarla. ¿Qué te parece?

—¿La echas de menos?

Suspiró hondamente:

—Sí, bastante.

—Es una mujer muy interesante, Marcos, pero no creo que esté pensando en volver contigo. —Me pareció muy duro el comentario, pero tenía que decírselo—. Bueno, no lo sé, es cosa mía —intenté dulcificar.

Él lo entendió muy bien:

—¿Sabes si sale con alguien?

Comprendía su estado de ánimo, pero me parecía excesivo que no pudiera imaginar a Olga disfrutando de su soledad.

—No, no creo que salga con nadie. Pero, Marcos, ¿por qué los hombres pensáis siempre que si no estamos con vosotros, es porque estamos con otro? ¿Es que las mujeres no podemos estar solas?

Pegó un bufido al otro lado del teléfono.

—Joder, Mariví, déjalo, no estoy para milongas.

—Lo siento, primo.

Se estaba impacientando por momentos.

—No sé. Es posible que la llame.

Lo que estaba pidiéndome era que hiciera de intermediaria.

—Bueno, yo creo que no debes.

—Tú sabes algo —afirmó con voz cavernosa.

—No sé nada, Marcos. Me encantaría poder decirte lo contrario, pero ni siquiera hablamos de ti —mentí—. Pero, de verdad, haz lo que te parezca.

Dejó pasar unos segundos:

—Vale, lo entiendo... ¿Qué tal con Antoine? —preguntó sin demasiado entusiasmo.

—Muy bien. Me gusta y...

—Y te puede solucionar la vida, ¿no?

Aunque su voz era amarga, no me sentí ofendida y, por otra parte, quizá en otras ocasiones pude darle motivos para que me respondiera así.

—Bueno, no le pido tanto.

—Pues tiene mucha pasta y está muy bien relacionado.

—Yo también estoy muy bien relacionada, primito.

—Ya, pero tú de otra manera, con gente de la farándula —añadió despectivamente—. Antoine tiene mucho nivel.

Era el momento de cortar la conversación. Su tono podía volverse más agrio, incluso.

—Tono nota, pero tengo que dejarte. Te mantendré informado.

No respondió, y yo sabía perfectamente lo que significaba ese silencio.

—Dime lo que sepas, por favor, sea lo que sea.

No era necesario que precisara que se refería a Olga.

—Por supuesto, Marcos. Venga, un abrazo.

La presentación a la prensa del último reloj Tank en la exquisita boutique Cartier de Serrano fue un verdadero acontecimiento social amenizado por las relaciones públicas de la firma, Simoneta Gómez Acebo. Crucé los dedos, incluso creo que invoqué a mi abuela Úrsula. Entre los ilustres invitados, debía de encontrarse el contacto de Antoine. Se trataba de Franco Cologny, máximo gurú de la firma. No podía fallar. Antoine había movilizado sus resortes sociales más ocultos, probablemente para epatarme, y sin duda lo había conseguido.

—Ven, te lo voy a presentar —me susurró al oído.

—Pero ¿te conoce? —pregunté sorprendida.

Sonrió con esa seguridad que da el saberse aceptado en la manada.

—No, a mí no, pero conoce a mis amigos. Han coincidido jugando al golf en Sotogrande.

Me cogió de la mano y nos acercamos al grupo más cotizado de la reunión. Eran cinco o seis individuos. En el centro del interés de todos, un hombre de unos setenta años, alto, de aspecto elegante, pelo blanco y rostro afable, agasajado por la más rancia aristocracia madrileña y la flor y nata de las publicaciones internacionales, parecía rubricar con su presencia la importancia del acto. Nos sonrió abiertamente. Antoine se dirigió a él como si fuera un viejo conocido.

—Buenas tardes, señor Cologny, soy Antoine Dreyfus, amigo de Renzo Santo Domingo —saludó en perfecto italiano. Después se volvió hacia mí—. Mi prometida, Mara Asparren.

Yo no mostré ninguna sorpresa. Supuse que con el título de *prometida* pretendía que el interés que mostraran ellos por resolver el enigma de mi bisabuela sería mayor.

Y, sin duda, acertó. Cologny recogió la mano que le tendía para besarla con un gesto impecable, algo pasado de moda, pero necesario en un ambiente tan protocolario.

—Felicidades, Antoine. Bellísima prometida.

Sonreí a su cumplido y alguien me puso una copa de champán en la mano. La levanté ligeramente en su honor, gesto al que Cologny correspondió con una leve inclinación.

—¿Qué tal nuestro amigo Renzo, señor Dreyfus? —se interesó Cologny.

—Muy bien. Le manda un abrazo. Sé que le habría gustado acompañarnos, pero ahora mismo está de viaje en Alemania.

—Sí, lo sé, me envió un mensaje, pero dígame que no me olvido de que tenemos pendientes unos cuantos hoyos. Fantástico el *swing* de Renzo.

El intercambio de cumplidos y sonrisas se intensificó cuando aparecieron las primeras bandejas repletas de *delicatessen*.

—Franco Cologny es el director de Cartier Mundo y presidente del Grupo Richemont —me susurró de nuevo Antoine.

—Pero ¿lo conocías físicamente? —pregunté sin dejar de sonreír.

—Sí, mi amigo Renzo me mandó unas fotos suyas por correo electrónico.

A partir de ese momento, me dejé llevar por la extraordinaria diplomacia que desplegó Antoine. Entonces me pregunté qué habría hecho mi exnovio Carlos en aquella reunión. La respuesta fue definitiva y no se hizo esperar. Yo necesitaba un hombre como Antoine. Maduro, educado, acogedor y pendiente de mis necesidades. A veces, en momentos inesperados se desvelan misterios insondables. Saboreé con deleite el ligeramente afrutado buqué del champán mientras imaginaba la noche de amor con la que correspondería sus desvelos, en una lujosa habitación del Palace.

Fue Antoine, de nuevo, quien propició que la conversación versara sobre la peripecia parisina de mi bisabuela Vicky. Cologny escuchaba atentamente con una inocultable sonrisa en la comisura de los labios. No solo parecía divertido con la historia, sino también muy interesado.

—*Certo, certo* —asentía a menudo—. Monsieur Cartier amaba a todas las mujeres —dijo con toda intención.

No pude evitar intervenir. Me pareció que intentaba minimizar la importancia de la relación que mantuvo con mi bisabuela.

—Disculpe, señor Cologny. Mi bisabuela Vicky era una navarra muy racial y muy apasionada, no creo que consintiera a monsieur Cartier tener otras amantes.

Cuando Antoine le tradujo mi respuesta, Cologny estalló en una carcajada.

—*Certo, certo* —repetía—. Pero su bisabuela no era su esposa. Según usted misma explica, también era su amante, ¿no es así?

—Es posible. Sé que nunca se casaron, pero estuvieron juntos más de veinte años.

—¡Oh! ¡Veinte años! Es mucho tiempo —dijo con gesto pensativo, y después se

dirigió a uno de sus acompañantes—. Dominique, vamos a enviarle a la señorita Mara la biografía de la saga Cartier. Y vamos a invitarla a París. Tiene que visitarnos, Mara. Allí hay personas que seguramente conocieron a su antepasada.

—Sí, tenemos intención de ir —intervino Antoine—. Su ayuda nos será de mucha utilidad.

Dominique Flechon, vicepresidente del Holding Cartier, buscó una tarjeta en el interior de su cartera y me la ofreció.

—Aquí tienen mi tarjeta para lo que necesiten. Yo conozco a una mujer, madame Sorel... Graciela Sorel —precisó—. Es muy mayor, pero ella y su familia tenían gran amistad con todos los hermanos Cartier, y por supuesto con monsieur Jacques.

—Magnífico. —Antoine parecía muy satisfecho—. Nos será de gran utilidad. Por supuesto que la visitaremos.

El resto de la noche fue un intercambio de gratísimas y almibaradas sensaciones. El lujo es un tigre de piel suave y aterciopelada sobre el que puedes cabalgar, pero no sabes si al final te devorará. Abandonamos la fiesta con la certeza de haber conseguido un éxito social y mundano reservado a una exclusiva élite de privilegiados.

Antoine me tomó por el hombro y yo me abracé a su cintura mientras detenía el taxi que nos llevaría al Palace. Me sentía tan ebria de champán y de vanidad que no podía evitar reír constantemente. Parecía flotar, cabalgando sobre un tigre salvaje de aterciopelada piel. Apenas recuerdo el trayecto, salvo que Antoine no dejaba de besarme y acariciarme. Un momento antes de llegar a la entrada del hotel, como impulsada por un resorte, devolví la mirada al taxista que me observaba a través del retrovisor. Era un rostro conocido y familiar. A punto estuve de saludarlo, pero me detuvo su expresión como de sorpresa y desconcierto. Resultaba extraña e inapropiada. ¿Por qué? Mientras recogía el billete que Antoine le tendía, traté de recordar dónde había visto yo a aquel hombre. Era imposible que lo conociera. Simplemente debía de tratarse de un parecido físico.

—Ya hemos llegado, cariño —dijo Antoine algo sorprendido por mi demora.

Subimos en silencio hasta la habitación. En el ascensor, Antoine jugaba distraídamente con un mechón de mi pelo.

—¿Te has fijado en la cara que tenía el taxista? —pregunté.

—No, en absoluto —respondió—. Pero ¿lo conocías?

Negué con un gesto, deseando olvidar aquel estúpido incidente.

—No. Debe de parecerse a alguien, pero no sé a quién.

Ya en la habitación, Antoine cerró la puerta detrás de mí y avanzó unos pasos para abrazarme. Después me besó. Juntó despacio sus labios con los míos, primero con delicadeza, para hundirse después en ellos con verdadero deleite.

—¡Qué ganas tenía de besarte! Toda la noche he estado esperando este momento.

—Me acarició el rostro—. Me gustas mucho, Mara. Me siento muy bien a tu lado.

No tuve que hacer ningún esfuerzo para responderle.

—Yo también, Antoine.

—¿De verdad?

—Sí, me encanta tu seguridad, tu manera de tratarme. Todo lo que haces y todo lo que tú eres —añadí antes de besarlo de nuevo.

Era yo la que deseaba tomar la iniciativa. Además de agradecida, me sentía profundamente atraída por él, por el aplomo y la seguridad que había mostrado en la fiesta.

—Te advierto que voy a intentar seducirte. Antoine.

Se sentó en la cama para contemplar mis movimientos con más comodidad. Parecía feliz y divertido.

—Haz lo que quieras. Soy todo tuyo —respondió mientras comenzaba a quitarse la ropa.

Fui apagando luces hasta conservar la pequeña lamparita de una de las mesillas junto a la cama. Era una luz tenue y amarilla, casi dorada.

—¡Perfecto! Y ahora, lo más importante, un poco de música. —Pulsé el *play* de la minicadena incrustada en el mueble.

Hacía una temperatura deliciosa en la habitación, cálida y acogedora. Dejé caer mi abrigo sobre uno de los sillones. Antoine había reservado una lujosa *suite* con vistas a la plaza de Neptuno. Todo el espacio se inundó de una lenta y sensual vibración, era la voz quebrada de Leonard Cohen musitando *Dance me to the end of love*.

Siguiendo el ritmo cadencioso de la música, me acerqué hasta él. Antoine había dejado de sonreír.

—Tienes un cuerpo precioso —dijo recorriéndolo con la mirada.

—Y tú en este momento eres para mí el hombre más atractivo del mundo.

Me tomó por las muñecas obligándome a caer suavemente sobre la cama. Después volvió a besarme una y otra vez, mientras me despojaba sin esfuerzo de mi ajustado vestido de fiesta.

—Tienes mucha habilidad desnudando a las mujeres, ¿no?

No pudo evitar una carcajada cargada de intenciones.

—Siempre espero encontrar una cremallera estratégica. Pero quiero pensar que estás celosa. ¿Eso significa que te importo de verdad?

Era un terreno peligroso y resbaladizo. Apenas llevábamos juntos tres semanas, pero estaba dispuesta a jugármelo todo a cambio de conocer sus verdaderas intenciones. La información es poder.

—Sí, me importas, Antoine, por eso necesito saber lo que sientes por mí.

—Soy libre, Mara. Estoy totalmente dispuesto a aceptar las condiciones que tú quieras.

Suspiré hondamente.



—Me encanta oírte decir eso.

Se apartó para observarme:

—¿Y tú?

Sonreí con un gesto de malicia.

—¿Yo qué?

Movió la mano en el aire como quien anuncia un merecido castigo.

—No se te ocurra jugar conmigo.

Lo más terrible de una relación amorosa es el sentimiento de culpabilidad que el más débil de la pareja siempre está dispuesto a inocular en el corazón del ser al que ama. Sin el componente lúdico que entraña el amor, cada enamoramiento sería una tragedia griega. Ese fue el pecado original que cometieron nuestros primeros padres-dioses.

Me incliné sobre él y comencé a desabrochar su camisa:

—El amor también es un juego, ¿no? Por supuesto, hay unas reglas, pero no hay límite en las apuestas. Hay quien se ha jugado la vida... Aunque ese no es mi caso. Yo soy más precavida.

Antoine era un hombre de una inteligencia práctica y activa. Su horizonte no era hacer el amor conmigo de una manera salvaje y gratificante aquella noche, sino asegurarse un futuro razonablemente feliz a mi lado.

—Tengo sesenta años —dijo apartando mi mano con una fingida severidad.

—Magnífica edad, estás estupendo.

—¿Cuántos tienes tú?

—Treinta y nueve; dentro de un mes cumplo cuarenta.

—¿Cuánto estás dispuesta a apostar?

No quise mentirle. Creí que sería suficiente con un gratificante intercambio sexual, pero me equivoqué. Por eso quise aligerar el peso de la respuesta.

—No creas que mucho.

—¿Ah, no?

—Sé que estoy muy bien contigo, pero ni tú ni yo podemos saber cuánto puede durar.

Se quedó pensativo observando las luces de la calle a través del balcón. Después se volvió despacio para mirarme. Su gesto había cambiado.

—Son datos para tener en cuenta. La edad no es lo más importante. Lo más importante para que una relación prospere es compartir los mismos objetivos.

Toda la sensualidad del momento se estaba diluyendo al mismo tiempo que la voz rota de Leonard Cohen.

—¿Cuáles son tus objetivos? —pregunté ya sin demasiado interés.

—He tenido un divorcio complicado. —Suspiró como si evocara algunas secuencias ya olvidadas—. Necesito una pareja estable y más...

Dejó la frase sin terminar.

—¿Más convencional, quizá?

—Sí, puede ser.

No quedaba mucho que añadir. Esas eran sus circunstancias, que yo debía respetar. Resultaba un poco frustrante. Todas las impresiones vividas en la fiesta de Cartier, además de las tres copas de champán y la espléndida actuación de Antoine, habían dejado en mi ánimo un poso de sensualidad al que deseaba dar cauce, sin demasiadas aspiraciones de eternidad. Tampoco hay que pedirle demasiado a una noche de tu vida, aunque sea en una lujosa suite del Palace.

Adopté un aire frívolo porque estaba realmente contrariada.

—Vale, okey, Antoine. Había pensado en un encuentro especial con el que obsequiarte, pero casi mejor te propongo un polvo rápido. ¿Qué te parece?

Su gesto se endureció. Por un momento temí que se levantara y allí mismo diera por terminada la escena. Él también lo temió, por eso forzó una sonrisa muy poco seductora.

—No estás obligada a regalarme, ni por supuesto a pagarme nada. —Se detuvo antes de añadir—: Ni a que te pague yo. Hemos venido juntos por propia voluntad.

Lo cierto era que él había asumido todos los gastos, pero no era algo de lo que se arrepintiera ni que a mí me preocupara en absoluto. En realidad, estaba más pendiente de la música de fondo que de sus palabras. Habían comenzado a sonar los primeros compases de las *Lágrimas negras* de Compay Segundo. Me pareció muy adecuada a la situación que vivíamos. A pesar de todo, y cuando Antoine menos lo esperaba, me tumbé a su lado y posé de nuevo con suavidad mi mano sobre su pecho. No podíamos estropear esa noche y, menos aún, nuestro próximo viaje a París. Eso fue lo que pensé entonces.

—Me encanta esta canción.

No respondió. Apenas emitió un extraño sonido gutural.

—Me apetece mucho hacer el amor contigo, Antoine —susurré acercándome hasta rozar su cuerpo con el mío. En realidad con quien quería hacer el amor era con Compay Segundo por todas las sensaciones que provocaba en mí.

Permanecimos quietos y en silencio. Después de largos segundos de incertidumbre, volvió su rostro hacia mí.

—Bueno, podemos intentarlo —accedió para salir del paso.

Me tomó por la nuca para besarme. Después me abrazó con ternura, como yo jamás he querido ser abrazada. La ternura incorpora un elemento compasivo que yo desprecio. Equivocada o no, desprecio la compasión.

—Yo también estoy muy bien contigo, Antoine.

Pero los dos sabíamos que no era cierto. Sin embargo, estaba decidida a continuar con él. No creo que el interés sea más abyecto que el amor. La pasión y el deseo que

unen a una pareja pueden resultar tan interesados y mezquinos como la más aberrante unión por conveniencia. Y cuando todo se acaba, incluso se puede morir y matar por eso que hasta entonces han llamado amor. De momento, necesitaba a Antoine para el viaje a París. Ese era en aquella circunstancia mi único objetivo.

Le fui soltando despacio la hebilla del cinturón al tiempo que acariciaba sin pudor y hasta con una cierta irreverencia sus partes más íntimas. No era un acto de amor, sino un ritual certero y delicado, pero mecánico. Como el de un cirujano que, con exquisita precisión, hace discurrir el bisturí sobre el vientre desnudo en busca de la víscera enferma. No era necesario que existiera amor en ese acto, solo habilidad, eficacia y exactitud.

Terminamos enlazados sobre la cama revuelta, yo con la ropa interior descolocada y él con los pantalones por las rodillas. Saciados momentáneamente, pero insatisfechos, como la sonrisa en los labios del perdedor que piensa que la próxima vez ganará la partida.

Todos y cada uno de los espasmos amorosos son mejorables. En la medida en que puedan serlo, teniendo en cuenta con qué intensidad parecen quejarse, gemir y sufrir los cuerpos que se enredan, se penetran y se compenetran.

Apagué la música y comprobé la hora en mi móvil antes de apagarlo. Marcaba las dos de la madrugada. No era la primera vez que Antoine y yo dormíamos juntos, pero ya no recordaba cuál era la postura que adoptábamos antes de intentar conciliar el sueño. Al final, cada uno volvió el rostro hacia un lado de la cama, con un púdico beso de despedida.

—Que duermas bien, Mara.

—Humm, tú también, Antoine.

Al cerrar los ojos comprobé hasta qué punto el champán había hecho efecto en mi sistema nervioso. Todavía perduraba ese ligero y grato mareo que invita a la ensoñación. Ese estado mental que no es capaz de diferenciar el sueño de la vigilia. Las imágenes de todo lo ocurrido en el día acudieron a mi memoria. La fiesta, los invitados, Franco Cologny y la amabilidad que desplegaron con nosotros. Y, por supuesto, la extraordinaria actuación de Antoine. Aquella demostración de capacidad y talento era más importante para mí que todo el amor que pudiera ofrecerme. Me recogí sobre mí misma buscando el cobijo de mi cuerpo, mientras recordaba la última noche de amor que viví con Carlos escuchando a Leonard Cohen en mi casa de San Sebastián.

Caí en un sueño inestable y superficial, una especie de duermevela propia del bebedor poco habitual. Tal vez por eso no me extrañó despertar con una especie de sobresalto. El corazón me latía con fuerza. Abrí los ojos, o creí haberlos abierto dispuesta a levantarme para ir al baño cuando, a los pies de mi cama, distinguí con absoluta nitidez la figura de una mujer observándome con gesto severo. Vestida de

negro, de pie, los brazos caídos a lo largo del cuerpo le conferían un aire de autómatas tenebrosos.

Habíamos olvidado cerrar los cortinones y en la habitación había una claridad blanquecina que me permitía distinguir sus facciones. Era mi abuela Úrsula, más joven que como yo la recordaba. Permanecía inerte e inmóvil, quizá para facilitar ser reconocida. La primera sensación no fue de miedo, sino de sorpresa. No la esperaba. Ella debía de conformarse con entrar en los sueños de Olga. Mi conducta no era esa, sino el que Catalina utilizó para manifestarse.

Me incorporé ligeramente para devolverle una mirada llena de interrogantes. Pero ella no se movió, esperaba mi próxima reacción. Tampoco tuvo en cuenta que no estuviera sola. Miré a Antoine, que parecía dormir profundamente, ajeno por completo a lo que estaba sucediendo. Más tarde lo comprendí. Aunque yo hubiera gritado, él no despertaría. No porque todo aquello fuera un sueño, sino porque los aparecidos no pueden ser vistos por cualquiera. Incluso son capaces de bloquear las percepciones de quienes no deben conocer esa experiencia. Se trata de características propias de cuarta o quinta dimensión, no lo sé con exactitud. Ni siquiera ellos saben en cuántas dimensiones son capaces de materializarse.

Respiré profundamente para cerciorarme de que estaba despierta, de que era capaz de pensar, sentir y decidir. Estaba dentro de un sueño vivido, el mismo que Olga me relató.

—¿Quién eres? —dije al fin, pero no oí mi voz.

Ella sí pudo oírla. Movié el brazo despacio para llevarse la mano hasta la boca. Ignoro por qué razón, pero rozó sus labios con los dedos antes de hablar.

Era una voz extraña, metálica, como si al final dejara la huella de un eco.

—Eres la protegida que ha nacido en mi rama y debes salvar el árbol.

Hacía calor en la habitación, pero sentí de pronto un frío glacial que comenzaba a subirme por las piernas, como si alguien hubiera abierto el balcón de par en par. Aquel soplo helador llegaba de su boca.

Comencé a temblar de frío y de miedo. Su voz era totalmente desconocida para mí, pero a pesar de todo tenía que hacerle saber que estaba dispuesta a obedecerla.

—¿Qué quieres de mí? —volví a preguntar deseando intensamente que desapareciera como había llegado.

Entonces la figura hizo ademán de acercarse. No me sentía preparada para contemplar la figura de una muerta inmóvil a los pies de mi cama, pero, menos aún, podría soportar verla en movimiento.

—¡No! —exclamé—. Por favor, no te muevas. Te escucho bien desde aquí.

Inició una leve mueca antes de detenerse y habló de nuevo.

—Tú eres nacida del árbol de las maravillas.

Yo necesitaba comprender sus palabras:

—No te entiendo —dije para ganar tiempo.

Pero no respondió. Su rostro, sumergido en la semipenumbra, permanecía

hierático y sin expresión. Forcé la vista intentando descubrir sus ojos, pero solo creí ver dos manchas negras. Era como si sus cuencas estuvieran vacías. Sin embargo, lo que resultaba más extraño era que a pesar del desconcierto y del miedo que me invadió, sentía el impulso irrefrenable de seguir hablando, como si al hacerlo pudiera ponerme a salvo del influjo y el poder magnético que aquella presencia ejercía sobre mí.

—Ya me dijo Catalina que necesitas mi ayuda para encontrar a tu madre —añadí sin dejar de temblar.

Pero ella también, al igual que la vieja de la ermita, parecía tener codificado su mensaje con toda precisión.

—Yo te puse el nombre. No lo puedes cambiar —dijo.

La escuché perpleja. ¿El nombre? ¡Solo se había referido a mi nombre! ¿Por qué? ¡No había dado ninguna importancia al hecho de que conociera a su madre!

—Pero ¿qué importa mi nombre?

—Yo te puse el nombre —repitió.

—¿Qué significa Maravillas? —pregunté con la absurda intención de ganarme su confianza.

Pero ella se negaba a responder.

En todas las experiencias metasensoriales que he tenido, y en el caso poco probable de que el espíritu desee mantener una comunicación, nunca responde a frases o cuestiones complejas. Se limita a expresar un deseo o una necesidad imperiosa. Por eso intenté comprobarlo una vez más.

—Haré todo lo que esté en mi mano, *Amona* —exclamé de pronto con ternura, como si mi verdadero deseo fuera llegar a su corazón—. ¿Recuerdas cuando me decías *zu zara nereia*, eh? ¿Te acuerdas? Yo sé que era tu nieta favorita.

Pero ni su gesto ni su voz variaron:

—Eres la protegida —reproducía como un autómata con el mismo tono metálico—. Debes salvar el árbol.

Después miró a su alrededor, como si sintiera curiosidad por el lugar donde se encontraba, giró despacio hasta darme la espalda y se encaminó directamente hacia la puerta. No pude ver si la puerta se abría a su paso o simplemente la atravesaba.

Me levanté de un salto poniendo a prueba mis condiciones físicas y mentales. No estaba viviendo un sueño. Todo lo que había ocurrido era real y necesitaba contárselo a Olga. Consulté de nuevo la hora en mi móvil. Eran las tres y media de la mañana. Antoine permanecía en la misma postura, ni siquiera parecía respirar, pero a pesar de todo decidí que la llamaría desde el baño. El espejo me devolvió un rostro demudado y pálido, los ojos muy abiertos reflejaban mi desconcierto.

Presioné la tecla de contacto con mano temblorosa. El sonido de espera se me hizo insoportable. Estaba casi a punto de cortar la comunicación cuando oí la débil

voz de Olga.

—¡¡Mariví!!

—Perdona que te llame, Olga, tenía que contártelo.

Por el quiebro de su voz parecía haberse medio incorporado.

—No te preocupes. ¡Dime! ¿Qué ha pasado?

Sentía una gran congoja que parecía a punto de convertirse en un río de lágrimas.

—Estoy en Madrid en el hotel, con Antoine. Está dormido y no se ha enterado de nada. —Callé un instante sintiendo que un sollozo llegaba hasta mi garganta.

—Tranquila, Mariví, tranquilízate.

—Ha venido mi abuela Úrsula a verme.

Hubo un breve silencio.

—¿En sueños? —preguntó extrañada.

—No, Olga, no sé lo que es un sueño vivido, pero estoy segura de que la he visto físicamente. Hasta podría haberla tocado, como a Catalina.

—No tienen cuerpo físico, Mariví... Son hologramas, no creo que las hubieras podido tocar a ninguna de las dos.

Por un instante intenté recordar si había rozado a Catalina.

—No lo sé.

—¿Qué te ha dicho tu abuela?

—Que soy la protegida, que salve mi árbol.

Se hizo un silencio que se prolongó algunos segundos.

—¿Estás ahí, Olga?

—Sí —respondió con rapidez.

—¿Qué te parece?

—¿Cuándo volvéis? —añadió sin hacer caso de mi pregunta.

—Mañana mismo. Antoine tiene que estar sin falta en San Sebastián al mediodía.

—Vale, por la tarde quedamos.

—Pero dime algo, Olga.

—No sé qué decirte. ¿Cómo fue el encuentro? —preguntó de pronto.

—¿A qué te refieres?

—Corto o largo.

No pude evitar la frase comodín.

—Breve pero intenso.

—¿Cómo de breve, cinco minutos, diez, veinte?

—Noooo, menos, apenas tres frases. «¿Quién eres?», le pregunté. Me dijo: «Tú eres la protegida que ha nacido en mi rama y tienes que salvar el árbol». ¡Es increíble, Olga! ¡No le importa nada lo de su madre! Me repitió dos o tres veces más que salvara el árbol y que no me cambiara el nombre. Y se largó. Oye, es alucinante. Pasa completamente de su madre. Estoy segura.

Olga asintió.

—Humm, sí, muy breve. Entonces no era un sueño. En los sueños se manifiestan

con mucho más detalle —suspiró como si reflexionara esperando más información.

—Estoy acojonada, Olga.

—No me extraña, pero ella nunca te va a hacer daño.

—¿Tú crees?

Tardó en responder.

—Sí, lo creo.

—Lo estás dudando.

—No, hazme caso. Me gustaría estar ahí contigo. Escuchar su voz me había tranquilizado.

—Tú me das fuerzas, Olga, gracias. Siento haberte molestado. Eres una gran ayuda para mí.

—Mañana hablamos. ¿Qué tal con Antoine?

—Bueno, no sé si bien o mal, no lo he pensado aún.

—¿Por qué lo dices?

—No sé si me conviene. Por una parte, sí. Estuvo genial en la fiesta. Pero, por otra...

—¿Qué?

—No sé, no me convence. No creo que sea el hombre de mi vida.

Imaginé que evitaba sonreír.

—Estoy demasiado dormida para contestarte.

—Ya te contaré. Gracias otra vez por estar ahí. Voy a intentar dormir aunque sea un par de horas.

—Muy bien, intenta descansar. —De pronto pareció recordar algo—. ¡Ah, Mariví!

—¿Qué?

—Pregunté en la gasolinera de Zarautz.

Me costó ubicarme.

—¿Cómo? ¡Ah, sí, la gasolinera! ¿Y?

Tomó aire.

—Pues oye, que tenías razón. Pero además todo pasó a la misma hora que estabas tú allí. Tuviste suerte. Es increíble que no lo vieras.

—¿Qué es lo que no vi? ¿Qué pasó?

—Dos yonquis mataron a un taxista que estaba repostando gasolina... Le robaron la recaudación y lo mataron. Me lo han contado en la oficina.

El escalofrío me recorrió todo el cuerpo al tiempo que sentía cómo me abandonaban las fuerzas. Creí que iba a desmayarme. Fui deslizándome apoyada en la pared hasta quedarme sentada en el suelo, hecha un ovillo. No podía articular palabra. Aquel hecho me impactó tanto o más que la aparición de mi abuela Úrsula. El taxista que nos trajo al Palace era el hombre al que mataron en Zarautz. Era como si hubiera reconocido su rostro y su expresión de desconcierto.

—¿Estás ahí, Mariví?

—Es terrible, Olga. Yo lo vi —balbucí—. Pero no sabía que lo había visto. Seguramente cuando llegué estaba ocurriendo. —Al final rompí a llorar.

De nuevo la voz de Olga fue como un bálsamo.

—Tranquila, Mariví. ¡Por favor! Cuánto siento habértelo dicho, pero es que no podía imaginar...

—Es terrible. Estoy muy impresionada, Olga.

Olga intentó hacerme reaccionar.

—¡Mariví! ¡Escucha! ¡Tranquilízate! Yo te creo. Lo percibo, sé que fue algo... inexplicable.

—Sí, por favor, créeme. Estoy segura de que yo estaba allí cuando ocurrió todo. Pero no vi nada, no vi a nadie, porque alguien me llevó a otro lugar para que no corriera peligro.

—Es posible. Alguien te protegió. De todas formas, tendrás que ir acostumbrándote a este tipo de fenómenos.

Hice un esfuerzo por controlar mis emociones.

—Estoy acojonada, no creo que nunca pueda acostumbrarme a esto.

—Sí, puedes. *Ellos* saben que puedes, de lo contrario no vendrían a buscarte.

—¿Quiénes son *ellos*?

Olga tomó definitivamente las riendas de la situación.

—No es el momento de hablar de eso. Vete ahora mismo a la cama. Intenta descansar. ¿Has oído? Cuando llegues lo comentaremos y seguro que algo sacamos en claro.

No me resistí. Estaba agotada.

—Sí, tienes razón; gracias, Olga.

—Por supuesto que la tengo... Venga, Mariví, cuelga. Mañana nos vemos. Un beso, y piensa que no estás sola.

—Gracias —repetí con un hilo de voz.

Cuando volví a la habitación, Antoine continuaba en la misma postura. Era como si no se hubiera movido en toda la noche. Llegué hasta su cabecera para confirmar que seguía respirando. En efecto, respiraba. Entré despacio en la cama para no despertarlo. Apenas tuve tiempo de evocar las palabras de Olga. Casi al instante y de una manera extraña, caí en un profundo sueño.

Estaba en la cama, pero la perspectiva visual era como si flotara en el espacio. En ese alterado estado de conciencia, me reconozco a mí misma como espectadora y protagonista de unas imágenes que comienzan a sucederse perfectamente guionizadas.

En la primera secuencia estoy despidiéndome de Olga en la cafetería del hotel Euromar. Poco después, conduzco mi coche oyendo el atronador ruido de la lluvia golpeando la carrocería. Apenas consigo divisar la carretera. Pienso que debo parar



en algún lugar hasta que pase la tormenta. Desde ese instante, el disco duro de mi cerebro me lleva de la mano, con extraordinaria precisión, hasta el escenario del crimen en la gasolinera de Zarautz donde aquella noche viví un auténtico desdoblamiento de personalidad. Cualquier galeno desconfiado lo diagnosticaría como una forma leve de catalepsia.

Son las imágenes y los personajes de una película que voy reconociendo secuencia a secuencia y en la que, aun siendo la protagonista, no puedo intervenir. Llego a la gasolinera. Por una razón que desconozco, no aparco frente a la entrada, sino que me dirijo hacia una tejavana lateral. Enseguida oigo el motor de un coche, miro distraídamente y observo que aún a cierta distancia se acerca un vehículo rojo pequeño, seguido por un taxi grande blanco. De nuevo pienso que ellos también vendrán a guarecerse del viento y la lluvia esperando que la tormenta amaine. Me envuelvo en mi plumífero y corro hacia el interior con la intención de hojear unas revistas y comprar algo para comer. Hay un joven detrás del mostrador, al que saludo con un comentario irónico acerca del diluvio universal. Él sonríe respondiendo que las previsiones son aún peores. Elijo un paquete de galletas de chocolate y dos revistas, pero decido que primero pasaré al baño para arreglarme un poco y después las recogeré. Pregunto al chico dónde está el servicio y me indica un pasillo estrecho frente al frigorífico de las bebidas. Apenas cierro la puerta del baño cuando oigo las primeras voces, seguidas al instante de ruidos y gritos. No consigo entender lo que dicen, pero siento miedo. Una voz desgarrada de hombre pide socorro a gritos. Comprendo que es un atraco. Saco el móvil del bolso con mano temblorosa. De pronto alguien llega atropelladamente al baño de hombres que está frente al mío. Entra y cierra el pestillo. Al instante, desde dentro del baño, habla a gritos con la policía: «Llamo desde la gasolinera de Zarautz. Es una emergencia. Han entrado dos hombres a robar. Creo que han matado a un taxista. ¡Por favor, vengan rápido! Sí, sí, la de la salida de Zarautz». Comienzo a temblar, aterrorizada. Los asaltantes aún siguen en la gasolinera. Oigo pasos que se acercan hasta los baños. ¡Vienen hacia nosotros! Pero ellos no saben que yo estoy allí. No me han visto al entrar ni han podido ver mi coche, porque la tejavana está en un lateral del edificio. Solo buscan al chico del mostrador. Golpean la puerta con fuerza, intentan tirarla: «Sal, cabrón, te vamos a rajar». El chico les grita con rabia: «He llamado a la policía, están de camino». Hablan entre ellos, no puedo entender lo que dicen: «Vendremos a por ti», añaden antes de echar a correr de nuevo. Se oyen sus pasos veloces y enseguida el motor de un coche que se pierde en el ruido persistente de la lluvia sobre el techo de uralita.

Después de unos instantes el silencio es total. Salgo precipitadamente. No hay nadie afuera. El chico sigue encerrado en el baño. En la entrada, el taxi aún sin aparcar, tiene la puerta del conductor abierta. Habrán robado la recaudación, pienso

mientras me acerco a la figura que yace en el suelo. ¡Está vivo! Tumbado bocarriba, mueve ligeramente las manos como si buscara algo o alguien a quien aferrarse, pero yo no me atrevo a tocarlo. Me inclino sobre él: «Tranquilo, ahora viene la policía y una ambulancia», le digo mientras observo horrorizada su pecho lleno de sangre. Su expresión, como perdida y desconcertada, es de total desvalimiento. Mueve los labios intentando desesperadamente decir algo, pero creo que es incapaz de fijar la mirada. Tiene los ojos muy azules. Mi rostro es lo último que ve antes de morir.

Así ocurrieron los hechos que el sueño me reveló. Nada de lo que yo recordaba era cierto. Ni la gasolinera estaba vacía ni llamé a la Ertzaintza. Mi mente vivió una realidad paralela que asumí con total naturalidad. Excepto la expresión que vi en los ojos del moribundo. Sin que yo lo supiera, aquella mirada quedó grabada en mi mente. Fue el archivo de mi memoria profunda, mi subconsciente, el que días más tarde le puso al taxista que nos había traído al Palace el rostro del taxista asesinado.

Por fin conocía la verdad. Aunque no era la conversación más adecuada para la mañana siguiente a nuestro triste y efímero encuentro sexual, necesitaba contrastar con Antoine algún detalle del trayecto hasta el hotel, sobre todo el relativo a la fisonomía del taxista.

A pesar de haber dormido apenas tres horas y del brutal impacto de la aparición de mi abuela, me sentía despierta y activa. Estaba deseando llegar al fondo del misterio que ella me reveló. Antoine, sin embargo, parecía pensativo y algo decepcionado. Intenté por todos los medios mostrarle afecto y gratitud, pero estaba resultando una labor complicada, aun teniendo delante el extraordinario bufé del Palace.

—Hummm, qué delicia la mermelada de tomate, prueba un poco. —Le tendí mi tostada blandita y caliente para que la mordiera—. Venga, un poquito y luego me das un beso. —Sonrió sin ganas. No le apetecía, pero hizo un esfuerzo al ver mi insistencia.

—Bueno. —Apenas la mordisqueó—. Sí, está muy rica. —Después bebió un sorbo de café.

—¿Y el beso, qué?

Se inclinó sobre la mesa para rozarme los labios. Un beso efímero y furtivo. No necesitaba decirme que después del esfuerzo que le había supuesto ponerse en contacto con tantas personas para aquel viaje no se sentía recompensado en absoluto.

—Antoine, quiero que sepas que estoy profundamente agradecida por lo genial que te has portado.

Asintió con una mueca triste.

—No te preocupes, ya me lo has agradecido.

—No, todo lo contrario —suspiré—. Creo que estás decepcionado conmigo, ¿no? Me miró intentando calibrar hasta qué punto podía permitirse el lujo de ser

sincero.

—Bueno, algo quizá, aunque no sé si la palabra es decepcionado.

Era más importante su interés por encontrar una pareja a la medida de sus necesidades que el amor que yo pudiera inspirarle. No quería arriesgarse ni yo deseaba que lo hiciera. Sabía que sería él quien lo diría todo, así que adopté el papel de sujeto pasivo. Tampoco tendría necesidad de rechazar su compañía para mi viaje a París, porque tal vez ni siquiera se verificase. A mi abuela no le interesaba en absoluto el tema de su madre y eso modificaba por completo el escenario de mis propios intereses. Otra cosa sería que yo utilizara los contactos de Franco Cologny y Dominique Flechon en mi exclusivo beneficio, aunque con una estrategia y unas perspectivas totalmente distintas.

—Para mí nada ha cambiado, Antoine.

—Bueno, para mí básicamente tampoco. Te considero una amiga.

—Ya, claro, entiendo.

—Estaba muy ilusionado contigo, Mara, pero no creo que pudiéramos ponernos de acuerdo para nada más que para ser amigos. —Colocó su mano sobre la mía—. Y estoy seguro de que tú piensas lo mismo.

Lo cierto era que no me costaba ningún esfuerzo mostrarme amable y receptiva con él. Cartier, París y el propio Antoine en apenas unas horas habían descendido muchos enteros en mi orden de prelación de valores. Presentía que ante mí se abría una nueva etapa. Un futuro desconocido más pleno y gratificante que el presente. Tendría que elaborar una estrategia convincente para justificarme delante de mi primo Marcos. Incliné la cabeza como si aceptara soportar el peso de su ausencia.

—Es posible que tengas razón.

Terminamos de desayunar. Antoine consultó su reloj.

—Nuestro avión sale a la una. ¿Te apetece ir a algún sitio?

—No, Antoine, gracias. Casi prefiero echar aquí una ojeada a la prensa y estar tranquila.

—Me parece bien. Dentro de un rato pido que nos manden un taxi.

—Estupendo. Bueno, salvo que tú quieras hacer otra cosa.

—No, no.

—Por cierto, Antoine. Ahora que dices lo del taxi, ¿te acuerdas del taxista de ayer?

Sí lo recordaba. Tanto que me observó con una cierta desconfianza.

—Sí, lo recuerdo. Dijiste que te resultaba conocido, ¿no?

—¿Era rubio o moreno?

—¿Cómo?

Parecía una pregunta absurda y mal formulada. Sonreí intentando quitarle importancia.

—Ya sé que te parecerá una tontería, pero no sé cómo preguntártelo.

Abrió los ojos extrañado:

—Ya. —Se encogió de hombros—. Bueno, era moreno y... —dudó un instante— creo que tenía barba.

No necesitaba nada más. El taxista de Zarautz era rubio.

—Vale, lo sabía.

—¿Qué sabías?

De nuevo evoqué su imagen, tirado en el suelo, muerto, con los ojos abiertos profundamente azules y asombrados.

—Es que no lo recordaba bien. Creí que se parecía a un vecino mío. Pero mi vecino es rubio.

Sentí vibrar el móvil en el bolso. Era Olga.

—Perdona, Antoine. Hola, Olga.

—Hola, Mariví. ¿Qué tal estás?

—Bien, gracias, no te preocupes. Estamos desayunando y enseguida salimos para el aeropuerto.

Comprendió que no debía explayarse:

—Entiendo. Te quiero avisar de que me acaba de llamar tu prima Lorena.

—¿Ah, sí?

—Sí, quiere que nos veamos. Me ha dicho que, aunque ya no salga con su hermano, no tenemos por qué dejar de vernos. Bueno, ya te imaginas. Y también me ha comentado que Marcos ha hablado esta mañana con Antoine. —Se detuvo un instante—. Por lo visto, Antoine está muy disgustado, Mariví, se siente utilizado por ti. Quería que lo supieras antes de que lleguéis a San Sebastián.

Miré a Antoine, que terminaba de desayunar y se limpiaba delicadamente la comisura de los labios con la servilleta. ¡Qué estúpido cotilla! Tendría su merecido.

Disimulé apresurando una despedida intrascendente y jovial.

—Vale, Olga, guapa. Cuando llegue te llamo y te acompaño a ver esa tienda.

Olga recibió de inmediato mi mensaje.

—Okey.

¿En qué momento habrían hablado Marcos y Antoine? Seguro que mientras yo estaba en la ducha. Eso significaba que utilizó la primera oportunidad de quedarse a solas para chivarse de mi conducta.

Había algo femenino en algunas de sus actitudes que me desagradaba profundamente. Incluso esa manera tan poco masculina de limpiarse las comisuras de los labios con la servilleta. Sin embargo, no me habría fijado en algo tan nimio dos días antes o incluso el día de la fiesta en Cartier. ¡Qué voluble y desagradecida es la naturaleza humana! En cualquier caso, la suerte para él estaba echada. Jamás podría volver a verlo de otro modo a como ya lo veía en ese momento.

—Perdona, voy al servicio —dijo levantándose.

—Muy bien, Antoine.

Lo observé mientras se alejaba. No había reparado hasta entonces en que caminaba ligeramente encorvado y su caminar resultaba algo errático. Desvié la mirada distraídamente hacia la puerta de entrada del comedor. Esos pequeños detalles se confabulaban para denigrar aún más su imagen delante de mí.

Cuando subimos al avión ya tenía mi plan bastante elaborado. La mala noche que había pasado y las pocas horas de sueño serían la excusa perfecta para dormitar hasta la llegada a Fuenterrabía.

—Me vas a disculpar, Antoine, creo que voy a dormir todo el viaje.

—Por supuesto, no te preocupes —respondió él, seguramente también aliviado.

Cerré los ojos intentando ordenar los próximos pasos. Eran demasiadas impresiones las que se agolpaban en mi cabeza esperando ser atendidas. El asunto de mi nombre era prioritario, seguro que Olga tendría algo que decir al respecto. El siguiente en importancia era el de mi madre. En cuanto llegara a casa consultaría en internet las apariciones de la Virgen ocurridas en La Barranca navarra. Nunca había oído hablar de ellas y según el relato de Ascensión tuvieron una importancia extraordinaria en aquellos años de oscurantismo y terror previos a la Guerra Civil española. Según dijo ella, más repercusión, incluso, que las de Lourdes o Fátima. Y parecía saber de lo que hablaba. También a Olga aquella revelación le impactó más de lo que yo misma hubiera imaginado. De ahí que su actitud y su respuesta fueran de extrañeza y hasta de una cierta preocupación. Estaba segura de que ya se habría encargado de recabar toda la información que necesitábamos conocer. Tendría muy en cuenta el interés que despertó en ella. Todas sus intuiciones estaban resultando creíbles y certeras.

Bostecé dejándome llevar por una somnolencia suave y envolvente. Miré a Antoine, que parecía absorto comprobando los precios de los productos de oferta de la Duty Free. Al verse observado, se volvió ensayando una mueca triste que quería parecer una sonrisa. ¡Qué imprevisibles y efímeras son las pasiones humanas! No teníamos nada que decirnos. Yo también sonreí antes de volver definitivamente la mirada hacia la ventanilla.

Viajar en avión tiene un cierto plus de cosmopolitismo. Y si el vuelo se produce en un día claro y despejado, surcar el cielo por encima de las nubes es como disfrutar breves momentos de plenitud. Desde mi infancia remota en Izarra siempre deseé pertenecer al mundo de lujo y confort que el azar me había hurtado. Tal vez esa fuera la razón profunda del rechazo instintivo que me provocaban el frío, la vulgaridad y la miseria de Amets.

Estaba a punto de salir cuando llamaron al timbre del portero automático. No esperaba a nadie y supuse que sería publicidad, así que ni siquiera me molesté en responder. Terminé de recoger la ropa que había dejado sobre la cama, apagué el compact y las luces, fui hacia la puerta de entrada y la abrí.

No pude evitar el sobresalto ni la exclamación, como un grito ahogado, que escapó de mi garganta. En el umbral, dos hombres me observaban con gesto sombrío. Estaba claro que con aquella expresión no podían ser vendedores de telefonía móvil ni pretendían que respondiera a una de esas amables y absurdas encuestas puerta a puerta.

—¡Uf, qué susto! Lo siento —me disculpé.

Pero ellos no modificaron el gesto. Uno era alto, joven, atlético y bastante atractivo. Un estilo similar al de Carlos, mi ex. Sin embargo, la expresión de su rostro era afable y cordial. Su compañero era un hombre maduro de pelo canoso, de gesto impenetrable, con un párpado visiblemente más caído que el otro, que me observaba detenidamente como si quisiera contrastar los detalles de mi aspecto con la veracidad de su información.

—¿Maravillas Asparren? —preguntó mientras introducía la mano en el bolsillo interior de su americana.

—Sí, Mara —respondí rectificando estúpidamente.

El hombre extrajo una placa que me mostró breves segundos.

—Soy el inspector Matías Arroiz, de la División de Investigación Criminal de la Ertzaintza, y mi compañero es el subinspector Miguel Villalba. Tenemos que hacerle unas preguntas.

La rápida exhibición no me permitió verificar la placa, ni tampoco era necesario. Todo resultaba demasiado formal y protocolario, y tan evidente como cierto. Estaba claro que no podía tratarse de una multa de tráfico. También rechacé de inmediato la posibilidad de que Carlos intentara complicarme la vida con algún asunto escabroso. Era mezquino y rencoroso, pero no sería tan imbécil. En todo caso, yo sí podría complicársela a él y no solo por la bofetada que me propinó antes de largarse de mi casa o el alijo de marihuana que la policía encontró en su gimnasio. Hubo otro asunto turbio con unos coches de alta gama que él y su socio traían clandestinamente de Alemania, en el que me vi implicada.

Consulté mi reloj mecánicamente. Era consciente de que no podía negarme, pero les haría saber que en ese momento me resultaba imposible atenderlos.

—¿Tiene que ser ahora?

El joven me dedicó una mirada comprensiva encogiéndose de hombros, pero la expresión del inspector parecía inflexible.

—Sí —dijo por toda respuesta.

—Es que me están esperando.

—Es la tercera vez que venimos a su casa —intervino el joven—. Teníamos un teléfono móvil que nos proporcionaron en la televisión vasca, pero no estaba

operativo. —Dulcificó el gesto para hacerme saber que conocían perfectamente mi proyección pública y mi estatus profesional.

Fue entonces cuando comprendí a qué obedecía su incómoda visita. ¡La muerte del taxista de la gasolinera de Zarautz!

—¡Ah, sí! Cambié de número y acabo de llegar de Madrid. ¿De qué se trata?

—¿Fue usted testigo del asesinato de un taxista en la gasolinera de Zarautz? —preguntó el inspector a bocajarro.

Sin saber por qué y antes de que pudiera rectificar, respondí tajante, mostrando tanto aplomo como extrañeza.

—No, en absoluto, no sé de qué me habla.

El inspector tomó aire y lo expulsó ruidosamente.

—No le conviene negar la evidencia. —Después apretó los labios antes de añadir—. Además, no está usted acusada de nada. Solo fue testigo de unos hechos.

—¿De qué hechos?

—Se lo acabo de decir —carraspeó ligeramente—. El asesinato de un taxista en la gasolinera de Zarautz.

Mi mente viajaba a la velocidad de la luz. Ya no podía dar marcha atrás, tenía que mantener mi negativa a cualquier precio. En una décima de segundo visualicé el lugar y recordé con precisión milimétrica la ubicación de la puerta principal y de la puerta lateral por la que entré, justo debajo de la tejavana donde había aparcado el coche.

Miguel Villalba, sorprendido, miró de reojo a su jefe, que mantuvo el gesto sin devolverle la mirada.

—Tenemos la declaración del empleado de la gasolinera. —A pesar de lo tenso de la situación, el joven se esforzaba por resultar conciliador—. Según los hechos que relata, unos momentos antes de que los atracadores penetraran en las instalaciones, usted le preguntó dónde se encontraban los baños.

—Sí. —Asentí con total frialdad—. Lo recuerdo perfectamente.

—¿Entonces? —intervino el inspector—. Usted estaba allí —afirmó con gesto severo.

Era absurdo que permaneciéramos de pie en el descansillo de la escalera. Por mucho que me desagradara, no podría evitar explicar mi presencia aquella noche en el lugar de los hechos. Pero yo no vi a los atracadores, así que no estaba dispuesta a involucrarme lo más mínimo en el asunto. Mi experiencia demostraba que cuanto menos cercanía tuviera con la justicia, mejor. Se trataba de hacerlo de la manera más liviana posible.

—¿Quieren pasar? —pregunté invitándolos con un gesto.

Los dos asintieron.

—Sí, gracias.

—Si me permiten, voy a hacer una llamada a la persona que me está esperando. Siéntense, por favor —dije señalando la entrada del salón.

Saqué el móvil del bolso y busqué el contacto de Olga, habíamos quedado para ir

a Goñi a entrevistarnos con Basilia, la mujer que según Ascensión asistía con mi madre a las apariciones de la Virgen. Mientras esperaba la respuesta, observé la curiosidad con la que el inspector de la Ertzaintza parecía revisar cada mueble y objeto de la sala.

—Hola, Olga. Escucha, voy a retrasarme un poco. —Me alejé discretamente y bajé el tono de voz—. Está la policía en mi casa. Ya te contaré.

—¿Qué dices?

—Sí, no puedo hablar ahora. En el mismo sitio dentro de media hora, ¿vale?

—Vale, pero...

—Hasta luego, Olga —la interrumpí.

Corté la comunicación y entré en el salón.

—Bueno, ¿por dónde íbamos?

El inspector se frotaba las manos con parsimonia:

—Usted decía que recordaba perfectamente que preguntó al empleado dónde se encontraba el servicio.

—¡Ah, sí! En efecto, y además intercambiamos algunos comentarios sobre el mal tiempo que hacía. —Me detuve un instante para añadir—. Pero no llegué a entrar en el baño.

Matías Arroiz dejó de acariciarse las manos y entrecerró los ojos como si quisiera escudriñar mis más íntimos pensamientos.

—¿Cómo que no entró?

La expresión de Villalba era muy distinta. Al escucharme, su gesto se había relajado. Parecía desear que mi versión fuera lo suficientemente coherente para convencer a su jefe.

—¿Quiere decir que no entró porque estaba cerrado? —preguntó como si deseara ayudarme.

El inspector lo miró con un gesto de reproche.

—Deja que se explique, Villalba.

Aquel era para mí un reto muy atractivo que estaba dispuesta a ganar. Me permitía medir y poner en acción todas mis facultades de ingenio y teatralización.

—Repito que no lo sé, porque ni siquiera llegué a intentar abrirlo. Sé que cuando el empleado me lo indicó, vi dos puertas al final de un pasillo estrecho en escuadra, deduje que serían los baños.

Iba a añadir algo más, pero el inspector me interrumpió:

—¿Por dónde entró usted al local?

Suspiré desviando la mirada hacia un lugar indeterminado como si deseara evocar cada uno de los detalles que sucedieron.

—Recuerdo que aparqué debajo de una tejavana lateral de la gasolinera que tenía una entrada de acceso que no era la puerta principal. Mi intención era comprar alguna revista y pasar al baño para arreglarme un poco. —Callé un instante y bajé la mirada como si deseara justificar mi siguiente comentario—. Había quedado con mi novio



esa noche y... —De nuevo me detuve sintiendo la intensidad de sus miradas sobre mí —. Era una cita importante. De hecho, aquella fue la noche de nuestra ruptura.

Me pareció que Miguel Villalba respiraba aliviado aprobando mi primera intervención.

La voz del inspector rompió el hechizo.

—Entonces ¿por qué no llegó a entrar en el baño?

—Porque recordé que tenía en el coche mi bolsa de maquillaje —dije con rapidez.

—Ya —respondió viéndose momentáneamente sobrepasado por mi mentira.

Villalba asintió como si creyera que el puzle comenzaba a encajar:

—¿Y luego? —preguntó lo más asépticamente que pudo.

—Cambié de idea. No quisiera parecer impertinente, pero pensé que el baño de una gasolinera no era el lugar más adecuado para arreglarse. Generalmente son pequeños y no están demasiado limpios —concluí buscando su complicidad—. Decidí hacerlo cuando llegara a San Sebastián.

El inspector levantó las cejas sorprendido, mientras Villalba apretaba los labios como si deseara contener una sonrisa de alivio.

—¿Qué hizo después? —preguntó intentando parecer inquisitivo frente a su jefe.

Me encogí de hombros:

—Meterme en el coche y salir de allí.

—¿Se fijó si había algún vehículo en el exterior de la gasolinera repostando o aparcado?

Negué repetidas veces con la cabeza.

—No me fijé, lo siento. No lo puedo asegurar.

Permanecimos en silencio. Matías Arroiz parecía ensimismado en sus pensamientos, como si hubiera algo que no terminara de encajar.

—Si no necesitan nada más —dije—. Es que me están esperando.

—Ya —respondió Villalba—. Quizá tengamos que llamarla otra vez —añadió buscando mis ojos.

Le retuve la mirada mientras buscaba la cartera en mi bolso. Saqué una de mis tarjetas y se la ofrecí:

—Cuando quieran. Esta es mi tarjeta con mi nuevo teléfono.

La recogió encantado, sonriendo ampliamente.

—Muy bien.

Por unos instantes parecíamos habernos olvidado de Matías Arroiz. El inspector se levantó pesadamente, como si le costara esfuerzo enderezarse. Era un sofá muy bajo de asientos mullidos seguramente pensado para cuerpos ligeros y atléticos como el del subinspector Villalba.

—Bien, Maravillas —dijo.

—Mara —lo interrumpí—. Llámame Mara, por favor.

—Sí, todos te llaman Mara en la televisión, ¿verdad? Yo siempre entendía Marga

—apostilló Villalba.

Pero el inspector no estaba para sutilezas.

—Bien, Mara —repitió—. Es probable que volvamos a llamarla.

Me encogí de hombros.

—Vale.

Los acompañé a la puerta y estreché la mano que me tendían. Sentí la energía de Miguel en su presión cálida y prolongada.

—Hasta pronto, Mara.

Iba a cerrar la puerta cuando el inspector se acercó de pronto, como si quisiera impedirlo con un gesto de su brazo.

—Perdone, una última pregunta.

No pude ocultar una mueca de sorpresa y fastidio.

—Dígame.

—¿Entonces vio usted a su novio esa noche?

Comprendí de inmediato adonde quería llegar, pero no creí que se atreviera a tanto.

—Exnovio —aclaré—. Sí, ya se lo he dicho. Esa noche rompimos.

El inspector sonrió, pero su sonrisa era una mueca inexpresiva.

—¿Dónde se maquilló por fin antes de verlo?

Esa pregunta no me pilló desprevenida, era un hábito que practicaba con alguna frecuencia.

—En mi coche, antes de subir.

Arroiz asintió ante la mirada expectante de Villalba.

—Y su exnovio —precisó—. ¿Podría confirmar su declaración?

—¿En qué sentido?

Abrió los brazos en el aire como si se tratara de una obviedad.

—Acerca de su afirmación.

—¿Qué afirmación?

—La de su ruptura.

Era un inspector viejo cabrón.

—Es un tema personal.

—¿No sabe usted que para la policía no existen temas personales?

Mantuve fijamente su mirada hasta que él parpadeó.

—No, no lo sabía, pero no espere que me ocupe yo de llamarlo.

—Por supuesto que no. Lo llamaremos nosotros —después se dirigió a su subordinado.

—Villalba, devuélvele un momento a la señorita Asparren la tarjeta que te ha dado.

Miguel Villalba asistía en silencio a la escena. La extrajo de su cartera y me la tendió, tenía un gesto contrariado en los labios.

—Escriba, por favor, nombre, apellido y teléfono de su exnovio en el anverso —

pidió el inspector con impostada amabilidad.

Así lo hice. Arroiz comprobó los datos.

—Carlos Olaizola —repitió en alta voz.

—Eso es.

—Muy bien, ahora sí nos vamos —sonrió ampliamente, no sin antes añadir—. Le sugiero que no lo llame intentando avisarlo... Lo sabríamos.

—No pensaba hacerlo —respondí con gesto despectivo—. No tengo ninguna relación con él.

Miguel Villalba llamó al ascensor antes de dedicarme la última mirada, como si quisiera hacerme saber que podía contar con él. Estaba segura de que volvería a verlo.

Fue Olga la que tuvo que soportar mi rabia y mi frustración durante todo el trayecto. Primero me desquité con el tema de Antoine. No estaba dispuesta a perdonar su indiscreción con Marcos. ¿Por qué lo había decepcionado? Apenas llevábamos saliendo algo más de dos semanas y nadie dijo que lo nuestro tuviera que ser un amor para toda la vida. A mí me habría gustado seguir manteniendo con él una relación de amistad, equívoca o íntima en algunas ocasiones, por supuesto, pero amistad en todo caso. Los dos saldríamos beneficiados. Yo por su esplendidez y por sus valiosos contactos, y él, de mi compañía, que tanto decía disfrutar.

Olga permitió que me desahogara sin interrumpir el relato pormenorizado de la fiesta y posterior encuentro sexual en el Palace. Se reía con ganas sin poder evitar en ocasiones la carcajada.

—Te entiendo perfectamente, Mariví, y tienes derecho a mostrar tus cartas.

Era un momento muy oportuno para volver a hablarle de Marcos. Se lo había prometido a mi primo.

—Cómo te agradezco que me comprendas, Olga. Estoy harta de la hipocresía de la gente.

—Sí, es verdad.

—Por cierto, ¿te importa que te pregunte por Marcos?

Fue algo inesperado.

—¿Marcos? ¿Qué pasa con Marcos?

Apenas desvié un instante la mirada de la carretera cuando pude leer en sus ojos que jamás volvería con él.

—Es que el otro día me preguntó por ti. A ver si al final había quedado contigo o te había visto.

—Ya. ¿Y?

—No, nada. —Callé esperando que añadiera algo más, pero no parecía dispuesta a dar muchas explicaciones.

—Nunca volveré con él —afirmó tajante.

Pensé apostillar el mítico: «nunca digas nunca jamás», pero me ahorré el esfuerzo. Las dos permanecemos en silencio.

—Pero ni con él ni con nadie. De momento estoy muy bien sola.

—Es curioso, ¿verdad? Dijiste que todo fue por mi abuela Úrsula.

—En parte, sí. Yo creo que sí —repitió como para sí misma—. Ella tuvo mucho que ver. No sé muy bien lo que pasó por mi cabeza, pero a raíz de que se me apareciera en sueños, no sé...

No terminó la frase, pero de pronto no pude evitar sonreír.

—¿De qué te ríes? —preguntó.

—De lo diferentes que somos. Yo hablo demasiado y tú demasiado poco. Yo no sé nada de ti y tú sabes todo lo que me ocurre y hasta lo que pienso. Y no solo de mí. De mí y de todos mis novios, pasados, presentes y futuros.

—Ja, ja, es verdad —rio con ganas—. Por cierto, me parece muy mal que no le

dijeras a tu futuro novio, el poli, lo que de verdad pasó en la gasolinera.

—¿Lo ves? Tú ya sabes quién puede ser mi próximo novio y yo de ti no sé ni lo que piensas de tu ex, que encima es mi primo. Eres muy escurridiza, Olga.

No dejó de sonreír, pero quería demostrarme que no aprobaba en absoluto mi actitud.

—Es que no entiendo por qué no dijiste la verdad cuando te interrogaron.

—Porque sé que iban a complicarme la vida.

—Más se te ha complicado ahora, ¿no te parece?

—No lo sé, es posible.

—Bueno, tendré que trabajarme a Miguel Villalba.

No contestó. No le había gustado mi respuesta.

—Comprendo que no lo puedas entender, Olga. Es que a mí las cosas me pasan a lo bestia. Para bien y para mal. Me ha ocurrido otras veces. —Golpeé con rabia el volante—. En situaciones irrelevantes y nimias, si estoy yo por medio, todo se jode, de verdad, te lo juro. Sé lo que te digo.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Vas a avisar a Carlos de que lo van a interrogar?

Dejé de mirar la carretera.

—Nooo, ni loca, se enterarían.

—¿Qué quieres decir? ¿Que van a intervenir los teléfonos?

—No lo sé, pero lo hacen habitualmente. ¿Por qué te crees que se enteran de todo?

—Ya.

—Así que, por favor, Olga, ni se te ocurra comentarme el tema por teléfono. Piensa que yo en teoría no vi nada ni a nadie en la gasolinera.

—Entendido. —Calló un instante antes de preguntar—. ¿Y cómo crees que reaccionará Carlos?

—¡Uf! No quiero ni pensarlo. Ese hijo de puta, lo mismo intenta meter mierda.

—¿Cómo?

—No lo sé. Qué mala suerte. A ver si ahora viene en mi ayuda la abuela Úrsula y no solo a joder con mensajitos. —Reducí la velocidad, llegábamos a la desviación de Etxarri Aranatz—. Mira, ya se ve el pueblo desde aquí.

—¿O sea, que era guapo?

—¿Quién? —pregunté extrañada, creyendo por un momento que se refería a mi ex.

—Miguel, el ertzaina, Mariví. ¡Quién va a ser!

—Ah, sí, me gusta mucho, está muy bueno. Ya te digo, seguro que me llama y no precisamente para interrogarme.

Giré a la izquierda y enfilé la última recta que nos llevaba al pueblo. Olga guardó en una carpeta plastificada los folios con la información de las apariciones que había

sacado de la Wikipedia.

—A la vuelta te lo leo. El tema es apasionante. Tenía alguna referencia de lo de Garabandal, pero de esto —señaló los folios— ni idea.

—Léeme algo por encima, Olga. Así esta mujer no me pilla tan en bragas.

—¡Uf! A ver cómo empiezo. —Se aclaró la garganta, sacó de nuevo alguno de los folios y comenzó a leer—: Bueno, te hago una sinopsis, como un resumen de titulares, ¿vale?

—Vale, venga.

—Las visiones de Ezkioga fueron las primeras apariciones del tipo antiguo parlante, aunque invisible, ocurridas en España desde el siglo XVI. Hubo muchos videntes en presencia de público y la mayoría de ellos entró en algún tipo de estado alterado de conciencia. Aparición de llagas, posesiones y trances, verificados por médicos y sacerdotes que acudían puntualmente a la campa de Anduaga, aunque las visiones se manifestaron no solo en Guipúzcoa, sino en muchos pueblos de Navarra. Escucha, Mariví, esto es importante.

»Habla del sentimiento y el resentimiento del nacionalismo vasco. Después de la Segunda República, España era un mosaico de culturas mal cohesionadas. La cultura rural en el País Vasco, de profunda raíz católica, albergaba una suspicacia secular hacia el violento anticlericalismo de las ciudades españolas y los gobiernos progresistas de la nación. La amenaza de la República puso en acción la energía devocional de la gente del norte».

Olga hablaba apresuradamente, como si quisiera llegar a un punto concreto del texto.

—Digamos que este era el caldo de cultivo —prosiguió—. Durante los meses de julio y agosto de 1931, decenas de videntes vascos tuvieron en Ezkioga visiones de la Virgen cada vez más complejas y explícitas. La Señora, como llamaban a la Virgen, no solo pedía oración, sino que interactuaba con algunos niños videntes, explicando la naturaleza de todos los seres celestiales que la acompañaban. —De nuevo se detuvo—. Tú sabes que los niños son los más proclives a conectar con el mundo sobrenatural, por su inocencia y pureza. De hecho, los primeros videntes de Ezkioga fueron dos hermanos de once y siete años, Benita y Pedro Aguirre. Y más cosas —dijo—. Decenas de miles de personas concentraron intensamente aquella fuerza en los videntes. De hecho, durante las apariciones se generaba una especie de magma energético que se podía palpar y tocar y que era capaz de provocar cualquier expresión fenomenológica, por extraña que fuera. El pueblo fue el protagonista y los relatos y fotografías de los videntes en estado de trance aparecieron en todos los periódicos, no solo del País Vasco y Navarra, sino de toda España. A muchos les pareció sentir en sus cuerpos una enorme fuerza. Walter Starkie, hispanista irlandés que acudió a Ezkioga, se convirtió en testigo valiosísimo y desapasionado durante unos días de primeros de julio de 1931, y describió a una niña durante la visión, mientras él la sostenía en sus brazos: «Podía sentir la reacción de tensión en ella, de

vez en cuando una potente descarga parecía recorrerla con una sacudida y galvanizarla transformando todo su ser en energía pura. La niña vidente se agitaba en mis brazos e intentaba saltar hacia adelante. Al final, se derrumbó hacia atrás sin fuerza y cuando miré para abajo, a su rostro húmedo de lágrimas, vi que se hallaba inconsciente». ¿Qué te parece? —preguntó Olga doblando los folios—. Me los he leído todos esta noche. Hablan de luz cegadora, perder el sentido, llorar sin control, éxtasis y, sobre todo, de la fuerza sobrenatural que llegaban a alcanzar en el momento de la visión. El propio Pío Baroja, nada sospechoso de marianismo, escribió *Los Visionarios*, una novela basada en las apariciones de Ezkioga, y Manuel Gutiérrez Aragón filmó después la película.

Acabábamos de entrar en el pueblo, Olga guardó de nuevo los folios en la carpeta.

—¡Me parece acojonante, te lo juro! —exclamé realmente impresionada.

—Pues eso no es nada. Ayer estuve leyendo unos párrafos del libro de ese antropólogo americano que venían en internet y el tema es de lo más fuerte que he leído nunca.

—¿Qué antropólogo?

—William Christian, un profesor de Harvard que durante quince años realizó estudios y trabajos de campo con familiares de videntes para escribir un libro, *La Segunda República y el Reino de Cristo*. A los videntes los torturaron y los machacaron psicológicamente.

—Pero ¿tú no crees en las apariciones de la Virgen, supongo?

Olga cabeceó dubitativa e improvisó su respuesta vocalizando despacio.

—Creo que son proyecciones mentales capaces de generar personas especialmente dotadas... No es lo mismo la aparición de representaciones de la iconografía sagrada, o sea, santos y vírgenes, que la aparición de individuos que han existido y que has conocido en vida, incluso.

—¿Quieres decir fantasmas?

—Sí. —Movié la cabeza titubeando—. Eso es diferente. En eso sí creo, y no solo porque me ha pasado a mí. Lo experiencial escapa de valoraciones externas. Es más, creo que forma parte de la enseñanza individual e intransferible del ser humano. En cuanto intentas relatarla o peor aún —dijo impostando un gesto solemne—, sacarle una rentabilidad, se vuelve contra ti.

—A mí también me ha pasado, Olga. Sin embargo, estoy dispuesta a ponerlo en duda.

Me miró con una extraña rigidez en la mirada, incluso con dureza.

—¿Ah, sí? Yo no.

De pronto recordé algo que ocurrió en mi conversación con ella cuando la llamé desde el Palace.

—Por cierto, Olga.

—Dime.

—Cuando te llamé desde el Palace, ¿recuerdas?, cuando mi abuela apareció a los pies de mi cama, te dije que estaba acojonada y que no podía aguantar más. Entonces me respondiste que no me preocupara. Que *ellos* sabían que yo podía aguantar todo esto, porque de lo contrario no se hubieran puesto en contacto conmigo. ¿Te acuerdas? —insistí.

Olga suspiró asintiendo repetidamente.

—Sí, me acuerdo.

—¿Quiénes son *ellos*? ¿Qué querías decir?

Estábamos frente a la iglesia en medio de la plaza de Goñi.

—Mira, podemos aparcar aquí —dijo de pronto.

—No pienses que no vas a contestarme —respondí intentando desdramatizar.

Olga sonrió.

—Claro que no, Mariví, no tengo inconveniente en darte mi opinión. Te dije eso para calmarte en aquel momento. Estabas muy nerviosa. No tiene importancia ni me refería a nada concreto.

—No me lo creo.

—Te lo prometo. —Chascó la lengua. Su gesto era algo más solemne—. En todo caso, *ellos* son las inteligencias superiores. Y es un conocimiento que pertenece al inconsciente colectivo. Muchas religiones recogen este principio de unidad con el todo. Yo también comparto esa intuición y me parece muy plausible que sea así. Se trata de una hermandad universal y cósmica mucho más evolucionada que la nuestra, que nos observa atentamente. A veces, incluso intervienen en nuestra vida. Pero sé también que no se comunican con cualquiera.

Le devolví una sonrisa cómplice.

—Bueno, me encanta oírte decir eso. Me gusta, me hace sentir especial.

Solo era una broma. Esperaba un comentario irónico por su parte, pero una vez más Olga me sorprendió:

—Por supuesto que eres especial, de lo contrario no estaría contigo.

No supe qué añadir. Detuve el coche. La plaza ofrecía varias bifurcaciones, algunas de ellas hacia caminos sin asfaltar.

—Me temo que no podemos seguir.

—Es así, Mariví —prosiguió como si quisiera justificarse—. Yo creo en la existencia de esos seres y lo que he dicho de ti también es verdad.

La observé despacio. En aquel momento, su expresión y su mirada eran de luminosidad extraordinaria.

—Gracias por acompañarme, Olga.

—Yo también tendría que darte las gracias, Mariví.

Quise poner un punto de ironía.

—Pues manos a la obra, colega.

Sonrió abiertamente.

—Tendremos que preguntar a alguien —dije señalando a una mujer que salía de



la iglesia.

—Sí, será lo mejor. Lo mismo la tal Basilia vive lejos y tenemos que ir en coche. ¡Hola! —gritó Olga—. Estamos buscando a Basilia, ¿puede decirnos dónde vive, por favor?

La mujer se acercó hasta apoyarse en la ventanilla mirando a Olga con curiosidad.

—¿La Basi?

—Sí. ¿La conoce?

—*Bai, noski...*

—¿Dónde vive?

Sonrió ampliamente mostrando una dentadura irregular con abundantes huecos.

—En la casa del cura, vive.

—¿En la casa del cura? —preguntamos casi al unísono.

—Sí, se murió el *apaiza*<sup>[17]</sup> y el Concejo del pueblo le cedió la casa a ella. Ahora el nuevo *apaiza* viene solo a dar misa y algún día a confesar.

—Ya. ¿Y dónde está la casa del cura?

La mujer se volvió para señalar la iglesia sin dejar de reír.

—Aquí está. Ahí la tienes. Si es un perro, te muerde, ja, ja.

—¿Pero vive en la iglesia? —pregunté asomando la cabeza.

De pronto, abrió los ojos como si ella también hubiera visto a la virgen en la rama de un árbol.

—¡Anda, a ti te conozco! ¿Tú no sales en la tele?

Olga me empujó para que desapareciera de su órbita visual.

—No, no es ella, se parece mucho.

La mujer se agarró fuerte a la ventanilla y metió la cabeza para cerciorarse.

—Sí, sí es. Tú eres la hija de la Brígida, que ya te conocemos en el pueblo. ¿Qué hacéis aquí preguntando por la Basi?

—Es que tenemos que hablar con ella —dijo Olga intentando reconducir la situación.

—No podéis ir solas. Ya voy a ir yo también.

Nos miramos desconcertadas, Olga me tranquilizó con un gesto.

—Igual nos viene bien. —Después se dirigió a la mujer—. Vale, vamos a aparcar. ¿Cómo se llama usted?

—*Ni naiz Aurelia*<sup>[18]</sup>. —Y volvió a reírse con ganas—. Pero no me digas de usted, que me da la risa.

Aparcamos allí mismo y la seguimos.

—Hay que entrar por detrás —dijo encaminándose hacia la iglesia.

A pesar de que eran las doce de la mañana de un día claro y luminoso, cuando atravesamos el atrio y enfilamos una escalera de caracol detrás del confesonario, desapareció la luz.

—Solo son seis escalones, pero cuidado no tropezar —dijo Aurelia.

Las viejas maderas crujían bajo nuestros pies. No pude evitar evocar mi reciente

experiencia en Amets. Todas las casas de aquellos pueblos conservan la misma atmósfera, el mismo olor a viejo y a maderas húmedas. Enseguida llegamos a un rellano, había una puerta y estaba entreabierta.

—Igual Basi no está en casa —apunté solo por decir algo.

Aurelia se volvió moviendo la cabeza.

—Sííí, acabo de estar con ella; ya no sale, está muy mayor.

—¿Ah, sí? —preguntó Olga.

—Pues claro, tiene muchos años... *laurogeita bost*<sup>[19]</sup> —añadió.

—¿Cuántos? —preguntó Olga.

—No sé, creo que ochenta y cinco.

—Sí, eso, ochenta y cinco —confirmó Aurelia.

—¿Y vive aquí sola?

—Entre todos la cuidamos.

Aurelia empujó la puerta con resolución.

—¡Basilía! ¡Basiii! Tienes visita. *Aizu*?<sup>[20]</sup>

Una voz lejana respondió.

—*Hemen banaiz bai...*!<sup>[21]</sup>

—Hoy me tocaba a mí estar con ella. La he arreglado y la he sentado en el sillón. Apenas se levanta de la cama —aclaró dirigiéndose a nosotras.

Tomé aire, tal vez arrepintiéndome de estar allí en aquel momento. Bastantes problemas tenía ya con todo lo demás. Pero no podía imaginar lo que me esperaba.

Seguimos en silencio a Aurelia, que se adentraba por un pasillo largo y oscuro. Conforme avanzábamos, el olor a humedad se iba transformando en un aroma espeso y dulzón, una mezcla de incienso y flores.

Al fin se detuvo frente a una puerta. Estaba entreabierta, golpeó suavemente con los nudillos.

—Basilía, *sartu gero*<sup>[22]</sup> —dijo mientras entraba y se colocaba a un lado, dejándonos pasar.

Fui yo la primera en cruzar el umbral, seguida de Olga. El espectáculo que se ofrecía a nuestros ojos era difícilmente descriptible.

Era una habitación grande totalmente forrada de madera oscura, con ganchos de metal a modo de perchas en las paredes. Tenía el aspecto de ser una antigua sacristía. De los apliques ahora desnudos habrían colgado las casullas y los hábitos de los officiantes.

En un ángulo debajo de la ventana cubierta por un viejo cortinón desvaído, se levantaba una especie de improvisado altar presidido por la imagen de una virgen policromada de casi un metro de altura. El olor pegajoso y dulzón que invadía la estancia provenía de unas pequeñas jícaras de aceite aromático colocadas a sus pies. En medio de la habitación, una cama grande deshecha, y junto a ella, un sillón alto de aspecto desvencijado del mismo granate desvaído que las cortinas envolvía entre sus pliegues la figura de una anciana diminuta de piel cerúlea. Al vernos, levantó la

mirada sin dejar de mover los labios mientras pasaba lentamente los dedos por las cuentas de un rosario. Iba vestida con una túnica azul pálido demasiado grande que la empequeñecía aún más. El pelo completamente blanco, escaso, largo y suelto sobre los hombros estaba cubierto por un velo satinado de tul. La diadema sobre su cabeza era dorada, igual que la cinta que ceñía su cintura y llegaba hasta el suelo. Todo su ropaje era casi idéntico al de la figura del altar. El aspecto de la anciana era el de una esperpéntica muñeca.

—¡Basilia! Han venido a visitarte —dijo Aurelia acercándose solícita y cariñosa.

—*Bai, bai, badakit*<sup>[23]</sup> —respondió sin interrumpir su rezo.

—¡Es la hija de la Brígida! —añadió señalándome.

Solo entonces se detuvo. Abrió mucho los ojos y sus labios dejaron de moverse para observarme detenidamente.

—¡Brígida! —repitió en un susurro como si la cohibiera pronunciar aquel nombre.

Aurelia comenzó a moverse a su alrededor. Tan pronto le arreglaba el velo como estiraba la cama o recolocaba los objetos.

—Sí, que sorpresa, ¿verdad?

Basilia, sin responder, dejó el rosario con cuidado sobre el brazo del sillón para hacerme un gesto con la mano indicándome que me acercara.

—*Hatoz! Hatoz!*<sup>[24]</sup>

Miré a Olga con un gesto de sorpresa, después caminé unos pasos hasta acercarme a la anciana.

Me observó detenidamente.

—*Zu zara Brigidaren alaba?*<sup>[25]</sup>

Asentí mientras escuchaba la traducción de Aurelia a mis espaldas.

—Te ha preguntado si eres la hija de la Brígida.

—Ya la he entendido, pero ¿no habla castellano?

—No habla bien, yo te traduciré —respondió Aurelia acercándose—. ¡Basi! ¿Qué quieres que le diga?

Pero la anciana parecía reconcentrada en sus pensamientos.

—*Zein izen duzu?*<sup>[26]</sup> —preguntó sin dejar de mirarme.

—Maravillas.

—¿Maravillas? —exclamó, negando con movimientos de cabeza—. *Hori ez da zure izena*<sup>[27]</sup>.

Después intercambió con Aurelia una larga perorata en la que constantemente aparecían los nombres de mi abuela Úrsula y de mi madre. Hablaban rápida y enfáticamente. Desde niña no practicaba el euskera y apenas podía comprender el sentido de la conversación. Parecía que hablaban de algo que, según Aurelia, yo debía conocer. Su gesto había cambiado, ya no era alegre sino sombrío.

—Sí, lo entenderé —concluyó suspirando antes de dirigirse a mí, que observaba perpleja la escena—. Basilia te va a contar algo. —Se detuvo un instante antes de

continuar—. Pero antes quiere saber quién os ha dicho de venir aquí.

—Ascensión, la prima de mi madre —respondí con rapidez.

Aurelia tradujo dirigiéndose a la anciana.

—*Ascensio nek esan dit zurekin etortzeko*<sup>[28]</sup>.

Basilía asintió con gesto perplejo y sombrío. Al momento, hizo amago de incorporarse. Aurelia y yo corrimos en su ayuda.

—No estoy segura, pero creo que esta mujer guarda un secreto —dijo Olga de pronto, uniéndose al rescate.

—Pero ¿has oído? Estoy alucinada. ¿Qué pasa con mi nombre, Olga?

—Sí —murmuró—. Creo que se refieren a un secreto muy antiguo de tu madre.

Era tal la atmósfera que se respiraba en aquel lugar que nada de lo que ocurriera podría extrañarme.

—*Nora zoaz, Basi... zer nahi duzu?*<sup>[29]</sup> —preguntó Aurelia.

La anciana no hizo ningún caso. Casi en volandas, la colocamos de pie junto al sillón. Arrastrando su larga túnica por el suelo, y ayudada por Aurelia caminó con paso claudicante hasta un pequeño secreter al lado de su cama. Era un mueble estrecho y alargado, muy parecido al que mi abuela Úrsula tenía en Amets. La parte inferior estaba hueca y cubierta con una cortinilla dispuesta para ocultar el orinal. En su parte superior había un cajón donde se guardaban los documentos importantes de la casa. Se detuvo rebuscando algún bolsillo escondido entre los pliegues de su extraño ropaje. Después de algunos intentos fallidos, por fin extrajo con mano temblorosa una llave de la que pendía un cordón morado.

—*Tori, ireki*<sup>[30]</sup> —dijo dirigiéndose a Aurelia.

Aurelia se inclinó con un gesto de extrañeza, buscando la cerradura. Por su expresión, era la primera vez que se acercaba a aquel mueble para abrirlo. Al segundo intento el cajón cedió con un pequeño chirrido y Aurelia se hizo a un lado. El silencio era total. Ninguna de nosotras parecía atreverse a imaginar qué misterioso secreto había podido guardar Basilía en su interior.

Observó con detenimiento todo lo que se ofrecía a sus ojos antes de apartar con cuidado un rosario de azabache y una cruz de madera y nácar, que colocó sobre la encimera del secreter para facilitar el resto de la búsqueda. Después de algunos instantes hurgando entre papeles amarillentos, sus manos inseguras tropezaron con un rollo de papel cerrado por una fina cuerda.

—*Ni hemen dago!*<sup>[31]</sup> —Se dirigió a Aurelia y de nuevo comenzó entre ellas un intercambio de información, al que Olga y yo no podíamos acceder.

—Aurelia —exclamé—. Por favor, háblale en castellano. Dices que ella lo entiende, y lo que no entienda, ya se lo traducirás. Necesito saber lo que está pasando.

—*Bai* —asintió—. Vamos a hablar en *erdera*, Basilía.

—*Nik ez dakit*<sup>[32]</sup> —respondió la anciana.

No pude contenerme. Yo misma me asombré de mi reacción.

—¡Sí, sí que sabes! —casi grité sin poder disimular mi irritación.

Olga me dedicó un gesto admonitorio mientras Basilia y Aurelia me observaban sorprendidas.

—*Barkatu*<sup>[33]</sup>. Basilia —dulcifiqué el tono de voz—. Yo sé que me entiendes. He venido porque Ascensión me lo pidió y porque sé que lo que guardas en ese cajón es lo que hace muchos años te dio mi madre para mí.

El golpe de efecto fue magnífico. Basilia me devolvió una mirada desorbitada. Al parecer eso era exactamente lo que había ocurrido. Olga, una vez más, se adelantaba a los acontecimientos. Gracias a su intuición y a mis dotes interpretativas, la anciana creyó que mi madre hablaba por mi boca.

—*Neskatua!*<sup>[34]</sup> —dijo con la palidez del rostro aún más acentuada.

Yo en realidad solo deseaba que alguien pudiera desvelarme el misterio que encerraba mi nombre. De los tesoros que Basilia guardaba en aquel viejo secreter poco más esperaba que algunas estampas de la Virgen a las que mi madre era tan aficionada u otros recuerdos sin demasiado valor. Pero una vez más estaba equivocada.

Después de unos instantes de silencio, Aurelia, que ya no podía soportar la incertidumbre, la apremió a desenvolver aquel rollo apergaminado.

—Ábrelo, Basi.

Ante nuestra ávida mirada, Basilia tomó aire y deslizó la cuerda por la superficie del rollo hasta hacerla caer al suelo. Aurelia se apresuró a recogerla. Después hizo girar el manuscrito sobre sí mismo no sin dificultad, pues el tiempo y la humedad habían endurecido el papel. Eran varias hojas en las que rápidamente reconocí la letra inconfundible de mi madre.

Me acerqué a Basilia como si quisiera arrebatárselas, pero no tuve necesidad.

—Me las dio para ti —dijo en un rudo castellano al tiempo que me las ofrecía.

Tomé las hojas en mis manos, llena de emoción. Estaban escritas en vasco.

—¿Cuándo te las dio? —pregunté repasando su contenido y comprobando con tristeza que algunos párrafos estaban casi borrados.

—Muy joven.

Comencé a leer su contenido desordenadamente.

—Parece un testamento. Dice que tendrá una hija... Aquí no entiendo lo que pone... —pero proseguí—. «Llevará el nombre que la Virgen me diga en sueños». Tampoco entiendo esto. —Busqué a Olga con la mirada antes de continuar leyendo. Sentí el mismo escalofrío que precedía a todas las revelaciones—. ¿Qué te parece? ¿No es alucinante?

Olga me observaba estupefacta:

—Sí. Es increíble.

—Por eso nunca acepté mi nombre. Ahora lo comprendo, ahora lo sé. Pero aquí no pone qué nombre le sugirió la Virgen. Aurelia se acercó para leer el manuscrito por encima de mi hombro.

—Tiene que poner.

Terminé de leer la página y no encontré ningún nombre. En la siguiente hoja, al parecer, abordaba otro tema distinto, totalmente incomprensible para mí.

—Tu abuela Úrsula —dijo de pronto Basilia—. Cuando naciste quería robarte. Por eso es tu madrina.

—¿Cómo robarme?

—Pero la marca no es de nacimiento —añadió.

—¿Qué marca?

La anciana se encogió de hombros como si no fuera capaz de explicarlo.

—Marca aquí decimos cuando es... —Se detuvo mirando a Aurelia para que acudiera en su ayuda.

—Sí, se dice *marca* porque traen una marca de nacimiento.

—Aquí —precisó señalándose la nuca—. Una mancha que puede ser oscura, morada o roja. Según el color, la criatura es especial —aclaró Aurelia—. Depende de la hora del nacimiento y de la luna, y del tiempo que tarda en salir de la tripa de la madre, y de otras muchas cosas. Eso lo saben las parteras.

—¿Y yo tenía esa marca?

—No, la hicieron después —respondió Basilia sin vacilar.

—¿La hicieron? ¿Quién? —pregunté sin creer lo que estaba escuchando.

La expresión de Basilia era como de encontrarse en el límite de sus fuerzas.

—¡La hizo la endemoniada! —gritó.

—¿Qué dice? —Miré a Aurelia horrorizada, como pidiendo ayuda—. Pero ¿la tengo?

Olga se acercó por la espalda:

—Deja que te vea. —Y sin esperar mi aprobación apartó la melena con una mano mientras con la otra manipulaba en mi nuca.

—Sí —exclamó—. Aquí hay algo, Mariví, justo en el nacimiento del pelo, pero casi no se ve, está debajo.

Todo aquello comenzaba a parecerme un delirio. Era un descubrimiento inaudito. ¡Yo tenía una marca en la nuca y nadie jamás me lo había dicho!

—¿Cómo es?

—Es pequeña. Como un centímetro o así...

—No me lo puedo creer.

—Y tiene forma. —Olga continuó indagando en mi nuca como si no consiguiera verla en su totalidad.

—¿Forma de qué?

Aurelia y Basilia se habían acercado para comprobar *in situ* el fenómeno paranormal.

—¡Ah! *Beitu*<sup>[35]</sup>, Basilia —dijo Aurelia atreviéndose a precisar—. Es como una letra.

—Sí, puede ser una letra —afirmó Olga.

—¿Qué letra?

—Es como una efe. Sí, una efe mayúscula.

—¿Una efe? ¡Pero no puede ser! ¡Es increíble! ¡Soy la mujer marcada!

Olga parecía muy afectada.

—Más vale que te lo tomes a broma.

—¿Qué quieres decir? —Me volví mientras me ordenaba el pelo.

—No lo sé, es todo muy confuso. Hay algo más, aquí presiento algo muy turbio, Mariví. Luego hablaremos. —Tenía un rictus extraño en los labios—. Vamos a ver qué otra información nos da el manuscrito.

Pensé en Ascensión. Tenía que habérmelo comentado. Tal vez no confiaba en mí. Sin embargo, al final de nuestro encuentro parecía haber cambiado de actitud y no solo porque le diera cien euros. Era muy posible que ella conociera el nombre que mi madre quería ponerme.

—Iré a ver a Ascensión. Ella sabe más de lo que me dijo.

Basilía apoyó su brazo sobre Aurelia, parecía sobrepasada por las emociones.

—Mucho cuidado con esa endemoniada.

—¿Por qué dice endemoniada?

Aurelia se encogió de hombros. Algo sabía, pero al parecer no quería opinar.

—No sé, yo no sé nada, solo lo que he oído.

—¿Y qué has oído?

Basilía, muy sofocada, intervino con una nueva perorata en euskera. Aurelia asentía de vez en cuando. Hablaban de Ascensión.

—Ascensión quería hacerse la dueña de todo y que tu madre curase más enfermos y cobrar dinero, y otras cosas que dice Basilía que no tienes por qué saber.

—¿Cómo que no tengo por qué saber? Todo lo contrario. ¡Para eso he venido aquí!

De nuevo, Basilía interpeló a Aurelia en euskera.

—¿Qué dice? —pregunté.

—Dice que con los endemoniados no se puede hablar ni mirarlos a los ojos.

—Pero ¿por qué dice que Ascensión es una endemoniada?

Aurelia hizo un gesto con el brazo, como si quisiera apartar de sus oídos aquel nombre.

—¡Ella sabrá por qué lo dice! La echaron del pueblo por bruja. Hacía maldiciones y conjuros.

Inesperadamente, Basilía golpeó el suelo con el bastón.

—*Ixo, Ixo!!*<sup>[36]</sup> ¡¡¡A callar!!! —gritó fuera de sí.

Permanecimos en silencio, observándola. Aurelia suspiró con gesto solemne.

—¡Tiene razón! No hay que hablar de ella, porque si se habla, el demonio que tiene dentro coge más fuerza. Y también dice que es mentira que te mandara que vinieras aquí.

—No lo recuerdo.

—¡Ella no ha dicho que vengas aquí! —repitió Basilía de pronto para nuestro



asombro.

—Tienes razón. Igual no me dijo exactamente que viniera, no lo recuerdo bien, pero ¿por qué tiene eso tanta importancia?

—Sí importa —respondió.

Me encogí de hombros, como si aceptara sus suspicacias.

—Pues no sé. Hablamos de muchas cosas. Ascensión me dijo que la Virgen concedía a mi madre todo que le pedía.

Al escucharlo, el rostro de Basilia transmutó la cólera en fascinación, movió la cabeza de un lado a otro, como si quisiera abarcar en ese movimiento los cuatro puntos cardinales.

—Sí, eso sí es verdad —respondió como transfigurada—. Todo, todo lo que pedía, la Virgen se lo daba. —De pronto se quedó callada—. Hasta la vida le salvó.

—¿Qué quieres decir?

—Ahí lo pone —dijo Basilia señalando el manuscrito.

Olga se acercó:

—Deja que Aurelia lo lea y nos traduzca lo que está escrito.

—Sí, tienes razón. Toma, Aurelia. —Le tendí los papeles que, por la inercia, se enrollaron de nuevo.

Aurelia volvió a tensarlos entre los dedos. Respiró a fondo y comenzó a leer despacio, descifrando la letra de mi madre al tiempo que traducía su contenido:

—«Juro delante de la Virgen que todo lo que ocurrió en casa de Sisario lo vi con mis propios ojos. Era casi de noche, pero fui al caserío a llevar las hierbas que me pidió Ramona para secar sus pulmones. Había luz en la cuadra. Me acerqué y desde la entrada vi a Ramona abrazada a Benjamín, el hermano de su marido. Entonces me agaché y me escondí detrás del comedero de los cerdos, para que no me vieran. Ellos se besaban y se reían. Así estuvieron mucho rato, abrazándose y acariciándose, hasta que de pronto, por la escalera de la *ganbara*, apareció Sisario. Llevaba un hacha en la mano y empezó a gritarles insultos y blasfemias que no se pueden decir. Estaba como loco»

—Os voy a matar a los dos —les dijo—. Así os volveréis a encontrar en el infierno.

»Pero ellos, de la impresión, ni se movieron. Solo cuando Sisario le clavó el hacha en la cabeza a su hermano, Ramona se enfrentó diciéndole:

»—¡Qué has hecho! ¡Es tu hermano! ¡Qué has hecho!

»Entonces él tiró el hacha y la agarró por el cuello. Ella se revolvía como un animal.

»—A ti te voy a matar con mis propias manos —le dijo.

»Y apretó y apretó hasta que Ramona dejó de moverse. Yo estaba llorando de miedo, tenía que escapar de allí cuanto antes. Me levanté, pero al salir tropecé con una marmita y entonces Sisario me vio. Vino corriendo con ojos de loco y me agarró por los hombros.



»—¿Qué haces tú aquí, bruja? —me dijo—. A ti también te voy a matar.

»Y empezó a apretar. Yo sentía que no podía respirar. Entonces, con las pocas fuerzas que me quedaban, le pedí a la Virgen que me ayudara “Ayúdame —le dije— para cumplir los sueños que me has revelado”. Y juro otra vez por la Virgen que es verdad todo lo que he dicho y lo que ahora voy a decir. De repente, Sisario dejó de apretar mi cuello y se quedó quieto mirando hacia el techo como trastornado, o como si algo o alguien lo hubiera paralizado. Y yo sentí una voz dentro de mí que me decía: “¡Escapa ahora, vete!”. Comprendí que era la Virgen la que había hecho el milagro y, apartándome de él, eché a correr como si mis piernas pudieran volar. De noche, llorando y medio aturdida, atravesé la campa de Mugiro hasta llegar a mi casa sin aliento. Mi madre estaba en la cocina y a ella le conté que la Virgen me había librado de la muerte porque había sido testigo de un crimen horrible. Ella me creyó y me dijo que en el pueblo ya no podría estar a salvo y que subiera a hacer la maleta porque al día siguiente me mandaría a San Sebastián, a casa de la prima Ascensión. Con la Virgen de testigo, declaro que Cesáreo Altube, a quien todos llaman Sisario, fue el que mató a su mujer y a su hermano Benjamín, aunque después, y según me contaron, echó la culpa al pastor de Zumbeltz, que ya todo el mundo sabía que era enemigo de Benjamín. Al poco tiempo metieron al pastor en la cárcel y allí murió. Ese crimen quedó en su conciencia, porque yo a nadie más que a mi madre he contado este secreto, y ahora entrego esta carta a Basilia para que la guarde, pues sé que dentro de mucho tiempo alguien preguntará por mí y al final se sabrá la verdad de todas las cosas que me han ocurrido en la vida».

Basilia cruzó las manos a la altura del pecho, como si rezara interiormente.

—Dale esa carta —susurró dirigiéndose a Aurelia—. Tu madre sabía que vendrías a buscarla.

—Sigue leyendo, Aurelia, por favor —pedí.

Aurelia, que ya había enrollado de nuevo el manuscrito, asintió aceptando encantada la proposición, pero Basilia se lo impidió con un gesto.

—No. Nadie más debe saberlo.

—¿Y mi nombre y la marca de la nuca? —volví a preguntar—. Igual ahí lo explica.

Basilia bajó la mirada:

—Ahí no pone nada de eso.

—¿Y a ti no te lo dijo?

—*Nik ez dakit* —añadió encogiéndose de hombros—. Eso yo no lo sé —dijo en vasco y en castellano.

Parecía que ya no tenía ningún interés por continuar aquella conversación. Sin ningún comentario previo, la anciana giró despacio sobre sí misma hasta darnos la espalda, después se dirigió de nuevo al sillón. Aurelia fue en su ayuda para sujetarla mientras tomaba asiento y colocarle con cuidado el largo velo de tul que tenía enrollado en el brazo.

La despedida fue tan rápida como extraña. Como si con aquel gesto explícito y cortante Basilia quisiera demostrar que ya había cumplido su promesa, pero también que su papel en aquella historia había terminado. Era una actitud parecida a la que tuvo Ascensión al final de mi primera visita. Las dos tenían un compromiso contraído con mi madre, del que solo deseaban librarse.

—Así que... *ondo ibili*<sup>[37]</sup> —dijo al tiempo que levantaba su mano emulando la bendición papal a una muchedumbre fervorosa.

Aurelia, a su lado, se encogió de hombros, como si quisiera disculparse por la zafiedad protocolaria de la única santa icónica que les quedaba en el pueblo.

Había comenzado a llover cuando iniciamos el viaje de vuelta. Casi lo agradecí. Era como si la naturaleza quisiera mimetizarse con nuestras emociones. Olga y yo permanecíamos calladas, resistiéndonos a abordar la macabra sorpresa que aquella visita nos había deparado. Esperé que fuera ella quien rompiera el silencio mientras yo intentaba asumir definitivamente la singularidad de mis circunstancias. Al parecer, ni siquiera mi nombre era el que me correspondía llevar.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó Olga al fin.

—Lo primero es que alguien me traduzca toda la carta. ¿Cuántos folios son?

Olga recogió mi bolso del asiento trasero, sacó el pliego y lo desenrolló con cuidado.

—Cuatro —dijo después de repasarlos.

—¿Por qué no echas un vistazo a ver si aparece algún nombre o algo que se pueda entender?

Era una caligrafía grande y redondeada, como la de una niña que hace muy poco tiempo ha aprendido a escribir.

—Sí, voy a intentarlo. La letra es muy clara.

Permaneció en silencio escudriñando aquellas palabras que no podía comprender. Una vez y otra repasaba sus líneas buscando algún nombre entre ellas.

—Me encantaría que fueras tú quien lo descubriera —dije.

—¡Sí!, hay nombres —exclamó de pronto.

Me giré como impulsada por un resorte. Estaba a punto de conocer mi verdadero nombre. Olga cabeceó, era una falsa alarma.

—Sí, hay nombres, pero, no es el tuyo. Habla de Úrsula, Basilia... No hay más. Espera y también habla de Ascensión.

—Ascensión... —repetí—. Ella sí lo sabe y me lo dirá.

Olga movió la cabeza con desánimo.

—No veo más nombres, y no tengo ni idea de lo que habla.

—Serán cosas de las hierbas y de los ungüentos que hacía. Recuerdo que mi madre solía escribir recetas de cocina, oraciones y poesías.

Olga suspiró ruidosamente:

—Puede ser.

De nuevo nos quedamos en silencio. Me pareció extraño que Olga no tuviera ninguna percepción extrasensorial después de vivir tantas circunstancias reveladoras. Permanecía ensimismada en sus pensamientos sin hacer ningún comentario de lo ocurrido.

—¿Qué te parece todo esto, Olga?

—No sé. —Su expresión era sombría—. Me pregunto lo que te parece a ti.

Tomé aire intentando dar una respuesta a la altura de sus expectativas. Lo primero que pensé en casa de Basilia fue que necesitaba ayuda y estaba dispuesta a pedirla. Me vino a la memoria las veces que Carlos me echaba en cara que siempre esperaba que los demás solucionaran mis problemas. Era cierto, en ese terreno seguía siendo cobarde y utilitarista. Estaba decidida a recurrir a Miguel Villalba, sabía que podía confiar en él. La excusa perfecta sería interesarme por algunos detalles del asesinato que relató mi madre. Sí existían archivos policiales de aquella época, para él no sería difícil acceder a esa información. Aunque lo que deseaba con más intensidad era volver a verlo.

De nuevo oí la voz de Olga como si realmente pudiera adivinar mis pensamientos.

—Ya sabes que puedes contar conmigo para lo que necesites.

—Gracias, Olga —le dediqué una cariñosa mirada—. Por supuesto que cuento contigo. Pero estaba pensando en llamar a Miguel.

—¿Al ertzaina? ¿Para qué?

—No sé. Puede ser una valiosa ayuda.

—¿No crees a tu madre o qué?

—Sí, la creo, totalmente. Pero todo eso que me has leído antes de entrar en el pueblo: las apariciones de la Virgen, y ahora esto de mi nombre...

—No tiene nada que ver lo uno con lo otro.

—Para mí, sí.

A la luz del atardecer gris y lluvioso el gesto de Olga era inquietante.

—¿Y qué le vas a decir? ¿Que eres una protegida de la Hermandad Cósmica y que tu madre fue testigo de dos asesinatos que nunca denunció a la policía?

—No te mosquees conmigo, Olga. Han sido muchos impactos. No sé ni qué pensar.

Me volví para observarla.

—¿Tú no eres vasca?

—No, afortunadamente.

—¿Por qué afortunadamente?

—No me gusta la soberbia de los vascos. Se creen más de lo que son. Los nacionalismos solo han traído al mundo desgracias y crueldad.

—Estoy de acuerdo. —No pude evitar una sonrisa—. Menos mal que has roto con Marcos, porque te ibas a llevar fatal con tu cuñado. Supongo que sabes que el

marido de Lorena es un jefazo del PNV, ¿no?

Se encogió de hombros.

—Lo sé y lo sabía. ¡Bah! ¿Y qué? Tampoco me habría importado. Me llevo bien con todo el mundo porque rara vez digo lo que pienso.

Era un comentario desconcertante.

—¿Ah, no? ¿Entonces debo interpretar que tu sinceridad es una gentileza que tienes conmigo?

—Por supuesto. Y otra más que voy a tener.

—Te recuerdo que estoy conduciendo. Mide tus palabras, que soy muy impresionable.

—Tú sí que me has impresionado con tu idea de llamar a ese ertzaina. Te vas a enrollar con él, ¿verdad?

Si la situación hubiera sido otra, me habría reído a carcajadas.

—Juegas con ventaja, Olga. Está claro que yo soy bruja por herencia de mi madre y de mi abuela. ¿Y tú de quién has heredado esas facultades?

Se quedó pensativa como si la subyugase el movimiento pendular del limpiaparabrisas. Seguía lloviendo de una manera pertinaz.

—Si te digo la verdad, no sabía que lo fuera hasta que me encontré contigo.

Sonreí creyendo que se trataba de una broma, pero esta vez no me devolvió la mirada. Su gesto, de nuevo, se había endurecido.

—Pero soñaste con mi abuela antes de conocerme —objeté sin mucha convicción.

No respondió. Probablemente era una estrategia que Olga ya había utilizado en otras ocasiones. Un momento antes de pronunciar alguna frase críptica o lapidaria, su silencio creaba una atmósfera de misterio.

—Tengo algo que decirte, Mariví.

—No sé por qué, pero me lo temía.

Ignoró mi comentario.

—Cuando nace uno de tu especie —comenzó en voz baja—, con él o con ella nacen un grupo de individuos destinados a permanecer a su lado. Temporal o definitivamente, formarán parte de su historia, serán la medida de sus actos y pondrán a prueba su evolución. Ocuparán el lugar que les corresponda como amigos, enemigos, familiares, parejas o hijos, hasta que el *elegido*, también llamado *protegido*, consiga, o no —puntualizó— alcanzar su destino. Son figurantes, actores secundarios, satélites alrededor de un planeta. Su existencia está dirigida y pauta para ser meros comparsas de ese ser que pertenece por nacimiento a una genética superior.

Siguió mirando al frente con un leve gesto de satisfacción, como sintiendo que había dicho lo que debía decir en el momento justo.

Lo más extraño de todo no fueron sus palabras, sino que yo las aceptara con naturalidad. No me escandalizaban ni me sorprendían. Al contrario, era como si Olga

me confirmara lo que había sospechado toda mi vida. En apariencia era una situación gratificante para mí, o eso creía entonces. Olga no solo reconocía una subordinación espiritual, que es la única subordinación justa y posible, sino que por ese acto máximo de humildad, también asumía el sentido real de su existencia y aceptaba que era el universo el que le señalaba el lugar exacto que debía ocupar en el mundo.

Pronuncié su nombre en voz baja:

—Olga, me da miedo. Algo parecido a *El show de Truman*.

Se volvió con una sonrisa.

—Sí —cabeceó—. En cierta forma es así, un reflejo de la realidad última. Todo lo que el hombre imagina, crea o inventa ya existe previamente en la mente del mundo. Él se limita a recogerlo, a respirarlo, a veces de manera consciente y a veces inconsciente. «La respuesta está en el viento», que diría Bob Dylan. En este caso, por algo se llama *El show de Truman* y no *El show de Carter*. *Man* significa «hombre» y *true*, «verdad».

—¡Qué curioso!

Reduje la velocidad, estábamos entrando en el tramo más alto de la autovía de Navarra. La niebla incipiente se había vuelto espesa.

De nuevo me volví para mirarla:

—No sé ni qué preguntarte. ¿Estás segura de lo que dices?

—Estoy segura de que eres una *protegida*. De momento solo estoy segura de eso. No creas que sé mucho más. Pero no quiero distraerte, ten cuidado, hay mucha niebla.

De nuevo permanecimos en silencio. Por supuesto que estaba decidida a conocer a Miguel Villalba y si realmente llegara a interesarme no pensaba renunciar a él. En ningún caso creía que fueran situaciones o emociones incompatibles. Debía de ser un daño colateral de mi reloj biológico, pero lo cierto era que muchas noches me sentía terriblemente sola.

Nuevamente oí la voz de Olga:

—No creas que es fácil. Yo no quisiera estar en tu lugar.

No me gustó su comentario. Era innecesario y reduccionista. A pesar de la niebla, no pude dejar de volverme. Ella me sostuvo la mirada. ¿Había un lejano rencor en el fondo de sus ojos o solo era una falsa impresión mía? Sin embargo, opté por usar la ironía.

—Creo que la frase correcta es: «Nadie dijo que fuera fácil».

—Exacto —respondió—. Hacer en cada momento lo que debes hacer no es fácil.

Me pareció que no había comprendido la ironía que encerraba mi respuesta.

—Pero ¿qué tiene que ver todo esto con Miguel?

—No solo tiene que ver con Miguel, sino con todos y cada uno de tus actos. Yo creo que utilizas a las personas, y en especial a los hombres, en tu beneficio, sin pensar o sin importarte lo que ellos puedan sentir. Somos responsables de cualquier sufrimiento consciente o inconsciente que provoquemos a otra persona. Y tú deberías

ser especialmente cuidadosa.

Su tono de voz era sereno, y su actitud, conciliadora, pero no podía dejar de sentirme incómoda.

—Eso contradice un poco tu teoría acerca de *ellos*, los jefes de la Hermandad Cósmica. De ser así, significaría que han elegido a la persona equivocada, ¿no?

La oí respirar profundamente, fue ella quien lo propuso.

—Casi prefiero dejar esa conversación, Mariví.

—¿Por qué? —respondí sin ocultar un gesto de fastidio.

—Porque hay cosas que no se pueden explicar, solo se pueden sentir.

—Pues yo no siento nada.

Su actitud continuaba siendo fría y serena:

—Eso no es cierto, y tú lo sabes. Y por si te interesa, yo te digo que *ellos* no se equivocan nunca.

—¿Ah, no? ¿Estás segura?

Antes de que pudiera responder, sonó la sintonía de mi móvil. Una preciosa versión del *Más que nada* de Joao Gilberto.

—Por favor, dime quién es.

Olga observó el visor:

—No aparece el nombre. No lo tienes incluido en tus contactos.

Las dos sabíamos quién era. Presioné el dispositivo del manos libres sin terminar de creérmelo.

—¿Sí, hola?

—Hola, Mara.

Su voz por teléfono era cálida y pastosa.

—¿Quién eres? —pregunté conociendo de antemano la respuesta.

—Miguel... —dudó un instante—. Miguel Villalba ¿Recuerdas?

Yo también hice un brevísimo paréntesis.

—¡Ah! Miguel. ¡Claro! ¡Qué sorpresa! ¿Qué tal?

—Bien, muy bien, ahora que hablo contigo.

Desde aquel instante supe que me gustaba y que iba a gustarme más.

—Muy amable. Menos mal que no te pareces a tu jefe. ¿Ya habéis hablado con mi ex?

—Precisamente eso quería comentarte. Si quieres, podemos quedar luego, ¿eh?

—¡Humm! ¿De una manera oficial o informal?

Seguro que había sonreído.

—Bueno, es viernes.

—¿Y?

—Es mi día libre, te lo dedicaría con mucho gusto.

Era directo, sencillo y amable.

—Vale, muy bien, quedamos.

Tal vez le sorprendió que accediera tan fácilmente. Tardó algo más en reaccionar.

—¿Lugar y hora?

—Estoy volviendo de Navarra; por cierto, ya te contaré. ¡Humm! Mejor cerca de mi casa. ¿Te va bien en el Niza a las ocho?

—Me va genial, Mara. Por cierto, ¿estás conduciendo?

—Sí.

Parecía feliz.

—Pues muy mal. Luego te pongo una multa.

—Vale, te la pagaré en *gin-tonics*.

Respiró hondo con la boca tan pegada al teléfono que casi pude sentir su aliento.

—Okey, te tomo la palabra, un beso.

Corté la llamada y tendí el móvil a Olga, que lo dejó de nuevo junto a la guantera sin hacer ningún comentario.

—Esto es lo más divertido de las relaciones con los hombres. Jugar a gustarles. Todo lo demás es muy repetitivo —dije intentando provocarla.

—Eres una quedona, tía. No me extraña que tengas problemas con ellos.

Quizá yo seguía algo rebotada con su comentario anterior y no pensaba disimularlo.

—Prefiero tener problemas con los hombres y no con los Hermanos Cósmicos.

—Me temo que vas a tener problemas con los dos.

—No sé si puedes entenderlo, Olga. Necesito un hombre a mi lado, me da seguridad.

Mi comentario le pareció abominable, pero tenía algo más importante que reprocharme.

—¿Te parece casual que te haya llamado precisamente en este momento? ¿No crees que podría ser una clave, una señal, una prueba? A esto me refería cuando te hablaba de las personas que aparecen a tu lado. Todas ellas son un reto para ti. Una opción más que te ofrecen para elegir el camino correcto.

—En teoría, todo el mundo tiene la posibilidad de actuar bien o mal. Los *protegidos* y los *no protegidos* también, ¿no?

Olga empezaba a dar signos de impaciencia.

—Sí, por supuesto. La diferencia está en la responsabilidad de unos y de otros. Tú tienes mayor responsabilidad que ellos y que todos.

—¿Y también más responsabilidad que tú? Porque me da la sensación de que hay grados y niveles entre los figurantes que me acompañan. Yo soy la prota y tú, ¿qué serías? ¿Una secundaria de lujo o algo así?

No respondió. Dejó de observarme y miró hacia el frente. Tenía los labios apretados.

—Olga —dije fingiendo un tono jovial.

Ella movió la cabeza iniciando un gesto de cansancio:

—Olga, no te enfades —suspiré—. No es una frivolidad lo que te he dicho. Es verdad que ahora busco la compañía de un hombre. Tú rompiste con Marcos, pero yo

no necesito estar sola para actuar bien o mal, para elegir lo mejor o lo peor.

No parecía haberme escuchado.

—Repito la pregunta —dijo volviéndose para mirarme—. Y te pido por favor que seas sincera. ¿Crees que esta llamada, en el preciso momento en el que se ha producido, ha sido casual?

Tardé unos segundos en responder:

—Me han pasado muchas cosas raras en la vida, Olga. Por eso creo que ahora estoy en disposición de distinguir una circunstancia casual de otra que no lo es. Y en este caso, sé que tienes razón y que la llamada de Miguel no ha sido casual.

—Vale. Me alegra oírtelo decir. Con eso es suficiente.

—Sin embargo —añadí con aire teatral—, aunque no les guste a los Hermanos Cósmicos, lo voy a intentar con Miguel. Tengo un presentimiento. Creo que va a ser un buen compañero para mí.

Olga respiró hondo. Miró de nuevo hacia el frente. La niebla nos rodeaba como un mar de algodón.

Que Miguel no se quedara a dormir en mi casa fue innegociable. Él lo intentó por todos los medios, pero yo no estaba dispuesta a quemarlo tan rápidamente. No recordaba dónde había leído que las relaciones de pareja son tan duraderas como prolongado haya sido el periodo de conocimiento entre ellos. Lo que vulgarmente se dice *ir poco a poco*. Me parece romántico que el encuentro sexual se produzca el primer día de conocerse, pero creo que lo pedestre y lo doméstico que encierra la convivencia se debe dosificar. Tal vez por eso tengo el recuerdo de haber vivido la noche de amor más perfecta de mi vida. Todo salió bien, incluido el sexo de esa inolvidable primera vez.

El roce, los besos, el acercamiento, el acoplamiento físico fue como un baile improvisado y espontáneo que no necesitábamos ensayar. Flotaba en el aire una extraña y contagiosa alegría. Era como si los dos creyéramos que habíamos encontrado, yo, la piedra filosofal, y él lo que hacía tanto tiempo buscaba. Fue tal el flechazo que a pesar de que soy inconstante y enamoradiza, en ese instante mágico y placentero en que los cuerpos satisfechos se rinden al descanso postcoital, decidí abandonar para siempre mis relaciones furtivas, aleatorias y ocasionales. Todo tiene su tiempo, dice el Eclesiastés, sembrar y recoger, llorar y reír, marchar y quedarse. Eso fue exactamente lo que pensé después de disfrutar todos los besos y caricias que me prodigó. «Que me lo envuelvan, que me lo quedo».

Miguel protestaba tímidamente por salir de una cama tibia y confortable, con olor a lavanda —siempre perfume las sábanas—, para enfrentarse al frío y a la hostilidad de las calles desiertas. O peor aún, habitadas por solteros ojerosos y desahuciados, de vuelta a sus madrigueras después de una batida infructuosa, sin conseguir una mísera pieza que despedazar entre sus muslos.



—¿Qué hora es? —pregunté cobijada entre las mantas.

—¡Las tres y pico de la madrugada! ¡Eres cruel, Mara! ¿Cómo puedes echarme así de tu casa?

—¡Hum! El próximo día lo prepararé todo para que te quedes.

Dejó suspendido el pantalón en el aire.

—¿Cuándo vamos a quedar otra vez?

—No sé, la semana que viene. ¿Qué te parece?

—Vale. Yo trabajo esta noche y el domingo también, pero a partir del miércoles libre dos días.

Cuando vi a Miguel por primera vez, no solo me gustó que fuera policía, sino que me pareció excitante, aunque, una vez iniciada la relación, ya no estaba tan segura de que fuera esa profesión la que siempre había deseado para mi pareja. Lo observé mientras terminaba de abrocharse la camisa. Era atractivo, agradable y educado.

—Genial, llámame. —Me senté en la cama y coloqué la almohada doblada en el respaldo—. Por cierto, ¿tú crees que el inspector Arroiz se ha quedado satisfecho con la declaración de mi ex?

Miguel torció el gesto.

—Arroiz es muy cabrón y muy listo. Pero... —Se detuvo como si temiera ser indiscreto.

—Pero ¿qué?

Resopló mientras buscaba los zapatos debajo de la cama:

—Pero creo que tiene un interés exagerado en este asunto.

—En la cena me has comentado que Carlos confirmó todo lo que yo dije, ¿no?

—Sí. Por eso precisamente. Tu relato de los hechos es perfectamente creíble.

—Pues claro —respondí con convicción.

Su rostro emergió desde el suelo ligeramente alterado por el esfuerzo.

—Creíble, pero incierto.

Me sorprendió su agudeza:

—¿Cómo? ¿Incierto? ¿Qué insinúas?

Se sentó tranquilamente en el borde de la cama para calzarse.

—Que nos mentiste como una bellaca.

—¿Que os mentí? ¿Cómo habéis podido creer eso?

Se volvió para acariciarme la barbilla:

—No creemos. Lo creo solo yo.

—¿Y el inspector?

—El cree que dices la verdad. Claro que también piensa que eres una pija insoportable y vanidosa. Se ha vuelto misógino y más desconfiado de lo que era. No me extraña —añadió pensativo—, la verdad es que lo tiene muy difícil. Acaba de divorciarse y su exmujer le está jodiendo la vida.

Iba a continuar escenificando mi sorpresa y mi indignación, pero se acercó para besarme en los labios con suavidad.

—Casi mejor que no digas nada. No entiendo por qué mentiste. No eres una testigo clave en el proceso ni tenías nada que ver en ese asunto. Estoy seguro de que me lo contarás otro día.

—Pero, Miguel, no entiendo, es que... —balbucí.

—El que no me gusta ni hostias es tu ex —me interrumpió.

No supe si lo único que pretendía era cambiar de conversación o realmente pensaba que Carlos podía ser peligroso.

—¿Por qué lo dices?

—Porque conozco ese tipo de tíos y porque sé que no te perdona que lo dejaras. Bueno, yo tampoco te lo perdonaría. —Se acercó para besarme de nuevo—. ¿Me acompañas a la puerta?

Pensaba hacerlo. Me coloqué mi diminuto camisón negro de encaje antes de saltar de la cama.

—Claro, Maikel. Y que sepas que voy a echarte de menos.

—Vaya, ya me has cambiado el nombre.

—¿No te gusta?

—Todo lo que haces me gusta.

—Por cierto, ¿le vas a contar a tu jefe que nos hemos enrollado?

—¡Ah! ¿Pero estamos enrollados?

—Podemos intentarlo, ¿no? —pregunté correspondiendo a su beso de despedida.

—¡Vaya! Cuenta conmigo. Pero, de momento, mejor no se lo digo. Se pondría celoso.

Volví a la cama envuelta en una deliciosa sensación. Ni por un momento pensé en mi abuela Úrsula ni en mi madre ni en lo ocurrido la tarde anterior en Goñi. Solo deseaba dormir y soñar con Maikel, mi nuevo amor.

Desperté con la *bossa nova* de mi móvil. Lo busqué a tientas sobre la mesilla. La persiana estaba completamente echada y la oscuridad en la habitación era total. Siempre es una oscuridad absoluta, acogedora, protectora. No comprendo a esas personas que duermen rodeadas de las sombras que la luz perfila. Antes de responder a la llamada, comprobé la hora en el visor. ¡Eran las doce del mediodía, y el que llamaba era Carlos! La buena noticia era comprobar que había dormido casi ocho horas seguidas (qué relajante es hacer el amor), y la pésima, soportar la inconmensurable estupidez de mi ex.

Empleé un saludo frío e impersonal.

—Sí, hola, dime.

Pero no respondió. Entró directamente a matar.

—¿Tú de qué vas, tía?

—No te entiendo. ¿Qué dices?

—¿Cómo cojones te atreves a dar mi nombre y mi número a la policía?

—¿No te lo han explicado ellos?

—A mí ellos me importan una puta mierda. ¡¡Te lo estoy preguntando a ti!!

—¡Ufff! ¡Qué horrible despertar!

—Los tienes cuadrados, tía, pero esto no va a quedar así. Que sepas que voy a devolverte la jugada.

Era muy capaz de cualquier cosa. Lo sabía. Él y su grupo de amigos impresentables.

—No sé a qué te refieres.

—Tienes muy mala memoria cuando te interesa. Menos mal que yo estoy aquí para refrescarte. A propósito, seguro que el que te refresca y te riega el jardín ahora es el poli guaperas ese, ¿no? Te lo estás tirando, ¿verdad?

Mi única opción era no irritarlo más, intentar aplacarlo, ser amable y cortés.

—Te pido que no me hables así, Carlos, te lo puedo explicar.

—Claro: te lo puedo explicar, no es lo que parece. ¿Qué más?

Era inútil todo lo que dijera. Su única intención era vengarse de mí.

—Quiero decir que supongo que la policía te habrá puesto al corriente del asesinato en la gasolinera de Zarautz —dije sin alterarme.

—¡Te he dicho que me importa una puta mierda la policía, la gasolinera, Zarautz y la madre que los parió! ¡Que me has buscado un marrón, joder!

—No es ningún marrón, no tiene nada que ver contigo. Solo querían comprobar un dato acerca de mí. He hablado con ellos y me han dicho que no te van a molestar más.

Se quedó pensativo un instante.

—¿Y qué que no me molesten más? ¡Pero que tienen mi teléfono! ¡Le has dado mi teléfono a la Ertzantza, tía! —repitió—. ¿Qué parte no entiendes?

Lo mejor era no responder y dejar que se desahogara.

—Lo siento, Carlos. No pude evitarlo. Yo estaba en la gasolinera un momento

antes de que ocurriera todo y cuando la policía me interrogó dije que esa misma noche había hablado contigo y tuve que darles algún detalle más. Y quisieron comprobarlo. Eso es todo. De verdad que lo siento.

Pero mi actitud comprensiva y tolerante parecía irritarlo aún más.

Escuché una risa de fondo, no estaba solo. No pude precisar si era un hombre o una mujer. Esperó unos segundos. No tenía mucho más que decirme. Su única intención era amenazarme.

—Por supuesto que lo vas a sentir —dijo—, te lo juro por mi vida —añadió mordiendo las palabras. Después cortó la comunicación.

Permanecí a oscuras largo rato sentada en la cama. Estaba claro que Carlos parecía dispuesto a amargarme la vida. Una vez más, rebobiné la maldita historia del asesinato en la gasolinera. Si no fue casual que Miguel me llamara por teléfono la tarde anterior cuando regresábamos de Goñi, tampoco sería casual que le mintiera cuando vino a interrogarme a casa con el inspector Arroiz. Aparentemente, yo misma había complicado la historia, pero no era menos cierto que gracias a aquella estúpida mentira había conocido a Miguel. Entonces el asunto no me había salido mal del todo.

No quise avisar a Miguel de la llamada amenazante de mi ex. No solo porque no debía molestarlo en su trabajo, sino porque tenía que pensar cómo decirle que había estado imputada en una causa de estafa y apropiación indebida.

Ese era el *pequeño* inconveniente. Había una historia de unos coches usados de alta gama que Carlos y sus amigos traían de Alemania para matricular y venderlos como nuevos en España, operación en la que yo participaba buscando compradores entre gente de la farándula televisiva.

Intenté tranquilizarme y encendí la pequeña lamparita junto a la cabecera. Era imposible que mi ex quisiera acusarme sin acusarse a sí mismo o a sus amigos. Seguro que solo había sido un farol. No tenía que preocuparme. Carlos era un bocas y nunca iba a dejar de serlo.

Por otra parte, tampoco estaba dispuesta a obsesionarme midiendo milimétricamente cada una de las circunstancias cotidianas de mi vida. Miguel había llegado en el momento justo y para mí había comenzado un tiempo nuevo. Lo de ser una protegida y la ley de causa-efecto ya estaba empezando a joderme un poco.

Consulté de nuevo la hora en el móvil. Mi plan para aquella mañana de sábado era ir a visitar a Ascensión. Dudé si debía avisar antes por teléfono o presentarme sin previo aviso, pero en ningún caso pediría a Olga que me acompañara. Dejaría pasar un par de días antes de llamarla de nuevo.

Salté de la cama llena de renovadas energías y me arreglé en un tiempo récord. Fui al ordenador y busqué en Google el teléfono de la residencia. Decidí que lo propio era hacerme anunciar. De esa manera, le daría tiempo a Ascensión para

organizarse.

La voz impersonal de la recepcionista me devolvió a la realidad.

—Residencia Toki Alai. *Egun on*.

—Hola, buenos días, soy Mara Asparren, no sé si me conoces.

—¡Ah, sí! Hola.

—Mira, estuve hace una semana por ahí. Por favor, quería que le dijerais a Ascensión que voy a pasar a visitarla dentro de un rato. Por cierto, ¿cuándo terminan de comer?

Al otro lado el silencio fue total.

—¡Oye! ¿Me escuchas?

—¿Eh? Sí, sí. Me he enterado. Es que...

Por un instante pensé que Ascensión había muerto o quizá estuviera enferma. De inmediato percibí algo extraño en la actitud de la empleada.

—¿Le pasa algo malo a Ascen?

—¿Eh? No, no, es que... No sé cómo decírtelo, pero ella dio orden de que no quería recibirte más.

Tardé en reaccionar. Era increíble, joder, la puta vieja.

—¿Cómo? No entiendo.

—Ya. Es que es muy suya.

No podía consentirlo. No solo porque me debía una explicación acerca de todo lo que no me contó y debía haberme contado, sino porque no iba a tolerar su ingratitud. ¡Le di cien euros! Tenía que pensar con rapidez. Solo había una manera de acceder a ella y era no mostrando excesivo interés. Forcé una risa:

—Vale, no te preocupes —añadí con voz suave y melodiosa—. Ya lo entiendo: es mayor y al final se vuelven muy maniáticas.

La recepcionista se mostró encantada con mi comprensión:

—Ya, es verdad, Mara.

—De todas formas, no le digáis nada. Pero también tenía idea de ir a ver el centro. Una productora que trabaja para la televisión vasca me ha encargado un reportaje de interés social, y se me ha ocurrido que estaría bien conocer más de cerca una residencia para mayores. Enseñar las instalaciones y entrevistar a los médicos, al personal. O sea, el día a día de los que quieran aparecer. Sí —enfaticé—. Todavía estoy trabajándolo un poco, pero puede quedar genial.

—¡Ah! ¡Estupendo!

—¿Por qué no me pasas con alguna encargada o con quien tú creas que tengo que hablar?

—Vale. Bueno —de nuevo se mostró dubitativa—, aunque hoy es sábado y además mala hora por las comidas y eso.

—Vaya, qué rabia. Mañana salgo de viaje.

—Sí, qué rabia. ¿Por qué no te vienes? —improvisó pensando que ni ella ni el centro podían perderse una ocasión tan singular—. Quizá no esté la supervisora, pero

ya habrá alguien que te lo pueda enseñar.

—¡Ah! De acuerdo. ¿Cómo te llamas?

—Zuriñe.

—Muy bien, Zuriñe, te lo agradezco; así gano un día y ya me lo pienso. Vale, te veo en un rato.

Decidí no llegar antes de las cuatro. Una vez allí, ya me las arreglaría para encontrarme con Ascensión. Guardé la carta manuscrita de mi madre en una bolsa alargada de tela que anunciaba una bodega de vinos de Olite y que a su vez guardé en un bolso grande de Gucci que compré en e-Bay. Era un día frío pero soleado, y tenía algo más de dos horas antes de llegar a la residencia. Saldría a pasear por el camino que sube al palacio de Miramar, desde donde se puede contemplar uno de los paisajes más bellos de San Sebastián. Por el trayecto iría perfeccionando el montaje del proyecto televisivo que había adelantado a la recepcionista por teléfono. Cuando llegara el momento, ya tendría ocasión de decirles que al final se había malogrado.

Estaba hambrienta, así que antes de nada desayuné copiosamente en el Bide-Bide de la calle Urbieta. Zumo de naranja, café americano, tortilla de patatas y minibocadillo de atún con pimiento verde, para terminar con un delicioso trozo de tarta Sacher. Y llena de nutrientes proteínas y los más optimistas pensamientos, me puse en marcha.

Todo parecía ir sucediendo conforme a los planes previstos. Zuriñe, la recepcionista, me recibió con una abierta y franca sonrisa.

—*Egun on*, Mara.

—Hola, guapa. ¿Qué tal? ¿Has podido hablar con alguien?

—Sí, he llamado a la supervisora por teléfono y me ha comentado que encantados y que ningún problema. Que lo ideal sería que vinieras entre semana, que está la plantilla completa. Pero que si quieres cualquiera te enseña las instalaciones y te vas haciendo una idea.

—¡Ah! Genial, Zuriñe, muy bien, muchas gracias.

—Te va a acompañar Leire —dijo mientras marcaba una tecla en el teléfono interior.

—Leire, ya está aquí Mara.

El recorrido se me hizo insoportable. Mi improvisada sherpa se empeñó en mostrarme todos y cada uno de los rincones de la residencia. La cocina, el lavadero, el office, las salas de espera, el salón de juegos, algunas de las habitaciones del primer piso, que obviamente eran las mejores, la zona destinada a los empleados, e incluso una pequeña capilla cuya puerta principal daba al jardín. Leire se ocupó de poner al tanto a todas las internas de cuál era la razón de mi presencia en el centro, así que en todos los lugares que visitábamos era recibida con curiosidad y simpatía. En ninguno había ni rastro de Ascensión.

—Solo hay mujeres en esta residencia, ¿verdad?

—Sí, solo mujeres, ya ves que no es muy grande.

—Claro. Bueno, imagino que sabes que hace poco vine a ver a Ascen.

—Sí, me lo ha dicho Zuriñe —respondió con tristeza, como si quisiera consolarme—. Es una mujer muy rara.

—Ya. Es prima de mi madre y siempre ha sido igual, pero en la familia la queremos mucho.

Chascó la lengua para mostrarme su complicidad:

—Sí que lo siento, Mara.

—Hombre, ya me imagino. La verdad es que me da un poco de pena marcharme sin decirle ni siquiera adiós. Seguro que ella después lo va a sentir más que yo.

Leire se quedó pensativa un instante.

—Desde luego. Lo que pasa es que casi nunca está en la sala de juegos o en la televisión.

—¿Quizá esté en su cuarto?

Negó con contundencia.

—No. A esta hora en el cuarto solo pueden estar las que están enfermas. —De pronto me miró con los ojos muy abiertos—. ¡Espera! ¡Sí, claro: creo que ya sé dónde está!

—¿Ah, sí? ¿Dónde?

—Con su amiga Carmen. Tiene Alzheimer y muchas veces le hace compañía. No hablan ni nada. —Sonrió como justificándose—. Bueno, eso no le importa a Ascen. Ya sabes que no le gusta hablar.

—Bueno, entonces, ¿cómo lo hacemos?

—Es que no sé, igual se enfada.

Sonreí beatíficamente:

—No, qué va, todo lo contrario. Le traigo un recuerdo de mi madre que le va a encantar. Ya verás qué contenta se pone. Tú me dices cuál es la habitación y yo voy por mi cuenta. No hace falta ni que se lo digas a Zuriñe.

Leire me señaló con el dedo:

—O sea, bajo tu responsabilidad.

—Por supuesto, ni te preocupes. Ya te digo, si le va a encantar lo que le traigo.

Asintió sonriendo. Se dirigió hacia las escaleras y la seguí en silencio. Llegamos al rellano del segundo piso.

—Mira —dijo deteniéndose—. Al fondo del pasillo, la última a la derecha.

—Muy bien, gracias, Leire. Supongo que querrás salir en el reportaje de la ETB, ¿no?

Se cubrió la boca con la mano.

—No sé, me da mucho corte.

—Que no, que seguro que sales genial. Ya les diré yo que le hagan buenos planos. Entonces, ¿ahora me esperas o sigues a lo tuyo?

—Sí, casi prefiero que vayas tú. Yo estaré en el control de la primera planta.

—Vale, perfecto; cuando termine voy a despedirme.

Caminé de puntillas hasta la puerta y acerqué el oído. No se oía absolutamente nada, ni el más mínimo sonido. Era un silencio deshabitado. Parecía imposible que hubiera alguien al otro lado.

Ni siquiera llamé, giré el picaporte despacio y la abrí.

Ascensión, sentada en una silla, parecía dormitar a los pies de la cama. Al verme dio un respingo como quien despierta sobresaltada. Me miró sin reconocermelo y sin comprender lo que estaba ocurriendo. De pronto, tomó consciencia de la realidad y se puso en pie a la velocidad del rayo.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó con rabia contenida.

Me sorprendió que el hecho de verla de nuevo me causara tan pésima impresión. Nos observamos como dos enemigos que miden sus fuerzas o como si ya no tuviéramos necesidad de ocultar nuestras verdaderas intenciones. Ella parecía dispuesta a todo, y yo también. Recordé las palabras de Basilia: «Cuidado con Ascensión». Miré a la anciana que permanecía en la cama con los ojos cerrados.

—No querrás despertar a Carmen, ¿verdad?

Ascensión temblaba con los puños cerrados a la altura del pecho.

Podía percibir su animadversión hacia mí como algo físico.

—¿A qué has venido? —preguntó de nuevo.

—A pedirte explicaciones —respondí en el mismo tono que empleaba conmigo. Era la única manera de hacerme respetar.

—¿Tú a mí me vas a pedir explicaciones?

—Sí, y si no me las quieres dar diré a toda la gente de esta residencia qué clase de persona eres.

Apretó los labios y agitó aún con más fuerza los puños en el aire.

—¡Márchate de aquí!

Aproveché para sacar de la bolsa el manuscrito de mi madre.

—Mira, ¿reconoces esta carta? —dije colocándola casi a su alcance.

Dejó un segundo de mirarme con ojos de odio para observar los pliegos de reajo.

—¿Qué quieres? —No parecía dispuesta a decir nada más.

—Fui a Goñi y estuve con Basilia. ¿Por qué no me dijiste la verdad?

No lo esperaba, se quedó un instante como paralizada.

—¿A Basilia? —Un gesto de desprecio distorsionó su boca—. Ni a ella ni a ti tengo nada que explicaros.

Necesitaba demostrarle que era más fuerte que ella. Me acerqué unos pasos hasta quedar a dos palmos de su rostro.

—Escucha bien lo que te voy a decir, vieja asquerosa —mascullé despacio, deteniéndome en cada sílaba.



Ascensión, sorprendida, reculó como si reconociera en mí a alguien a quien odió mucho tiempo atrás. Movié los labios murmurando una jaculatoria o una maldición.

—Si no respondes a mis preguntas le diré a toda la gente de esta residencia que eres una indeseable, que te echaron del pueblo por mala persona y contaré el daño que les has hecho a muchas familias de Goñi. Y será inútil que intentes defenderte o que digas que miento, nadie te creerá, porque tienes lama de loca y de rara, y todos saben que no quieres estar con nadie, más que con esa vieja que está en la cama, que debe de ser igual que tú. A lo mejor le quieres robar el alma, ¡bruja! Que eso es lo que eres.

Ascensión era una mujer sorprendente. Al escucharme, dejó de temblar y bajó los puños. Después me miró con una mezcla extrañísima de burla y rabia, hasta una leve huella de sonrisa apareció en la comisura de su boca. ¡Se reía de mí! Como si estuviera preparada para proporcionarme una información falsa que yo no podría contrastar. Pero yo no buscaba información. Tenía más de la que podía gestionar. Lo único que necesitaba era conocer el nombre que mi madre pensó para mí. Y ahí sería más difícil que me engañara, porque yo llevaba la inicial grabada en la nuca.

—Tu abuela sí que era una bruja —silbó entre dientes—. Qué bien te dio las aguas.

Pensé en acercarme y agarrarla por el pescuezo, tal vez sería lo más eficaz, pero me limité a mirar a la anciana enferma que observaba la escena desde la cama con los ojos muy abiertos.

—Has despertado a tu amiga —respondí intentando ganar tiempo.

Ascensión ni la miró, solo repitió absurda y machaconamente.

—¡Qué bien te dio las aguas!

Aquello era una guerra psicológica. Tenía que encontrar un resorte que hiciera girar la escotilla de la trampa que quería tenderme.

En todos los cuentos infantiles de brujas, hadas y madrastras hay objetos mágicos destinados a deshacer los conjuros y resolver los misterios: manzanas, rucas, espejos, plumas, cintas, cartas... ¡Cartas!

Nos mirábamos fijamente a los ojos.

—Tú crees que conoces todo lo que pone en esta carta, ¿verdad? —dije haciéndola oscilar en el aire. Fingí una sonrisa—. Creíste que me engañabas a mí. ¡Qué equivocada estás y cómo te la ha jugado Basilia!

Observé su rostro. Su rictus cambió. Contrajo los labios y achinó el gesto. Pero seguía sin responder. Mi ataque aún resultaba insuficiente.

—Basilia guardó lo que no quería que tú leyeras. —Bajé el tono de voz hasta que se hizo casi inaudible—. Sabía que en el fondo odiabas a mi madre. Sí, tú también le tenías envidia. Y la odiabas como me odias a mí, porque sabes que soy como ella, ¡una protegida! Y tú odias a todas las que son mejores que tú. Basilia nunca se fio de ti, me lo dijo delante de Aurelia, y ahora quieren ayudarme. ¿A que no sabías todo eso?

Las dudas y el miedo atravesaron su corazón como dagas afiladas. Extravió la mirada como si intentara recordar secuencias ya olvidadas.

—¡Es mentira! —exclamó distorsionando la voz.

La miré con desprecio:

—¿Tú te crees que yo voy a venir hasta aquí a perder el tiempo contigo para contar mentiras? La carta tiene dos páginas que tú nunca has leído. Y entre otras muchas cosas, está escrito mi verdadero nombre. El nombre que mi madre quiso que yo llevara, porque se lo dijo la Virgen en un sueño —enfaticé teatralmente.

Ese fue el abracadabra. Ascensión palideció. Se llevó la mano al corazón y caminó despacio hasta sentarse en la silla.

—¡Felicia! —pronunció llena de congoja.

¡¿Había dicho Felicia?! ¿Felicia? ¿Ese era el nombre que mi madre quería ponerme? ¡Claro! ¡Era una F la marca que llevaba grabada en la nuca! ¡Felicia! ¡¿Feli?! ¡Qué horror! Antes prefería Maravillas.

—¡Sí! ¡Felicia! ¡La protegida que salvará el árbol! —añadí sobreponiéndome al impacto y emulando a la primera actriz de un vodevil barato—. ¿Por qué no me lo dijiste cuando vine a verte? ¿Eh? ¡Por qué no me dijiste la verdad!

Ascensión, en una actitud tan fingida y teatral como la mía, mantenía la mano derecha sobre su corazón como si quisiera calmar su frenético latir. Movió la cabeza repetidamente negándose a responder.

—Te crees que no lo sé, ¿eh? —proseguí dejándome llevar por un arrebato incontenible. Era otra persona la que hablaba dentro de mí—. ¡Sí, sé todo lo que has hecho y está escrito! Escrito y firmado por mi madre —exclamé blandiendo la carta como una espada—. Pero tienes que confesar tú todas las atrocidades que has cometido para que Dios te perdone. ¡Y te advierto que te queda poco tiempo!

Me tapé la boca horrorizada, no porque mis palabras pudieran impresionar a Ascensión, sino porque no era yo quien las había pronunciado, al menos de una manera consciente.

Ascensión se cubrió el rostro con las manos y permaneció así unos segundos. Pero no flaqueé, estaba dispuesta a jugármelo todo, incluso su vida. Cuando las apartó, su expresión era tranquila.

—¿Qué quieres saber? —preguntó con total frialdad.

Ascensión Irureta era un monstruo.

—Quiero saber quién iba a ser mi madrina.

Tomó aire antes de responder:

—Yo... —dijo pausadamente—, yo iba a ser tu madrina.

La miré estupefacta. Seguí dejándome llevar por aquella voz interior llena de ira y rabia que me poseía.

—¡Mientes! —recordé entonces las palabras de Basilia—. ¡Tú manipulaste a mi madre! ¡Te aprovechaste de su bondad! ¡Y difamaste a mi abuela! ¡Todo lo que hablas es mentira!

—Lo que dije de tu abuela es verdad —respondió despacio, deteniéndose en cada sílaba.

—Mi madre no te eligió como madrina. ¡Fuiste tú la que quisiste obligarla, pero ella no lo consintió!

No iba a responder. Negó moviendo la cabeza de un lado a otro.

Ascensión no salía de su ensimismamiento. Esperé unos segundos antes de preguntar fingiendo una serenidad que no sentía.

—Quiero saber por qué tenía que llamarme Felicia.

No pudo ocultar un gesto despectivo en los labios:

—Eso no te lo diré.

Ya no pude soportar más tiempo su prepotencia. Quizá tampoco fui consciente de que me acercaba a ella amenazante.

—No juegues conmigo, vieja de mierda, o te doy una manta de hostias y te mando al otro barrio.

Se encogió instintivamente, como amedrentada, sin dejar de mirarme a los ojos, pero tampoco respondió. En ese momento comprendí que a pesar de mis amenazas no iba a decir nada más.

Solo deseaba salir de allí y perderla de vista para siempre.

Miré a la anciana que desde la cama nos observaba en silencio, doblando y desdoblando obsesivamente el embozo de su sábana.

Enrollé despacio el manuscrito y lo guardé.

—Me voy —dije.

Ascensión se irguió mecánicamente como si quisiera demostrarme por última vez que no había conseguido doblegarla.

—Espero que no vuelvas nunca —respondió sin vacilar.

—Y yo espero que te pudras en el infierno.

Cada vez que sonaba el teléfono esperaba oír la voz de Olga al otro lado. Había pasado una semana desde la tarde que regresamos de Goñi y no había vuelto a saber nada de ella. Su silencio era incomprensible. Tal vez tanto como el mío. Seguramente, Olga también esperaba mi llamada. En mi caso, lo cierto era que ya no disponía de tanto tiempo como antes de conocer a Miguel. Siempre procuraba estar muy pendiente de los ratos que podía dedicarle.

En esta ocasión la llamada era de mi prima Lorena.

—Hola, Mariví. Acabo de recibir un wasap de Geli desde Berlín y ya le he contestado: «Pues mira, de tu prima Mariví, que vive aquí al lado, no sé nada».

—¡Uf! Ando superliada, Lorena. Voy a empezar a colaborar en una revista —mentí— y tengo que anticipar algunos artículos.

—¡Ah! Qué bien, ¿no? Por cierto, me comentó Geli que fuiste a ver a Ascensión. ¿Qué tal está?

Tome aire antes de responder:

—Bien, está estupenda, oye.

—Fíjate, qué mujer y tiene noventa y tantos años.

—Desde luego, le di recuerdos de todos. Pero no te creas que echa de menos a nadie.

—Me alegro mucho. Bueno, ¿qué? ¿Dónde vas a cenar el lunes que viene?

—¿Qué pasa el lunes?

—¡Pues que es Nochebuena, Mariví!

Me pillaba totalmente fuera de juego. No me interesaba en absoluto y tampoco había comentado nada con Miguel, que era con quien realmente quería pasar esa noche y muchas noches más. Ni siquiera sabía si le tocaría guardia en comisaría.

—¡Ah! ¡Es verdad! Pues no sé, Lorena. Qué raro que no me haya llamado la tía Teresa, el año pasado estuve con ellos.

—Ya, ya sé, hablé con ella ayer mismo y ya le he dicho que este año te vamos a invitar nosotros. Así no tienes que ir hasta Pamplona. La cena va a ser en mi casa. — Se detuvo un momento para subrayar la importancia del acto—. Y, por supuesto, no puedes faltar.

No tenía escapatoria.

—Muchas gracias. ¿Quiénes vais a estar?

—Queremos hacerlo en *petit comité*: Marcos, Germán, yo... y tú, claro.

—¿Y vuestra madre?

—¡Bah! Se queda con la tía Lali. A ellas no les importa. Así se van a la cama cuando les dé la gana. Además, no es seguro, pero igual viene Antoine —añadió como queriendo restar importancia al tema.

Aquello era una encerrona, sin duda.

—¿Antoine?

—Sí. ¿Qué te parece? Y así preparamos el viaje a París, ¿no? Ya he hablado con el resto de los primos y están expectantes.

—¿Y Antoine qué dice? —pregunté por puro morbo.

—Pues que te acompañaría encantado.

—¿Pero no estaba decepcionado conmigo?

—¡Bah! Chorradas. Ya me dijo algo Marcos. Pero es que tienes que hacerte cargo, Mariví, Antoine lo ha pasado fatal con su ex. Es una víbora, tía. Y contigo, pues eso, yo creo que se había hecho muchas ilusiones, pero oye, que no hace falta que os caséis. Podéis tener otro tipo de relación, más abierta, un dulce no amarga a nadie, ¿no?

Antoine no solo era socio de Marcos, sino el socio mayoritario de la empresa.

—¿Relación abierta de piernas, quieres decir?

—Ja, ja, qué explícita eres.

¿París? ¡Uf! Qué lejos me quedaba. Tenía que decirles que las cosas habían cambiado y que el interés que tenía por los joyeros Cartier y por la abuela Úrsula había descendido considerablemente en mi orden de prelación de valores. Sin embargo, seguí soltando cuerda a discreción, como si no deseara perder ninguna de las oportunidades que la vida quisiera ofrecerme.

—Pues no sé qué decirte. Sí, de París hay mucho que hablar.

—Desde luego. Pues fíjate si nos va a dar tiempo de hablar en una Nochebuena. De París y de lo que quieras, menos de política —añadió encantada, creyendo que las cosas estaban saliendo según lo previsto. No me había cerrado en banda a la posibilidad de Antoine y eso era suficiente.

Lo siguiente era encargarme que invitara a Olga, y así completábamos las tres parejitas. No tardó ni diez segundos en hacerlo. Lorena era demasiado previsible. Pobre Germán, tenía que aburrirse mucho con ella.

—Por cierto, si te quieres traer a Olga a la cena, por Marcos ningún problema, ¿eh? —Se detuvo un momento para poner la nota picante a la charleta—. Porque tú por ahora sigues libre como los taxis, ¿no?

Estuve a punto de decirle que no, que estaba locamente enamorada de un tío de toma pan y moja, inteligente y cariñoso. Pero no lo hice. La excusa que intentaba darme a mí misma era que apenas llevábamos saliendo dos semanas y resultaría algo forzado presentarlo en familia en una noche tan especial. Aunque ya lo hice en alguna otra ocasión. Pero en aquel momento mi acompañante no era ertzaina. No quise preguntarme qué hubiera ocurrido si Miguel, en lugar de ser policía, fuera médico o arquitecto. No necesitaba preguntármelo, conocía perfectamente la respuesta.

—Bueno, libre, libre, digamos que para trayectos de largo recorrido, sí.

Le pareció una respuesta ocurrente y aguda, como todas las mías.

—Ja, ja, eres temible, primita. Bueno, entonces, ¿qué me dices de Olga?

Sabía que Olga en ningún caso aceptaría, o al menos lo creía, pero solo se trataba de cumplir un trámite. Además, así tendría excusa para llamarla.

—No creo que acepte, Lorena, pero yo se lo diré, por supuesto.

—Gracias, Mariví, me encantaría que viniera, y no lo digo por Marcos, sino por mí misma. Olga y yo hemos sido muy amigas, y ya sé que ella aquí no tiene familia.

No tenía intención de especular si realmente habían sido muy amigas o si Olga tenía familia en San Sebastián o en Tombuctú. Eran temas que no me interesaban en absoluto. Lo que me preocupaba era la extraña sensación, como un peso de tristeza, que me había quedado en el estómago después de haber renegado de Miguel delante de Lorena. Me veía como san Pedro negando a Jesucristo. Menos mal que en mi caso ni cantó el gallo ni fueron tres veces. Consulté mi reloj, eran las casi las ocho de la tarde. Si Miguel no me había llamado, era porque aún seguía en comisaría. Supuse que estaría a punto de llegar. Al día siguiente tenía el día libre y habíamos decidido pasarlo en Biarritz. Se quedaría a dormir en casa. Mis buenas intenciones de mantener las distancias domésticas se fueron al traste. La segunda vez que vino ya dejó su cepillo de dientes en mi cuarto de baño.

Bajé al Mercado de San Martín para comprar dos bandejitas de sushi y una botella de Chardonnay que metí en el frigorífico inmediatamente. Preparé una receta de *hummus* sobre panecillos tostados con sésamo que ya se había convertido en mi especialidad, además de una buena ración de carpacho de salmón para completar el menú.

Encendí la televisión. Pero estaba inquieta, no conseguía centrarme. Y no solo por la mezquina traición a Miguel. Tenía la extraña sensación de que algo negativo estaba ocurriendo. No lo pensé un segundo más, busqué el contacto de Olga en el móvil y llamé.

—¡Olga!

—Hola, Mariví, ¿cómo estás?

—Muy mal.

Su preocupación era real y sincera.

—¿Qué pasa?

—No lo sé. Estoy preocupada por Miguel. Creo que le ha pasado algo.

—¿Por qué? No entiendo. ¿Habías quedado con él y no ha venido?

—Sí. Bueno, hemos quedado ahora, pero yo creo que le ha ocurrido algo. No me he portado bien, Olga, y tengo una terrible premonición.

Imaginaba la expresión de sus ojos mientras intentaba consolarme. Pero no quiso conocer los detalles.

—Pero ¿lo has llamado? —preguntó pasando por alto mi comentario.

—No, no necesito llamarlo. Sé que le pasa algo.

—Humm. No sé qué decirte. Espera un poco, quizá, y si no, llama a sus compañeros.

En ese momento sonó el timbre del portero automático.

—¡Ya está, Olga! Déjalo, gracias. Seguro que es él. Espera, que voy a abrirle. ¡Maikel! —grité.

—Sí. ¡Abre!

Después me dirigí a Olga:

—¡Uff! Ya está aquí.

—Me alegro mucho, Mariví. Y me alegro de que me hayas llamado.

—Sí, yo también. Además, tenía que llamarte para otra cosa.

—¿Ah, sí? ¿Para qué?

—Te va a extrañar, pero mi prima Lorena me pidió que le invitara a cenar a su casa el día de Nochebuena. Dice que no hay manera de comunicarse contigo.

No respondió.

—Imagino que vas a decir que no, pero le prometí a mi prima que te lo preguntaría.

Escuchaba un rítmico ruidito junto al auricular, como si Olga se entretuviera jugando con algún pequeño objeto entre los dedos. Pensé que estaba tardando demasiado en negarse a aceptar la invitación y Miguel estaba a punto de llegar.

—Bueno, ya hablaremos, Olga. En fin, piénsatelo si quieres.

—Ya lo he pensado... Dile que sí iré y que muchas gracias. Será un placer.

Miguel llamó a la puerta de casa con los nudillos, imitando un conocido estribillo.

—¿¿Cómo?? ¿Has dicho que sí? —pregunté perpleja. Pero ni siquiera esperé su respuesta—. Perdona, tengo que dejarte. Ya hablaremos, viene Miguel.

Mientras nos besábamos, no pude dejar de pensar en Olga.

—Estaba preocupada por ti, Maikel.

Se echó a reír abrazándome con fuerza:

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

—No sé. Son mis paranoias. No quiero que te pase nada, tienes una profesión peligrosa.

—Ja, ja... Bueno, me encanta saber que te preocupas por mí.

—Ha pasado tan poco tiempo, Maikel, y sin embargo me parece que llevo toda la vida contigo. Te quiero. Siento por ti algo que nunca había sentido.

Me empujó con suavidad contra la pared y allí, de nuevo, nos besamos recorriendo con las manos nuestros cuerpos, como si estuviéramos hambrientos y sedientos de sentirnos, de palparnos, de olemos, de reconocernos mutuamente entregados, enamorados y felices.

—Yo también te quiero, Mara. Eres la mujer de mi vida. Nuestras bocas se acoplaban con una perfección milimétrica. Todo lo que sentía cuando estaba a su lado eran sensaciones de plenitud. ¿Por qué, entonces, no le había dicho a Lorena que vivía la historia de amor más sensual y romántica que ninguna mujer pudiera imaginar?

—Me gusta que me beses así, Maikel.

Y, de nuevo, comenzaba el ritual. Parecíamos la pareja de avestruces que había visto en un documental televisivo. Era fantástico y excitante contemplar aquella extraordinaria danza de sedosas plumas acercarse, alejarse, acoplarse.

—Y a mí me vuelve loco besarte. Me has puesto a cien. ¿Por qué no vamos a la habitación?

—Porque tengo sushi, *hummus* y carpacho de salmón.

—Mejor lo dejamos para después, ¿eh? Venga...

No era difícil acceder a sus deseos. Miguel era un amante perfecto. Ponía delicadeza y sentimiento en cada una de sus caricias. Siempre pendiente y atento a todo cuanto ocurría en ese momento mágico del apareamiento.

Pero, por primera vez, esperé con impaciencia que llegara al clímax. Lo sentí combarse encima de mí emitiendo aquellos sonidos guturales de placer que tanto me excitaban. Sin embargo, en aquel momento mi pensamiento volaba hacia un lugar muy alejado de mi cama y de mi habitación. Las piezas del puzle estaban revueltas y dispersas. No podía dejar de pensar en la cena de Nochebuena ni en Antoine ni en la respuesta de Olga aceptando la invitación. Imposible concentrarme en el juego amoroso que Miguel me proponía. Teníamos que haberlo preparado como siempre lo hacíamos. Mi erotismo necesitaba otra laxitud. Una copa de vino, una música suave y los prolegómenos del sofá. Todo había sido demasiado precipitado.

Miguel se incorporó ligeramente para derrumbarse después a mi lado en la cama.

—Hummm... Eres genial, Mara. —De pronto, se volvió—. ¿Qué pasa? ¿No te ha gustado?

—Claro que sí, Maikel. ¡Uf! Ha sido... maravilloso.

Un hombre nunca debe fiarse por completo de una mujer en esta clase de cuestiones.

—¡Ahhh! —Me besó en el hombro—. Me alegro. Yo también siento que te conozco desde hace mucho tiempo. Es curioso, ¿verdad?

—Sí, mi amor. No creo que hayamos llegado cada uno a la vida del otro de una manera azarosa, sino predeterminada, en el momento justo.

—Sí, tienes razón. Me gusta cómo te expresas. Bueno, por algo eres escritora.

—Ja, ja, bueno, pero una cosa es decir lo que piensas y otra escribir lo que no sientes.

—Qué difícil, ¿no?

—No te creas, al final todo es oficio. A veces, incluso, hacer el amor. Por cierto, hablando de oficios. ¿Trabajas en Nochebuena?

Miguel pasó de la sorpresa a la duda. No había comprendido mi comentario, pero no iba a preguntar. Él sacaría después sus propias conclusiones.

—Todavía no lo sé. Depende de un compañero.

—Ya. ¿Y cuándo lo sabrás?

Me abrazó por la cintura y me apretó contra sí.

—¿Es que tienes algún plan que piensas ocultarme?

Fue en aquel preciso momento cuando decidí que no debía decirle la verdad. La



verdad es, casi siempre, algo muy difícil de explicar. Hay pocas cosas que tengan solo una lectura o una interpretación posible.

—Bueno, creo que cenaré con mi prima Lorena, su marido, su madre y un par de familiares más... Pero he pensado que podíamos comer juntos el día de Navidad.

Le habría gustado que lo invitara a cenar con nosotros, simplemente como un amigo. Si estuviéramos en Madrid, él me habría llevado a conocer a su familia. Se quedó observando la lámpara encima del tocador como si fuera una pieza realmente excepcional, pero solo estaba intentando calibrar cuál debía ser su respuesta.

—Claro. Muy bien.

—Tu familia vive en Madrid, ¿verdad?

—Sí. Las navidades pasadas estuve con ellos.

—¿Y si no tienes que trabajar qué vas a hacer? No te quedarás solo, ¿no?

—No lo creo. Arroiz me ha invitado a casa de sus hijos.

—¿Arroiz, a casa de sus hijos? —pregunté sin poder ocultar mi asombro.

—Sí. Matías, como jefe, es bastante cabrón, pero es un buen tío y sé que me aprecia. Creo que voy a aceptar. Además, le debo un favor. Y en todo caso, tengo compañeros que también son de fuera y van a pasar aquí las fiestas.

Mi conciencia parecía satisfecha.

—Vale, Maikel. Entonces comemos juntos el día 25 y ahora cenamos aquí —añadí en tono festivo. Después me levanté para colocarme mi nuevo kimono salmón con grandes letras negras en el bajo.

Miguel me observaba con una sonrisa de satisfacción:

—Estás preciosa. Tengo una sorpresa para ti.

—¿Ah, sí? ¿Cuál?

—No te la pienso decir hasta después de navidades. O quizá —recapacité— te la diga cuando nos veamos el día de Navidad.

—¿Qué tipo de sorpresa?

—Humm. No preguntes.

Pero los hechos casi nunca se producen como deseamos, y mucho menos como está previsto que sucedan. Ni siquiera siguen un orden lógico en su devenir. El destino es absurdo y caprichoso, y siempre nos sorprende.

Mi presentimiento de que algo terrible podía ocurrirle a Miguel era acertado, pero se había anticipado en el tiempo casi una semana. Era muy tarde cuando dimos por terminada la cena de Nochebuena en casa de Lorena. Antoine se ofreció a traerme y yo acepté. Apagó el motor frente al portal.

—¿No vas a dejarme subir, Mara?

—No, Antoine, lo siento; estoy borracha, agotada y necesito dormir a pierna suelta. Otro día será.

Se acercó para besarme largamente. Sentí un profundo rechazo, no solo porque recordé los labios de Miguel, sino porque sabía que estaba inmolándome por un asunto estúpido y banal que en el fondo no me importaba en absoluto. Y lo peor de todo era que lo hacía exclusivamente por vanidad. Aunque aún no había aceptado viajar a París, Antoine, desde el primer momento, se ofreció a acompañarme. Incluso aseguró que tenía ya algún contacto con un familiar de Gabriela Sorel, la anciana aristócrata que en su juventud conoció y trató a Jacques Cartier y a Vicky Lizarralde. Después de ver a Antoine desenvolverse en la presentación de Madrid, no puse en duda que su presencia en París nos permitiría conseguir nuestro objetivo. Sobre todo el mío. La tentación era muy fuerte. En el caso, más que probable, de que pudiera acceder al restringido y elitista grupo de los Cartier, el reconocimiento social sería absoluto, lo que profesionalmente significaría un bombazo mediático del que saldría muy beneficiada. Eso sin tener en cuenta que, en el terreno personal, toda mi familia, mis primas, mis amigos conocerían por fin la historia de Vicky Lizarralde y Jacques Cartier gracias a mis influencias, a mis contactos y a mi buen hacer. Sin duda, la tentación era muy fuerte y *ellos* lo sabían.

Aparté a Antoine con suavidad. Solo era un beso, al fin y al cabo, pero supe que no estaba dispuesta a compartir nada más con él. En los días siguientes tendría mucho que pensar para conseguir el resultado que yo deseaba sin pagar el peaje que Antoine pretendía. Una cosa era no invitar a Miguel a mi cena familiar de Nochebuena y otra engañarlo con otro hombre. No estaba dispuesta a traicionar a Miguel. En ningún caso lo haría.

Sin embargo, entonces no sabía que las inteligencias superiores tenían otra vara de medir y consideraban que ya lo había traicionado. Por supuesto, no me lo iban a perdonar.

El día de Navidad por la mañana, se reprodujo exactamente la misma situación que unos días atrás. Había quedado con Miguel en que llegaría a mi casa sobre las doce del mediodía. Pero no apareció. No quise alterarme ni repetir la escena histórica que protagonicé con Olga, pero a las doce y media llamé a su móvil.

Alguien respondió y, aunque no reconocí su voz, pensé que hablaba más bajo de lo habitual por el lugar en el que se encontraba.

—¿Qué pasa, Maikel? Vaya plantón que me estás dando.

—¿Quién es? —preguntaron al otro lado.

Era imposible que me hubiera equivocado, pero confirmé su nombre en el visor.

—Perdón, quiero hablar con Miguel.

—¿Quién es? ¿Quién llama? —insistió un tono imperioso y desagradable.

—Soy una amiga de Miguel. ¿Y usted quién es?

—Soy el inspector Matías Arroiz.

—¡Ah! Matías —repetí mecánicamente. Ningún presentimiento me asaltaba aún—. Hola, soy Mara Asparren.

Fue un largo silencio. Pensé que Miguel estaría ocupado y había pedido que atendieran sus llamadas.

—Ya —dijo el inspector—, ahora lo entiendo.

—¿Qué es lo que entiende?

—El contacto del teléfono no especifica su nombre —respondió de mala gana—. Solo un apodo *cariñoso* —añadió subrayando el calificativo.

Habría preguntado cuál, pero me limité a insistir.

—¿No está Miguel por ahí?

—No, no está. ¿Y usted está en San Sebastián?

—Sí. ¿Qué ocurre?

—Le ruego que venga a comisaría. Tengo algo que decirle.

De pronto sentí como un vacío en el estómago, una angustia que me cortaba la respiración.

—Venga ahora, por favor.

—¡Dígame qué pasa, se lo ruego!

—Se lo diré cuando llegue.

Comencé a sentir como un latigazo en el pecho.

—¿Adónde tengo que ir?

—En el Antiguo, calle Infanta Cristina, 28.

No recuerdo cómo llegué ni que ocurrió durante el trayecto. Sé que pedí un taxi porque no me sentía capaz de conducir. Presentía que se trataba de un asunto muy grave.

Cuando llegamos, no necesité preguntar a nadie. El ertzaina de paisano que me esperaba en la entrada me había reconocido.

—Acompáñeme, por favor —dijo.

Lo seguí en silencio, intentando contener la respiración, cada vez más irregular y agitada. Atravesé con una infinita congoja aquellos pasillos por los que Miguel caminaba todos los días, hablando con sus compañeros, riéndose, tal vez pensando en

mí. Era un largo recorrido. A veces se oían voces y se adivinaban figuras en movimiento a través de los cristales esmerilados. Por fin llegamos a una escalera de apenas cuatro peldaños que desembocaba en una puerta doble de madera que se abrió de pronto.

Era Matías Arroiz. Tal vez había oído nuestros pasos. Hizo una señal al policía, que desapareció con un gesto de saludo.

—Pase y siéntese. —Me indicó la silla frente a su mesa.

Obedecí asumiendo que no tenía fuerzas para conocer lo que el inspector estaba a punto de revelarme.

—No quiero saber lo que ha ocurrido. No podré soportarlo.

Me cubrí la cara con las manos. La expresión de Arroiz era terrible, como si todo estuviera perdido, como si ya no existiera esperanza para Miguel.

—¿Es que sabe algo? —preguntó escudriñándome con el ojo defectuoso.

Negué con la cabeza.

—No sé nada. ¿Qué tengo que saber? —murmuré.

Arroiz tomó aliento. Tenía un rictus amargo en la boca y las bolsas de los ojos muy marcadas, como de no haber dormido en toda la noche.

—Miguel está en la UCI en coma inducido.

No pude soportar la tensión y rompí a llorar. Era una congoja terrible que me salía de los pulmones y me producía en la garganta un llanto desgarrador. No sé cuánto tiempo pasó antes de que pudiera preguntar.

—Pero se pondrá bien, ¿verdad?

Arroiz se había colocado de pie frente a la ventana, de espaldas a mí. No hizo ningún gesto, ningún comentario.

—Voy a darle un poco de agua. —Se volvió de pronto para dirigirse hacia una máquina transparente. Presionó el grifo y llenó un vaso de plástico, que me ofreció. Las burbujas invadieron el tanque de cristal.

Apenas mojé los labios:

—Gracias.

Arroiz se sentó detrás de una mesa de madera moderna y funcional.

—Está muy grave —dijo con un hilo de voz—. Temen que haya daño cerebral.

Yo no podía dejar de temblar.

—¿Qué significa *temen*?

—Le están haciendo pruebas neurológicas exhaustivas para descartar el primer diagnóstico. En caso afirmativo, sería terrible.

—¿Qué quiere decir?

Matías Arroiz no se molestó en ocultar su impaciencia. Eran aspectos técnicos que no iban a modificar el hecho terrible de que Miguel Villalba estuviera intubado a vida o muerte en una cama de hospital. Abrió los brazos en el vacío con un gesto de impotencia.

—No le puedo contestar. Los médicos me han hablado de una ecografía cerebral

y algo así como una tomografía axial *computada*. Una T, la llaman, otra prueba importante para determinar sangrados y tumores. Así que, de momento, ni ellos mismos lo saben.

La desazón y la angustia se habían apoderado de mí. Era una sensación física que recorría mi sistema nervioso y parecía obligarme a llorar, a gritar, a levantarme, a andar.

—¿Tiene un cigarrillo, por favor? —supliqué.

Arroiz abrió el cajón y sacó un paquete de Winston. Me costó encenderlo, apenas podía sujetarlo.

—Hace un año que dejé de fumar —añadí en tono inaudible.

—¿No va a preguntar cómo ha sido?

De nuevo volvían el llanto y la congoja.

—Es que no quiero saberlo.

—Pero tiene que saberlo —respondió en tono autoritario—. Ahora tengo la certeza de que está relacionado con usted.

Aquello sí que era sorprendente. Me miró a los ojos como si buscara en ellos alguna respuesta oculta.

—No entiendo nada. ¿Qué quiere decir?

—Le dieron una paliza mortal...

—¿¿Quééé?? ¡Una paliza! —grité—. ¡¡¡Quién!!!

—Todavía no estoy seguro, pero ahora que conozco la relación que mantienen...

No terminó la frase. Dejé el cigarrillo sobre el cenicero, incapaz de apagarlo. Arroiz lo aplastó por mí.

—El día 24 por la mañana fue al gimnasio con su coche. Salió de allí y volvió a su casa. Estuvo hablando con su compañero de piso y le comentó que esa noche cenaría conmigo. —De nuevo se detuvo para tomar aliento—. Íbamos a celebrar su ascenso a inspector. ¿No se lo había dicho?

Negué con la cabeza, no tenía fuerzas para responder.

Le faltaban dos asignaturas para terminar la carrera de Derecho y, por fin... —inspiró ruidosamente. Hablaba como evocando un largo camino que habían recorrido juntos—. El título le permitió acceder a un concurso de méritos de la Ertzaintza.

—¿Era abogado? —susurré como iba.

—Sí, es licenciado en derecho —subrayó—. Lo que quería hacer después, no lo sabemos. En alguna ocasión me habló de que un cuñado suyo con bufete en Madrid le había propuesto asociarse con él. Pero a Miguel le interesa más la criminalística. También es criminólogo y experto en patología forense —añadió sin poder ocultar un gesto de afecto al enumerar sus virtudes.

Yo desconocía por completo aquellos datos de su vida y de su formación. Sin embargo, no podía centrarme en los detalles. Escuchaba a Arroiz como si su voz fuera parte de un sueño del que no podía despertar.

Tampoco me atrevía a preguntar, pero al parecer todo había ocurrido el día de

Nochebuena. Tal vez a la misma hora que yo estaba riéndome y brindando con Marcos, con Antoine, con Olga. Sí, pensé en Olga y en *ellos*, en mi vanidad, en mi egoísmo. La Hermandad Cósmica había castigado mi soberbia, mi mezquindad. No era posible que yo fuera una protegida. ¿Por qué no eligieron a Olga? Ella vivía las leyes y las normas con un rigor que yo era incapaz de igualar. Jamás acepté ni asumí las experiencias paranormales que había vivido. No solo las que se habían producido con Catalina o Úrsula, sino con otras personas de las que nunca he hablado a nadie. ¿Qué más necesitaba para asumir la realidad?

Me sobresaltó el ruido de unos nudillos en la puerta.

—Pase —dijo Arroiz.

—Inspector, tenemos el informe.

Sin duda, era algo referido a Miguel. Arroiz se levantó y salió, entornó la puerta para intercambiar unas palabras con el policía. No se podía entender lo que decían. Cuando entró de nuevo, tenía el gesto crispado, parecía muy afectado.

—Hijos de puta —murmuró entre dientes. De nuevo se quedó mirando por la ventana, de espaldas a mí—. Al menos fueron tres. —Respiró hondo, como si quisiera contener las lágrimas—. Lo dieron por muerto, por eso lo abandonaron. Pero les va a salir mal. Lo juro por mi vida.

Para mí ya era difícil soportar la terrible presión en la sien, pero necesitaba hacer un último esfuerzo para preguntar.

—Es horrible. ¿Por qué dice que yo tengo algo que ver?

Arroiz seguía con la mirada la maniobra de aparcamiento de un coche patrulla frente a la comisaría. No se volvió para responder.

—Hemos barrido su ordenador. Miguel estaba investigando un asunto que Carlos Olaizola, su exnovio —precisó—, tenía pendiente con la policía, y en el que también usted estaba involucrada. —Se volvió despacio y apoyó los brazos en el respaldo del asiento—. Yo sabía que estaba saliendo con alguien. —Apretó los labios antes de añadir—. Parecía muy feliz. Se lo pregunté y me lo confirmó, me dijo que sí. Lo que no me dijo es que era usted. Ahora lo comprendo todo.

—¿Por qué dice que lo comprende todo y por qué Miguel estaba investigando a Carlos Olaizola?

—Supongo que por ayudarla —dijo introduciéndose las manos en los bolsillos.

—¿No se fiaba de mí?

Arroiz se encogió de hombros. Su mirada era terrible.

—Prefiero no responder.

De nuevo se produjo un silencio incómodo. Yo no era la protagonista ni la víctima, sino todo lo contrario. A los ojos de Arroiz, había sido la causante de aquella tragedia.

—Necesito verlo, Matías. ¿Dónde está? —pronuncié su nombre buscando su afabilidad, su comprensión.

—En la UCI del hospital Donostia, pero no se puede ir en cualquier momento.

Hay unos horarios específicos para familiares y personas allegadas.

No había pensado en ellos, en su madre, en su padre, en sus hermanos.

—Su familia... ¿lo sabe?

—Sí —dijo escuetamente.

—¿Cuándo los ha avisado?

Sacó un pañuelo del bolsillo:

—Ayer a la madrugada, cuando encontraron a Miguel.

No era consciente aún del alcance real de aquellos hechos. Si todo fuera un sueño y pudiera modificar mis actos y mis palabras. Si mi comportamiento hubiera sido distinto, tal y como me lo había sugerido Olga, estaba completamente segura de que aquella desgracia no se habría producido.

—¿Quién lo encontró?

Arroiz se llevó el pañuelo a la nariz y se sonó con fuerza.

—Un portero de discoteca, cerca de La Madame, subiendo hacia La Cumbre.

El inspector cerró los ojos momentáneamente, como si quisiera borrar de su mente aquella imagen de Miguel ensangrentado y tumefacto con la ropa desgarrada.

—Pero ¿qué hacía allí?

—Seguramente lo llevaron después de machacarlo —concluyó.

—¿Usted ha ido a verlo? —pregunté sin poder contener las lágrimas.

—Sí.

—¿Cómo está?

—Mal.

De nuevo estallé en un llanto incontenible.

—Éramos felices, Matías. Yo lo quiero. Es el mejor hombre que me he encontrado nunca.

El inspector se encogió de hombros. No iba a mostrarme ni un solo gesto de comprensión. Me sentí hundida, destrozada. Era lo peor que podía haberme ocurrido aquel día de Navidad.

Se aclaró la garganta como si definitivamente quisiera ahuyentar la congoja.

—Hay otros asuntos que tenemos que tratar.

Procuré mostrar una entereza que no sentía. Ahora venía la segunda parte de la historia. ¿Qué historia? ¿Cuál era el origen? El asesinato en la gasolinera de Zarautz. Ahí comenzó todo, y después mi mentira lo complicó. ¿Por qué había ocurrido? ¿Significaba que era cierto que cada uno de nuestros actos es minuciosamente observado y medido por *ellos*? No conocía la respuesta en lo que se refería al resto de los mortales, pero la vida me había demostrado que en mi caso la relación entre causa y efecto estaba íntimamente unida. Tenía cientos de anécdotas, triviales o importantes, pero significativas sin duda, que demostraban que cualquier hecho adquiriría una dimensión desmesurada, de proporciones imprevisibles, cuando Mara Asparren aparecía en escena.

—Si se refiere al contrabando de coches, es un asunto zanjado.

No iba a tener ninguna consideración conmigo y estaba dispuesto a hacérmelo saber.

—¿Es que hay otros asuntos?

—No, que yo sepa.

—Supongo que no va a salir de la ciudad.

—¿Me está diciendo que no puedo salir?

Volvió a meterse las manos en los bolsillos.

—Mi obligación es preguntar.

—No, no voy a salir. Solo deseo volver a mi casa, tomar un tranquilizante y dormir. Es un golpe durísimo, quiero que lo sepa.

—Sí —asintió—, para todos.

Levantó el teléfono interior para que vinieran a buscarme:

—Estaremos en contacto. Vaya a descansar, pero el próximo lunes volveré a interrogarla. La avisarán de secretaría. Quiero saber la verdad, y no me refiero solo a lo que ocurrió en aquella gasolinera.

Caminé despacio hacia el centro de la habitación, pero no me atreví a tenderle la mano. Arroiz se había sentado ya detrás de su mesa y solo deseaba verme marchar. De nuevo sonaron unos nudillos en la puerta y apareció el rostro del joven que me había acompañado hasta allí.

—Un momento, por favor, enseguida salgo —le pedí.

El policía asintió y cerró la puerta de nuevo.

—¿Qué pasa? —preguntó Arroiz contrariado.

—Dice que eran tres los que lo atacaron.

—Sí —murmuró.

—¿Y uno de ellos era mi ex?

Negó con la cabeza.

—No lo sabemos. No aparecen huellas de nadie. —Se llevó los dedos a la comisura de los labios—. Hay indicios, pero no hay huellas dactilares. La investigación sigue adelante.

—¿Entonces?

Arroiz se apoyó en el respaldo y abrió los brazos en el vacío.

—¿Qué quiere preguntar?

Aunque no conociera la verdadera razón de mi angustia, necesitaba que supiera que estaba dispuesta a hacer cualquier cosa por Miguel.

—Quisiera colaborar —dije al fin, titubeante.

Primero me observó despacio para dedicarme después una mirada feroz. Su ojo defectuoso permanecía inmóvil. Adelantó el cuerpo y colocó las manos sobre la mesa.

—Se lo prohíbo terminantemente —exclamó—. ¿Lo ha entendido bien? Se lo prohíbo terminantemente —repitió—. No se le ocurra hacer nada o la demandaré por obstrucción a la justicia.



Nos miramos unos instantes.

—De acuerdo —dije con un hilo de voz.

Di unos pasos hacia la puerta. Solo estaba entrecerrada, la empujé sabiendo que el policía que esperaba fuera lo había escuchado todo. Me dedicó una expresión indescifrable al tiempo que me indicaba con un gesto que lo siguiera. Acto seguido, comenzó a caminar delante de mí.

Estábamos llegando al final de la avenida de Zumalacárregui.

—No me voy a quedar en la calle Marina —dije de pronto al taxista—. Llévame al hospital Donostia, por favor.

No debía de ser lo más raro que le habían pedido últimamente.

—Lo que tú digas —dijo mirándome a través del retrovisor.

Era un joven con los brazos tatuados. Lo que me llamó la atención al entrar no fueron sus tatuajes, sino que llevara una camiseta de manga corta con el frío helador que hacía en la calle. Pero lo comprendí enseguida. Dentro del coche la calefacción estaba al máximo. Me solté la cremallera del plumífero.

—¿Qué? ¿Tienes calor?

—Sí. ¿Podrías bajarla un poco? No entiendo cómo puedes aguantar esto.

—Lo siento. Es que el último *tattoo* me lo hice ayer y me escuece si me pongo algo encima, ¿sabes?

No tenía ningún sentido lo que estaba diciendo, pero no iba a responderle. Recordé cuando Carlos se tatuó el nombre de su perro en el brazo. *Froid*, un enorme rottweiler negro y marrón. La gente se apartaba de nuestro lado cuando nos veía llegar con él. «¿Por qué te has tatuado *Froid* y no *Freud*, que es como se escribe?», le pregunté.

—Porque voy a enseñar a mi perro a reconocer las letras de su nombre y no quiero equivocarle. Se llama igual que se pronuncia —me respondió entonces.

—Tengo una pomada por si se me infecta, pero, joder, me da como asco y grima. Oye, tú sales en la tele, ¿verdad?

No le devolví la mirada, pero sabía que seguía observándome a través del retrovisor.

—Sí, pero perdona que no te siga el rollo.

—Ya, es una putada ir a un hospital —dijo poniéndose en mi lugar.

Suspiré sin poder evitarlo. No sabía aún si podría ver a Miguel ni quién estaría a su lado.

El taxista no parecía dispuesto a darme tregua.

—Sí, muy jodido. Me acuerdo cuando estuve yo con la apendicitis —chascó la lengua—. ¿Te importa que ponga un poco de música?

—No, no me importa.

Al menos se quedaría un rato callado. Era un mix casero intergeneracional de

números uno. Pasamos por delante del Gobierno Civil al ritmo de *La camisa negra* y enfilamos la subida a los hospitales con Fito y Fitipaldis.

Escuché el sonido del móvil en el bolso. Era Olga.

—Hola, Olga. No puedo hablar ahora.

—¿Dónde estás, Mariví?

Su voz y su manera de responder eran apremiantes.

—Camino del hospital.

—¿Cómo? ¿Qué ha pasado?

No parecía demasiado extrañada, como si sus augurios respecto a mi suerte fueran aún más nefastos que lo que yo pudiera contarle.

—Voy a ver a Miguel.

Resopló sin disimulo:

—¿Miguel en el hospital? ¿Qué ha pasado? ¿Es grave?

De nuevo me asaltó una oscura congoja, pero no podía permitirme llorar.

—Sí.

—¿Quieres que vaya?

—Sí, por favor.

—¿Dónde está ingresado?

—En el hospital Donostia.

—¿Has llegado ya?

—No, pero estoy a punto de llegar.

—Espérame en la puerta de entrada, ¿vale?

—Vale. Gracias, Olga.

Pagué al taxista y rechacé hacerme un selfie con él.

—Lo siento; como comprenderás, no estoy yo para hacerme fotos, ni contigo ni con nadie.

La gente no sabe lo cutre que puede llegar a ser la fama.

Eran casi las dos de la tarde y había comenzado a llover. Estaba tan cerca de Miguel y al mismo tiempo tan lejos... Me preguntaba qué pasaría por su mente en ese momento. Tal vez su recuerdo permanecía detenido en los primeros instantes de la agresión y no había salido aún de ese angustioso sufrimiento. Las personas que superan el estado de coma hablan de sueños y recuerdos, de temores, ansiedades y angustias. El estado de relajación o de estrés previo a sufrir una pérdida de conocimiento marcará la vibración en la que esa mente se sumirá las próximas horas, días o el tiempo que ese estado alterado de consciencia pueda durar. No debía pensar en ello. Ni lo ayudaría a él ni a mí. Afortunadamente, Olga estaría conmigo. Fue muy necio y muy injusto que pensara ni por un instante que ella podía sentir por mí otra cosa que no fuera amistad y afecto.

Durante la cena de Nochebuena en casa de Lorena, hubo un momento que

presentí que Olga había aceptado la invitación solo para que yo no olvidara todo lo que habíamos hablado en el coche a la vuelta de Goñi. A pesar de la incomodidad que suponía que Marcos pudiera interpretar su presencia como un deseo de acercamiento, Olga no lo tuvo en cuenta. En todo momento se comportó correcta y amable con él, pero distante. Su objetivo era otro. Era como si Olga quisiera recordarme que no debía volver a intimar con Antoine, que para mí solo era una relación espuria y mercantilista y que *ellos* no me lo perdonarían. Tal vez ni ella supiera que necesitaba advertirme de algo y yo fui tan necia que no la escuché, tal vez ni la creí. Y esto era para mí lo más duro de soportar. De nuevo, al llegar a este punto, experimentaba la misma congoja.

Con las lágrimas empañándome los ojos fui a resguardarme de la lluvia bajo el voladizo de la puerta de entrada del hospital. Se había llenado de gente que, como yo, buscaba cobijo. Sentí un escalofrío al pensar de nuevo en Miguel. Sin pretenderlo, llegaban a mi memoria imágenes de aquella cena donde al parecer yo estaba determinando su suerte y su destino.

Antoine estaba deseando formalizar el viaje a París con el beneplácito y la bendición de Marcos y Lorena. Germán, el marido de mi prima, parecía más interesado en llenar una y otra vez su copa de champán. Todos habíamos bebido demasiado. Recuerdo que en una ocasión consulté mi reloj. Era casi la una de la madrugada. Me extrañó no haber recibido una llamada o un mensaje de Miguel en toda la noche. Entonces pensé en llamarlo, pero en aquel momento, Marcos propuso un nuevo brindis.

—Brindo porque el año próximo volvamos a juntarnos los mismos alrededor de esta mesa.

Junté mi copa en el aire, pero no bebí. Me la acerqué a los labios, pero no compartí el deseo. Yo deseaba estar con Miguel. Es cierto que fui débil, pero *ellos* deberían haber tenido en cuenta mis razones. Y ahora quizá era demasiado tarde para decirles que amaba y necesitaba a Miguel con todas mis fuerzas.

Escuché mi nombre a lo lejos. Olga se bajaba de un taxi cubriéndose la cabeza con una bolsa de plástico.

Me abrazó cuando llegó a la puerta.

—¿Qué ha pasado, Mariví?

—Está en coma, Olga. Puede morir —añadí estallando en sollozos.

No me importó que todos los que me rodeaban me observaran con morbosa curiosidad.

—Tranquila, Mariví, tranquila.

—Lo quiero, Olga, se lo voy a decir y se lo voy a demostrar. No puede pasarle nada y menos por mi culpa. ¡Dime que no, por favor!

Ante la expectación general, me cogió del brazo y entramos en el vestíbulo. Había unos asientos metálicos al lado de la máquina de sándwiches.

—¿Qué ha pasado?

No podía decirle la verdad. Me justifiqué intentando convencerme de que en realidad tampoco nadie sabía, ni siquiera Arroiz, qué era lo que realmente había ocurrido.

—No lo sabemos. El inspector cree que ha sido un ajuste de cuentas. Algún delincuente que se la tenía jurada a Miguel. Le han dado una paliza terrible, Olga —mentí con voz desfallecida—. Está en coma y tiene daño cerebral.

Me observó elevando las cejas como si no terminara de creerse lo que estaba escuchando. Movi6 la cabeza de un lado a otro.

—Espérame aquí —dijo indicándome una silla y dirigiéndose hacia un mostrador cerrado por láminas acristaladas—. El apellido es Villalba, ¿verdad?

Asentí mientras recordaba la primera vez que lo vi y oí su nombre.

El lunes debía volver a enfrentarme al inspector Arroiz. Estaba inquieta. Aunque el asunto de los coches se cerró con una multa, que asumieron las dos empresas involucradas en el fraude, temía que las cosas pudieran volver a complicarse. Mi única función se limitaba a pasar el teléfono de Carlos a periodistas y gente más o menos famosa. Y él se encargaba del resto. Lo que nunca quise saber ni preguntar era a qué otra clase de negocios paralelos o simultáneos se dedicaba. Carlos siempre manejaba mucho dinero. El primer regalo que me hizo sin apenas conocerme fueron un bolso y unas gafas de Prada.

—Pero, Carlos —le dije—. Esto es muy caro, no puedo aceptarlo.

—¿Caro? No tengo ni idea, no he preguntado el precio.

Lo conocí en una cena que organizaron en el gimnasio para celebrar la sentencia de divorcio del que iba a ser su socio. Me impactó su aspecto físico. Un cuerpo cuidado y trabajado en largas sesiones de *fitness* a la carta. Carlos era un hombre atractivo que daba mucha importancia al físico y a la imagen. Hacíamos eso que la gente llama *una buena pareja*.

Olga hablaba con la empleada de información, una joven de pelo rojizo y encrespado. De pronto se volvió señalándome con el dedo, como si le indicara que en realidad era yo la familiar del enfermo y que estaba interesada en visitarlo. Después vino hacia mí.

—¿Qué ha dicho? —pregunté incorporándome.

—No podrás hablar con los médicos porque tienen un horario para atender a los familiares, pero le ha preguntado a una compañera y le han dicho que sí, que si quieres puedes verlo un momento.

—¿Me acompañas, Olga?

—Claro, vamos.

Llegamos a los ascensores, estaban saturados de gente.

—No puedo esperar. Voy andando —dije.

Olga me siguió y comenzamos a subir en silencio. Llegamos jadeando al rellano del tercer piso.

—Tengo miedo de verlo, Olga.

—Si quieres entro yo primero y te digo cómo está.

—Sí, te lo agradezco. Es que aún no puedo creer que esto haya ocurrido de verdad.

—Tranquila, es normal. —Se colgó de mi brazo—. Ten confianza. Estoy segura de que saldrá de esta.

—Ojalá.

No podía evitar las lágrimas cada vez que imaginaba a Miguel en coma conectado a una máquina. Olga se apretó contra mí. Sabía que necesitaba más que nunca sentirme arropada, acompañada. Era consciente del estado de ansiedad en el que me encontraba.

—¿Vendrás luego a mi casa, Olga? Yo no podré comer, me duele mucho el estómago, pero seguro que encuentro algo para ti. —No podía dejar de hablar de una manera apresurada y compulsiva—. Te gusta el sushi, ¿verdad? Tengo una bandeja en el frigo. ¡Quédate, por favor!

—Sí, no te preocupes, estate tranquila —repetía.

Por fin llegamos a la cuarta planta. Me detuve un instante, como si necesitara tomar aire.

—No sé si es verdad que *ellos* te han enviado, pero te agradezco muchísimo que estés a mi lado.

Quienes me conocen piensan que soy decidida e incluso agresiva, pero no es cierto, soy cobarde. No me atreví a pasar. Me acerqué a la enorme cristalera del box. Los estores estaban ligeramente entreabiertos y entre las rendijas apenas pude distinguir su cuerpo recostado envuelto en una bata blanca. Me pareció que tenía las piernas vendadas. No podía ver su rostro, solo los tubos y cables que rodeaban su cabeza llegaban hasta las máquinas cargadas de señales intermitentes. Regresé a la sala de espera. No sé cuántas veces pude recorrerla hasta que Olga volvió. Tenía el gesto descompuesto. A pesar del calor que hacía en aquel lugar, me acerqué temblando. Era una desazón interna, una especie de angustia que se transformaba en un frío helador.

—¿Qué tal, cómo está?

Negó con la cabeza.

—Mejor que no lo hayas visto. Está...

—¿Está... qué?

—Bueno, los golpes, los hematomas. —Chascó la lengua—. Es muy aparatoso... Pero eso pasará. Eso no es lo grave, me lo ha dicho una enfermera que ha entrado a mirar las máquinas.

—Lo he visto un poco a través del cristal.

—Ya. —Asintió, recomponiendo el gesto—. Mañana le hacen unas pruebas para saber si existe daño cerebral. —Se detuvo para tomar aire—. Pero tienen esperanzas. Miguel es joven y fuerte. Si el cerebro no está dañado, su cuerpo responderá. Tiene varias costillas rotas, también el brazo y una pierna. Tendrán que operarlo. Están esperando a tener los resultados de los análisis.

Movió la cabeza como si intentara apartar las imágenes del momento vivido por Miguel.

—¡Qué horror! —dijo—. Lo siento Mariví, por él y por ti.

Ya no pude soportar más la emoción. Rompí a llorar con una fuerza inconsolable. Olga me abrazó de nuevo sin pronunciar una sola palabra.

*Ellos* sabían que la pena, la piedad y el remordimiento eran sentimientos purificadores necesarios para mi evolución. Dicen que el ser humano es tan necio que solo aprende del sufrimiento. Nada es susceptible de grabarse en la memoria de una manera imperecedera como el impacto de una desgracia. Y yo creía haber aprendido la lección. Estaba deseando demostrarlo. Ya no habría más dudas ni más respuestas ambiguas ni más falsas palabras de amor ni más intereses espurios de los que beneficiarme.

Era como si al profundizar en esos pensamientos y al rechazar la espesa y dura coraza de actitudes innobles, aflorase en mí el sentimiento verdadero. Tal vez nunca antes había amado. Pero estaba segura de amar a Miguel. Cada día deseaba su presencia, añoraba su cercanía, su protección, su risa contagiosa. No me importaba cuál fuera el resultado de su curación. Había decidido quedarme con él. O, al menos, ese era mi más sincero deseo.

Tardé un buen rato en tranquilizarme. En ningún momento Olga dejó de consolarme:

—Vamos a tomar algo a la cafetería —dijo haciéndose de nuevo dueña de la situación—. Te vendrá bien para desconectar un poco.

—Vale, voy a pasar un momento al baño para arreglarme. Debo de tener un aspecto horrible. —Saqué mis gafas de sol, que siempre van conmigo.

—Muy bien, te espero.

También en esta ocasión tardé un poco más de lo previsto.

—Perdona, Olga, pero es increíble, estaba lleno. Hasta que no entras en un hospital, no te puedes imaginar que haya tanta gente dentro.

—No importa, hay algo que quiero comentarte.

Sentí un inmediato rechazo. Estaba segura de que directa o indirectamente se refería al castigo que *ellos* habían decidido imponerme.

—No creo que sea capaz de asimilar nada más, Olga, estoy destrozada. Pensaba

irme a casa a descansar. La noticia de Miguel y la entrevista con Arroiz han sido demoledoras para mí.

—Lo entiendo, Mariví. No importa, pero cuando te veas con fuerzas, me llamas. Lo que tengo que decirte va a sorprenderte. Pero, si te parece, bajamos a tomar una cerveza, yo lo necesito.

Al escucharla comprendí que no tenía nada que ver con lo que yo imaginaba.

—Bueno, casi prefiero que me digas ahora de qué se trata.

—De Ascensión, la prima de tu madre —respondió con rapidez.

Tuve que reubicarme. No esperaba esa respuesta en absoluto. Me detuve en medio de la escalera que bajaba a la cafetería.

—¿De Ascensión? Pero ¿tú la conoces? —pregunté estúpidamente.

—No, ya sabes que no.

—¿Entonces?

Suspiró sabiendo que quizá no era el lugar adecuado para decírmelo, pero tenía prisa por hacerlo.

—Verás, te dije hace unos días que en mi opinión deberías ocuparte de tu madre con prioridad absoluta. Y, por supuesto, sigo pensando lo mismo. Lo de tu abuela no tiene ninguna importancia. Ella ha sido como un señuelo.

—¿Qué dices?

—Sí. Ya te lo explicaré. —Su mirada reflejaba una extraordinaria intensidad, como si reclamase toda mi atención y mi confianza.

—En las apariciones de Ezkioga ocurrieron cosas muy graves que fueron importantes en la historia de tu madre y podrían serlo en la tuya. —Hizo un breve paréntesis—. Lo de tu abuela, lo de tu bisabuela Vicky, lo de Cartier y todo eso es una frivolidad que te está entorpeciendo el camino, que te aparta de lo que realmente importa.

De pronto me vino a la mente la pregunta que debía haberme hecho a mí misma al comienzo de todo.

—Entonces, ¿por qué no es mi madre la que nos habla en sueños, la que se manifiesta?

Asintió como si aceptara lo certero de aquella pregunta.

—Porque solo vuelven las conciencias que no han terminado de ubicarse. Que están en terreno de nadie. Que no han conseguido alcanzar su destino. Tu madre no necesita que tú la ayudes. ¡Es ella la que quiere ayudarte a ti!

Lo comprendí de inmediato. Las palabras que acababa de escuchar eran ciertas, porque la verdad solo responde a la pregunta correcta. Solo la adecuada puede activar la clave cifrada capaz de desbloquear el mecanismo.

—No sé cómo darte las gracias, Olga.

—Escucha —prosiguió impaciente—. Un amigo mío, en realidad mi exnovio —precisó—, era fiscal en Vitoria y ahora está en el Tribunal Supremo. Lo llamé por teléfono para preguntarle si podía informarse de la repercusión judicial que tuvieron

las apariciones de la Virgen en el País Vasco durante la preguerra civil española. Hace una hora he hablado con él y me ha confirmado que hubo varias apariciones en distintos lugares en la misma época, pero las más importantes, multitudinarias y conflictivas —añadió con un gesto intencionado— fueron las de Ezkioga. Yo misma no solo he estudiado el informe que te leí en el coche, he consultado algunos más. Hay una ingente documentación sobre ese tema y es apasionante. Tu madre, sin duda, también era una *protegida*, y tu abuela y Ascensión lo sabían.

No salía de mi asombro.

—Ascensión también —repetí como hipnotizada—. Pues menuda tralla le he dado, la he puesto como un trapo.

—Mejor, me alegro. Me temo que es diabólica y perversa. Estuvo en la cárcel implicada en unas muertes que hubo en La Barranca, pero no pudieron probar nada. Debe de ser superinteligente.

—¿Todo eso aparece en el sumario?

—Sí, Mariví. Hay informes médicos y psiquiátricos de Ascensión y valoraciones de otros peritos. Fue una pieza clave en el juicio.

—¡Uf! Qué movida, Olga.

—Es muy importante lo que te he dicho.

Llegamos al bufé y ocupamos el último lugar en la fila.

—Podemos comer algo aquí. ¿Te parece? Déjame que le invite —dije evocando los últimos gestos y respuestas de Ascensión. Era cierto que su mirada era tan lúcida como inquietante; sin embargo, cometió un error al mencionar el nombre de Basilia. Ella no previó que yo iría a Goñi a buscarla.

—Y quiero decirte algo más —añadió Olga con renovada pasión—. No temas por Miguel. Estoy segura de que se va a salvar. Ahora pienso que él también ha llegado a tu vida para ayudarte. Lo vamos a necesitar.

Asentí con las emociones aún a flor de piel.

—Gracias, Olga. Menos mal que estás conmigo. Ahora sé que *ellos* velan por mí. No hizo caso de mi comentario, parecía fascinada por el tema de las apariciones.

—Hay un sumario de miles de páginas. Es cierto lo que aparece en el libro de William Christian, el antropólogo americano del que te hablé; tengo que conseguir el libro como sea. —Tenía los ojos brillantes y las mejillas encendidas—. Estuvieron implicados los personajes más importantes del momento.

Me enjuagué las lágrimas retenidas:

—Estoy alucinada, Olga. ¿Qué más dicen de Ascensión?

Olga se detuvo para crear la atmósfera de misterio que precedía a sus revelaciones más inquietantes.

—Lo he apuntado para no olvidarme —pronunció con solemnidad—. Ascensión Irureta Mendia, natural de Goñi, Navarra, hija de Crescencio y Felicia.

¿Felicia? No podía ser cierto lo que estaba escuchando.

—¿Felicia? ¿Su madre se llamaba Felicia? —exclamé en voz alta.



Olga asintió, sorprendida por mi reacción.

—Sí, ¿por qué?

—¡¡Felicía!! —repetí sin terminar de creerlo—. ¡¡Ese era el nombre que mi madre quería ponerme!! Ascensión me lo dijo cuando fui a verla. ¡Felicía! ¿Comprendes? ¡La inicial que tengo grabada en la nuca! —casi grité—. Seguro que fue ella la que sugirió a mi madre que me pusiera ese nombre.

Olga movió la cabeza como si algo no encajara.

—No puede ser.

—Sí, Olga, te lo juro. Ascensión quería ponerme el nombre de su madre. Pero mi abuela Úrsula no lo consintió, y al final resulta que tengo que agradecerse.

Era nuestro turno para pagar. Habíamos elegido dos raciones de bacalao con tomate y dos boles de macedonia de frutas. Después de pasar por caja, nos sentamos a una mesa apartada.

—No entiendo —insistió.

—Verás, yo mentí a Ascensión diciéndole que conocía el nombre que mi madre quiso ponerme, y ella cayó en la trampa y lo repitió: «Felicía». Lo dijo clarísimo.

—Entonces —preguntó Olga sin terminar de creérselo—, ¿ibas a llamarte Felicia?

—Eso es.

—Y tu abuela...

—Mi abuela se opuso tajantemente. Ella quería ser mi madrina y elegir mi nombre, y sin saberlo me protegió. —Callé un instante, como si de pronto llegaran a mi mente imágenes y secuencias muy lejanas—. Ahora que lo pienso, seguro que intervino mi padre a su favor. Siempre estaba a su favor —repetí pensativa—. Tengo vagos recuerdos de discusiones entre mis padres con mi abuela presente.

—Seguro que tu abuela te salvó. ¿Ves como eres una protegida?

—Sí, Olga, y mi madre también. —Suspiré como si recordar supusiera un gran esfuerzo para mí.

—Los hechos se suceden de una manera rocambolesca para que salgas indemne.

—Bueno... no tanto como indemne. —Cabeceé dubitativa—. Ahora tengo que quitarme la marca cuanto antes. ¿Sabes lo que pienso? Que esto no es un tatuaje. —Me señalé la nuca—. Es una herida que seguramente me hizo Ascensión.

Olga dio un respingo.

—¿Tú crees?

—Sí —afirmé—. Una incisión grabada en la carne, como los rituales de las tribus indígenas. Carlos tenía varios tatuajes y un día, buscando en internet dibujos originales, encontró una página con imágenes y técnicas que empleaban los indios americanos, siux, arapajoes y otras etnias primitivas. Marcaban a los niños con el distintivo del grupo y la familia a la que pertenecían. Utilizaban instrumentos rudimentarios para abrir heridas en la piel que después cauterizaban con hierbas. Las marcas son indelebles, y cuanto más pequeños sean los niños, más indelebles son las

marcas.

Aparté el plato de bacalao con un gesto de repugnancia.

—Me va a sentar fatal, no puedo con esto. Tomaré la macedonia.

Olga me acercó su bol de frutas.

—Coge también la mía y yo picaré algo de tu bacalao —dijo. Después retomó la conversación—. Creo que es posible lo que dices y me parece apasionante. Pero hay una esteticista buenísima en San Juan de Luz. A una compañera del despacho le quitaron un pecho y ella le tatuó los pezones. Trabaja habitualmente sobre cicatrices. Ya se lo preguntaré.

—Me lo haría mañana mismo. —Suspiré sabiendo que era imposible, tenía demasiadas cosas pendientes—. Pregúntale y me lo dices.

Hacía mucho tiempo, tal vez desde la infancia, no me sentía tan necesitada de calor humano y compañía. La presencia de Olga fue vital para mí, como lo fue la de mi prima Geli en las largas vacaciones de verano para soportar la inhóspita realidad de Amets y sus horribles habitantes. Si al menos mi prima se hubiera quedado a vivir en San Sebastián. Pero no fue posible. Su padre encontró trabajo en unas bodegas de La Rioja y tuvieron que emigrar del País Vasco. Ella inició su vida con otros compañeros, otras amigas, otra gente. Aunque nos reencontrábamos en el pueblo cada mes de agosto, ya no nos sentíamos tan unidas, nada era igual. Y dejó de serlo totalmente después del accidente camino de las fiestas de Leiza. Nunca más nos permitieron volver juntas al pueblo en agosto. Ni regresamos a Izarra hasta mucho tiempo después, ya mayores y solo ocasionalmente para celebrar alguna de aquellas multitudinarias comidas de primos a las que yo casi nunca asistía.

En Amets ya no quedaba nadie, habían muerto todos. Mi abuela Úrsula, mi tía Maravillas, mis tíos... Aquella vieja casona dejó de ser una referencia en el mismo instante en el que pude elegir dónde pasar mis vacaciones de verano.

Lo único que echaba de menos eran los paisajes de Izarra. Los montes y riscos que rodean La Barranca navarra son de una belleza tan singular, agreste y salvaje como peligrosos los accesos que llevan a sus cumbres. Algunos han perdido la vida en el intento de dominarlas. También murió en aquella triste aventura el camarero de Alsasua que iba de copiloto en el viejo y destartado Dos Caballos camino de Leiza. Salió despedido del coche, pero tuvo menos suerte que yo.

Ocurrió poco después de la curva anterior al mirador del túnel, cayó en picado hasta un hayedo próximo al pueblo, atravesando en su trayectoria un abismo cuajado de rocas puntiagudas. No supieron si llegó mutilado a causa de la caída o si durante aquella interminable madrugada sufrió el ataque de un perro salvaje o algún jabalí. Lo encontraron a los dos días y sus restos apenas eran un guiñapo sanguinolento entre los arbustos.

Yo habría preferido que muriera Paco, aquel chico moreno de Pamplona que tanto

me gustaba. Me había sentido traicionada y humillada por su indiferencia, por su grosería y crueldad con nosotras. El primer sonido que identifiqué después del impacto contra el suelo fue su voz. Escuché sus estertores dentro del amasijo de hierros en que se había convertido el coche. «A-yu-daaa», balbucía en un largo lamento casi ininteligible. Con esfuerzo, levanté la cabeza del suelo. Tenía la boca llena de barro. Era un sabor agridulce, a tierra húmeda. Intenté escupir, pero el barro se mezcló con la saliva hasta quedar convertido en un colgajo viscoso suspendido de mis labios.

De pronto oí un ruido dentro del coche, como si alguien estuviera removiendo un bidón de chatarra.

—Mariví —dijo una voz.

¡Era Geli!

—¡Geli! ¡Aquí, aquí! —apenas musité su nombre creyendo que gritaba. Era imposible que me oyera.

El paisaje aparecía sumergido en la oscuridad profunda de la noche, quebrada a veces por una claridad intermitente. Si hubiera podido mirar el cielo, habría descubierto una enorme luna amarilla proyectando su luz sobre el valle. Se distinguían perfectamente las sombras de alrededor. Los árboles, las rocas suspendidas sobre nosotros, el camino de piedras blancas sin asfaltar rodeando... ¡la fuente del Basajaun! ¡La fuente! No la había descubierto antes porque la parte trasera del coche volcado sobre sus ruedas laterales ocultaba el estrecho caño por donde brotaba el agua. ¡Nos habíamos estrellado contra la fuente!

Cuando reconocí el lugar, sentí un miedo instintivo e irracional, distinto al que podía sentir en Amets cuando los fantasmas salían del pajar a pasear por la casa. Al fin y al cabo eran fantasmas domésticos y familiares y aquel también era su territorio.

La fuente de San Martín, que ese era su verdadero nombre, se había convertido en un enclave visitado por turistas y montañeros, casi siempre gente de fuera de La Barranca. No se sabe en qué momento se acuñó la leyenda de que en aquel lugar habían ocurrido cosas extrañas. Sobre todo con las cámaras de fotos. Era imposible hacer una foto que no tuviera un resultado o una consecuencia funesta. Las fotos no salían, se velaban, aparecían manchas rojas o incluso cosas peores. Hace unos diez años desapareció una joven turista francesa y jamás nadie volvió a saber de ella. Encontraron su coche aparcado y la mochila en la fuente. Se había parado a llenar la cantimplora. El agua de la fuente de San Martín es de una pureza y una transparencia extraordinarias. Las viejas del pueblo aseguran que la fuente existe desde tiempos inmemoriales y que cerca de allí vive el *basajaun* en los meses del invierno. Él *basajaun* es una especie de gigante ciclópeo con cuerpo de hombre y cabeza de animal que baja del monte desde las cuevas de Erleze, unas cuevas prehistóricas descubiertas hace unos cincuenta años, conocidas y estudiadas por reputados espeleólogos.

La policía investigó el caso, incluso intervino la embajada francesa y acudieron

refuerzos de la gendarmería de Bayona y Biarritz, pero todo fue inútil. La joven desapareció sin dejar rastro, solo quedaron su coche, su mochila y una cantimplora sobre la fuente, derramando lentamente el agua que había recogido. Pero lo más curioso fue la última imagen que su cámara de fotos había tomado. Era una borrosa figura semihumana de torso y cabeza descomunales que caminaba entre los árboles sobre los dos pies. En la instantánea parecía que se había vuelto a mirar en el momento justo de oír el *clic* del pulsador o la luz del *flash*. La cámara apareció medio oculta entre unas hierbas altas al lado de la fuente, y quienquiera que fuera el fotografiado, tal vez quiso borrarla pero no la vio o no la pudo encontrar. El caso quedó cerrado sin resolver.

No puedo decir cuántos minutos y horas permanecí como inerte en la misma postura. La luz de la madrugada iba cambiando de intensidad, desde los grises oscuros casi negros a los morados y cobaltos de grandes nubes deshilachadas en formación. Una brisa suave enredaba mi pelo y removía las hojas alrededor. Ya no intentaba ponerme en pie ni pedir auxilio, sabía que era inútil. Tampoco había vuelto a oír sonidos ni voces. Iba a cerrar los ojos, creyendo que tal vez al cerrarlos pudiese ocurrir el milagro con más facilidad, cuando, de pronto, detrás del coche emergió una sombra bamboleante. Se acercaba muy despacio hacia mí. Pensé que era un sueño, aquello no podía estar ocurriendo.

Aterrorizada aplasté mi cara contra el barro.

—¡Eh! ¡Oye! —dijo la sombra muy cerca de mi oído.

Entonces, sin saber de dónde nacía aquella potencia sobrehumana que me poseía, grité desesperadamente.

La figura posó su mano sobre mi hombro, diría que con delicadeza.

—¡Eh! ¡Tú! Tranquila, que soy Marcelo.

¿Marcelo? Solo con escuchar su nombre me poseyó una furia aún mayor que si el aparecido hubiera sido el mismísimo *basajaun*.

—¡Marcelo! —chillé con renovado ímpetu—. ¿Cómo te atreves? ¡No me toques, baboso de mierda, asqueroso, paleta, muerto de hambre, hijoputa, cabrón!

Mis gritos rebotaban contra las enormes moles de piedra que nos observaban impasibles y volvían de nuevo hasta mi garganta buscando su origen. Era como una reverberación musical, un eco prolongado que las piedras iban comunicándose:

oso... oso... oso.

da... erda... erda.

to... eto... eto.

ta... uta... uta.

ón... rón... rón.

Marcelo se apartó aterrorizado, como si en mis pupilas hubiera podido ver al

*basajaun*, al demonio y al mismísimo hombre de las nieves.

—¡Joder, la hostia! ¡Qué susto, tía!

—¡Pues ya te lo he dicho! ¡Ni te acerques, que yo sí que te follo vivo aquí mismo, pero de verdad, pajillero de mierda, que eso es lo que eres! ¡Un pajillero salido, tú y tus asquerosos amigos!

—¡Maraaaa viiii!

Era la voz de Geli, otra vez. Mis gritos la habían alertado.

—¡Sí, Geli, estoy aquí!

—¡¡Maraaaaviiiiii!!

A duras penas levanté un brazo y luego otro. Lo primero que hice fue limpiarme las babas, las arrastré torpemente hasta la hierba. Al recordar que las llevaba colgando, comprendí mejor el acojono de Marcelo. Después comencé a palparme el cuerpo. Estaba terriblemente dolorida. Debía de estar plagada de hematomas, pero no parecía nada que fuera irreversible. Poco a poco moví las piernas, primero una, luego la otra. Conforme los miembros iban adquiriendo movilidad, el dolor se hacía insoportable.

—¡Geli! —grité de nuevo.

—¡Sííí!

Marcelo se acercaba al coche sujetándose una pierna con el brazo que arrastraba pesadamente.

—¡Oye, tú! ¡Marcelo o como cojones te llames!

Se volvió para mirarme, pero no respondió. Siguió avanzando hacia el coche.

—¡Oye, escucha!

—¿Qué quieres? —respondió sin la mínima intención de colaborar.

—¿Cómo está mi prima?

—No lo sé. Ven tú a verlo.

Tendría que tragarme mis insultos si quería conseguir algo de aquel salvaje.

—¡Marceloooo! —llamé de nuevo a gritos—. Como no vengas te vas a arrepentir. Tengo que decirte una cosa que te interesa saber —añadí mientras intentaba improvisar algo contundente.

De nuevo vi asomar su cabeza.

—¡Qué hostias quieres!

—Acércate un momento.

—¿No te han enseñado a pedir las cosas por favor? ¿O qué?

—¿Y a ti no te ha enseñado tu madre a no tocar el culo a las tías indefensas? ¿Eh?

Lo vi dudar un instante, pero mi tono de voz y mis palabras parecían contundentes. Llegó de nuevo a mi altura, renqueante.

—¿Qué pasa?

—Tenemos que salir de aquí... Ayúdame a levantarme.

Se colocó los brazos en jarras:

—¿Qué es eso que tienes que decirme?

Estaba intentando apoyarme sobre las palmas de las manos para tomar impulso.

—No querrás que testifique contra ti en el juicio, ¿verdad? —respondí sin contemplaciones.

Se quedó callado mirándome y comprendiendo en ese instante las consecuencias funestas de lo que había ocurrido. Tomó aire con fuerza y lo expulsó despacio.

—¿Qué quieres?

—¿Cómo está mi prima?

—Igual tiene una pierna rota o algo, pero está bien.

—¿Y los otros?

No respondió.

—¿Eh? —insistí—. ¿Y los otros?

—Paco, mal, está sin conocimiento. Y Juanma... —se encogió de hombros—. No sé.

—¿Y el otro, el que iba delante?

Apretó los labios y después se pasó la mano por la cara.

—No está por ningún sitio. Vi que salía disparado del coche y creo que ha caído abajo. Al principio se quedó colgando de alguna rama o así, porque lo oí gritar, pero ya no está.

—¿Se ha despeñado? —pregunté—. O sea, que... ¿está muerto?

Pregunté más por curiosidad y morbo que por piedad.

Levantó los hombros.

—Sí, claro.

—¿Cómo se llamaba?

—No sé. Paco lo llamaba Gorri. Era amigo suyo.

Sentí que no me importaba en absoluto. Por mí podían haberse muerto los cuatro.

—Venga, ayúdame. Por favor.

Se acercó para colocarse a mi espalda y tomarme por las axilas.

—Si te hago daño, me dices.

Cada uno de los movimientos me producía un intenso dolor.

—¿Qué posibilidades tenemos de que pase alguien?

Marcelo no era tan rudo como parecía a primera vista. Me trató con cuidado y consideración.

—Son las dos de la mañana. Hasta las cinco o cinco y media no pasan por aquí los que vienen de Estella.

Cuando llegué al coche, ni siquiera me detuve en Paco. Tenía una herida en la cara, pero no sangraba mucho. Estaba como dormido, con la boca torcida en un rictus de dolor. Pasé por encima del cuerpo de Juanma, que ni se movió. Respiraba débilmente, él también parecía como muerto. Geli y yo nos abrazamos llorando. Las lágrimas rodaban silenciosamente por mis mejillas y humedecían mi boca.

—Esto ha sido por la tía Maravillas. Nos ha echado una maldición, Mariví.

—Ya lo sé, Geli. Es una cabrona.

Al final no se compadeció de nosotras ni evitó el accidente, así que no estaba dispuesta a pedirle perdón por mi mentira. En realidad, solo deseaba vengarme de ella.

Tuve que aceptar que Geli desapareciera de mi vida. Cuando eso ocurrió, Rosa se convirtió en mi mejor amiga. La elegí porque las dos íbamos al Liceo y porque vivía muy cerca de mi casa. Pero, sobre todo, porque tenía algo que yo siempre había deseado: una familia numerosa. Rosa era la única chica y la pequeña de cinco hermanos que se desvivían por ella, y de paso también por mí. Su casa siempre estaba llena de ruidos, de gente, de parientes lejanos que llegaban con maletas y paquetes de regalos. Podías pasar a recogerla a cualquier hora del día, desde el descansillo se percibía un apetitoso olor a comida casera y se oían risas y voces.

—Me das envidia, Rosa.

—¿Por qué?

—Porque tienes hermanos que te quieren y vive mucha gente en tu casa.

Su hermano mayor trabajaba en la aduana y se llamaba Vitorio. Era nuestro héroe y nuestro proveedor máspreciado. Sin que él lo supiera, en sus bolsillos nos abastecíamos del Winston americano que nos fumábamos a escondidas en la campa de Etxe Aundi. Después de Vitorio, venían Francis, Nacho y Manuel. Manuel era el más próximo a nuestra edad, tenía 21 años y era un cerebritito que, según decían, coleccionaba matrículas de honor. Ese mismo curso había comenzado a estudiar ingeniería y Rosa estaba empeñada en que fuera mi novio.

—Tú necesitas un novio formal como Manuel, que dice mi madre que tiene un porvenir fantástico. Nada que ver con esos paletos que conoces en el pueblo.

Pero a mí entonces el porvenir no me interesaba. Estaba acostumbrada a vivir al día. El presente siempre había sido mi único horizonte.

Vivíamos en un barrio periférico de San Sebastián, muy cerca del cementerio de la ciudad. No tengo malos recuerdos, ni buenos. Mi mundo era el que yo misma me creaba cada día.

—Sí, Manuel me gusta, pero me lleva cinco años.

—¿Y qué? Eso es normal. Lo que no es normal es que la chica sea más vieja que el chico. Como Cristina.

Cristina era la novia de su hermano Nacho y contaban de ella cosas increíbles, sobre todo porque su padre era enterrador. Vivían dentro del cementerio, en una casa humilde de una sola planta. Casi parecía un pabellón de maquinaria o un almacén para guardar féretros. Ella siempre decía que aquella casucha era provisional, que les estaban haciendo un chalé al lado, «pero fuera de la verja», precisaba enfáticamente. Lo más inquietante de aquel lugar era la parte trasera del edificio donde habían habilitado un local para que los cadáveres sin identificar permanecieran expuestos veinticuatro horas. El olor era nauseabundo. Una mezcla insoportable de productos

limpiadores con el hedor de la putrefacción.

Desde la ventana de la habitación de Cristina se veía el camino de piedras flanqueado por una larguísima hilera de tumbas que se perdía en el infinito. Era un paisaje aterrador. Tal vez por eso su única obsesión era casarse para escapar de allí.

—Pues que se vaya a trabajar fuera.

—Ya se fue a Madrid y tuvieron que ir a recogerla porque se puso enferma. Nadie sabe de qué pero todos nos lo imaginamos. Mi madre está desesperada.

—¿Cuántos años tiene Cristina?

—Veinticuatro.

—¿Y Nacho?

—Veintitrés.

—¡Solo es un año más!

Rosa la odiaba y además lo tenía muy claro.

—Sí, pero ha salido con un montón de tíos y todos la dejan cuando se enteran de que su padre es el enterrador. Menos mi hermano, que es un gilipollas.

—Joder, qué putada.

—Lo que pasa que Nacho no se atreve a dejarla.

—¿Cómo que no se atreve?

—No, no se atreve. Si hasta Vitorio está dispuesto a hablar con ella y pedirle que lo deje en paz.

—Pero si a él le gusta.

—¿Qué le va a gustar? Lo que pasa es que es la primera tía que le ha hecho caso.

—Pues tu hermano no es feo.

—Ya, pero es como raro.

—Al final la dejará, ¿no?

—Qué va. Nacho no tiene huevos y mi madre dice que ella es una zorra y solo quiere cazarlo. ¿Te acuerdas cuando empezó a bajar al Liceo con Teresa?

—Sí, es verdad, a mí me daban miedo.

Pocas veces coincidimos en clase, porque enseguida dejó de venir. Teresa era perversa y cruel. Con esa crueldad salvaje que manifiestan los niños torturando gatos y perros. Nadie quería salir con ella. Era de complexión fuerte y masculina, una característica que parecía esforzarse en acentuar con actitudes chulescas. Escupía en el suelo y amenazaba con pegarte si no accedías a sus deseos. Siempre estuvo sola, hasta que empezó a salir con Cristina.

Pronto se supo en el barrio que Nacho había dejado su trabajo de mecánico para trapichear con droga. Era fácil encontrarlo de ella por los bares de Alza y de noche en la Parte Vieja o Sagüés. Al principio pareció que le iban bien las cosas, se compró un coche de segunda mano y se fue a vivir con Cristina y Teresa a un piso compartido en Martutene, muy cerca de la cárcel. Una elección bastante premonitoria. Cristina pasó de ver las tumbas desde su ventana a contemplar los barrotes de las celdas.

Los tres se habían hecho inseparables. Según decían, hasta en la cama. Nacho



dejó de frecuentar a su familia. Hacía meses que no sabían nada de él, salvo Vitorio, el hermano mayor de Rosa, que procuraba seguirle la pista para informar a su madre y llevarle un poco de tranquilidad.

La historia de Nacho tuvo un recorrido muy breve y un final triste y previsible.

Recuerdo el día en que la vida de Rosa cambió para siempre, y la mía también.

Era una tarde de verano calurosa, más de treinta grados, una temperatura poco habitual en San Sebastián. Como todos los días, Rosa había quedado en venir a buscarme al Liceo donde yo iba un par de horas a repasar las asignaturas que debía recuperar en septiembre. Me había arreglado y maquillado de una manera especial, porque después íbamos de rebajas al centro. Pero cuando salí no estaba esperándome. Me pareció tan extraño que después de un rato decidí ir a buscarla a su casa.

Manuel salió a abrirme la puerta.

—Hola, ¿está tu hermana?

Noté de inmediato su nerviosismo.

—No, no hay nadie. Y yo acabo de llegar.

No lo dije con ninguna intención, simplemente me sorprendió que no estuviera Rosa.

—¡Ah! ¿Entonces estás solo?

Asintió recorriendo mi anatomía con la mirada. Yo llevaba una faldita corta vaquera y una ajustada camiseta blanca de tirantes que acentuaba mi bronceado y resaltaba las turgencias de mi anatomía.

—Sí —murmuró con un hilo de voz.

Me apetecía mucho quedarme, pero estaba obligada a iniciar la retirada.

—Bueno, pues entonces...

Y de pronto, tal vez sin ser muy consciente de lo que decía, añadió haciéndose a un lado.

—Pero si quieres pasar.

—¿Para qué? —pregunté, intentando contener la risa y fingiendo un gesto de sorpresa.

Manuel comenzó a frotarse las manos buscando desesperadamente una respuesta, cualquiera que fuese.

—Pues...

Decidí ponérselo más fácil:

—¡Ah! Por cierto, me ha dicho Rosa que te has comprado una cámara de vídeo genial.

Movió la cabeza compulsivamente.

—Sí, genial, es verdad.

—Me encantaría que me hicieras un vídeo.

—¿Ah, sí?

—Sí, porque quiero ser periodista y trabajar en televisión.

Cuando cerró la puerta de su cuarto detrás de mí, fui consciente de la importancia

del momento que estaba a punto de vivir. Aquella sería la primera vez que haría el amor de una manera completa. No estaba segura de casi nada, pero pensé que si había llegado el momento de perder la virginidad, por lo menos que fuera con un futuro ingeniero. Siempre he sido muy mirada para esos detalles.

Dejé el bolso sobre una de las dos camas que había en su habitación.

—¿Con quién duermes? —pregunté.

—Con Francis —dijo mientras sacaba torpemente la pequeña cámara de vídeo de su funda. Se acercó para mostrármela. Era plateada y el sol que se filtraba por la ventana reflejaba sobre ella un arcoíris de brillantes colores.

—¡Aquí está! ¿Qué te parece?

Al cogerla, mi mano rozó la suya y sentí nítidamente el escalofrío que recorrió su cuerpo. Me gustó con locura la sensación de sentirme tan deseada. Sonreí satisfecha sabiéndome dueña de la situación, al tiempo que dejaba caer mi melena sobre su brazo. Recordé que llevaba puesto mi nuevo sujetador granate recién comprado en las rebajas del Carrefour, todo era idílico y perfecto.

—¡Ah, qué bonita! —Después moví los hombros con coquetería—. Si tienes un espejo, puedo ensayar algunas posturas, ¿eh?

No esperó ni un segundo más. Se abalanzó sobre mí. De pronto, me vi rodeaba, invadida y envuelta por su aliento, su cuerpo, su olor. Sentía su respiración agitada y la presión de su sexo en mi vientre. Levantó mi rostro hacia él y pasó los dedos por mis labios como si deseara borrar el carmín. Después los besó con suavidad. Fue entonces cuando rodeé su cuello y juntos caímos sobre la cama. Rodamos sobre ella abrazados, acariciándonos precipitadamente, como si tuviéramos prisa por reconocer los perfiles y los límites de nuestros cuerpos.

Me despojó de la camiseta y de mi sujetador de blonda sin esfuerzo. Después comenzó a acariciarme y a besarme la piel, despacio, palmo a palmo, mientras yo intentaba, sin éxito, soltar los botones de sus vaqueros.

—No puedo —dije entre risas.

Manuel se incorporó de un salto, se quitó el pantalón y el calzoncillo y volvió a mi lado. No me atreví a mirar su sexo, solo pude ver de refilón un objeto oscilante y contundente.

—Hace mucho tiempo que me gustas, Mariví —dijo terminando de quitarme la minifalda.

—A mí también me gustas, Manu.

De nuevo rodamos por la cama con los cuerpos desnudos, pegados, besándonos, acariciándonos, sintiendo el calor, la humedad y el latido de un deseo acuciante por poseernos, por engullirnos. Iba a colocarse sobre mí, pero se detuvo.

—Espera, voy a coger un condón. —Se levantó y rebuscó en su mochila.

No era muy consciente de sentirme atraída por él, pero tuve la sensación de haber elegido bien. Manuel, además de un futuro ingeniero, era un chico de veintiún años saludable, inteligente y más desarrollado que los de su edad. Era suficiente para mí.

—Nunca he llegado hasta el final, Manu.

Sonrió antes de morder el envoltorio de plástico.

—No importa. Si quieres me corro fuera. Tenemos tiempo para hacerlo más despacio.

—¿Ah, sí?

—Sí. Yo quiero seguir saliendo contigo, Mariví.

Yo también lo deseaba. En aquel momento me preguntaba cómo había podido tardar tanto tiempo en buscarme un novio. Me sentía halagada y protegida. Sin duda, la pareja era un gran invento.

—¡Uf! ¿Qué dirá tu madre?

—A mi madre le gustas. Lo sé porque me lo ha dicho.

—Ja, ja... Y a Rosa también —apostillé encantada.

De pronto se quedó en suspenso con el preservativo en la boca y lo vi todo en sus ojos. Es decir, lo intuí. Yo no había oído nada, ningún ruido, ningún sonido, pero Manu me devolvió la mirada horrorizado.

—¡Hostia, mi madre! —exclamó soltando el preservativo y poniéndose los pantalones a la velocidad del sonido.

—¿Cómo?

—¡Vístete! ¡Date prisa! ¡Que no nos encuentre así!

Salté de la cama como catapultada, sin poder contener el salvaje latir de mi corazón. Él tenía que haber previsto que su madre estaba a punto de llegar. El ruido de pasos y voces ya se oía por el pasillo. Pasos, voces. ¿Y llanto? Alguien parecía llorar desconsoladamente. Manuel y yo nos miramos sin comprender lo que estaba ocurriendo. Me arreglé el pelo y la ropa, recogí mi bolso y comprobé que los dos estábamos perfectamente visibles.

—Voy a abrir la puerta —dijo Manuel.

—¿Seguro? —pregunté horrorizada.

—Sí, cuanto antes, mejor.

Y la abrió de par en par. Rosa, su hermano Vitorio y su madre habían entrado en la sala. Manuel dobló la esquina del pasillo y preguntó desde la puerta.

—¿Qué pasa, *ama*?

Rosa y Vitorio nos miraron estupefactos, pero su madre permanecía derrumbada en el sofá, con los ojos cerrados. Ni siquiera se dio cuenta de nuestra presencia.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó Rosa.

Tomé aire antes de responder.

—Acabo de llegar. Como no has ido al Liceo, he venido a buscarte.

Vitorio observó el nerviosismo de su hermano con mirada reprobatoria.

—¿Qué pasa? —preguntó de nuevo Manuel.

—Nacho —respondió Vitorio.

—¿Nacho, qué?

—Ha muerto. Una sobredosis.

Rosa se acercó:

—¿Te has enrollado con mi hermano aquí, en casa de mi madre? —me susurró al oído como si aquello fuera lo que más le importase.

—¡No! ¿Estás loca? Ahora mismo acabo de llegar.

—Tienes todo el maquillaje corrido —respondió taladrándome con la mirada.

Maldije la nula capacidad de observación masculina. Yo le habría advertido a Manuel en el caso de que hubiera llevado la bragueta abierta.

—Pues qué raro..., no sé —dije pasándome la mano por debajo de los ojos.

—Y el morro también.

Era una barra compacta ultrapermanente color cereza, casi imposible de borrar.

—Lo siento, me voy. Siento mucho lo de Nacho —repetí avergonzada—. Por favor, explícale a tu madre que estaba en vuestra casa porque había venido a buscarte.

Rosa no parecía enfadada conmigo, ni apenada. Su expresión era de total indiferencia. Solo una idea obsesiva ocupaba su mente.

—Yo lo tengo clarísimo. Ya te dije que la culpa de todo la tiene esa hija de puta. Es una zorra. Era ella la que estaba liada con Teresa y las dos metieron a Nacho en esta movida.

Se refería a Cristina.

—¿En serio? ¿Son tortilleras?

—Sí, tía, y se aprovechaban de mi hermano.

Suspiré sin saber qué decir antes de despedirme de nuevo.

—Bueno, Rosa, ya hablaremos. Llámame. Adiós, Vitorio.

Vitorio asintió y Manuel vino detrás de mí. Tenía los ojos húmedos.

—Adiós, Mariví, volveremos a vernos.

—Es horrible lo de tu hermano, Manu.

—Sí —repitió intentando contener las lágrimas—. Es horrible.

Rosa vivía a dos manzanas de mi casa. Llegué corriendo y subí andando las escaleras. El ascensor nunca estaba donde tenía que estar. Pensé en ir directamente al baño para limpiarme la cara y evitar que mi madre me viera, pero tampoco fue posible.

Antes de meter la llave en la cerradura, ya oí las voces. Pegué el oído a la puerta intentando adivinar la identidad de los visitantes. Eran varias voces femeninas y una masculina. Me mojé los dedos con saliva y me froté los cercos de la boca para borrar toda huella de carmín. Con el ímpetu que empleé era imposible que quedara ni rastro de color.

Para acceder al baño o a mi habitación tenía que pasar por delante de la sala donde seguramente estarían ellos.

Abrí la puerta y saludé desde el fondo del pasillo:

—Hola —dije en tono jovial.

Todos callaron y al instante mi madre salió a mi encuentro:

—¡Ah! ¡Hola! ¿No ibas a ir con Rosa al centro?

Parecía que le incomodaba mi presencia.

—Sí, pero no ha venido a buscarme al Liceo. No sé lo que ha podido pasarle.

—Pues llámala por teléfono. —Señaló el aparato sobre el taquillón de la entrada.

Estaba claro que mi presencia no era bien recibida. Las voces de los visitantes se habían convertido en bisbiseos.

—¿Qué pasa? ¿Quién está en la sala? —pregunté.

—Unas visitas muy importantes.

—¿Ah, sí? ¿Quiénes son?

—Mis primas Mercedes y Anastasia... ¡Mercedes! —llamó en voz alta para que no pensara que tenía algo que ocultar—. ¡Ven un momento, por favor!

La cabeza oscura de Mercedes, de rizos ensortijados, apareció en el umbral.

—¡Hola, Mariví! ¡Cuánto tiempo sin verte! Estás hecha una mujer. ¡Y qué guapa!

—Hola, Mercedes, gracias. Nada, que ya os dejo tranquilas. Me voy a estudiar a mi habitación.

Ellas se miraron.

—Muy bien —dijo mi madre enfilándome hacia mi cuarto—. Estudia, que enseguida llega septiembre.

Mercedes se metió de nuevo en la sala, la escuché decir:

—Es Mariví, la hija de Brígida. Está monísima, y qué mayor.

La voz varonil preguntó sin convicción:

—¿Ah, sí?

Antes de que mi madre entrara de nuevo en la sala, la llamé en voz baja agitando los brazos en el aire.

—Chissstt. ¡Ama!

—¿Qué pasa? —preguntó volviéndose.

—He oído una voz de hombre, ¿quién es?

Mi madre se encogió de hombros, como resignada a revelar su secreto.

—Es un sacerdote.

—¿Y qué hacen aquí?

Entonces me miró despacio, con una expresión luminosa y serena que yo nunca había visto en sus ojos, y me acarició la mejilla.

—Luego te lo contaré. Si has venido cuando no te esperaba, será porque tenía que ser así.

No entendí nada, pero no estaba dispuesta a perderme lo que estaba ocurriendo, sobre todo porque intuía que aquello se verificaba a espaldas de mi padre. Fingí que entraba en mi habitación. Al momento, escuché que mi madre cerraba la puerta de la sala. Salí y caminé sigilosamente por el pasillo y acerqué el oído con cuidado, procurando no perderme ni una sílaba.

—Ya estoy aquí —dijo mi madre.

—Muy bien, Brígida —respondió la voz varonil—. Le estaba diciendo a sor

María Jesús que para nosotros ha sido muy importante conocer de su boca hechos tan extraordinarios como los que nos ha relatado.

—Sufrimos mucho, padre. Solo nos creyeron cuando pudimos llamar a los muertos por sus nombres.

—Eso sí que es prodigioso —exclamó una voz que no identifiqué—. ¿La vidente los conocía?

—A algunos sí, pero a muy pocos, los que eran de Goñi y dos o tres de Izarra, también. Pero la mayoría eran de fuera, de Zaragoza, de Barcelona, de todos los pueblos de España. Y, sin embargo, la vidente sin conocerlos y sin que nadie le dijera sus nombres, los llamaba en voz alta, y ellos, los muertos —precisó— daban un paso adelante. Aquel día había familiares de los difuntos entre el público y comenzaron a cantar, a llorar de felicidad y a rezar en alto dando gracias a Dios, fue algo muy emocionante. Según los periódicos del día siguiente, había cincuenta mil personas en la campa de Anduaga rezando y cantando. La vidente era Dolores Mendinueta, y tuvieron que llevarla al hospital de Zumárraga porque no podía volver del trance. Estuvo dos días en coma, como muerta.

Después de cada intervención de mi madre se producía un breve silencio. De nuevo, habló el sacerdote:

—Es impresionante. ¿Y qué hacía la Virgen mientras tanto?

Mi madre retomó el relato.

—Lo recuerdo como si fuera hoy. La Virgen tenía una voz suave y cantarina, y siempre sonreía extendiendo las palmas abiertas hacia nosotros. «Los que están a mi derecha pasarán a la vida eterna» —dijo—. Llevaba una capa negra ribeteada de oro, como si también ella supiera que estaba anunciada la visita de personas importantes de Madrid, políticos, médicos, escritores y cargos de la curia. Todos quedaron maravillados ante aquel milagro.

—Y los que no estaban a la derecha de la Señora —preguntó de nuevo la voz desconocida.

—Sí, muchos videntes la llamaban la Señora, porque su aspecto era majestuoso —añadió mi madre.

—Pero ¿adónde iban los que no estaban en la fila de la derecha? —insistió la voz. Entonces se produjo un largo silencio. Después pude escuchar un suspiro.

—Iban desapareciendo como entre una niebla espesa. La vidente no conocía sus nombres.

—¿Qué edad tenía usted entonces, Brígida? —preguntó el sacerdote.

—Unos veintiocho años. Estaba embarazada de mi primer hijo.

—¡Ah! ¿Tiene otro hijo?

—No —respondió con rapidez—. Era un niño, pero nació muerto.

—Vaya —prosiguió el sacerdote—. ¿Y a qué lo achaca usted?

Esta vez hubo un ruido como si alguien removiera una silla.

—¿No quiere usted hablar de eso?

—No —dijo mi madre, y después de un breve silencio añadió—, pero mi hijo me salvó la vida.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que el diablo siempre estaba presente en las apariciones y tenía mucho poder. No más poder que La Señora, eso nunca, pero él se servía de personas cercanas para vengarse de nosotras y hacernos daño... A mí también me hicieron mucho daño. Yo era inocente y confiada. —Su voz se quebró—. Un familiar mío muy cercano, un familiar muy querido para mí, quiso acabar conmigo. No pudo, pero se llevó a mi hijo. Yo no lo sabía. Tardé muchos años en darme cuenta y comprenderlo.

—Sí, una prima —añadió Mercedes indignada—, era el mismísimo demonio.

De pronto se hizo un silencio total, como si la sala se hubiera quedado vacía. Hasta el punto de que temí que abrieran la puerta y me descubrieran allí.

Fue mi madre la que, de nuevo, rompió el silencio.

—Bueno, mi marido vendrá enseguida. Lo siento, pero él no quiere que hable de estas cosas. Lo siento —repitió.

El ruido de las sillas rompió el hechizo.

—Claro, por supuesto, no faltaría más. Más lo sentimos nosotros. No nos hemos dado cuenta. Estamos tan absortos en su relato... y muy agradecidos, Brígida.

Volví rápidamente, de puntillas, hasta mi habitación. ¿Qué era lo que había escuchado? ¿De qué muertos y vírgenes estaban hablando? ¿Y un niño? ¿Un hermano mío?

Por fin se marcharon. Sabía que mi madre vendría a verme, así que la esperé instalada en mi mesa de estudio, simulando estar enfrascada en un cuaderno de ejercicios.

—Ya se han ido —dijo.

Aproveché para cerrar el cuaderno.

—Pero ¿para qué han venido, *ama*? —pregunté exagerando un gesto de extrañeza.

—Déjalo, *bihotza*<sup>[38]</sup>, son cosas que no puedes entender.

—No podré entender si no me las cuentas.

Al escuchar mi respuesta, me observó con detenimiento. Después, se sentó en el borde de la cama, frente a mí.

—Pasó hace muchos años. Tú ni siquiera habías nacido.

Nunca habíamos tenido una conversación tan íntima. Me detuve en sus ojos, de un color pardo irisado; habrían sido muy hermosos.

—¿Por qué no he tenido más hermanos, *ama*? Todas mis amigas tienen hermanos menos yo.

Me miró sin ocultar su sorpresa:

—¿Por qué me haces esa pregunta ahora?

Me encogí de hombros.

—Porque siempre lo he pensado y los echo de menos.

Sonrió con un gesto triste en los labios y entrelazó sus manos como si no supiera qué hacer con ellas.

—Tú crees en la Virgen, ¿verdad? —preguntó de pronto.

Me encogí de hombros, no estaba preparada para dar respuesta a una cuestión de tanto calado.

—¿Qué tiene que ver la Virgen con que yo no tenga hermanos?

—Mucho. Algún día lo sabrás —me atajó con rapidez.

Iba a responder algo, pero me interrumpió:

—Pero no lo sabrás porque nadie te lo diga. El día que estés preparada, tú sola lo comprenderás todo.

No supe qué decir.

—Eres igual que yo y te pasarán las mismas cosas que a mí. —Se levantó despacio y caminó hacia la puerta. Antes de salir, se volvió—. No le digas nada al *aita*<sup>[39]</sup>.

No pensaba hacerlo, pero quería conocer la razón de tanto misterio.

—¿Por qué?

Negó repetidamente con la cabeza.

—Se llevaría un disgusto —dijo por toda respuesta.

Supe que no iba a molestarse en intentar explicarme nada más.

Los niños tienen una percepción de los hechos muy diferente a la de los adultos. Entienden y aprenden por intuición y lo primero que aprenden es a observar. Desde la cuna están observando cuidadosamente todo lo que los rodea. Los adultos creen que no comprenden nada, pero están equivocados. Los niños perciben e intuyen con una lucidez total y desde la más tierna infancia van formando su bagaje emocional.

Yo siempre intuía que mi madre pensaba y actuaba por razones distintas a las del resto de las madres de mis amigas. Cuando estaba con ella en cualquier lugar o situación, sabía que ella era la diferente. De niña, aquella sensación me desagradaba y me producía una profunda inquietud; sin embargo, también intuía que debía ser así y que tendría que acostumbrarme a que siempre fuera así.

Mi madre se movía con una extraordinaria seguridad en sí misma, la misma soltura y seguridad que desprendía Maritxu Guller, la bruja de Ulía, a la que conocí muchos años después. Las dos eran conscientes de su linaje y su estirpe privilegiada. Dos auténticas divas en su manera de arreglarse, de responder, de mirar, de caminar. Como si el resto de los mortales tuvieran que rendirles tributo. Lo extraño era que, aun creyéndolo, no hicieran el más mínimo esfuerzo en ser aceptarlas por los demás.

Al contrario, Brígida Irureta, mi madre, aprendió a no defenderse, a no rebatir, a no compartir sus pensamientos con nadie. Se limitaba a sonreír con un cierto aire de superioridad.



Apenas se relacionaba con amigas o parientes, salvo Mercedes o Anastasia.

Sobre todo Mercedes. Tal era la intimidad entre ellas que ambas fallecieron con apenas unos días de diferencia. Mi madre, concretamente, un sábado a las doce del mediodía. Así lo había anunciado con mucha antelación a su entorno, incluido su marido, mi padre. Eligió el sábado porque es el día en que la tradición católica rinde culto a la Virgen.

«Quiero que ella me acompañe», solía decir, aunque yo no entendía a quién podía referirse.

Murió joven. Ahora sé que mucho más joven de lo que yo hubiera deseado. Recuerdo los últimos tres días de su agonía en nuestra casa. Estaba lúcida y aparentemente feliz. Miraba el tocador frente a su cama repleto de collares y abalorios.

—Me da pena dejarlos aquí —dijo—. Coge los que te gusten, pero los demás los metéis en mi caja.

—Pero, *ama* —respondí escandalizada imaginándola como una desconcertante versión canónica de Nefertiti.

—Sí, y esas estampas también. —Señaló un fajo de estampas pulcramente ordenado. Después suspiró—. Estoy contenta, tengo todos los trabajos hechos.

Creí que empezaba a desvariar.

—¿Qué trabajos, *ama*?

—Los que me encomendó la Virgen. —Me miró sin ver desde la profundidad de una mirada que reposaba ya entre dos orillas—. Ahora vas a conocer un secreto que no deberás repetir jamás.

Cogí su mano con fuerza:

—Dime, *amatxo*<sup>[40]</sup>, dime lo que quieras.

Le costaba respirar.

—Siempre has creído que no te he cuidado como merecías, pero estás equivocada. Yo sabía que no podía enseñarte nada. Eres más lista y más rebelde que yo, no me habrías hecho caso ni me habrías creído. Ahora que yo me voy, tú te quedas en mi lugar y empezarás a comprender las cosas.

Rompí a llorar abrazada a su pecho.

—¡*Ama*!

—Sí, *bihotza*. Él también ha soñado contigo.

Miraba hacia el techo como si viera algo que yo no podía ver.

—No te entiendo. ¿Quién ha soñado?

—Nacemos de un sueño de Dios nuestro Señor —respondió con solemnidad.

—¿Quieres decir que todo lo que vivimos es un sueño, *ama*?

—Sí. Un sueño maravilloso.

—¿Y al morir, despertamos?

Era una pregunta tan inquietante como certera, pero solo la hice para intentar que mi madre siguiera viva, hablándome como nunca antes lo había hecho. Pero ya no

parecía escucharme.

—El reino del Señor es el reino de las maravillas. —Callo un instante. Yo seguía apretada contra su pecho—. Maravillas... *Nere alaba*<sup>[41]</sup> —repitió en un susurro—. Ahora me alegro de que te llames así. Ella no era tan mala. —Hizo un largo silencio—. Y si lo fuera, yo la perdono.

Entonces no sabía que se refería a Úrsula, mi abuela y madrina. Ahora comprendo las palabras de mi madre y también otras muchas cosas que no me dijo. Espero que no sea demasiado tarde.

Pensé que se estaba retrasando. Eran las diez y media de la mañana del lunes. Encendí un cigarrillo mientras esperaba la llamada de la secretaria de Matías Arroiz. Desde que me reveló en comisaría la brutal paliza que sufrió Miguel, había vuelto a fumar de una manera compulsiva. No podía evitarlo. Un cigarrillo detrás de otro. Era la única manera de calmar mi ansiedad.

Por fin lo oí sonar. Respiré hondo antes de responder, supuse que me citaría en su despacho esa misma mañana.

Pero no era su secretaria:

—Buenos días, soy Matías Arroiz.

—¡Ah! Buenos días.

—No puedo recibirla hoy. Me ha surgido un asunto ineludible.

Suspiré aliviada.

—Vale, lo entiendo.

Se hizo un silencio tenso.

—¿Ha visto a Miguel? —preguntó bruscamente.

Tal vez quiso sorprenderme. Siempre que hablaba con él tenía la sensación de que pretendía ponerme a prueba o pillarme en un renuncio.

—Sí, claro, fui a verlo el mismo día que estuve con usted.

—¿Y qué le ha parecido?

—Me ha impresionado mucho. No he vuelto este fin de semana.

—¿Ah, no?

Chasqué la lengua como si necesitara justificarme:

—Me da miedo encontrarme con su familia y...

Tal vez conseguí ablandarlo.

—No tiene por qué darle miedo.

—No lo puedo evitar. Quisiera que se diera cuenta de lo terrible que es para mí que esto haya ocurrido.

—Más terrible es para él, ¿no le parece?

—Sí, claro. —Esperé unos segundos, pero no dijo nada—. Pienso ir todos los días, Arroiz. Necesito verlo y hablarle. Sé que los comatosos pueden escuchar nuestras palabras y ese cariño les hace mucho bien.

Imaginé su gesto displicente junto al auricular.

—Hoy le hacen la última prueba neurológica. La electroencefalografía salió bien.

—Ya lo sé. Miguel es joven y fuerte. Por eso nos dijeron que tenían esperanzas. Había sangrado intracraneal, pero se estaba reabsorbiendo.

—Así es. La prueba de hoy es la definitiva. Creo que me hablaron de una tomografía computada.

—No lo sé, pero no faltaré a la cita. Estaré a su lado. La hora de visita empieza a la una y media, quizá para entonces tengan el resultado.

—Muy bien. Yo estoy en comunicación directa con los médicos. Por cierto, sepa que vamos a ponerle a Miguel un servicio de vigilancia.

—¿Cómo de vigilancia?

—Solo por prevención. No es probable que los culpables sepan que sigue vivo, pero mientras permanezca en el hospital estará custodiado.

Sentí que se me aceleraba el pulso:

—¿Ha sabido algo más?

Escuché otra voz junto a él, lo interrumpía como si quisiera mostrarle algo.

—¿Eh? No, nada más. —Se detuvo un instante—. Pero solo es cuestión de tiempo, de días. Eso ni lo dude, van a caer todos como moscas. Perdona un momento. —Se interrumpió. Me pareció que tapaba el auricular con la mano, porque oí el sonido más amortiguado. Permaneció así unos instantes—. Sí. ¿Mara?

—Sí, aquí estoy.

Parecía que titubeara.

—Mmmm. ¿Conocía usted al socio de su ex, bueno, de Carlos Olaizola? —rectificó.

—Sí —respondí escuetamente temiendo ya la siguiente pregunta.

—¿Sabe usted si podía tener otro tipo de actividad aparte del gimnasio?

—No —afirmé con rotundidad.

—¿Está segura?

—Por supuesto. —Aplasté el cigarrillo contra el cenicero e inmediatamente cogí otro—. ¿Por qué? —pregunté sin ninguna esperanza de que contestara.

—Porque la tenía. —Calló un instante—. Y estamos a punto de confirmar que Carlos Olaizola también estaba involucrado en el negocio.

No lo podía ni sospechar. Encendí el cigarrillo antes de preguntar.

—¿Qué tipo de negocio?

—Veo que ha vuelto a fumar, ¿eh?

—Sí, he vuelto a fumar. Dígame, por favor, ¿qué tipo de negocio?

Hizo un extraño ruido con la boca, como un silbido.

—Casas de putas, burdeles, pisos de masajes, aquí y al otro lado de la muga, en Biarritz, Bayona... O sea, en definitiva, un chuloputas, un proxeneta de mierda.

No podía responder. Era algo inimaginable para mí. Una broma, una pesadilla.

—¿Qué está diciendo?

De nuevo deslizó como un soplido junto al auricular.

—Sí, y Miguel lo había descubierto. Empezó a investigar a su exnovio por su cuenta, por la curiosidad de saber qué tipo de persona era. Con qué tipo de personas se relacionaba usted, ¿me entiende? —precisó con toda intención—. Y así empezó a tirar del hilo y llegó al ovillo. Salió todo. Por eso le dieron la paliza. Está claro que querían acabar con él. —Hizo un nuevo paréntesis—. Pero ¿de verdad usted nunca sospechó nada?

Arroiz me creía. Precisamente por eso me hacía esa pregunta.

—Nunca. Es cierto que manejaba mucho dinero, pero le juro, Arroiz, que jamás pensé nada extraño. Pero ¿cómo se dieron cuenta ellos de que Miguel era policía?

—Por una competición de pádel intergimnasios. Miguel rellenó su ficha para participar y tuvo que llevar su foto.

—¡Ah! Y en la ficha ponía su profesión, supongo...

—No, por supuesto que no.

—¿Ah, no? ¿Entonces?

—Le recuerdo que su exnovio vino a comisaría a ratificar la declaración que hizo usted por el asesinato del taxista. Y aunque el interrogatorio no se lo hizo Miguel, seguro que andaba por ahí y por lo visto a su ex se le despertó una curiosidad malsana al verlo. Sin duda, después lo reconoció en la foto y eso le hizo sospechar que no solo iba a su gimnasio con intención de jugar al pádel.

La última calada al cigarrillo fue tan devastadora que tuve un acceso de tos.

—Perdón. No sé qué decir, Arroiz. Estoy...

—Lo que está usted es intoxicada por el humo.

Ni siquiera pude sonreír.

—Comprenda que es muy fuerte, es terrible saber que he estado casi dos años viviendo con un tipo tan despreciable. —De pronto, también sentí miedo por mí—. Es más, Arroiz, temo que también quiera vengarse de mí.

—No creo. —Chascó la lengua antes de añadir—. En todo caso, la advierto de que no abra la puerta a nadie y vaya con precaución. No vuelva muy tarde, salga acompañada, etc.

—O sea, que el riesgo es real.

—Por casuística, experiencia y ley de probabilidades, le diré que la intención de su exnovio no es hacerle daño, sino asustarla, amedrentarla. No mandaría a nadie a su casa. En todo caso...

—En todo caso, ¿qué?

—Tampoco descarto que vaya él. Es probable que sea un tipo de persona obsesiva.

—¡Joder! —susurré.

—¿Cómo dice? —preguntó extrañado.

—No, nada, lo siento.

Su actitud parecía más blanda y comprensiva.

—Por supuesto, no dude en recurrir a nosotros y... cualquier cosa hágamelosaber.

—Gracias, Arroiz. Lo mantendré informado y... —Yo también dejé la respuesta inconclusa.

—¿Y? —preguntó.

—¿Y usted también me informará?

—No, lamento no poder decir lo mismo. Yo no puedo informarla de los avances de la investigación. Lo entiende, ¿verdad?

—Sí, claro.

—Bueno, Mara, cuídese y no fume tanto.

Nunca lo habría creído, pero estaba tan necesitada de afecto y comprensión que su respuesta casi me hizo llorar.

—Gracias, inspector —dije con un nudo en la garganta antes de colgar.

Aún con la emoción a flor de piel, llamé a Olga. No solo para compartir con ella mi nueva preocupación de comprobar cada día si alguien me seguía por la calle o llamaba al timbre de mi puerta, sino para conocer los últimos datos que su amigo, el fiscal, tenía que darle del sumario de Ezkioga donde aparecía Ascensión. Quedamos en encontrarnos en la cafetería del hospital Donostia una hora antes de que las visitas pudieran acceder a los boxes de la UCI.

—Hoy seguramente estará su familia, Olga.

—Bueno, ¿y qué? Tú eres su novia, ¿no?

—Ya, pero igual ellos no lo saben.

—¿Qué te apuestas a que sí?

—Ojalá esto nunca hubiera ocurrido —dije dando pie a que me recordara que ya me lo había advertido, pero no lo hizo. Olga estaba distraída y dispersa.

—Ya pasará todo, Mariví.

Me quedé observándola intentando adivinar algo que ella no quería revelarme.

—Te noto rara, Olga, como si estuvieras en otro lugar.

La sorprendió mi comentario, se acarició el pelo con una sonrisa velada. No existen muchas razones para ese tipo de sonrisa.

—Pues no sé...

Así que me arriesgué:

—¿Cómo se llama tu exnovio, el fiscal?

Comenzó a revolver compulsivamente el contenido de su taza de té verde.

—¿Eh? ¿Cómo se llama, dices?

Carraspeó ligeramente antes de responder.

—Se llama Ramón.

—¿Y fuisteis novios mucho tiempo?

De nuevo apareció la sonrisa velada.

—Sí, bastante.

Fue como un impulso que no pude dominar:

—¿Es posible que sigas enamorada de él?

Olga abrió los ojos exagerando un gesto de sorpresa poco creíble.

—¡Pero qué dices! En absoluto.

—Perdona, no quiero parecerte indiscreta. Te lo dije un día. Yo sé muy poco de ti y, sin embargo, hablo demasiado de mí. Quizá te abrumo con mis confidencias.

Después de un silencio extraño, posó su mano sobre lamía.

—En absoluto, Mariví, y quiero que sepas que te agradezco esa confianza. De momento no tengo nada que decir de Ramón. También para mí ha sido una sorpresa.

—Dudó un momento antes de continuar—. Pero te aseguro que si hay algo entre nosotros tú serás la primera en saberlo.

Era todo lo que necesitaba escuchar. Su respuesta no podía ser más explícita. Era un quizá que pronto se convertiría en un sí. Me resultaba extraño aceptar que Olga hubiera olvidado su espiritualidad y su disciplina suprahumana para claudicar ante una debilidad tan pueril como enamorarse de un hombre.

—Fíjate qué curioso, os habéis encontrado de nuevo gracias a Ascensión.

Casi dio un respingo en el asiento:

—Preferiría pensar que es gracias a tu madre.

—Sí, es verdad.

—Este fin de semana viene Ramón a verme y me ha dicho que traerá documentación del sumario de Ezkioga. Y creo que los datos son demoledores. Todo lo que te adelanté, pero con nombres y fechas. —Hizo una pausa para poner más énfasis en su siguiente afirmación—. Ascensión era el cerebro de la trama y utilizaba a las videntes para lucrarse. Afortunadamente, tu madre la conoció más tarde. Me dijo Ramón que en el sumario Brígida Irureta solo aparecía como la encargada de hacer una pomada milagrosa que curaba todo tipo de males. La aplicaba ella misma a los enfermos verbalizando palabras y liases curativas. Hay declaraciones de testigos que aseguran que la inmensa mayoría se curaban, y declaraciones de peritos médicos que también lo atestiguan, pero hablan de autosugestión. A tu madre la absolvieron sin cargos. Al parecer, se demostró en el juicio que estaba al margen de todo. No sabía nada de lo que hacía Ascensión.

—Sí, ya me comentaste.

Ahora era mi comportamiento el que causaba estupor a Olga.

—¿Qué pasa, Mariví? Parece que no te interesa el tema.

—¡No, claro que me interesa! Pero ya me lo comentaste el último día y también me dijiste que Ascensión pudo evitar la cárcel, pero estuvo ingresada en un sanatorio psiquiátrico.

—Sí, eso es. Es que el verdadero impacto de las apariciones apenas duró uno o dos años, pero las secuelas y los daños colaterales en los pueblos pequeños han llegado incluso hasta hoy. Muchas videntes quedaron estigmatizadas de por vida.

Asentí consultando mi reloj:

—Es genial que hayas contactado con Ramón otra vez, Olga. Necesito fumar un cigarrillo antes de subir a ver a Miguel.

—Te acompaño —se brindó solícita.

Sin embargo, yo no podía superar aquel estado letal de apatía y lasitud.

—No te preocupes, hace frío fuera.

De pronto se cuadró frente a mí.

—¡Haz el favor de decirme lo que pasa! ¡Te crees que soy imbécil o qué!

Ni yo misma lo sabía. Quizá tenía miedo a enfrentarme sola a tantas situaciones inexplicables que hasta entonces había podido compartir con ella. ¿Qué ocurriría

ahora que estaba pensando en iniciar una relación con un hombre totalmente ajeno a nuestro mundo? Y, además, fiscal.

—¿Le has contado a Ramón lo de tus sueños y premoniciones?

Me miró con verdadera sorpresa:

—No, no le he contado, pero ¿qué tiene que ver? ¿Y tú, se lo has contado a Miguel?

Moví la cabeza en silencio repetidas veces.

—Es que no entiendo tu actitud, Mariví. No te he dicho nada de Ramón porque ni yo misma sé lo que siento. Fue mi pareja, vivimos juntos casi cinco años, ha sido una persona muy importante en mi vida. Pero no sé lo que puede pasar. Eso es todo.

—Tienes razón, Olga, perdona. Es que a mí me cuesta compaginar la vida normal, incluso mi relación con Miguel —callé un instante sin saber cómo continuar— con estas experiencias tan paranormales, ¿sabes?

—A mí no me cuesta nada. Todo lo que me ha pasado forma parte de mis circunstancias, exactamente igual que te ocurre a ti o a cualquier otra persona. Y quien esté contigo tendrá que entenderlo y asumirlas. Si me siguen ocurriendo, se las contaré a Ramón o a quien sea, ¿por qué no?

—¿Y las que ya te han ocurrido?

Se encogió de hombros con un gesto de cansancio, mirando a su alrededor buscando una respuesta.

—No lo sé. Depende, pero de momento ni me lo planteo.

—Yo nunca le voy a contar a Miguel las cosas que me han ocurrido. Creería que estoy loca. A eso me refiero, Olga. Por eso, cuando me decías que estabas muy bien sola, para mí era como una garantía.

—¿Una garantía de qué? ¿No dices que estás enamorada de Miguel y quieres vivir con él?

—Sí. Y lo necesito a mi lado. Pero pensaba que siempre podría compartir contigo esas experiencias.

—Y puedes. Y yo contigo.

—¿Sigues pensando que soy una *protegida*?

Olga asintió con rotundidad:

—Sigo pensando lo mismo y me ratifico en todo lo que te dije. Mi vida estará ligada a la tuya el tiempo que esté establecido. Y luego entrarán nuevas personas y saldremos otras. Vas a conocer situaciones que te obligarán a elegir la mejor respuesta en cada momento. O la peor, pero tú vas a decidir siempre. ¿Está claro? —Suspiró tomándome del brazo—. Vamos, te acompaño.

Caminamos en silencio hasta el exterior. Encendí un cigarrillo y aspiré con fruición sabiendo que la sensación de calma sería inmediata. Hacía mucho frío en la calle. Me envolví en el enorme cuello de mi plumífero negro. Tal vez este gesto propició mi



siguiente comentario.

—Me he comprado un libro de brujas, iluminadas y médiums.

Olga me observó con curiosidad:

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

—No sé, me dio la venada. Y me pasó algo muy curioso. Bueno, es una tontería, pero tiene importancia para mí. Fui a dar una vuelta por la Feria del Libro y me paré en un puesto a mirar los expositores. De pronto, al devolver un libro a su lugar, cayó al suelo el que estaba a su lado. Lo cogí y me llamó la atención el título. Le eché un vistazo y ya no pude dejarlo. —Aspiré una nueva bocanada—. Es apasionante. En Europa hay datos históricos de la existencia de brujas al menos desde la Edad Media, y parece que sigue habiéndolas hoy...

—Pues vaya descubrimiento, claro que sí, eso ya...

La interrumpí, necesitaba seguir avanzando:

—Todas tienen un rasgo en común.

—¿Cuál? —preguntó Olga percibiendo mi impaciencia.

—No solo jamás revelan su naturaleza o sus poderes, sino que los niegan.

Asintió con gesto distraído hasta que de pronto oyó su nombre:

—Hay un capítulo dedicado al País Vasco donde aparece la señorita de Beriain, una lamia que al parecer vive siempre en La Barranca navarra. Una lamia es lo mismo que una bruja. Es dúctil, inteligente y perversa.

Olga se apoyó en la pared achinando los ojos como si intentara recordar.

—¿La señorita de Beriain? —preguntó sorprendida.

Le devolví una mirada cómplice.

—Sí, y no te lo he dicho por casualidad.

—¿Ah, no? ¿Por qué me lo has dicho?

—Porque sospecho que sé quién es.

Se irguió instintivamente apartándose de la pared.

—¿Quién es?

No respondí de inmediato:

—Si te dijera que soy yo, ¿qué pensarías?

Olga sonrió cabeceando.

—Nooo, seguro que no. Tu abuela Úrsula ya me lo habría chivado.

La idea no era tan descabellada, pero yo también sonreí:

—Tienes razón, no soy yo.

—Entonces, ¿quién crees que es?

Comencé a enumerar las características que le atribuían en el libro.

—Casi siempre vive sola en casas algo alejadas de los pueblos. Odia a las mujeres. Puede ser al mismo tiempo horrible y muy hermosa. Muere y resucita en cada generación, eternamente. Es la encarnación del mal. De una maldad burda, primaria y doméstica. Envidiosa, maledicente, mezquina.

—Venga, dime quién crees que es —repitió expectante.

Tomé aire antes de pronunciar con solemnidad:

—Ascensión. Creo que es Ascensión.

Olga se cruzó de brazos mientras su gesto se endurecía:

—¡Qué curioso! ¿Por qué lo crees?

—No lo sé. Se me acaba de ocurrir. Es una intuición, pero sé que he acertado. Tenía el dato de ese libro en la memoria y ahora, hablando de ella y de las lamias, las he relacionado. —Sentí el escalofrío iluminador que acompaña a las revelaciones—. Ascensión es una lamia, Olga, una bruja vasca.

—No sé mucho de las brujas vascas. Solo conozco a esa que llaman la diosa Mari o la bruja buena.

Seguí hablando como si alguien dictara mis respuestas:

—No existen brujas buenas. Todas son la misma encarnación del mal. Lo que ocurre es que según la ocasión y para conseguir sus fines pueden manifestarse con diferentes naturalezas. Como te he dicho, pueden ser al mismo tiempo hermosas y horrendas, viejas y jóvenes. Incluso en un momento determinado pueden parecer buenas, pero su destino es alimentarse del mal que generan las mentes humanas. De lo contrario, morirían de inanición. Se acercan a los humanos y absorben el hedor de la maldad que destilan sus cuerpos. Se alimentan por el olfato.

Olga se subió ligeramente la manga del abrigo:

—Mira —dijo mostrándome su brazo cuajado de poros erizados—. Se me ha puesto la piel de gallina.

—A mí también —respondí imitándola—. Pero que sepas que también ellas están protegidas.

—¡Puede ser! —exclamó Olga abriendo la boca, fascinada.

—La prueba es que Ascensión se libró de la cárcel y consiguió engañar a los médicos. Ella no está loca en absoluto ni tiene miedo a nada. La segunda vez que la visité, me miraba como si se burlara de mí. Ahora solo espera que llegue su final. Pero no le importa. Pronto aparecerá de nuevo. Por cierto, ¿sabes que las brujas no nacen? Aparecen de pronto en un lugar y nadie sabe cómo han llegado ni quién las ha traído.

Olga se acercó para presionar mi brazo:

—¡Mariví! Tengo la impresión de que acabas de hacer un descubrimiento prodigioso.

—Sí, Olga. Yo también lo creo. Ascensión vino a Izarra a por mí. Yo era su objetivo. De ahí que quisiera ser mi madrina y ponerme el nombre de la mujer que la adoptó, para integrarme en su rama, en su linaje, en su familia. Cuando fui a verla y le pregunté por qué iba a ser ella mi madrina, me respondió: «Eso no te lo diré». Tenía una expresión que no podré olvidar nunca. Tengo que averiguar cómo llegó Ascensión a Izarra.

—¿Tú crees?

—Sí, en aquella época, al menos en esa zona, había muchos niños abandonados y

los recogían en los caseríos para trabajar.

Olga parecía realmente afectada.

—Eso no es difícil de averiguar.

Aspiré de nuevo una profunda bocanada antes de aplastar el cigarro en el suelo.

—Mira, resulta que ahora, gracias a Ascensión, al final me voy a creer un ser especial. —Me envolví de nuevo en el plumífero al sentir una ráfaga de aire frío en la cara—. Lo que tengo que hacer es borrarle la marca de la nuca lo antes posible.

Olga se cubría la boca con la mano.

—Lo que acabas de descubrir es lo más fuerte que me ha pasado últimamente.

—¿Más que soñar con mi abuela?

—Yo creo que sí. Al fin y al cabo, los sueños también están relacionados con el poder de la mente.

—No lo sé, pero espero que *ellos* sigan protegiéndome. Me da terror encontrarme con Carlos.

—No creo que te encuentres con él, Mariví, no te obsesiones.

Consulté el reloj de soslayo:

—Vamos, Olga. Tenemos que subir. Están a punto de abrir los boxes.

Las pruebas neurológicas demostraban que el coágulo de sangre se reabsorbía con más rapidez de lo que cabría esperar. Las expectativas eran inmejorables. Incluso al terminar su turno la enfermera de noche había escrito en su informe: «El paciente, sin estímulos exógenos y sin motivación aparente, ha entreabierto los ojos y ha murmurado unas palabras ininteligibles».

Trinidad, la madre de Miguel, se abrazó a mí sin poder contener el llanto.

—Es una noticia maravillosa. —Se secó las lágrimas con las yemas de los dedos—. Quiero que sepas que me alegro mucho de haberte conocido. Ya sé que vas a cuidar a mi hijo, Mara. Mereces el nombre que tienes.

Adela y Luis, los hermanos de Miguel, esbozaron una sonrisa triste, y los tres se dirigieron hacia la salida. Olga observaba la escena a través de la enorme cristalera que aparecía ya con los estores completamente levantados.

—Trinidad, voy a quedarme un poco a solas con él —dije antes de que llegaran a la puerta.

Ella se volvió con los ojos aún llenos de lágrimas y me lanzó un beso con la mano.

Me acerqué hasta la cabecera de la cama. Miguel descansaba bocarriba, con los brazos estirados a lo largo del cuerpo. Apenas se percibía en su pecho el vaivén de la rítmica y lenta respiración. Los hematomas le cubrían el rostro formando en las mejillas y alrededor de la boca grandes manchas amarillas y malvas. Sus ojos eran dos líneas oblicuas y oscuras, casi habían desaparecido incrustados en los abultamientos tumefactos de sus cuencas. Lo único reconocible de sus rasgos era su

barbilla cuadrada, que formaba con el óvalo un ángulo casi perfecto.

Cogí su mano y la presioné con ternura. Estaba fría y rígida. Me incliné emocionada sobre su oído para susurrar palabras de amor.

—Miguel, amor mío, soy Mara, estoy aquí contigo. Nunca voy a separarme de ti. Te quiero como no he querido nunca a nadie. Estoy esperando que despiertes y me veas a tu lado. Has tenido un mal sueño, pero todo ha pasado ya. Quiero que traigas a tu mente pensamientos y recuerdos de los momentos felices que hemos vivido juntos. Que recuerdes mis besos y mis caricias. Miguel, amor mío, te echo de menos, te necesito. —Poco a poco su mano fue entrando en calor. Me pareció que sus contornos se ablandaban—. Vendré a verte cada día —murmuré—. Tu madre, tus hermanos, Arroiz y tus compañeros, todos estamos pendientes de ti. Estás en el hospital, pero pronto te pondrás bien, las pruebas y los análisis son muy favorables, Miguel. Volveremos a nuestra vida de antes, a la que hemos elegido, la que tú y yo queremos vivir.

Levanté la vista sintiéndome observada. Aunque no podían oír mi voz, un grupo de personas seguían la escena detrás de la cristalera. Entre ellos distinguí a Matías Arroiz flanqueado por dos ertzainas que iban a proteger a Miguel. Matías me dedicó un expresivo gesto de aprobación y Olga sonrió enternecida.

—Están todos ahí, Miguel, esperándote, deseando enviarte toda la fuerza y toda la energía que necesitas. Pero no tengas prisa. Yo tampoco la tengo. Lo mejor que puedo hacer es estar a tu lado. Ahora me marcho, porque no nos dejan quedarnos mucho tiempo, pero volveré mañana y todos los días. —Me incliné para besar sus manos—. Miguel, amor mío, ahora sé cuánto te quiero.

Nos despedimos todos en la puerta de entrada del hospital Donostia. La madre y los hermanos de Miguel iban a quedarse en San Sebastián hasta que se estabilizara y recobrara el conocimiento. Matías Arroiz se había hecho cargo de buscarles alojamiento y correr con los gastos de su estancia, durase lo que durase.

—Por supuesto, Trinidad; se trata de un accidente en el ejercicio de su profesión.

Olga y yo nos alejamos discretamente para que hablasen con más libertad.

—Te ha resultado muy impactante ver a Miguel, ¿verdad? —dijo presionando mi brazo con afecto.

—Sí —asentí compungida—. No esperaba verlo tan destrozado.

—Piensa que es muy aparatoso, pero lo importante es que las pruebas neurológicas han sido satisfactorias.

—Sí, tienes razón, todo lo demás es solo cuestión de tiempo.

Después de unos minutos, Trinidad vino hasta nosotras:

—Gracias, Mara. Estoy segura de que tu compañía le va a hacer mucho bien. — Después me besó con ternura.

—Ya lo sé, Trinidad, mañana nos vemos.

—Gracias otra vez. Adiós, Olga.

El coche del inspector se detuvo frente a la entrada con las luces de posición

encendidas. Iba a subirse cuando me apresuré a llamarlo.

—¡Arroiz, Matías! ¡Un momento, por favor! —Llegué corriendo hasta él.

Se detuvo con la puerta entreabierta. Su mirada era más cálida que en otras ocasiones.

—Diga, Mara.

Tenía que transmitirle el mensaje con rapidez.

—No va a conseguir involucrar a Carlos Olaizola.

Su gesto cambió completamente:

—¿Por qué lo dice?

—Porque conozco a Carlos.

Cerró la puerta e hizo una señal al conductor para que se adelantara unos metros y esperase.

—A ver, eso no me sirve. ¿Qué quiere decir con que *lo conoce*?

—Si quiere pillarlo, tendrá que contar conmigo —dije por toda respuesta.

Nos miramos intensamente. No había reparado hasta entonces en que su ojo defectuoso tenía el iris de distinto color, un marrón azulado desvaído. Respiró hondo metiéndose las manos en los bolsillos como si dudara entre darme una mala respuesta o preguntarme qué clase de brillante idea se me había ocurrido.

—Ya se lo dije, Mara, le prohíbo que intervenga usted bajo ningún concepto.

—Recuerdo perfectamente que me lo dijo, pero sé que no han conseguido nada en todos estos días. Es inútil que pinche sus teléfonos. No va a cometer ese tipo de errores.

Había dado en el clavo. En efecto, la investigación estaba paralizada porque desconocían la identidad de los agresores. Ni huellas dactilares ni conversaciones telefónicas. Al parecer, los sospechosos seguían haciendo su vida normal sin referirse en ningún momento a ningún tema que pudiera comprometerlos.

Arroiz suspiró ruidosamente:

—Estamos esperando los análisis de unas pruebas muy importantes.

Moví la cabeza negando también aquella posibilidad.

—Déjeme que vaya a su encuentro. Le haré creer que lo echo de menos y que deseo volver con él.

Arroiz me observó detenidamente intentando calibrar si realmente alguien como yo sería capaz de llevar adelante un asunto tan delicado. No terminaba de fiarse de mí, pero no le pareció tan mala idea.

—No —dijo sin demasiada convicción.

—Es la segunda vez que se lo pido. No pierda el tiempo, Arroiz. Sé que puedo hacerlo.

Movió la cabeza, displicente:

—Es muy arriesgado. —Calló pensando a qué mujer policía podría encargárselo —. No creo que usted fuera capaz de...

—¿Capaz de qué? ¿Cree que no podría engañar a Carlos Olaizola? —pregunté

con ironía—. Sin embargo, fui capaz de engañarlo a usted.

De nuevo nos miramos fijamente. Arroiz supo de inmediato a qué me estaba refiriendo:

—¿Cuándo me ha engañado? —preguntó apretando los labios.

—Cuando le aseguré que no había entrado en el baño de la gasolinera de Zarautz —respondí con rapidez—. Pero le mentí, Arroiz. Yo estaba dentro del servicio cuando ocurrieron los hechos.

El rictus de sus labios se deslizó buscando su barbilla huidiza.

—¿Sabe que esta afirmación puede costarle un disgusto?

Me encogí de hombros.

—No, no lo creo. Porque sabe que aunque estaba allí no vi nada ni tampoco los vi a ellos. Le mentí simplemente porque no quise complicarme la vida. Mi testimonio no era determinante para la resolución del caso y, sin embargo, a mí podía perjudicarme.

Nos quedamos en silencio.

—Déjeme intentarlo, Arroiz. Por favor, necesito hacerlo. Quiero ayudar a Miguel y conseguir que ese cabrón se pudra en la cárcel.

Siguió sin responder, tenía la mirada perdida en el infinito. Por eso me atreví a continuar.

—Sepa que lo voy a hacer en cualquier caso. Me arriesgaré yo sola.

Se volvió veloz para mirarme. Miguel jamás le perdonaría que me abandonase a mi suerte.

—También le advertí que si lo hacía...

—Sí, lo recuerdo. Me demandaría por obstrucción a la justicia.

Impostó un gesto de dureza.

—Eso es. No se atreva.

Caminé unos pasos hacia atrás.

—Voy a hacerlo, Arroiz. Y usted será responsable de lo que me ocurra.

—¡Espere! —exclamó en voz alta.

Miré a Olga, que aguardaba cerca de la entrada observándolo todo con gesto de extrañeza.

—¡Dígame!

Inspiró profundamente antes de añadir.

—Venga esta tarde a verme a comisaría.

—¿A qué hora?

—Cuando quiera. De siete a nueve no me moveré del despacho.

—Gracias, Matías, no se arrepentirá.

Debía de estar mentalmente agotada, por eso era capaz de olvidar detalles tan rutinarios como cerrar completamente las persianas de la habitación antes de dormir.

Me desperté sobresaltada. Ascensión aparecía en mi sueño en la residencia donde la visité, de pie, en medio de una sala grande y blanca, observándome con una sonrisa siniestra en los labios. «Te van a enredar. No les hagas caso». Su recuerdo penetró a través de las sombras que la débil claridad de la persiana entreabierta había creado.

¡Se refería a Úrsula y a Catalina! En efecto, aquella había sido su respuesta cuando le relaté la aparición de Catalina, la vieja guardiana de la ermita. «Te van a enredar», me dijo. Como si ella supiera que las apariciones de mi abuela no tuvieran importancia, pero pensaba que yo nunca lo creería, por eso se reía de mí.

No era un buen augurio. A pesar de todo, hice un esfuerzo para levantarme con energías renovadas, dispuesta a ocuparme de todos los temas a los que debía prestar atención. Y Miguel era la primera y más importante de mis obligaciones. Realicé todas las funciones elementales como ordenar mi habitación, ducharme, arreglarme y desayunar en el más breve espacio de tiempo posible.

Me disponía a llamar a Olga cuando sonó el teléfono. Comprobé que, al igual que la persiana, también había olvidado quitarle el sonido como hacía cada noche. Era Lorena. Me alegré. No deseaba decepcionarla, pero estaba decidida a decirle toda la verdad. O casi.

—Hola, Lorena.

—Hola, guapa, Marcos y yo hemos quedado para desayunar con Antoine. ¿Quieres venir?

—No puedo, lo siento.

—¡Oohh! Qué pena. ¿Qué tienes que hacer?

—Precisamente, hablar con vosotros.

Sonrió encantada creyendo que era una de mis bromas.

—Eres genial. Por cierto, me encantó la columna que dedicaste a los premios Goya. Cuando seas importante de verdad, no te van a invitar, ¡ja, ja, ja!

—¡Lorena! —dije.

Algo debió de intuir en mi tono de voz.

—¿Qué pasa?

—No voy a ir a París, ni tampoco voy a salir con Antoine. Tengo novio, ¿sabes? Lo quiero, estoy muy enamorada de él y todo va a cambiar en mi vida.

Debió de sentarse en algún asiento próximo. Me la imaginaba haciendo señas a Marcos y tal vez Antoine también estuviera allí.

—¿Es una broma?

—Ya sabes que no.

—¿Vas a explicármelo?

—Estás con ellos, ¿verdad?

Tardó unos segundos en contestar, como si necesitara pedirles permiso.

—Sí —dijo al fin.

—Pon el altavoz del móvil, por favor, así lo escucháis todos a la vez.

—Ya está —respondió con un hilo de voz.

—¡Hola, Marcos; hola, Antoine! Lo siento, sé que os decepciono, pero en estos días han pasado muchas cosas que no puedo contaros ahora, aunque seguro que algún día lo sabréis.

—Espera, espera, Mariví.

Era la voz de Marcos; al fin y al cabo era abogado y solo por deformación profesional no podía permitir que dijese algo de lo que después pudiera arrepentirme.

—No te preocupes, Marcos. No voy a decir nada que no quiera decir. Lo tengo todo muy pensado.

Antoine también quiso mostrarse exquisito conmigo.

—Mara, tranquila, si quieres me voy y hablas solo con tus primos.

—Que no, Antoine, que prefiero que estés tú.

—Vale.

Tomé aire y me dispuse a ser todo lo sincera que permitían los acontecimientos.

—En realidad quería hablar con los tres, aunque no me imaginaba que fuera de esta manera. —Me quedé callada como si necesitara unos segundos más para inspirarme—. Os he dicho que tengo novio, y es verdad. Ahora está en la UCI. Ha tenido un grave accidente de coche y... A veces, ya sabéis, tenemos que estar a punto de perder a alguien para comprender cuánto lo necesitamos. Y eso es lo que me ha ocurrido a mí.

Lorena no podía dejar de preguntar lo que más le interesaba de mi novio.

—¡Pero, Mariví! ¿Novio formal? ¿Desde cuándo? ¿Quién es? Si el mismo día de Nochebuena te pregunté si estabas libre sentimentalmente. —Seguro que miró a Antoine, que lo interrogaba con la mirada—. Y me dijiste que estabas libre como los taxis para trayectos de largo recorrido. Fíjate que me acuerdo porque me hizo mucha gracia.

—Ya, pero era mentira. Ahora sé lo que quiero, y lo quiero para siempre.

Hubo un silencio que se convirtió en un murmullo en el que reconocí la voz de Marcos dando instrucciones a su hermana. Parecía que no se ponían de acuerdo. Al final Marcos, le arrebató el teléfono.

—Mariví, soy Marcos. Pues que sepas que si tú eres feliz nos alegramos todos. Pero bueno, no veo que eso tenga que ver para cambiar nuestros planes, ¿no?

—Sí, sí tiene que ver.

—¿Por qué? Bueno, antes que nada —rectificó—. ¿Qué diagnóstico tiene tu... novio? —añadió como si le costara un esfuerzo llamarlo así.

—Bastante grave.

—¡Oh! ¡Qué pena! —Escuché a Lorena.

Marcos ya comenzaba a impacientarse:

—Perdona, pero me parece absurdo que estemos hablando así. ¿Por qué no quedamos?



—Vale, está bien, pero yo prefiero adelantaros mi decisión, no voy a ir a París y no voy a hacer nada por estar con los Cartier ni con la familia navarra de Victoriana Lizarralde.

En esta ocasión fue Lorena quien suplantó a su hermano.

—Ellos tampoco quieren vernos, ya te lo dije. Se han portado fatal con nosotros.

—No me interesan. Me da igual.

—Se creen que solo nos interesa reclamar cosas materiales. Son unos miserables.

—Bueno, y no se equivocan. Yo, por lo menos, sí. A mí ellos y la bisabuela me importan una mierda.

—Pero tendrían que recibirnos, ¿no te parece?

—Es que no sé qué decirte, prima, son patéticos, paso de ellos.

Lorena parecía terriblemente decepcionada, pero a pesar de todo intentó quemar su último cartucho.

—El más reticente de los familiares es un cura, un sacerdote que preside una ONG en Pamplona, muy conocida, creo que se llama Movimiento Sin Fronteras o algo así. —Se detuvo un instante, aflautando la voz—. Me gustaría pedirte un favor, primita. —No esperó a que le preguntara cuál—. ¿Podrías entrevistarte con él? Tú tienes mucha mano izquierda. De lo demás nos encargamos nosotros. Marcos conoce un abogado español que trabaja en París y se va a poner en contacto con él.

Suspiré ruidosamente intentando hacerles comprender que estaba saturada de preocupaciones, de trabajo, de proyectos.

—¡Uf! Lorena, no lo sé. Depende de cómo evolucione la curación de Miguel. Lo entiendes, ¿verdad?

—Sí, absolutamente. Tampoco es algo tan urgente. Claro que esperaremos. Pero, Mariví...

—¿Qué?

—Nos encantaría poder ayudarte.

Escuché las voces de Marcos y Antoine al fondo.

—Sí, Mariví, cualquier cosa que necesites.

—Supongo que estáis en contacto con los abogados de la compañía de seguros, ¿no? —añadió Marcos.

—Sí, claro —me apresuré a confirmar—. Su familia se está ocupando de todo.

Cuando nos despedimos, tuve la reconfortante sensación de actuar correctamente. Es cierto que con el bien, el espíritu se aquieta, se expande. Todo lo hacía por Miguel. Sabía que mi actitud y mis hechos podrían ser su salvación.

Era un tema extremadamente delicado. Tenía que meditar cuidadosamente cuál sería la estrategia acertada para contactar con él. Y, sobre todo, la más segura. Carlos no era inteligente, pero sí muy listo. Podría oler mi miedo, mi inseguridad y mi mentira mejor que Arroiz o el propio Miguel.

Encendí un cigarrillo y me senté junto a la ventana. Subí la persiana y aparté la cortina. Desde allí, entre la calle Marina haciendo esquina con San Martín, se podía contemplar una remota perspectiva de las rocas del Aquarium. El pequeño trozo de mar que aparecía cada mañana en la lejanía fue el que de terminó que eligiera aquel lugar para vivir.

La primera idea que deseché fue la de ir a buscarlo a su gimnasio. Demasiado previsible y ni siquiera se correspondía con mi carácter. Tampoco podía hacerme la encontradiza, porque no sería suficiente para entablar una conversación como yo deseaba. Por supuesto, mucho menos podría intentar recurrir a cualquiera de sus amigos como intermediario. Sin duda, no iba a resultar nada fácil. Y, sin embargo, era consciente de que el éxito de mi plan dependía de cómo se produjera ese primer contacto. Convencerlo de que lo echaba de menos y deseaba volver con él era secundario. Al menos en ese punto tenía confianza en mi capacidad de dramatización escénica.

Aplasté la colilla en el cenicero y me levanté dispuesta a vaciarlo cuando sonó el teléfono. Miré el visor. Era un 1004 de Movistar Publi. Lo borré sin abrir y me dirigí a la cocina con el cenicero en la mano. Y, entonces, de pronto, se hizo la luz en mi cerebro y comprendí qué era exactamente lo que debía hacer para llegar hasta Carlos.

Era la primera idea aceptable que se me había ocurrido. Tendría que madurarla. Anotar todos los posibles inconvenientes que pudieran surgir. Arroiz me lo advirtió.

—No se le ocurra correr ningún riesgo. Quede en un lugar público, la estaremos vigilando.

Nunca pensé que fuera una entrevista tan informal y cómoda. Llegué a comisaría a las siete de la tarde. Casi me enterneció ver a Matías Arroiz en la puerta de la calle. Parecía que esperaba mi llegada paseando nervioso de un lado a otro de la acera, como si él mismo no pudiera comprender que estuviera dispuesto a aceptar un plan tan descabellado como el que iba a proponerle.

—¿Vamos? —dijo colocándose delante de mí.

Lo seguí en silencio atravesando pasillos y dependencias hasta llegar a su despacho. Abrió la puerta haciendo gala de una energía exagerada, tal vez queriendo demostrar una autoridad de la que no se sentía muy convencido. Después se ladeó para dejarme pasar. Entré y me encaminé hacia el escritorio donde mantuvimos el primer encuentro. Pero Arroiz, con un gesto, me indicó una pequeña mesa redonda rodeada de tres sillones bajos al fondo de la estancia. Esperó a que tomara asiento y, antes de imitarme, se soltó los botones de la americana como si necesitara respirar más relajadamente.

—¿Qué ha pensado? —preguntó a bocajarro, como era su costumbre.

Aún no había terminado de ubicarme y colocar el bolso en el sillón vacío a mi lado, chasqué la lengua haciéndole ver que a pesar de que continuaba decidida a

hacerlo, comprendía perfectamente que no era una tarea fácil.

—No lo tengo claro —dije—. Tal vez ir al gimnasio o hacerme la encontradiza. Conozco bien sus costumbres y los lugares que frecuenta.

No parecía poner atención en mi respuesta, sino en la siguiente pregunta que iba a hacerme:

—Bien, imaginemos que ya está con él. ¿Qué le diría?

Esta vez me sorprendió, incluso sentí un cierto pudor.

—¡Uf! Bueno, creo que eso será más fácil.

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

Me arreglé la melena con un gesto displicente.

—Pues porque una mujer sabe cómo hacer esas cosas, ¿no cree?

Se encogió de hombros, muy en su papel:

—Crear, lo que se dice crear, yo solo creo en lo que veo.

—Supongo que no pretenderá que le haga aquí la escenita...

Él también parecía tener siempre a punto la frase adecuada:

—Como usted quiera, lo que le aseguro es que no se lo pregunto por morbo ni por curiosidad.

—Por supuesto, ya me lo imagino. Se lo he dicho porque Carlos Olaizola es un hombre de pocas palabras y estaba acostumbrado a que fuera yo siempre la más cariñosa y comunicativa de la pareja, ¿me entiende?

—Entiendo perfectamente lo que me ha dicho, y lo que no me ha dicho, también. Pero es mi obligación preguntárselo.

Este fue el único momento tenso de la reunión.

—Ya. Bueno, creo que intentaré hacerle creer que lo echo de menos y que me gustaría retomar la relación. —Me detuve un momento—. ¿Puedo fumar? —pregunté rebuscando la cajetilla en mi bolso.

—No, pero haremos una excepción.

Arroiz sacó un paquete de Winston de su bolsillo y me lo ofreció. Después, se levantó para buscar un encendedor sobre su mesa de trabajo.

—¿Usted no fuma? —pregunté.

—Estoy de servicio.

—Creí que la prohibición era solo para beber; al menos en las películas.

Negó con la cabeza.

—Es decir —prosiguió con gesto serio—. Su idea es hacerle creer que va a volver con él.

—Sí, claro.

—Pero ¿cuánto tiempo? Ni el primer día ni el segundo... —Se reclinó contra el respaldo—. Ni el tercero, seguramente, va a conseguir usted sacarle ninguna información.

—Bueno, yo pienso que sabré cómo hacerlo.

Ya casi me había acostumbrado a mirar exclusivamente el ojo sano de Matías

Arroiz, que me observaba con la misma desconfianza que curiosidad.

—¿Y cómo lo haría? ¿Le va a grabarlas conversaciones o...?

—Sí, seguramente. Ahora hay unos artilugios supersofisticados. Me imagino que la policía los tendrá a su alcance.

Permaneció en silencio como si dudara cómo hacer la pregunta del millón.

—Tendrá que volver a tener intimidad con él, supongo.

Expulsé una bocanada de humo al tiempo que asentía.

—Sí —respondí dubitativa—. Por supuesto, intentaré evitarlo, pero supongo que sí.

De nuevo se quedó callado, no solo pensando que muy pocas mujeres estarían dispuestas a hacerlo, sino también juzgándose como una novia sin escrúpulos. Incluso tal vez aceptaba mi plan solo en apariencia con la única intención de saber hasta dónde era capaz de llegar. No me importaba su opinión ni su juicio, por eso lo miré desafiante:

—Sigue sin fiarse de mí, ¿verdad?

Cerró los ojos y abrió las manos en el vacío en un gesto de impotencia. Tampoco iba a mencionar que Miguel abominaría que ella lo hiciera, pero la situación era desesperada. No tenían ninguna prueba de nada y era probable que mi iniciativa pudiera conducirlos a alguna pista. Arroiz sabía a ciencia cierta que estaba dispuesta a contactar con Carlos a cualquier precio, con su aprobación o sin ella.

—No es que no me fíe de usted —dijo al fin—. El plan que me ha propuesto, al margen de cuestiones morales, no me parece una mala idea. —Agachó la cabeza para fijar la mirada en sus zapatos—. Otra cosa es lo que piense Miguel. —Levanto la vista como esperando que su comentario provocara alguna reacción por mi parte, que no se produjo—. En cuanto a que no me fío de usted... es lógico, comprenda que dude de su eficacia. Si fuera usted policía y tuviera una preparación, una experiencia, creo que...

Esta vez pregunté yo a bocajarro, interrumpiendo su deriva discursiva:

—¿Cuál ha sido el resultado de esa prueba de laboratorio tan importante que enviaron a Barcelona? ¿Han conseguido algún indicio de los agresores, como esperaban?

Se removió inquieto en el asiento y movió la cabeza de un lado a otro. Carraspeó antes de responder:

—Ninguna. No hay pruebas, no hay huellas. Tienen un servicio de seguimiento constante, pero no hemos obtenido resultados. —Cogió el paquete de Winston, sacó un cigarrillo y lo encendió dando una profunda bocanada—. Sí —dijo—. Es muy curioso, no hemos conseguido nada.

—Ya lo sabía. Carlos no solo es listo, también tiene el mejor abogado de España. Le recuerdo que no ha estado nunca en la cárcel. Solo tres noches en el calabozo.

Arroiz había empezado a mover la pierna compulsivamente.

—No, perdone, Carlos Olaizola sí ha estado en la cárcel, en prisión preventiva.

Pero salió bajo fianza...

—Y después con sentencia absolutoria —añadí.

—¿Por qué lo sabe? ¿No dice que usted no estaba al tanto de los temas de su exnovio?

—Claro que no estaba, pero se lo escuché decir a un amigo suyo.

De nuevo vi el desconcierto en la mirada de Arroiz antes de que se produjera un silencio tenso.

—Perdone que se lo pregunte. ¿Cómo podía estar relacionada con un tipo así?

Apagué el cigarrillo en el cenicero y sonreí con un gesto displicente:

—Creí que iba a decir «enamorada de un tipo así».

Arroiz también esbozó una sonrisa amarga.

—No me atrevería a tanto.

Me encogí de hombros queriendo mostrar una indiferencia que no sentía:

—Puede usted creerme o no, incluso puede pensar de mí lo que quiera. Pero lo cierto es que nunca supe nada con certeza, aunque tampoco me importaba demasiado cómo se ganara el dinero. Manejaba mucho y me hacía regalos. Nunca le hice preguntas. —Callé un momento para dar más énfasis a mis palabras—. Pero le aseguro que de los pisos de masaje en Francia y de los negocios de prostitución no tenía ni idea. Pero lo que le ha hecho a Miguel no se lo voy a perdonar jamás. Creo que es un mal bicho y hay que acabar con él.

Arroiz meneó la cabeza sin poder ocultar su desánimo.

—Tampoco hemos podido probar lo de los clubes de alterne.

—Ya le digo que está muy bien asesorado.

—Es posible —dijo levantándose para llegar hasta la ventana.

Apartó la cortina para mirar hacia la calle. Su impotencia me inspiró simpatía. No solo quería ayudarlo, también necesitaba sentirme útil.

—Pase lo que pase, no se sienta responsable de lo que voy a hacer.

Se volvió para mirarme con una expresión amable y sorprendida que yo no conocía.

—Le dije que, si usted no lo autorizaba —proseguí—, estaba dispuesta a hacerlo por mi cuenta. Y es verdad. Podría decir que se lo juro por mis muertos, Arroiz —exclamé con convicción—. He visto a Miguel en la UCI, he visto a su madre y a sus hermanos, y, además de dolor, he sentido una terrible sensación de culpa. Yo me siento mucho más culpable de lo que usted pueda sentirse o imaginarse. Quiero que ese cabrón pague toda su crueldad.

Arroiz asintió apretando los labios como si quisiera contener una muestra de gratitud por mis palabras.

—Está bien, Mara, la creo.

—Gracias.

—Entonces...

—Por cierto. El forense dice que son tres los agresores, ¿verdad?

—Sí, tres —afirmó.

—Pues creo que sé quiénes son.

Su gesto se endureció:

—No se le ocurra correr ningún riesgo. Cítese siempre con él en lugares públicos; la estaremos vigilando.

—¿Ah, sí?

—Por supuesto. De momento utilizaremos dos mujeres policías que seguirán sus pasos y que iremos cambiando según la ocasión.

—Eso me tranquiliza.

—Téngame al tanto de todas sus citas y movimientos, y llámeme cada día, desde cualquier sitio, pero no utilice nunca, nunca —repitió—, su teléfono para comunicarse conmigo. —De nuevo fue hacia su mesa de trabajo y escribió algo en un papel—. Llámeme a este número.

—Entendido —dije recogéndolo—. Lo tendré al tanto de todo. Se lo prometo.

—¿Cuándo tiene idea de ponerse en contacto con él?

—Yo creo que mañana mismo.

Me levanté y fui hacia la puerta.

—Deséeme suerte.

—Me sorprende, Mara, no creí que fuera tan valiente.

—No crea que lo soy, en absoluto. Nunca lo he sido. —Después sonreí tendiéndole la mano—. Ni yo habría creído nunca que fuera usted capaz de decirme algo agradable.

—Le confieso que yo tampoco. —Sonrió a su vez, estrechándola con fuerza.

Pero ni siquiera esperé hasta el día siguiente. La mejor defensa es un ataque. Esa había sido siempre la consigna de Carlos Olaizola y, por tanto, la única que él podía entender. La llamada del 1004, unos momentos antes, había sido providencial para permitirme urdir mi plan.

Valoré superficialmente su posible desconfianza y sus reticencias, pero estaba decidida a hacerlo y, cuanto antes, mejor. No había muchas estrategias que pensar. En la teatralización me sentía segura. La improvisación era mi territorio. Mis puestas en escena siempre habían conseguido descolocarlo. A pesar de todo, cuando cogí el teléfono sentí la palma de la mano ligeramente húmeda. Busqué su contacto en mi móvil. Aún lo tenía.

Lo llamaría haciéndole creer que estaba harta de recibir llamadas anónimas amenazantes que le imputaría a él, y para advertirle muy seriamente que si no cesaban de inmediato, lo denunciaría a la policía.

Pulsé la tecla de llamada. Seguro que él tampoco habría borrado mi contacto de su móvil. Tal vez estaba mirando mi nombre en el visor sin llegar a creer lo que estaba viendo. Tardó largos segundos en responder. Estaba desconcertado, pero

intentaba ocultar su extrañeza.

—¿Qué quieres? —preguntó con voz agria.

—Solo te lo voy a decir una vez —imposté una voz cavernosa—. Como no dejes de llamarme y de amenazarme, voy a denunciarte a la policía.

Parecía lento de reflejos.

—¿Estás pirada, tía? ¿Qué dices?

—Lo que has oído. No te voy a consentir que me putes así.

—¡Que no sé de qué hablas, joder! Yo no te he llamado para nada.

—No te creo. Estás mintiendo...

—O sea, no me toques los huevos. Te voy a colgar.

Sabía que no lo haría. Primero porque necesitaba saber quién podía estar amenazándome y después porque tampoco le interesaba estar de nuevo bajo el foco de la policía si yo lo denunciaba.

—¡Espera! —exclamé levantando la voz.

—¿Espera... qué? Qué mal te cuida tu novio el poli, ¿no?

—Yo no tengo ningún novio poli.

—¿Ah, no?

—Por supuesto que no.

Se hizo un breve silencio.

—Bueno, me la suda, tía... paso de ti.

—¡Pues si pasas de mí, deja de llamarme!

—¡Que no te he llamado, joder! —gritó—. ¡A ver si lo entiendes! ¡No te he llamado ni una puta vez! ¡Busca en otro lado, tía!

—Pues si no eres tú es uno de tus amiguitos, aunque ellos no se atreverían a hacerlo sin tu permiso.

Esta vez fue un silencio tenso:

—No te entiendo.

—Sí, alguno de tus amiguitos.

Inspiró profundamente:

—No sé dónde cojones quieres ir a parar.

—Yo creo que es ese amigo tuyo de pelo rapado, el calvo, siempre me dio muy mal rollo. Aunque nunca te lo dije, sus miradas y sus gestos eran muy mosqueantes.

Era una acusación concreta y tardó en asimilarla. Eran sus cómplices, pero nunca pondría la mano en el fuego ni por el calvo ni por ninguno de ellos.

De nuevo se hizo un silencio que yo debía aprovechar para pasar a la siguiente acción. Había llegado el momento de mostrar mi lado más femenino. Sabía que esgrimir una aparente debilidad debidamente dosificada podía resultar muy eficaz para mis planes.

—¡Carlos! —susurré. Es difícil que un hombre pueda resistirse a una llamada así. Imaginaba su expresión desconcertada y expectante. Tal era su sorpresa que no respondió.

—¡Carlos! —repetí—. Ha ocurrido justo después de que lo dejáramos.

—¡Que lo dejáramos, no! —estalló de pronto—. Que lo dejaras tú. Que te importó una puta mierda lo que yo pensara.

Inicié un sollozo suave y acompasado.

—Me llaman de madrugada y a cualquier hora. Hoy mismo acabo de recoger un anónimo en el buzón. Aunque también he pensado que... —callé de nuevo como si no pudiera contener la emoción— bueno, que en el fondo no creo que ese sea tu estilo. Tú eres más directo. Pero compréndeme, llevo días sin dormir.

Se aclaró la garganta sin saber qué responder.

—No sé qué hacer, Carlos, estoy destrozada —continué balbuciente—. Por eso, incluso había pensado que si no fueras tú el responsable, seguro que me ayudarías.

Me pareció que murmuraba algo.

—¿Cómo dices? ¿Estás con alguien?

De nuevo inspiró profundamente:

—Estoy solo.

—Entonces —suspiré resignada—, creo que es ese amigo tuyo de pelo rapado. Estoy segura, Carlos.

Seguía pronunciando su nombre con la misma intensidad con la que a todos nos gustaría ser nombrados.

—Estoy en Bilbao y no puedo volver hasta mañana —me interrumpió con voz neutra.

—¿Eso significa que vas a ayudarme?

Tampoco esperaba que me dijera que sí, pero no había duda de que el primer pulso lo había ganado yo.

—Te llamaré —dijo.

Después colgó sin que pudiera darle las gracias.

Tomé aire con la misma intensidad que si acabara de coronar la cima del Kanchenjunga. Después me dejé caer en el sofá imaginando el asombro y la sorpresa de Carlos. No dudé que habría tomado buena nota de mi comentario acerca de su amigo, el calvo, y haría las averiguaciones pertinentes por su cuenta. En una valoración rápida de todo lo ocurrido, calculé *grosso modo* que tardaría en llamarme, como mucho, tres días. Seguro que sentía una gran curiosidad, no solo por controlar lo que estaba ocurriendo, sino también por conocer detalles de mi nueva vida.

Eran casi las once de la noche. Una hora intempestiva para llamar por teléfono a cualquiera, incluso al inspector Arroiz. Esperaría al día siguiente para ponerlo al corriente de todo. Tenía que preparar el escenario del reencuentro. Los anónimos que exhibiría como recibidos en mi buzón serían recortes de prensa y revistas del corazón debidamente manipulados, troceados y pintados de rojo. En cuanto a las llamadas telefónicas, tenía intención de decirle a Carlos que las había borrado casi todas, pero



seguro que la policía podría manipular mi móvil y hacer que apareciera alguna en mis registros.

La maquinaria se había puesto en marcha. Ahora, lo más importante era esperar su llamada y, mientras tanto, mantener la calma.

Me dormí pensando en los abrazos de Miguel, en su cálida sensualidad y en su irresistible sonrisa. Pero, al mismo tiempo, luchaba por apartar de mi mente el rostro pétreo y asombrado de Carlos y lo que habría sentido al oír mi voz. ¿Era una dualidad imposible o una dicotomía perversa? ¿Detestaba tanto como decía el lado canalla de Carlos? ¿O aunque jamás me atreviera a confesarlo, realmente lo echaba de menos? Aquella noche no soñé, o tal vez lo correcto sería decir que no recordé ninguno de mis sueños.

A la mañana siguiente todo volvió a la rutina habitual. Si mi intuición no me engañaba, tenía tres días por delante para olvidarme de Carlos y ocuparme del resto de mis numerosas obligaciones.

Al mediodía volvería a visitar a Miguel. Sentía que me hacía más falta que nunca. Verlo y hablarle me daría las fuerzas necesarias para afianzar mis sentimientos hacia él y para enfrentarme al reto que yo misma me había impuesto. Mientras ese momento llegaba, intentaría averiguar el origen del nacimiento de Ascensión. ¿Quién la trajo? ¿De dónde vino? Ella era una de las piezas más importantes de mi puzzle y necesitaba comprobar que mi instinto no me había engañado. Tenía que resolver de una manera definitiva si todos los hechos que habían ocurrido en mi vida desde aquel aciago fin de semana que volví a Amets eran realidad o un espejismo provocado por una locura pasajera. Empezaba a sospechar que solo Ascensión tenía la respuesta.

No había vuelto a Zumárraga desde la boda de Nati, hija de Mercedes, la prima más querida de mi madre. Su familia seguía regentando la panadería Arocena en Beasain desde cuarenta o cincuenta años atrás, así que no fue difícil conseguir el teléfono en la guía de internet. Después de que falleciera Anastasia, otra gran confidente de mi madre, Mercedes era la única opción que me quedaba para confirmar o desmontar mi teoría acerca de los orígenes de la señorita de Beriain y saber si realmente Ascensión era hija biológica o no de aquella mujer llamada Felicia por la que yo llevaba grabada en mi nuca la inicial de su nombre.

A pesar del estímulo que significaba para mí conocer ese dato, sentía una inmensa pereza por enfrentarme a una situación tan repetida. Otra vez las explicaciones, las preguntas, los comentarios protocolarios y socorridos, las sonrisas de compromiso. Aun así, estaba dispuesta a superar cualquier inconveniente por incómodo que fuera. Pero la sorpresa y la decepción se verificaron nada más traspasar el umbral de su casa. Mercedes era ya una anciana con un Alzheimer galopante que invalidaba por completo cualquier información que pudiera suministrarme. Apenas pude estar con ella diez minutos. Me miró sin verme, con una expresión entre desconcertada y

temerosa. Solo al mencionar el nombre de mi madre, en el fondo de sus ojos brilló un diminuto punto de luz que se disipó al instante como arrastrado por un furioso vendaval. Sin embargo, a pesar de todos los obstáculos, mis expectativas se cumplieron con creces.

Me atendieron sus hijas, Idoia y Nati, sorprendidas por una visita tan inesperada como grata, a juzgar por su recibimiento. Parecían dispuestas y encantadas de colaborar en un asunto doméstico y familiar aunque no exento de un cierto regusto a morbo y misterio. Idoia, la mayor de las hermanas, inició las confidencias.

—Yo le tengo oído a la *ama* que Ascensión era una malísima persona y que cometió atrocidades en Goñi.

—¿Ah, sí? Por favor, cuéntame todo lo que sepas. Estoy preparando un reportaje para una revista sobre las apariciones de Ezkioga, ya sabes.

—Claro, tu madre era una de las videntes, ¿no?

—No —negué categóricamente—. Vidente, no.

Vio mi gesto de desagrado y rectificó de inmediato.

—Bueno, que estaba muy relacionada con ellas, quiero decir.

—Sí, es verdad, ella hacía unguentos y pomadas con hierbas curativas.

—Eso es —asintió sin mucha convicción, calibrando hasta dónde debía comprometer el papel de mi madre en aquella historia—. Pues sí, te decía que Ascensión tuvo que marcharse de Goñi. Mi madre dice que la echaron del pueblo.

Nati, que se había incorporado para cerrar la puerta, volvió a sentarse en una silla, frente a nosotras.

—¿Que la echaron del pueblo? —preguntó asombrada.

Idoia prosiguió su relato como si la ignorase.

—Primero se ganó la confianza del secretario del concejo, creo que se llamaba Constantino o algo así, que debía de ser un hombre casado, serio, formal, o sea, intachable. —Hizo un paréntesis como para crear expectación—. Y total, al poco tiempo resulta que se liaron y se fueron a vivir juntos.

—¿Que se fueron a vivir juntos en aquellos tiempos? —insistió Nati asombrada—. Sería un escándalo, ¿no?

—Desde luego, es muy fuerte —corroboré sorprendida.

—Y eso no es todo. —Idoia agitó las manos—. Al poco tiempo de que esto ocurriese, la mujer de Constantino apareció muerta en circunstancias extrañas.

—¿Quééé? —exclamamos a la vez Nati y yo.

—Sí, en la cocina de su casa, sentada en una silla con una taza en la mano, que según dijeron era imposible arrancársela.

—Pero ¿qué había en la taza?

Idoia se encogió de hombros:

—Pues no sé lo que habría, eso es lo de menos. Los médicos dicen que si cuando

uno muere está agarrado a algo, no se le puede separar. Creo que fue un infarto. Pero oye —afirmó rotunda—, mi madre la vio y jura y perjura que estaba como viva. Igual, igual. Sentada muy tiesa en la silla y hasta con los ojos abiertos.

Comprendí de inmediato que probablemente lo que había en la taza sería algún veneno que le habría suministrado Ascensión. Tal vez un raticida. El cuerpo de muchas ratas que mueren con potentes raticidas permanece tieso y rígido. Pero ¿cómo y cuándo habría podido suministrárselo? No imaginaba que la mujer y la amante mantuvieran una relación de camaradería o amistad.

—Es increíble —apostilló Nati.

—¿Por qué has cerrado la puerta? —dijo de pronto Idoia dirigiéndose a ella.

Nati movió la cabeza.

—Para que Celsa no oiga. Es una cotilla.

Debía de tratarse de la persona que cuidaba a Mercedes, pero el gesto despectivo de Idoia me alertó de que algo entre las hermanas no funcionaba bien.

—Idoia, te voy a hacer una pregunta, igual te parece absurda —me justifiqué anticipadamente.

—Lo que quieras.

—Supongo que Ascensión y la mujer de Constantino no tendrían relación, ¿verdad?

Idoia frunció el ceño y movió la cabeza repetidas veces.

—Claro que no, en absoluto. Pero tu madre sí. No recuerdo cómo se llamaba la mujer de Constantino, pero se querían mucho. Tu madre solía llevarle verbenas y pasmobelarras para infusiones. Creo que sufría de los bronquios.

Aquello sí era desconcertante.

—¿Ah, sí? ¿Y a mi madre no le importaba que Ascensión hubiera puteado así a una persona a la que apreciaba tanto?

—Eso ya no lo sé. No me hagas mucho caso, pero tengo entendido que tu madre y Ascensión tampoco eran tan amigas.

Negué con rotundidad:

—No puede ser. Ascensión nos acogió en su casa cuando mis padres fueron a vivir a San Sebastián. Yo era una niña muy pequeña. Estuvimos casi un mes, hasta que encontraron un piso donde meterse.

—Sí, creo que sí, pero eso fue después de que todo pasara. Constantino murió y fue entonces cuando a Ascensión la echaron del pueblo.

Nati, que no perdía detalle del relato, se removió inquieta en la silla.

—Seguro que la gente sospechaba que ella tuvo algo que ver con su muerte —sentenció orgullosa de su capacidad deductiva.

—¿Ah, sí? —pregunté—. ¿Se pudo demostrar que estaban relacionadas la muerte de Constantino y que la echaran del pueblo?

Idoia apretó los labios sin ocultar un gesto de fastidio por la injerencia de su hermana.

—No, no lo mató ella. Constantino se suicidó —dijo cabeceando—. Dejó una nota exculpando de su muerte a todo el mundo.

Todo empezaba a encajar. No podía conocer los detalles, pero ya no tenía dudas de que Ascensión fue la artífice de dos crímenes que quedarían impunes para siempre.

—Claro, muy oportuna la nota, ¿no? —añadí.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Nati, muy afectada por aquella historia tan truculenta.

Respiré hondo dudando qué tipo de respuesta debía dar.

—No lo sé, pero una nota se puede falsificar y... tengo pésimas referencias de Ascensión, y no solo por parte de vuestra madre.

Idoia retomó el relato con tono solemne.

—La echaron del pueblo porque se quería lucrar con el tema de las apariciones. Creó una especie de empresa o de fundación que controlaba ella. Debía de ser muy lista. Una verdadera arpía.

—Sí, una bruja.

Nati se inclinó hacia nosotras bajando la voz.

—Oye, que eso no es ninguna broma. Dicen que en el País Vasco siempre han existido brujas. La Dama de Amboto y Mari, y otras sorguiñas y hadas que vivían en los bosques y eran auténticas brujas.

Por primera vez en toda la tarde Idoia le respondió mirándola directamente.

—Y que lo digas —afirmó tajante.

Nati frunció el ceño sin saber muy bien si en realidad debía darse por aludida.

Aproveché aquel breve interludio:

—Por cierto, Idoia, me interesa mucho conocer detalles de la madre de Ascensión. ¿Quién era? ¿Te dijo algo tu *ama*? —pregunté sin ocultar la importancia que aquel dato tenía para mí.

—Sí, algo sé, pero poco. No sé de dónde venía, pero sé que a Ascensión primero la llevaron a Azkoitia.

Nati la miró realmente sorprendida:

—Estoy alucinada contigo, Idoia. ¿Cómo sabes todas estas historias?

Idoia le devolvió una mirada cargada de intenciones.

—Porque pasaba mucho tiempo con la *ama* atendiéndola y escuchando todo lo que quisiera contarme.

Se hizo un silencio tenso que me vi obligada a llenar:

—Bueno, siempre hay una hija más unida a un padre o a una madre y más volcada en sus necesidades.

—En esta familia, sin duda —atajó Idoia.

Nati se revolvió incómoda en el asiento.

—Llevas toda la tarde mirándome mal. No sé si me estás echando algo en cara.

Idoia se encogió de hombros:

—Yo no he dicho nada, tú sabrás por qué te das por aludida.

—Perdonad... Esto es habitual entre hermanos —intervine de nuevo dirigiéndome a Idoia—. Pasa en tu familia y en las mejores familias, como se dice.

—Sí, tienes razón —respondió—, pero no vamos a meterte a ti en estos rollos malos. Desde luego, hay una cosa que tienes que saber, y es que Brígida, o sea, tu madre, hasta que mi *ama* cayó enferma, estaba y ha estado siempre en su boca. Todo el día hablaba de ella. La quería muchísimo. ¡Uf! Te podría contar mil anécdotas.

Lástima que yo no tuviera tiempo de escucharlas. Tomé aire intuyendo que estaba a punto de conocer el dato que más me interesaba.

—Estoy segura. Yo recuerdo un día que Mercedes vino a San Sebastián a ver a mi madre. La acompañaban Anastasia y un sacerdote... Tengo muy grabada aquella escena. —Asentí con un gesto evocador—. Me encantaría que un día charláramos de todo esto. Ahora que hemos vuelto a tener contacto, supongo que organizaremos una comida de primas, ¿eh?

—Por nosotras, genial —dijo Nati—. Tú eres la más ocupada, que andas de aquí para allá. Te vemos siempre en la televisión.

—Ya, pero hay tiempo para todo. Por mí está hecho. Ahora me gustaría que me ampliaras un poco lo que has comentado de Ascensión. ¿Has dicho que la llevaron primero a Azkoitia?

Idoia adoptó un gesto solemne sabiéndose la depositaria de una mercancía de gran valor:

—Sí, la llevaron a Azkoitia.

—¿Por qué a Azkoitia? —exclamó Nati asombrada.

—¿Y quién la trajo? —pregunté intentando asimilar correctamente la historia desde el principio.

Idoia de nuevo se encogió de hombros.

—Eso lo sabrán en la iglesia. La *ama* siempre decía que «la llevaron a Azkoitia».

—¿Y cómo llegó después hasta Goñi?

—No lo sé —dijo moviendo la cabeza enérgicamente—. Pero, si quieres, puedo enterarme.

—¿Sí? ¿Cómo?

—Pues eso, en la iglesia. Mañana mismo voy a ver al párroco y se lo pregunto. Seguro que si él no puede averiguarlo, indagará en Azkoitia. Ellos se llevan muy bien, a veces el de allí viene aquí a dar misa y el de aquí va allá. Déjame tu teléfono y te lo cuento todo.

Junté las manos a la altura del pecho para demostrarle lo agradecida que estaba.

—No sabes cómo te lo agradezco.

Sonrió levantando las cejas.

—No hay por qué. Igual tardo unos días, seguro que pocos —precisó—. Pero a lo mejor tienen que consultar en los libros de registro.

—Perfecto. No importa. Aunque creo que ya me has dicho lo más importante.

Probablemente viniera de algún hospicio.

Su respuesta fue sorprendente:

—No, de hospicio no creo.

—¿Por qué lo dices?

No comprendí de inmediato su gesto despectivo.

—Porque los curas y las monjas de entonces eran muy clasistas.

—Y ahora creo que también —murmuró Nati en voz baja.

Idoia prosiguió como si no hubiera escuchado nada:

—Y, sin embargo, según contaba mi madre, Ascensión ya venía muy recomendada, por eso la acogieron en el pueblo como si fuera una señorita. Seguro que la entregaron de mano.

—¿De mano? ¿Qué quiere decir?

—Sí, eso significa que la madre entregaba directamente la criatura a alguien sin pasar por ninguna institución u orfanato. O sea, *de mano* quiere decir como *bajo manga*.

—¡Ah! Ya entiendo. Señorita, has dicho...

—Sí, bueno, quiero decir que no era una niña cualquiera. Es posible que su madre biológica fuera una mujer de familia rica.

—Pero su familia de Goñi, seguro que no.

Movió la cabeza.

—No lo sé, aunque me suena que de Azkoitia tampoco fue directamente a Goñi. Ya te lo diré.

Nati asistía expectante al intercambio de datos.

—Qué interesante todo lo que estáis hablando.

Idoia tampoco desperdiciaba la ocasión, aunque su tono fue algo menos agresivo:

—Pues mira, tú también podías saber todo esto si hubieras visitado más a la *ama*.

Pero Nati creyó que por esa tarde ya había soportado demasiado. Su rostro se cubrió de un rojo escarlata.

—¡Siempre estás con lo mismo! ¡Te das una importancia que no tienes! ¡Yo he venido cuando he podido!

Idoia apretó los labios intentando contener su rabia renacida.

—¿Te crees que yo no tengo un marido y dos hijos que atender, eh?

Nati se levantó de la silla como catapultada por un muelle y se acercó amenazante a su hermana:

—¡Ya estoy harta! ¡Todas hacemos lo que podemos y tenemos obligaciones! — Agitó nerviosa el brazo en el aire.

—¡Obligaciones es una cosa y pasarte las tardes tomando cafés y fumando con tus amigas en el Mendia es otra muy distinta! —respondió Idoia aparentando de pronto una calma artificial.

—Mejor que tú, que no tienes con quién salir a dar un paseo por el pueblo, que aquí la gente se da cuenta de todo.

Idoia cabeceó con un gesto displicente:

—No te contesto como mereces por la impresión que Mara se llevaría de nosotras.

De pronto, la *bossa nova* de mi móvil me pareció providencial. Salvada por la campana. No pensaba cogerlo, pero comprobé en el visor el nombre de mi mánager.

—Perdonad. Tengo que contestar.

—No te preocupes, si quieres salimos —dijo Idoia, siempre conciliadora.

—No, no hace falta... Quedaos, es mi mánager.

Vi cómo la sorpresa modificó la torva expresión de sus rostros.

—¡Jaume! ¡Qué sorpresa! ¿Estás vivo?

—Muy graciosa. He estado casi un mes en Miami.

—¿De *business*, supongo?

Su tono de voz era tan potente que sus palabras resonaban por toda la sala.

—¡Hombre! Ya sabes que procuro unir placer y negocios. ¡Soy catalán! ¿Dónde estás? Tengo un regalo para ti. —Esperó unos segundos antes de añadir—. ¡Un programa nuevo a todo trapo y con mucha pasta de por medio!

—¿No será un *reality*? —pregunté mientras sentía los ojos de las hermanas clavados en mí. Las dos abrieron la boca al unísono intentando disimular su fascinación por asistir en directo a un momento televisivo de semejante calado.

—Nooo, tía, qué poca confianza tienes en mí.

—Todo lo contrario. Si sabes que te quiero... ¿De qué va?

—¿Eso importa? Televisión es televisión, tía, no le pidas más.

—Ya, solo por curiosidad.

—Te lo cuento cuando vengas a Madrid.

—¡Uff! Pues estoy pilladísima.

—Oye, no me jodas —dijo realmente fastidiado.

Respiré hondo sabiendo que tendría que posponerlo todo para complacerle. Después de las rebajas y de pagar la chapa y pintura del coche, mi reserva en el banco había mermado considerablemente. Apenas me quedaban 3500 euros en el banco para vicios e imprevistos.

—Vale, ¿cuándo quieres que vaya?

—Mañana.

—Imposible.

—Tú verás... Como no vengas, llamo a Nuria, ya sabes que esa ni pregunta lo que tiene que hacer.

—Eres un cabrón, Jaume.

—Ya lo sé, tía... la vida es dura. Los de la productora me han dicho que quieren hablar contigo.

—Pero, Jaume —intenté dulcificar la voz—, esas cosas siempre las resuelves tú. Era un intento inútil. Jaume comenzó a hablar en catalán, enfática y velozmente.

—No te entiendo nada y no sé lo que estás diciendo —protesté.

Pero no respondí. Todo estaba estudiado.

Fueron largos segundos de silencio. Sabía que esperaba mi próximo comentario.

—Vale, no me rayes —claudiqué—. Hoy es martes, quedamos el jueves por la mañana en tu despacho. Siempre estás avasallando, Jaume... Venga, *bona tarde*.

—Como tiene que ser, nena. Un *petó*. Buen viaje.

Resoplé ruidosamente después de colgar.

—Es un cabrón este tío —dije—. Siempre a última hora.

—¿Vas a trabajar en un programa nuevo? —preguntó Nati emocionada, olvidando por completo la escena con su hermana. Sonreí pensando que tal vez Idoia tuviera razón en ser tan severa con ella.

—No lo sé, supongo que sí —respondí levantándome—. Aunque esto me complica mucho la semana.

Era la excusa perfecta. No necesitaba quedarme más tiempo, sabía que Idoia cumpliría su promesa con creces. Consulté mi reloj. Eran las doce y cuarto de la mañana. Casi una hora de coche de Zumárraga a San Sebastián. El tiempo justo para llegar al horario de visitas de la UCI del hospital Donostia. Necesitaba ver a Miguel. Lo necesitaba más que nunca. Besarlo, abrazarlo, sentirme comprendida y protegida por él. Y, sin embargo, era yo la que debía consolarlo y protegerlo. Todo había ocurrido demasiado rápido. Lo quería, sí. Su compañía me hacía feliz, pero era como si la fijación de su recuerdo en mi mente fuera más liviana y superficial de lo que yo hubiera deseado. En aquellos momentos difíciles echaba de menos la rotundidad de los sentimientos que se forjan en días, meses y años de convivencia. Si llevara con Miguel el mismo tiempo que pasé con Carlos, no tendría dudas ni temores, mis sentimientos hacia él serían fuertes y estables.

Nati se acercó hasta la puerta y la abrió.

—Ya, que pena, podíamos haber comido juntas.

—¡Uf!, Ya habrá ocasión, Nati. Tengo un montón de cosas que hacer.

—Claro —dijo Idoia—. No te preocupes, te llamo en cuanto sepa algo de Ascensión.

—¡Ah, sí! —Busqué en mi cartera y le tendí una tarjeta—. Llámame cuando quieras, y que sepáis que siento mucho lo de vuestra madre.

Iniciamos el protocolo de los besos y las buenas intenciones de volver a vernos.

—Nos ha encantado la visita, Mara —dijo Nati.

—A mí también —después añadí, dirigiéndome a Idoia—. Tu información ha sido vital para mí. Te lo agradezco infinito, Idoia.

Esbozó una sonrisa con una expresión de plenitud en su rostro. Sin duda, mi despedida era una insignificante y mínima victoria sobre su hermana, pero una victoria al fin y al cabo.



Cuando dejé Zumárraga llevaba en la retina el rostro de aquella Mercedes que vi en Izarra muchos años atrás. Iba del brazo de mi madre por el camino de piedras que llegaba hasta el viejo molino. Era una maravillosa tarde de verano. Un aire cálido traía el eco de sus voces y risas. Hablaban en voz alta creyéndose a salvo de oídos extraños. De vez en cuando la carcajada aguda de mi madre, mezclada con el viento, volaba sobre los prados de hierba recién cortada. Geli y yo, casi desnudas, las oímos llegar, tendidas al sol en la campa de Añarbe.

—Es tu madre —dijo Geli—. Vamos a ponernos algo encima.

—Es igual. Déjalas pasar, no nos van a ver.

Geli me miró extrañada.

—¿De qué se reirán? Me gustaría saber lo que hablan.

—¡Bah! De sus maridos y de sus hijos. Las madres son muy aburridas.

Los altos arbustos del camino, cuajados de endrinas, nos protegían de su mirada. Si lo hubiéramos deseado, podríamos habernos desplazado en paralelo a ellas durante mucho trayecto sin ser vistas.

—Venga —dijo Geli colocándose el sujetador con rapidez—. Ponte algo encima.

—¡No me apetece! Quiero seguir tomando el sol.

—Pues tú te lo pierdes. Yo me largo.

—¡Espérame, coño!

Llegué a su altura mientras terminaba de colocarme una camiseta sin mangas de grandes sisas abiertas.

El paso de Mercedes y mi madre era tranquilo y despreocupado. Resultaba más divertido de lo que podía imaginar escuchar su animada cháchara caminando a su paso ocultas tras la maleza.

—¿Y llamaste a un taxi por teléfono? —preguntaba mi madre.

—*Bai, noski*, como una señora.

—¡Qué atrevida! Yo me muero de vergüenza.

—Hay que quitarse la vergüenza. ¿Te crees que tu marido no mira a otras mujeres o qué?

Se hizo un breve silencio.

—No lo sé, no creo —dijo al fin—. Eliseo es muy trabajador, no tiene tiempo de nada.

—Sí, pues será él, porque menudas piezas eran su padre y su abuelo.

—¿Ah, sí? No tengo ni idea.

—Eres muy inocente, Brígida, a ti te la dan con queso y ni te enteras.

—¿Qué ibas a decir de su padre y de su abuelo?

De pronto se pararon. Estaban subiendo un pequeño repecho desde donde se divisaba una preciosa vista del valle.

—¡Uf! Espera, que me ahogo, es la falta de costumbre. —Mercedes respiró ruidosamente.

Hacía mucho tiempo que no iba andando a Goñi. Geli y yo nos detuvimos a la

par, al pie de un enorme manzano. Nos miramos tapándonos la boca con las manos intentando reconducir una incontenible risa nerviosa.

—Su abuelo estuvo en Filipinas y creo que allí le pasó de todo.

—Sí, eso ya lo sé. Pero ¿qué es *de todo*?

—Pues que vivió con una puta que le contagió la sífilis, imagínate qué golfo sería. Por eso se quedó impotente, y a Graciano, el padre de tu marido, lo trajeron del hospicio.

—Igual que Úrsula. Pero no era impotente, era estéril.

—Ya, bueno, eso quería decir. ¡Qué más da! Por cierto, ¿qué tal se porta ahora Úrsula contigo?

—No quiero ni hablar de ella. Aquí en el pueblo está bien, pero cuando me toca tenerla en casa me hace la vida imposible.

Esta vez el silencio fue más prolongado.

—Ya sabes lo que te digo siempre —prosiguió la voz de Mercedes—. Dale de su medicina, es el único lenguaje que entiende. Como te dejes pisar, al final te convertirás en su alfombra.

—Sí, ya lo sé, pero no quiero tener problemas con mi marido.

—¡Qué pena! Con lo que tú vales.

—Venga, déjalo, prefiero que me cuentes lo del locutor ese, que me interesa más. Se oyó un largo suspiro casi estereofónico y echaron a andar de nuevo.

—¡Uyyy! Me tiene loquita, Brígida. Más de una vez le he dicho que si no tuviera dos hijas me largaba con él.

El tono de mi madre era de resignación.

—¡No sé cómo tienes ganas de meterte en líos! ¿No has dicho que está casado?

—Pues claro que está casado, ¿y a mí qué me importa? Eso es problema suyo y de su mujer, no mío. —Se hizo un largo silencio—. Pero hasta aquí hemos llegado. ¡Esto se ha acabado ya!

—¡Ah, sí! ¿Qué ha pasado?

—Fui a verlo a la radio.

—¿Fuiste a verlo? —repitió mi madre, escandalizada—. Pero ¿él sabía que ibas a ir?

—No, no lo sabía. Era su cumpleaños y quise darle una sorpresa. —Tomó aire rememorando el trágico momento—. También quería ponerlo a prueba, para ver cómo reaccionaba delante de sus compañeros. Le llevé una botella de champán y una caja de pastas. Yo creía que lo tenía todo bien pensado. Por la mañana fui a la peluquería, me puse una blusa nueva, me arreglé, me perfumé, y toda guapa me pedí un taxi y me presenté en la radio con mi botella de champán y mi caja de pastas. Y no te creas que era champán barato.

—¿Y qué?

—Pues hizo como que no me conocía de nada.

—¡Ahh! ¡Qué sinvergüenza!

—Como te lo cuento... Y yo muy tranquila y muy en mi sitio disimulé como que yo tampoco lo conocía a él, y le dije que lo escuchaba todos los días en la radio. Entonces él me dio las gracias, me apretó el brazo con fuerza y me dio dos besos. Se despidió enseguida, porque los compañeros le habían preparado una fiesta en la emisora —suspiró entrecortadamente—. Ni siquiera me dijo que estuviera guapa. Se dio la vuelta y se largó —concluyó abatida.

—¡Qué asquerosos son los hombres! ¿En qué radio trabaja? —preguntó mi madre, indignada, como si tuviera la intención de ir a pedirle explicaciones.

—¡Qué más da!

—Seguro que en Radio San Sebastián. Es la que tú escuchas siempre, ¿no?

—Es igual. Ya no importa. No esperaba mucho de él, pero tampoco esperaba ese desprecio.

—Es que, también, en menudo aprieto lo pusiste.

—¡Qué va! Si tiene un montón de seguidoras que le piden discos dedicados y le mandan cartas. Menuda guasa se trae con las mujeres. Podía haberme tratado de otra manera con cualquier excusa, lo que pasa es que no quiso.

—Lo siento, Mercedes. No sé cómo no me lo has dicho antes. ¿Cuánto tiempo lleváis saliendo?

De nuevo se detuvieron. Mercedes necesitaba escenificar la importancia del momento que estaba viviendo.

—Brígida —dijo con voz profunda y solemne—, esto no lo sabe nadie, por lo que más quieras. —Calló sin terminar la frase.

—Pierde cuidado, que, por mí, ni lo saben ni lo sabrán.

Otra vez se oyó entre los manzanos un largo suspiro.

—El primer día que fui a verlo ya me dijo de salir. Fuimos a cenar a Pasajes. Mañana, hará de esto seis meses.

—*Zer esan duzu!*<sup>[42]</sup> ¡Tanto tiempo lleváis juntos!

De pronto comenzaron a hablar en vasco con tal intensa pasión que era imposible seguirlos. Geli, que lo entendía mejor que yo, me hacía gestos con los ojos, las manos y la boca, mostrando su estupor y haciéndome saber que luego me lo explicaría todo.

A cada comentario de Mercedes, la perplejidad de mi madre iba en aumento:

—*Baino neskatua!!*<sup>[43]</sup> ¡En la vida habría imaginado algo así de ti!

—El primer día que oí su voz —respondió Mercedes llena de emoción— supe que era él.

—¿Que era quién?

—¡Pues eso, el hombre de mis sueños!

—¡El hombre de tus sueños! Vaya tontería. ¡Los sueños son más importantes que todo eso!

Por suerte, Mercedes no necesitaba que nadie le diera la réplica ni la aconsejara. La persona enamorada no espera ni necesita consejos. Se siente satisfecha solo expresando lo que le inspira el ser amado.

—Si supieras cómo me trataba. A su lado me sentía una mujer importante. No creas que es guapo ni joven, pero es igual, tiene una voz que enamora. Y es tan culto y tan fino.

—¿Qué edad tiene?

—Sesenta y tres, ayer me dijo que estaba a punto de jubilarse.

—Pues te lleva un montón de años.

Imposible conocer la autoría del nuevo suspiro que quebró el aire.

—No sé ni qué decirte —murmuró mi madre.

—Pues no digas nada, solo quería desahogarme.

—¿Y tu marido nunca lo ha sospechado?

—Qué va a sospechar. Es un *zacuto*.

—¿Y no tienes remordimientos de conciencia?

—La conciencia es una berza y se la comió un burro.

—No es así el refrán.

—Bueno, algo parecido.

Echaron a andar de nuevo retomando el camino hacia el molino.

—¿Dónde os acostabais? —preguntó mi madre de pronto. Aquello ya era morbo.

—En un hotel de Lasarte. Venía a buscarme con el coche. Pero, últimamente, no sé, ya me parecía a mí que estaba empezando a escaquearse. Eran muchos detalles, ¿sabes? A veces ni se ponía al teléfono.

—¿Y ahora qué vas a hacer? Supongo que vas a dejarlo.

Geli y yo nos miramos fascinadas. Apenas nos atrevíamos a respirar deseando conocer ya el desenlace de aquella insólita aventura que jamás habríamos imaginado en una madre.

—¿Qué voy a hacer, dices?

—Sí.

—Pues algo que él no se espera.

Habíamos llegado al momento cumbre de la conversación, pero como era de esperar, castigaron nuestra indiscreción. Con ese instinto privilegiado que la Providencia me legó, miré hacia atrás a tiempo de descubrir la figura inconfundible de Maravillas corriendo torpemente hacia nosotras, gritando nuestros nombres. Apenas nos separaban de ella veinte o treinta metros.

—¡¡¡Brgidaaaaaa!!! ¡¡¡Mraviiii... Geliiii!!! ¡¡¡V’nid V’niiid!!!

Sin duda, creía que íbamos juntas. Desde lejos, ella podía vernos en la zona de las huertas, solo separadas de Mercedes y de mi madre por un seto de arbustos.

Era cuestión de segundos.

—¿Qué hacemos? —preguntó Geli, horrorizada.

—¡Vamos a su encuentro! ¡Corre! Mi madre creerá que venimos con la tía.

—¡Claro! Y Maravillas creerá que estábamos con Mercedes y tu madre —dijo Geli saltando por encima de las zarzas.

Llegamos a su altura, veloces como gamos:

—¿Qué pasa?

—L' moña, 1' moña —repetía.

—¿La abuela? ¿Está enferma? ¿Habéis llamado al médico?

—Sí, sí —respondió jadeante.

—Espera, ahora aviso a mi madre, que está ahí con Mercedes.

Geli se quedó con ella y yo de nuevo corrí hacia mi madre. Para cuando llegué, ellas también nos habían visto y venían hacia nosotras.

—¿Qué ha pasado? —preguntó mi madre.

—La *amona* está mal. No sabemos si es muy grave —dije atropelladamente—. Ha venido el médico y todo.

Mercedes y mi madre se olvidaron de nosotras y corrieron hacia Amets.

Sin embargo, todo fue una falsa alarma. Un desmayo sin importancia aparente, del que pronto se recuperó. Las que tardamos más tiempo en recuperarnos de la decepción fuimos Geli y yo. Jamás conocimos el final de aquella loca aventura entre Mercedes y el locutor de radio. Y lo más terrible de todo era que no podíamos preguntárselo a nadie. Una frustración más que anotar en el libro de contabilidad de nuestras vidas.

Recordé aquella vieja historia cuando descubrí que Mercedes se había convertido en una pobre anciana de mirada perdida derrumbada en un sillón. Aun sabiendo que era ella, me costó un gran esfuerzo reconocerla. Ni sus rasgos ni su expresión ni su mirada se parecían en nada a la mujer que yo conocí. Pensé en mi madre y casi me alegré de que hubiera vivido menos tiempo. Al menos no tuvo que pasar por una situación tan denigrante. Ella no lo habría deseado. ¿Quién puede desear algo así?

Sentí algo parecido a un escalofrío, no solo por la demoledora sensación que produce observar la decadencia y el deterioro de un ser humano. Un viento frío y húmedo auguraba un cambio de tiempo imprevisto y rápido. Los grandes claros que se abrían en el cielo cuando llegué a Zumárraga habían dado paso a enormes nubarrones grises que avanzaban silenciosos y amenazantes. El último vestigio de sol que parecía resistirse a ser engullido teñía el perfil de las nubes de un luminoso naranja amarillento. Las finas gotas de lluvia comenzaron a empapar el parabrisas. La tregua apenas había durado el tiempo que permanecí en casa de Mercedes. Miré el pequeño reloj digital a la izquierda del volante. Tendría que meterle caña al coche si quería llegar antes de que abrieran los boxes de la UCI.

Arranqué manteniendo el pie en el acelerador, el motor necesitaba ese pequeño empuje extra. Mientras oía el potente rugido de mi viejo GTI, me detuve en aquella sencilla y sin embargo maravillosa belleza de unas nubes de invierno bañadas por un solitario rayo de sol.

Un verdadero espectáculo al alcance de cualquiera. ¿Al lado de quién quisiera contemplarlo? ¿Con quién desearía compartirlo? Debería ser una pregunta obligada

para todas las parejas de enamorados. Pero yo no supe responder.

Aprovecharía las horas de tren para escribir un par de columnas para el periódico. Elegí mi selección favorita de música clásica en el iPad y me ajusté los auriculares. La política seguía siendo una fuente inagotable de chismorreos y chascarrillos. Cada vez más, España era un país mediterráneamente catastrófico.

Anoté algunas ideas y comencé a describir situaciones y frases deslavazadas, pero de inmediato comprendí que iba a resultarme imposible concentrarme. Mi mente estaba embotada, inquieta, como dispersa. Solo una imagen recurrente y obsesiva aparecía una y otra vez bloqueando mis circuitos cerebrales. Desde la mañana del lunes no había conseguido apartar de mi recuerdo el rostro de Miguel. Sin duda, había mejorado mucho. Los ojos estaban más abiertos y el rostro casi completamente deshinchado, apenas quedaban algunas manchas verdosas alrededor de las mejillas y cerca de las sienes. Era cierto que todo iba bien. Su mejoría era evidente y, en opinión de los médicos, la evolución de su estado general, incluidas las operaciones de la pierna y el brazo, parecía casi milagrosa. Su madre y sus hermanos me recibieron optimistas e ilusionados, con extraordinario afecto. También llegaron más amigos y familiares para interesarse por él. Todo parecía estar en orden, excepto yo.

Nos dejaron a solas.

—Todavía no habla, pero puede escuchar y comprender —dijo su madre presionando mi brazo con dulzura—. Incluso responde con la cabeza y cerrando los ojos. Ya verás haz la prueba.

Pasé y cerré la puerta. Me acerqué hasta la cabecera de su cama y comencé a acariciarle el pelo:

—Miguel, cariño —susurré—. Soy yo, Mara...

De pronto abrió los ojos y me miró. Parecía que le costaba un gran esfuerzo mantenerlos abiertos, pero a pesar de todo quería demostrarme que estaba dispuesto a hacerlo. Tomé su mano, ya no estaba fría, sino tibia y blandita. Después me incliné hasta su rostro para besarlo en la boca suavemente. Él también movió los labios, quería corresponderme. Era emocionante comprobar que intentaba comunicarse conmigo.

—Miguel, amor mío. No hagas ningún esfuerzo. Sé que me escuchas y eso me basta. Todos los médicos están asombrados de tu recuperación. Es fantástico ver como mejoras día a día.

Movió de nuevo los labios como si quisiera pronunciar alguna palabra.

—No, déjalo, no puedes hablar aún, no lo intentes. Solo escúchame. Nos han dicho los médicos que no te estremos. Tienes que descansar para recuperarte cuanto antes. —Besé su mano repetidas veces—. ¡Me alegro tanto de estar a tu lado! Eres lo mejor que me ha pasado.

Era cierto, cuanto más lo veía, mejor recordaba lo tierno y amoroso que era conmigo. Necesitaba acumular ese tipo de imágenes y sensaciones para no dejarme llevar por mis estúpidas dudas. No se puede medir la intensidad del amor. Yo también lo quería y lo necesitaba, y esa era la única manera de querer que yo conocía.

—Mañana no podré venir, Miguel, me voy a Madrid. —Abrió los ojos y me miró—. Me ha llamado mi representante. Seguramente voy a colaborar en un nuevo programa de televisión. Pero solo estaré dos días, cariño, vendré otra vez corriendo a verte. Aunque, al paso que vamos, cuando vuelva seguro que estarás ya esperándome en la calle.

Una enfermera entró a comprobar las máquinas. Observó las cifras y anotó los valores en el gráfico.

—Hola. Eres Mara Asparren, ¿verdad? Me encantan tus columnas —dijo en voz baja.

—Gracias —sonreí.

Después se dirigió hacia la puerta y me invitó a seguirla. Me levanté al tiempo que depositaba la mano de Miguel sobre la sábana con delicadeza.

—Dime —pregunté sorprendida.

—He visto en el monitor que sus valores se han alterado. No conviene que se emocione mucho.

—Ya —respondí—. Lo siento.

—No... Eso está bien, pero poco a poco. ¿Comprendes? —sonrió de nuevo—. Le hemos dicho lo mismo a su madre. Miguel está teniendo una recuperación extraordinaria, lo estamos comentando en toda la planta. Pero es conveniente que sea una mejora pautada y paulatina.

—Claro, ya entiendo, no te preocupes, me voy enseguida.

El estímulo no debía de ser demasiado emocional. Me acerqué de nuevo a la cabecera de su cama y apreté de nuevo su mano entre las mías.

—Tengo que marcharme, Miguel. No podemos estar contigo mucho tiempo. No te conviene alterarte. Tienes que estar tranquilo y relajado. Lo único que importa es que te recuperes, después tendremos todo el tiempo del mundo para estar juntos. —De nuevo besé su mano.

Miguel abrió y cerró los ojos, y un debilísimo quejido brotó de su garganta.

—No intentes decir nada. Pero ahora piensa solo en dormir y en descansar para recuperar fuerzas. Necesito que te pongas bien cuanto antes. Recuerda solo situaciones agradables y relajantes, volveré antes de que te des cuenta. Hasta pronto, amor mío.

*Cerré el portátil y me desprendí de los auriculares. Iría a la cafetería a tomar un café caliente para despejarme. Y tal vez un Kit-Kat o una bolsa de cacahuetes con miel. El dulce es vital para el cerebro y estimula la creación de endorfinas. El momento más grato de viajar en tren es tomar un café contemplando desde la ventanilla del vagón-bar el discurrir vertiginoso del paisaje. Tenía mis reservas con el nuevo proyecto que iba a proponerme mi representante. Hacía casi un año que no me había conseguido un contrato en televisión ni medianamente potable.*



—Hola, Mara —dijo de pronto una voz a mi espalda.

Me volví intentando disimular un gesto de fastidio.

Era una mujer desconocida, madura, correctamente vestida, aparentemente vulgar y anodina. Tenía unos ojos muy vivos y un gesto sonriente.

—¿Te conozco? —pregunté.

—No, no me conoces. Hace mucho que no te veo en la televisión, pero era una fan incondicional tuya.

—Muchas gracias —respondí dispuesta a pagar el peaje de la fama. «Nada es perfecto», pensé.

—¿Puedo quedarme un momento contigo? —preguntó con gesto amable.

—Sí, claro —sonreí iniciando una mueca forzada. Sin embargo, reconduje rápidamente mi actitud. Tal vez su presencia no resultara tan incómoda. Al final de la cháchara podría pedirle su móvil con cualquier excusa y hacer una llamada breve al inspector Arroiz para ponerlo al corriente de mi conversación con Carlos. Aún no había tenido ocasión de hacerlo. Así me ahorraría buscar un locutorio cuando llegara a Madrid o hacerla desde el hotel.

Se acomodó junto a mí en la ventana apoyando los codos en la repisa y mirando hacia el exterior.

—No solo quiero mostrarte mi admiración, también quiero ayudarte.

La miré con displicencia. Realmente estaba harta de que me tocaran a mí todos los locos que andaban sueltos por el mundo.

—¿Ah, sí? ¿Cómo puedes ayudarme?

Fue directa al tema, no se molestó en crear ni una mínima expectativa:

—Diciéndote que aunque *ellos* te exijan mucho, nunca te van a dejar caer —soltó a bocajarro.

Su respuesta era desconcertante. Me aparté ligeramente de la repisa para observarla con detenimiento. Estaba claro que había pronunciado *ellos* con la misma intención que Olga o yo misma. Sin embargo, no estaba dispuesta a ponérselo tan fácil.

—Perdona, cuando dices *ellos*, ¿a quién te refieres?

Movió la cabeza con suavidad.

—Yo creo que tú lo sabes, Mara.

Permanecimos unos segundos en silencio, mirándonos a los ojos.

—¿Cómo te llamas? —pregunté.

—Lucía.

—No está mal. —Precisamente a mí me habría gustado llamarme Lucía.

—Sí, es bonito, pero el tuyo tiene más nivel —respondió con una sonrisa.

Parecía muy segura de sus palabras, sin embargo, yo no podía evitar estar a la defensiva.

—¿Ah, sí? ¿A qué clase de nivel te refieres?

De nuevo volvió la vista al paisaje:

—Supongo que Mara es un diminutivo de Maravillas, ¿no? —continuó sin esperar mi respuesta—. Cabalísticamente, maravillas representa lo maravilloso, lo numinoso, el grado máximo del numen, el séptimo sol. Entre nosotros, los humanos, representa una estirpe, una genética superior.

Su seguridad y aplomo resultaban apabullantes.

—Lo siento, no soy una experta en cábala.

—Ni falta que te hace —respondió volviéndose de nuevo hacia mí—. Los que dicen serlo, generalmente, tampoco lo son. Para asimilar los principios y las verdades cabalísticas se necesita más de una vida. Incluso los que consiguen acceder a su enseñanza pasan una rigurosa selección.

—¿Y quién es el jurado examinador?

—Nadie —respondió impertérrita—. La conciencia de cada cual. Uno mismo sabe cuándo está preparado.

Sonreí sin mucha convicción.

—Si alguien nos oyera pensaría que estamos locas. ¿No te parece?

Se encogió de hombros.

—Ya, pero eso no importa.

Me costaba un esfuerzo seguir su ritmo.

—¿Qué es lo que importa, Lucía?

—Lo que vengo a decirte —respondió con rapidez.

En ningún momento intenté contradecirla o desviar la conversación. Yo también estaba dispuesta a llegar hasta el final.

—Vale, te escucho.

—Si me *he encontrado* contigo —subrayó el término— es porque estás en una encrucijada. Pero tienes que saber que a pesar de que tomes un camino equivocado, *ellos* te darán la oportunidad de desandarlos. Nunca te van a dejar caer. Eres demasiado valiosa.

Sus palabras me conmovieron. El mismo escalofrío de siempre me llegó como un rayo, esta vez directo al corazón.

—¿Y por qué no tengo yo la sensación de ser lo que tú dices? —pregunté con verdadero interés.

—No te preocupes, en cada momento tendrás las sensaciones, las certezas y la información que necesites.

Me pareció una respuesta socorrida. Olga habría respondido igual. O sea, más de lo mismo.

—¿Por qué lo numinoso, lo maravilloso, se manifiesta siempre entre secretos, misterios y veladuras?

Se echó a reír:

—A *ellos* les encanta tu sentido del humor.

—Pues a mí *ellos* no me hacen ni puta gracia.

No le gustó mi comentario, apretó los labios y esperó. Entonces pensé que quizá

estaba siendo demasiado permisiva y crédula con ella. Todo el rollo cabalístico y sus frases estudiadas no demostraban en absoluto sus facultades adivinatorias ni sus pretensiones paranormales.

—Perdona, pero tus comentarios son muy básicos y tu alusión a *ellos* resulta muy general. En el cine, por ejemplo, cuando dicen *ellos*, sabemos que se refieren a otras entidades, o sea, Dios, los extraterrestres, los espíritus o los aparecidos.

Lucía me observaba con un gesto de indiferencia total.

—Es posible —asintió—. Pero tal vez deberías reconsiderar todo lo que estás haciendo, incluso tu proyecto en Madrid, que no es lo que tú esperas.

Su comentario me pareció inapropiado, desagradable y fuera de lugar.

—Eso es mucho decir, ¿no te parece? ¿Qué sabes tú lo que voy a hacer en Madrid?

—Te pido disculpas —dijo—. Tienes razón. Tengo prisa porque me creas y tengas confianza en mis palabras. No voy de adivina por la vida y no tengo ni idea de cuáles son tus objetivos o tus planes en Madrid. Solo sé lo que me corresponde saber.

Acepté con un gesto sus disculpas.

—¿Y qué es lo que te corresponde saber?

Suspiró resignadamente.

—Veo, siento, percibo, huelo incluso la energía que te rodea.

—¿Ah, sí?

—Sí —respondió rotunda—, a través de tu aura.

—¿Y cómo huele mi aura?

—Pues mira, ya que lo preguntas, el perfume que llevas me despista mucho.

—¡Uf! —Resoplé sin contemplaciones—. Verás, yo agradezco tu buena voluntad. Pero mira —cogí el vaso de plástico entre las manos—, hasta el café se me ha enfriado.

—Y te gusta tomarlo caliente —me interrumpió.

Bebí un sorbo con desgana.

—Sí, a mí y a cualquiera. No hace falta ser adivina para saberlo.

Me pareció que su gesto se endurecía, la sonrisa había desaparecido de su rostro.

—Yo solo soy una más. Es posible que no vuelvas a verme nunca, pero si te encuentras por el camino a alguien como yo, significa que aún continúas equivocándote. Nosotros solo aparecemos para ayudarte en los momentos decisivos. Y este es un momento decisivo para ti. —Se detuvo como si necesitara tomar impulso—. Te he dicho lo más importante, haz lo que hazas y pase lo que pase, *ellos* no te dejarán caer.

Era lo mismo que siempre me había dicho Olga. Volví a mirarla despacio. Su aspecto era impecable, sus gestos, su mirada, su corrección, su coherencia. Y, de pronto, creí comprenderlo todo. *Ellos* sabían que me estaba alejando de Olga y la propia Olga se estaba alejando de mí.

—Tengo una amiga muy parecida a ti que me dice lo mismo que tú.

Pero no hizo ningún comentario. Permanecía inmóvil observándome; salvo en una ocasión, ni siquiera había cambiado de postura. Su mirada y su voz eran hipnóticas.

—Me interesa mucho que conozcas el estado de tus energías. —Cerró los ojos un instante, asintiendo—. Esa es mi especialidad —dijo—. El aura revela no solo tu presente, sino tu pasado reciente y tu futuro inminente. Por eso puedo decirte que has penetrado en una corriente telúrica llena de peligros. Vas a poner en riesgo incluso tu integridad física a cambio de nada. Porque no es cierto que te arriesgues por altruismo ni por ayudar a esa persona, como tú dices, sino —se detuvo antes de añadir— permíteme la expresión, por frivolidad y por soberbia. Veo tus temores, tus dudas. —Movi6 la cabeza como rechazando las imágenes que percibía—. Todo lo que estás haciendo es una pérdida de tiempo. No busques a nadie, no persigas quimeras absurdas. Nadie te necesita ni tú necesitas a nadie. Sigue tu camino y escucha solo la voz del corazón. En el silencio, cuando cierras los ojos, el corazón habla.

De pronto tuve la certeza de que, fuera quien fuese, aquella mujer era quien decía ser. Un mensajero, un contactado con las energías sutiles del universo, un hada o un duende. Pero al mismo tiempo no podía soportar que *ellos* actuaran de esa manera tan equívoca, tan retorcida y tan absurda.

—¿Por qué *ellos* no se muestran de una manera más razonable, más sencilla, más directa?

—¿Por ejemplo? —preguntó como si realmente le interesara mi propuesta—. ¿Qué manera de comunicarse contigo le parecería más sencilla, más directa, más razonable?

Pensé en Catalina, en las apariciones de Ezkioga, en mi abuela Úrsula y en todos los espíritus de los muertos que habitaban en Amets; sin embargo, cabeceé como si no se me ocurriera nada mejor que decir.

—Yo que sé —respondí.

—¿No hay nada que quieras preguntarme? —dijo de pronto.

Bebí despacio otro sorbo de café.

—Bueno. —Sonreí aceptando su juego—. Mi amiga no supo responderme a esto. ¿Por qué me han elegido a mí?

Sonrió como quien sonríe ante la travesura inocente de un niño.

—La respuesta más lógica y sencilla sería: «¿Y por qué no tú?». Pero te voy a dar otra. —Se cruzó de brazos dispuesta a exhibir toda la paciencia que era capaz de atesorar—. Supongo que sabes lo complicado que resulta que un espermatozoide fecunde un óvulo, ¿verdad? En cada eyaculación lo intentan cuatro o cinco millones y solo uno lo consigue. Pues en el caso de las genéticas superiores, la probabilidad es trescientas o cuatrocientas veces menor. Es decir, cada eyaculación proveniente del nido de la Vía Láctea que se inoculara a un varón humano, alberga unos mil quinientos o dos mil millones de espermatozoides y solo uno de ellos lleva cabeza de estrella.

Por eso resulta un hecho inaudito, extraordinario, quiero decir... maravilloso. Es ma-ra-vi-llo-so —deletreó— que nazca un hijo del universo. Sin duda, eres una protegida —dijo mirándome con una mezcla de escepticismo y resignación, como si tampoco ella pudiera comprender una elección tan inadecuada.

Aquella expresión fue definitiva para mí.

—¿Por qué has dicho *protegida* y no *elegida*, por ejemplo, u otro calificativo?

Se encogió de hombros.

—Porque se os llama así. Significa que se os protege más que a cualquier otro humano, porque sois muy valiosos y la Superior Inteligencia sabe que hagáis lo que hagáis estáis destinados a crear mundos nuevos. En todo caso, no me corresponde a mí juzgar tu elección. *Ellos* sabrán por qué eres tú uno de los *protegidos*.

—En realidad el protegido sería mi padre por asumir ese legado, ¿no?

Asintió a medias.

—Sí, en cierta manera también estarían protegidos. Pero solo hasta que se produjera el hecho fecundador. Tu padre, tu madre, todo tu árbol familiar.

Entonces recordé la frase y el empeño de mi abuela Úrsula.

—¿Dices mi árbol? Entonces, ¿yo soy la rama que puede salvar el árbol?

—No. Esa no es tu responsabilidad, *Ellos* pueden evolucionar cósmicamente o no. A su libre albedrío, nadie influye en sus decisiones. —Se detuvo como si no se atreviera a terminar la frase—. En las tuyas sí.

Tomé aire asumiendo lo que ya creía una realidad incontestable. No me sentía ridícula por escucharla. Al contrario, conforme transcurrían los minutos, sus gestos y sus palabras me llenaban de certezas, de paz y de serenidad.

—¿En qué crees que me estoy equivocando?

Se echó hacia atrás, como si quisiera alejarse un poco y observarme desde otra perspectiva.

—Yo no solo veo los colores de tu aura, que, por cierto, está muy apagada. Tu astral, es decir, la inteligencia que se desplaza ahora en otros espacios y que sin embargo eres tú misma, está moviéndose compulsivamente para enviarte señales, pensamientos, ideas, sueños. Como esas vertiginosas y cambiantes figuras de ordenador formadas por líneas y dibujos geométricos que se superponen, se atraen y repelen, se juntan y se separan a gran velocidad creando espirales, cuadrados, círculos, continuamente, hasta el infinito.

—Sí, creo que sé lo que quieres decirme.

—Pues así está ahora tu astral.

—Qué mareo, ¿no?

No respondió a mi ironía. Parecía que estaba deseando completar su trabajo.

—El aura está dividida en zonas. La emocional, la espiritual, la sexual, la racional, la onírica. —Apretó los labios asintiendo, como si en ese instante estuviera recibiendo una información nueva. Colocó la mano, abierta, a cierta distancia sobre la parte central de mi cabeza, exactamente donde se unen los dos hemisferios cerebrales

—. Por ejemplo, ahora mismo estoy percibiendo tu registro onírico. Sé con quién vas a soñar esta noche.

—¿Con quién? —pregunté sobrecogida, anticipándome casi a su respuesta.

—Con una abuela tuya. Probablemente acabas de pensar en ella.

Fue tal el desconcierto que me produjo, que con un movimiento involuntario tiré el vaso con el resto de café al suelo.

—¡Oh, lo siento! ¿Te has manchado?

—No, nada, en absoluto, casi no quedaba.

Acto seguido, con gran rapidez de reflejos, fue ella la que recogió el vaso y lo dejó en la barra.

—Gracias, Lucía —dije—. Tendría que haberlo hecho yo. —Abrí las manos en el vacío—. Te confieso que me has impactado muchísimo. Es verdad lo que has dicho. La del sueño es mi abuela Úrsula. —Dudé si debía añadir algo más, y al final me decidí—. Precisamente con la que he tenido algunas experiencias paranormales.

—¿Qué clase de experiencias?

Inicié un relato sinóptico de todos los hechos extraordinarios que se habían producido en mi vida desde aquel fin de semana en que, a petición de mi primo Marcos, regresé a Amets. La puse al tanto de las apariciones de Catalina y de mi abuela, así como de su críptico mensaje, tan parecido al que ella misma acababa de comunicarme. Le hablé de Olga, de mi madre, de la existencia de Cartier y de las apariciones de Ezkioga. Pero obvié a Ascensión, así como la existencia de Miguel y de mi exnovio Carlos.

Para cuando quise darme cuenta, la luz de la tarde había sido engullida por una pálida tiniebla que se acercaba inexorable desde unos montículos lejanos. A través de los árboles más próximos a las vías, se adivinaba una impresionante puesta de sol. Todos los encendidos colores de un enorme arcoíris parecían querer sumarse a aquel cuento de hadas y brujas que yo iba desgranando con la misma pasión que una terapia liberadora.

Lucía escuchaba en silencio. Era consciente de que observaba todos mis movimientos con extraordinaria atención. Su gesto era inmutable y apenas mostraba sorpresa por muy llamativa que fuera la anécdota que le estuviera relatando.

—Nunca habría creído que fuera capaz de contar todo esto a una persona a la que acabo de conocer. —Sonreí señalando la ventana—. Y perdona, Lucía, por el rollo que te he soltado. Mira, casi se ha hecho de noche.

—Así es más corto el viaje. —Sonrió con verdadero afecto.

—¿Vives en Madrid? —pregunté exclusivamente por desviar la tensión del momento.

—Sí. He ido a San Sebastián a visitar a un paciente.

—¿A un paciente?

—Sí. Soy psiquiatra.

No lo esperaba, pero me reconfortó saberlo.

—Bueno, ahora lo entiendo todo.

—Soy psiquiatra y utilizo el psicoanálisis, pero también aplico técnicas alternativas.

—¿Qué clase de técnicas?

—Limpieza de auras, curación por hipnosis, talleres de constelaciones familiares, en fin, esas cosas.

De inmediato pensé en frecuentarla. Nunca me había sentido tan comprendida y aceptada.

—Me gustaría que me trataras, creo que...

Movió la cabeza enérgicamente sin dejarme continuar.

—No —dijo—. No es necesario. Mi función contigo es otra. Te he visto en la estación de San Sebastián y ha sido entonces cuando he recibido el mensaje.

La miré sorprendida, me pareció no haber escuchado bien:

—¿Has dicho el mensaje? ¿Qué mensaje?

—Que tenía que acercarme a ti —respondió sin inmutarse—. Que me necesitabas. Debí de poner cara de imbécil.

—Pero...

—Ya sabes que dicen que los psiquiatras estamos todos locos. —Se encogió de hombros con un gesto cómplice—. Yo, en concreto, oigo voces.

Volví a poner cara de imbécil.

—Te lo pregunto en serio, Lucía.

De pronto posó la mano sobre mi brazo y presionó con afecto. Su expresión cambió.

—Ya lo sé —afirmó—. Tienes que centrarte solo en ti y olvidarte de todo lo demás. ¿Comprendes?

—¿Qué quieres decir? ¿Y mi abuela Úrsula, y mi madre, y todo lo que ha ocurrido en mi familia? ¿Crees que no es cierto lo que te he contado?

Apartó la mano con suavidad.

—Puedo creer que sea cierto lo que me has contado, pero no creo que esos hechos se hayan producido necesariamente en la realidad.

—No entiendo.

—Tú los has vivido como reales.

—Yo hablé con una muerta, Lucía. Y después con mi abuela. Y mi amiga, también.

Su mirada se volvió triste y cansada, como si le costara un gran esfuerzo repetir la misma lección una y otra vez.

—Tu canal sensitivo es muy potente y seguramente el de tu amiga también. Os habéis puesto en contacto con algunas conciencias dormidas.

—Perdona —la interrumpí—. En todo caso, esas conciencias se pusieron en contacto con nosotras.

Se pasó los dedos por la comisura de los labios, como si tuviera sed.

—Sí, claro, porque sabían que podían entrar en vuestras mentes. Las conciencias dormidas, es decir, los muertos, se mueven en el mundo astral y ahí encuentran los individuos que necesitan utilizar como canal para volver al mundo físico.

—¿O sea, que existen?

Me miró largos segundos con gesto serio.

—¿Cuántas veces y a cuántas personas distintas has preguntado lo mismo?

Bajé la mirada y suspiré intentando conmovérla.

—Sí, es verdad. ¿Cómo lo sabes?

Movió la cabeza con gesto resignado, pero no respondió

—¿Entonces? —pregunté.

De nuevo posó, la mano sobre mi brazo.

—Olvídate de todo. Ocuúpate de ti, de tu trabajo, de las personas a las que quieres y, especialmente, de actuar siempre con el corazón. —Se detuvo—. Lo demás, ocurrirá. Los hechos se irán sucediendo en tu vida de una manera inexorable. No les impidas el paso, déjalos actuar. *Ellos* han pensado para ti un destino... maravilloso.

Todo en Lucía destilaba equilibrio y serenidad. Su juicio, además de incontestable, era rápido y certero, y sus palabras coagulaban toda posibilidad de duda. Por eso no quise hablarle de mi próxima entrevista con Carlos. Seguro que no la aprobaría. Para mi sorpresa y como si hubiera podido adivinar las emociones que me embargaban, volvió a sonreír con gesto displicente.

—¿Sabes, Mara? —añadió como si realmente también ella pudiera penetrar en los lugares más recónditos de mi mente—. Los hombres casi siempre actúan movidos por la soberbia, y las mujeres, por vanidad.

De pronto, sonó por los altavoces la musiquilla de próxima parada. Estábamos a punto de llegar a Valladolid. Consulté mi reloj.

—¡Qué raro! —dije—. Creo que vamos a llegar a Madrid a la hora prevista.

Lucía estaba a punto de despedirse.

—Eso siempre es un buen augurio —recogió su bolso de la repisa y se lo colgó al hombro—. Ha sido muy agradable charlar contigo, Mara. Me llevo muy buena impresión.

—¿Entonces se lo dirás a *ellos*? —sonreí con complicidad.

—Por supuesto.

Tal vez lo dijo en serio. Nunca lo sabría con certeza, ni eso ni nada.

—Dame tu número de móvil. Algún día podíamos quedar.

—No tengo móvil.

—¡No tienes móvil! —exclamé estupefacta.

Negó con rotundidad, pero supe que estaba mintiendo.

—No, ¿para qué? No hace falta. Tú debes pensar en todo lo que hemos hablado. Aquí termina mi misión. Si de nuevo lo necesitas, vendrán en tu ayuda. Cada vez un enviado distinto, el que requieras en cada momento.

—¿Estás segura de que sabré lo que debo hacer?



De nuevo su mirada se nubló de tristeza.

—Estoy segura de que lo sabes... De lo que no estoy segura es de si harás lo que debes.

Suspiré sabiendo que perdía una valiosa aliada.

—¡Qué curioso! Has aparecido justo cuando creo que va a desaparecer Olga, mi amiga y confidente.

—Si realmente desaparece, será porque ya no la necesitas. —Se detuvo antes de añadir—. O quizá su desaparición solo sea temporal. Y eso no significa que debas romper tu amistad con ella.

No podía retenerla más tiempo.

—¿En qué vagón estás?

—En el último.

—Ya. Bueno. —La abracé con afecto y gratitud—. Gracias por todo, Lucía, te repito que tienes un nombre precioso.

Ella también me abrazó y después acarició mi barbilla.

—Más bonito es el tuyo. Adiós, Mara. Recuerda lo que te he dicho y actúa en libertad.

Salió del vagón-bar, aunque se volvió una última vez para sonreírme. Eran las ocho y media de la tarde, pero me acerqué a la barra para pedirme otro café caliente. Me daba igual no pegar ojo en toda la noche. Así tendría tiempo de reflexionar.

Me llevé el café al asiento, quedaba una hora para llegar a Madrid. Recogí el ordenador y fui a guardarlo en mi *trolley*. Después, me instalé de nuevo en mi solitario asiento de clase preferente. A pesar de haber cogido el billete el día anterior, tuve suerte de que fuera miércoles y no fin de semana. Consulté mi móvil, no había sonado en toda la tarde, seguramente por falta de cobertura. En efecto, tenía dos llamadas perdidas de Olga y un wasap: «Llámame cuando puedas —decía—. Tengo una noticia que darte».

No respondí. El impacto del encuentro con Lucía me había dejado mentalmente arrasada, como sin fuerzas. Supuse que la noticia a la que se refería Olga sería algo relativo a Ascensión. Sin embargo, todo aquello de mi abuela, Cartier, Olga o la propia Ascensión me resultaba muy lejano ya e incluso absurdo y sin sentido.

A lo que no estaba decidida a renunciar era a encontrarme con Carlos. ¿Por qué? ¿Porque lo había prometido y Arroiz confiaba en mí? ¿O existía otra causa? A veces no es fácil descubrir la verdadera razón de las decisiones que tomamos. Me coloqué los auriculares para escuchar algo de música relajante. La llegada del tren estaba prevista a las diez y veinte de la noche. Tenía reserva en el mismo hotel de la estación. Tal vez todas mis suspicacias desaparecieran después de una noche reparadora y la perspectiva de escuchar la propuesta de mi representante al día siguiente. Cerré los ojos mientras comenzaban a sonar las primeras notas del

concierto de Brandemburgo n.º 4, mi favorito. Antes de sumergirme por completo en sus mágicas notas, recordé uno de los últimos días que pasé con Miguel. Habíamos hablado de viajar juntos a Lisboa en verano y después bajar al sur, Granada, Córdoba, Sevilla. Fue un día perfecto, pasamos la tarde en Biarritz y volvimos a cenar a casa. Mientras Miguel ponía la mesa, yo preparé el *hummus*, un clásico de nuestras cenas, para acompañar el no menos clásico y socorrido sushi y carpaccio de salmón.

—Tendré que pensar en cambiar un poco el menú, ¿no te parece? —pregunté introduciendo el dedo en el bol de *hummus* y chupándolo con lascivia.

Miguel se acercó como atraído por un imán.

—Comería y cenaría lo mismo todos los días a cambio de que te quedaras conmigo para siempre.

—Oye, no te puedes quejar. *Hummus*, salmón y sushi. Que no es pan y cebolla.

También era un clásico que nos enredáramos en besos y caricias inacabables con la cena esperando sobre la mesa. La pasión que Miguel desplegaba en nuestros encuentros sexuales era de una intensidad desbordante, avasalladora, invasiva. Sus abrazos invitaban a recogerse en ellos como si todo su cuerpo fuera un nido protector.

—Me das tanta seguridad, Miguel.

—Y tú me haces tan feliz.

Terminamos exhaustos y felices después de hacer el amor. Aquella noche, su cuerpo desnudo pegado al mío escenificaba la perfecta sincronía de la postura fetal, haciéndome sentir con más intensidad que nunca su tacto y su latido en cada centímetro de mi piel. Seguro que los dos deseamos que aquel instante maravilloso no terminara jamás.

Me habían advertido en recepción que el bufé cerraba a las once de la mañana. Apenas faltaban diez minutos. Tendría que desayunar en la cafetería. Salté de la cama y consulté mi móvil. En el visor, seguían grabadas las dos llamadas perdidas de Olga. No había vuelto a pensar en ella. La experiencia vivida con Lucía reclamaba por completo mi atención. Sus palabras, su lógica y sus deducciones eran impactantes y, sin embargo, paradójicamente, estaba dispuesta a llevar adelante mi plan con Carlos, aun sabiendo que ella lo desaprobaba. Los caminos del Señor son inescrutables.

No sentía demasiada curiosidad por saber lo que Olga tenía que decirme de Asunción. Quizá se trataba de alguna anécdota morbosa del sumario que su novio, el fiscal, le había confiado, o algún otro detalle curioso acerca de mi madre que pasó desapercibido en su momento. Nada definitivo ni que cambiase la historia y los hechos tal y como los conocíamos. No me interesaba, no era el momento de saberlo. La única persona a la que llamé cuando llegué a Madrid fue al inspector Arroiz.

Ni siquiera hice la llamada desde mi habitación. En el mismo vestíbulo del hotel, pasé a una discreta y hermética cabina junto a los ascensores, y mientras intentaba ordenar mis ideas busqué en la cartera la tarjeta con el número secreto que el inspector me había facilitado. Marqué y esperé. Apenas tardó unos segundos en responder.

—¿Quién es? —preguntó cortante.

—Soy Mara, inspector. Lo llamo desde Madrid.

Su tono cambió por completo.

—¡Ah! Me alegro de escucharla, quería hablar con usted.

—¿Ah, sí? ¿Qué pasa?

Pareció que dudaba.

—No, mire, que el tema se anula. Sí, completamente —añadió—. Olvide todo lo que hablamos el último día. No llame a nadie. ¿Me ha oído? No llame a nadie —repitió—. Ya me entiende.

—Pero ¿por qué? Además, es imposible. Ya he hablado con él.

Se hizo un nuevo silencio.

—¿Cuándo?

—El mismo día que estuve en comisaría. El lunes por la noche.

Sus preguntas eran breves y directas, como si tuviera mucha prisa por conocer mis respuestas.

—¿Qué le dijo?

—Nada en concreto, solo que quería verlo.

Chascó la lengua, contrariado.

—¿Y cómo quedaron?

—Estaba fuera, me llamará en uno o dos días, pero ¿por qué no quiere ahora que lo vea?

Resopló junto al auricular:

—Nunca he querido que lo viera. Tiene que anularlo. Dígame que, no sé, se

inventa cualquier excusa.

Quise mostrarle mi sorpresa y mi frustración.

—¡No entiendo! ¿Han dado con los culpables o qué? ¡Merezco una explicación, Arroiz!

—No, no hay indicios nuevos, pero...

—Pero ¿qué?

Tenía la voz espesa y rota, como si le costara un enorme esfuerzo articular frases y palabras.

—Ayer por la tarde fui a ver a Miguel.

Era una respuesta absurda.

—¿Y qué? Yo estuve el lunes por la mañana.

—Fue una locura que le dijera que aceptaba su plan.

—Pero ¿qué tiene que ver eso con que visitara a Miguel?

—Ya lo han sentado en una silla —añadió por toda respuesta.

Era una fantástica noticia.

—¡Ah, sí! ¡Qué alegría, Arroiz! Es increíble.

—Sí, es increíble. A eso me refiero. ¿Entiende? Miguel ya no está en coma, ni dormido, ni es ajeno a lo que ocurre a su alrededor. Aún no puede hablar, pero está perfectamente consciente. No podemos ocultarle algo así. Por otra parte, sé que jamás, ¿comprende?, jamás —insistió con la voz entrecortada— le permitiría a usted hacer algo así, y a mí... bueno, creo que a mí no me lo perdonaría.

Su explicación parecía razonable, pero yo no estaba dispuesta a aceptarla. ¿Por qué?

—¡Joder! Qué mierda. ¡No puedo inventarme ninguna excusa para no ver a Carlos! ¿Comprende? ¡No puedo!

No respondió de inmediato. Tenía algo más que decirme.

—Escuche, Mara. Si persiste en ver a ese hombre, yo me descuelgo del plan por completo. No quiero tener ninguna responsabilidad. Recuerde que al final acepté porque usted amenazó con hacerlo por su cuenta. En realidad transigí solo para protegerla.

No pude contener mi rabia.

—No es cierto, Arroiz —respondí masticando las palabras—, le pareció una buena idea y quiso salvar el culo delante de sus superiores. No perdía nada por intentarlo, ¿verdad? —Aproveché su sorpresa para añadir—: He trabajado haciendo información institucional y sé cómo actúan los políticos y algunos altos funcionarios.

De pronto, su voz adquirió un tinte dramático.

—Yo no soy un alto funcionario ni tolero que me hable así.

Recapacité un instante en lo poco que me había durado el impacto de conocer a un ser tan especial como Lucía. Aquella paz que encontré en su presencia había desaparecido por completo.

—Voy a seguir adelante con mi plan, Arroiz. Veré a Carlos y conseguiré saber la

verdad.

—Me obliga usted a tomar medidas especiales.

—Haga lo que le parezca.

Creyó que iba a colgar:

—¡Mara!

No respondí, pero Arroiz sabía que aún escuchaba al otro lado.

—Solo le pido que me avise cuando quede con él. No intervendremos, pero habrá dos mujeres policía, por si necesitara ayuda. Es importante, está poniendo su vida en juego. ¿Me ha oído?

—Sí —dije con un hilo de voz.

—De acuerdo. Espero su llamada.

Tardé horas en dormirme. La última vez que consulté mi reloj eran casi las tres de la mañana. Recordaba las palabras de Lucía: «Vas a poner en peligro tu integridad a cambio de nada. Además, no te arriesgas por altruismo, sino por frivolidad y soberbia». No era cierto que deseara ver a Carlos por capricho o frivolidad. La razón más importante era que en parte me sentía culpable de la brutal agresión que había sufrido Miguel. Mi conciencia me exigía esa implicación. La otra razón quizá fuera más inconfesable. No podía evitar una especie de curiosidad morbosa y obsesiva por saber hasta dónde podía llevarlo su obcecación por mí. Un peligroso juego depredador al que algunas mujeres se entregan estúpidamente creyendo que, en el fondo, detrás del maltrato y la crueldad del hombre, existe amor y pasión. El amor y la pasión que Miguel me mostraba respondían a otra naturaleza. Tal vez más doméstica, pero tan erótica y sensual como saludable y limpia. Era como *El cielo protector* de Bowles, con lluvia o con sol, siempre velando por mí.

Mi representante decidió el lugar y la hora de la cita. A la una y media en la terraza del Ramsés, en la Puerta de Alcalá, uno de los lugares más *in* de Madrid. Sin duda, un exceso para él. Debía de considerar muy importante nuestro encuentro. Cuando llegué, ya estaba esperándome, tomaba una cerveza y hablaba por teléfono en voz alta, como de costumbre. Me dedicó una espectacular sonrisa haciéndome saber con gestos que estaba a punto de terminar la conversación. Hacía un trío seco en la calle, pero la mesa estaba situada junto a una enorme estufa de gas. Se levantó solícito para colocar dos sonoros besos en mis mejillas.

—¡Hola, nena! —Me inspeccionó de arriba abajo—. ¡Estás divina! ¡Qué estilosa eres, joder, tía!

—¡Uf! Gracias, Jaume. Pues he dormido fatal esta noche.

—¿Ah, sí? ¿Qué pasa? —dijo sentándose.

—Mejor no preguntes.

—¿Sigues con ese tipo que tiene un gimnasio?

Me encogí de hombros haciendo gestos con la boca, se trataba de abreviar:

—Bueno, a medias.

—Pero te da lo tuyo, ¿no? Que no me entere yo que ese culito pasa hambre. —Su risotada atrajo la atención del camarero.

—¡Qué vulgaridad, Jaume! Estás muy *out*. Ese chascarrillo ya no se lleva.

Jaume era cotilla, impaciente, indiferente al sufrimiento ajeno y mafioso. Se inclinó sobre la mesa para susurrarme:

—Vamos a comer en un sitio estupendo. Veintidós euros el menú y se come de la hostia. —Cambió el tono al ver acercarse al camarero—. Por cierto, ¿quieres tomar algo ahora?

—No, gracias, he desayunado hace poco. —Cuando el camarero se dio la vuelta, añadí en voz baja—. Ya me parecía raro que me invitaras a comer aquí.

Abrió los brazos en el vacío echándose hacia atrás.

—¡Qué dices! ¡Me ofendes!

—Me da igual. —Rei—. Venga, me muero por saber lo que tienes que contarme. Estoy en bancarrota.

—¿Ah, sí? ¿Por qué no me haces caso y te pillas un novio millonario? —Volvió a acercarse—. Oye, tengo un amigo empresario que acaba de abrir una sala de fiestas de acojono.

—Sí, claro, viejo, gordo y calvo. Déjate de rollos y cuéntame.

Saqué del bolso el paquete de Winston.

—Pero ¿has vuelto a fumar?

—Sí, Jaume, la vida es muy dura.

Aceptó el que le ofrecía, lo encendió y aspiró una profunda bocanada.

—Pues claro, lo mejor es no dejarlo nunca, así no te deprimes por volver a caer en el vicio. —Después me miró impostando un aire de solemnidad—. Bueno, nena. Tengo una oferta que no vas a poder rechazar.

—A ver —dije sin mucha convicción.

Se reclinó en el asiento cruzando las piernas:

—Imagínate —dibujó con las manos en el aire una especie de paisaje idílico—: sol, clima tropical, gente guapa, movida de alto *standing*, un programa de entrevistas para ti solita. O sea, pasta a espuestas, ¿eh? ¿Qué te sugiere eso?

En ese momento comprendí el vaticinio de Olga: «Lo de Madrid no es lo que tú esperas».

—Dímelo tú que acabas de venir de Miami, ¿no?

Dio un respingo, cambió de postura y soltó una risotada:

—¡Qué lista eres, tía! ¡Eres un genio!

—¡No seas cínico, Jaume! Me lo has puesto a huevo porque no sabes cómo decírmelo.

Esta vez trató de escenificar su sorpresa:

—Pero ¿cómo? ¿No te parece fantástico? ¿Qué se te ha perdido a ti en San Sebastián? Además, podrías ir y venir. Miami está a tiro de lapo.

Expulsé el humo despacio, curiosamente estaba tranquila y relajada.

—¿Es todo lo que tienes para mí?

—De momento, sí —respondió expectante, temiéndose lo peor—. Pero, oye, no te mosquees. Vamos a hablarlo, ¿no?

—No voy a ir a Miami, Jaume, ni a ningún sitio. Voy a escribir un libro.

Me miró de reojo temiendo que se tratara de una broma.

—¿Un libro? ¿Qué libro?

No era su territorio ni tenía demasiado interés en conocer mis planes si él no estaba en ellos.

—Una novela más o menos autobiográfica. Resulta que mi bisabuela Vicky Lizarralde fue durante más de veinte años la amante de Jacques Cartier, el joyero parisino, ¿sabes? Y creo que voy a contar su historia.

Jaume era transparente. En unos segundos pasó de cero a cien, como el motor de su coche. De nuevo se inclinó hacia mí colocándose en la silla en posición de ataque.

—¡Hostia! ¿Qué dices? ¿De los Cartier de toda la vida, que diría Lomana?

Yo misma estaba asombrada de mi respuesta. Lo que acababa de decir no era algo estudiado ni premeditado, sino una reacción improvisada, casi una revelación.

—Exacto, creo que puede ser algo importante.

Pero no se fiaba de que la historia fuera real.

—¿Estás segura? ¿Tienes pruebas o qué?

—Sí, por supuesto que tenemos pruebas.

Bebió un largo trago de cerveza sin dejar de observarme.

—Oye, pues podemos seguir siendo socios también en esto.

—No lo sé. No se lo he dicho aún a mi editor, pero creo que le gustará la idea.

—Claro, claro. ¿Cuánto tiempo tardas en escribirlo?

—¡Hum! Unos meses, cuatro o cinco.

—¡Joder! Qué rápida eres. —Adoptó una actitud seria y profesional—. Pues ya te digo, yo podría llevarte la promoción y el lanzamiento al mercado.

—Te dejo participar si mientras lo escribo me buscas algo. Necesito pasta.

Se acarició la barbilla.

—¿Y no lo puedes escribir en Miami?

Negué con la cabeza.

—Olvídate de Miami. Es un cutrerío.

—¿Cutrerío? Está como nunca. Ambientazo, rusos, japoneses. —Calló de pronto sabiendo lo inútil de su empeño—. Bueno, déjame pensarlo. ¿Una colaboración semanal?

—Okey, estaría bien, pero mejor dos.

Se encogió de hombros.

—Ya, no me jodas. Y mejor si yo fuera consejero delegado de Telecinco. —Me miró fijamente—. Luego hay que dar la talla, que a ti no te gusta mojarte y en la televisión tienes que embarrarte, tía, que no puedes ir de intelectual y princesita.

—Ya, bueno, soy poliédrica y multidisciplinar.

—¿Qué quieres decir?

—Algo así como políglota, para que me entiendas.

De pronto sonó mi móvil.

—Perdona, solo voy a mirar quién es.

—Oye, si es tu novio cógelo, que me da igual.

Era Olga, tampoco aquel era el momento adecuado. Salvo que insistiera otra vez, la llamaría por la noche. Por fin dejó de sonar. Enseguida llegó el aviso de un wasap. Lo abrí, decía: «Mariví, NOTICIÓN, creo que me traslado a vivir a Madrid. Llámame». Era la tercera premisa y promesa de Lucía que acababa de cumplirse. Olga desaparecía de mi vida. *Ellos* lo habían dispuesto así, y Lucía lo sabía.

Le respondí: «¡QUÉ FUERTE, Olga! Estoy en Madrid por trabajo, vuelvo mañana a SS. Ahora no puedo, te llamo esta noche».

Jaume estaba como hipnotizado con la noticia de Cartier.

—Eso sí que es una exclusiva, tía. ¿Cómo no me lo has dicho antes?

—Porque yo me enterado hace un mes...

Apagó el cigarrillo y recompuso la postura.

—Mira, oye, estoy pensando que hay un pez gordo que me debe un favor.

—Genial —dije—. Me encantan los peces gordos.

—Vale, te consigo eso, procuraré que sean dos veces semanales, pero no te prometo nada. Pero a cambio...

—A cambio —lo interrumpí—, si tú quieres, me gestionas el lanzamiento del libro. —Apagué el cigarrillo en el cenicero—. Aunque te recuerdo que las promociones de libros no se cobran. Vas gratis a los medios.

Se quedó pensativo, su gesto era serio:

—Bueno, yo creo que se podría rentabilizar de otra manera.

—¿Cómo?

Comenzó a acariciarse la barbilla.

—Tú déjame a mí. Veinticinco por ciento por cada bolo extra —dijo tendiéndome la mano para cerrar el trato.

—Hecho. —Sonreí presionando con firmeza.

Había quedado con Olga en la cafetería del hospital. No pude impedirlo. Supongo que ella, y no solo por quedar bien conmigo, quería mostrarme el interés que tenía por conocer la evolución de Miguel. Yo le dije: «Va muy bien, increíblemente bien», pero a pesar de todo quiso acompañarme. Por eso, y teniendo en cuenta que quizá fuera uno de los últimos días que íbamos a vernos, al final accedí.

Decidí no contarle nada de Lucía ni, por supuesto, de mi próxima entrevista con Carlos. En realidad, no deseaba contarle nada. No tenía nada que decirle. Era injusto, quizá, conociendo sus buenas intenciones y lo que había hecho por mí. Pero la vida es



equitativamente injusta con todos nosotros y tenemos que soportarlo. Lo más curioso era que en nuestro último encuentro, también en el hospital, cuando me habló de su amigo, el fiscal, intuí que todo esto iba a ocurrir. Comprendí que nuestra amistad, breve pero intensa, iba a sufrir un importante deterioro. Me sentí un poco engañada. Yo nunca le había ocultado mi interés por los hombres ni mi deseo de tener una pareja, circunstancia que ella rechazaba absolutamente. Y no solo con la excusa de que ya no estuviera enamorada de mi primo Marcos, sino que, según dijo entonces, había decidido no emparejarse nunca más, por lo que se permitía darme lecciones de castidad, fidelidad y ascetismo, además de acusarme de ser una *calientabraquetas* con los tíos. Más o menos. Por supuesto, ella tenía todo el derecho a hacer lo que quisiera o a no hacer lo que decía, e incluso a no hacerlo y decir que lo hacía. Pero me decepcionó mucho que se enrollara con el fiscal y su cambio radical de postura. Por lo tanto, yo también tenía derecho a ser injusta y arbitraria con ella.

Llegaba algunos minutos tarde, así que bajé directamente a la cafetería. Olga estaba sentada a una de las mesas de la entrada y parecía radiante. Llevaba un jersey rojo de lana muy fina y un vaquero negro superajustado. Todo muy de mi estilo. Nos saludamos efusivamente.

—¡Estás estupenda! —le dije—. Es verdad que el amor hace milagros, pareces otra.

—¡Gracias! —sonrió como arrobada—. Qué alegría que Miguel esté mejorando tanto. Me alegro muchísimo, Mara.

—Sí, tienes razón, yo también estoy mucho más tranquila. Bueno, y ahora, cuéntame cuándo os casáis.

—¿Cómo?

—Pues eso... Ramón y tú. Ramón se llama, ¿verdad?

Miró hacia abajo y tomó aire:

—¡Uff!, sí, se llama Ramón, pero no me digas eso que me dan como vahídos.

En aquel momento me di cuenta de que todo iba a terminar fatal.

—Oye, pues yo que tú no lo dejaría escapar. Es un buen partido. Y ya no estamos para tonterías, que se nos va a pasar el arroz, ja, ja. —Terminé impostando una risa falsa y artificial.

La suya se le congeló en los labios, pero, a pesar de mi velada agresividad, ella continuaba siendo una mujer correcta y equilibrada y tenía que demostrarlo.

—No me parece bien tu actitud, Mariví. Te lo disculpé la otra vez, pero...

—¿Pero esta no me lo vas a consentir?

Me miró despacio, como ella solía hacer cuando tenía que admonizarme.

—¿Por qué lo haces? —preguntó sin inmutarse.

—No deberías preguntar eso. Eres mucho más intuitiva que yo.

—No entiendo qué quieres reprocharme.

Me crucé de brazos dispuesta a no prolongar demasiado aquel encuentro.

—No es fácil decirlo ni creerlo, pero te deseo lo mejor y que seas muy feliz con él, de verdad. Esto es todo lo que quiero que sepas.

—¿Quizá en el fondo te ha molestado que haya dejado a tu primo y que ahora esté con Ramón?

«Qué estupidez —pensé—. ¿Cómo es posible que una mujer tan pueril tuviera unos sueños tan especiales con mi abuela y unas intuiciones tan certeras? Verdaderamente, qué poliédrico es el ser humano. Capaz de lo mejor y de lo peor».

—En absoluto. —Negué con rotundidad—. No me preocupo por mi primo, ni tampoco tú debes hacerlo, ya se lo montará. Tiene unas cuantas novias de repuesto guardadas en el cajón.

Olga tenía los ojos húmedos y brillantes, parecía a punto de llorar.

—Es verdad que soy intuitiva y que soñé con tu abuela. Es verdad todo lo que siempre te he dicho y aconsejado. Eres una persona que admiro y valoro, Mariví, pero ahora no te reconozco.

En aquel momento era sincera y yo lo sabía. Sin embargo, ya no deseaba comprenderla ni escucharla. Solo deseaba terminar con ella y subir a ver a Miguel. Seguir con mis planes y con mi vida.

—Quizá sea mejor para las dos que lo dejemos así.

No respondió, pero siguió observándome detenidamente.

—Creo que ya sé lo que ocurre —dijo de pronto.

Me encogí de hombros:

—¿Ah, sí? Pues cuéntamelo.

Olga respiró mientras enjugaba alguna lagrimita en la cuenca del ojo.

—Ocurre que tu mente está ahora mismo ocupada en asuntos que te preocupan, en temas turbios que no deseas afrontar y que sin embargo vas a llevar adelante. No sé a qué se refieren, pero la energía negativa que destilan es la que te impide pensar con claridad.

Sentí un leve escalofrío. Era cierto todo lo que decía, pero mi soberbia y mi frivolidad no iban a permitirme retroceder.

—Tú también eres valiosa —dije—. Pero ahora estoy en otro momento de mi vida. No me interesa ningún tema de los que trataba contigo.

Su mirada reflejaba asombro y perplejidad.

—¿Y tu madre y tu abuela? ¿Qué te ha ocurrido en Madrid, Mariví?

—Nada especial. —Inicié un gesto de cansancio—. Digamos que ha sido una especie de catarsis personal. No ha influido nada ni nadie en mi decisión de desvincularme de todo.

—¿Y Miguel?

Aquella sería la última confidencia que estaba dispuesta a hacerle. Cambié de postura bruscamente.

—A Miguel lo quiero y me voy a quedar con él.

Consulté mi reloj, casi era la hora de subir a los boxes. Me levanté dispuesta a marcharme. Olga también se incorporó. Ni siquiera intentó acompañarme. Todo estaba muy claro.

—¿No quieres saber más detalles de Ascensión que vienen en el sumario...?

—No, gracias, déjalo.

Las lágrimas estaban a punto de desbordar sus ojos:

—Te vas a equivocar, Mariví. Lo siento tanto...

—Adiós, Olga —dije sin más preámbulos antes de dar la vuelta y abandonar el lugar.

Si realmente me equivocaba, ya me enviarían *ellos* a alguien para protegerme. «Nunca te van a dejar caer», había dicho Lucía. ¿No era yo *la protegida*? Entonces estaba a salvo. Pero en todo caso, ¿hasta cuándo?

Permitieron que acompañáramos a Miguel más tiempo del previsto. Una enfermera joven y sonriente, sin poder ocultar su alegría, nos informó de que acababan de meterlo en la cama. Según dijo, casi toda la mañana había estado sentado en una silla e incluso llegó a dar unos pasos por la habitación ayudado por sus hermanos.

—¡Mara! —murmuró Miguel entrecortadamente.

—Miguel, amor mío —dije acercándome a la cabecera para besar sus labios—. ¡Qué alegría verte así! —Cogí sus manos para acariciarlas entre las mías—. Ayer por la noche llegué de Madrid.

Sin llegar a pronunciarlo, vocalizó con sus labios: «¿Qué tal?».

—Bien, cariño, todo bien. ¿Ha venido Arroiz a verte?

Miguel asintió.

—Sí —respondió su hermana—. Vino ayer. Habló con los médicos y se fue muy contento. Las perspectivas son inmejorables. En un par de días lo bajan a planta.

—¡Es increíble cómo ha respondido, Patricia!

Patricia era la hermana pequeña de Miguel y tenía un gran parecido físico con él.

—Es que siempre se ha cuidado mucho. La alimentación, el deporte... Eso al final se nota.

—Sí, es verdad. Es muy disciplinado. Menos mal, porque yo soy un desastre.

Patricia sonrió.

—No sé si eres un desastre, pero todos estamos encantados contigo. Y mi madre está feliz.

Se colocó frente a mí, al otro lado de la cama.

—Sí, lo peor ha pasado, pero ha sido muy duro. En un primer momento los médicos creyeron que no iba a despertar.

—¿Cómo que no iba a despertar, si lo estábamos esperando nosotros?

Miguel apretó mi mano con una fuerza inusitada.

—Te quiero —susurré en su oído.

Patricia estiró el embozo de la cama y ahuecó la almohada.

—El otro día dijo el cardiólogo que los estímulos que tenga un enfermo de sus características son determinantes para su recuperación. Y eso —calló un instante— Miguel sobre todo te lo debe a ti.

—Bueno, y a vosotros, y las ganas que tiene de vivir y de ser feliz, ¿verdad, cariño? —dije volviendo a acariciarlo.

—Mira. —Patricia saludó a través del cristal—. Ahí viene Arroiz... Qué hombre, no deja ni un día de venir, aunque hoy se ha adelantado. Nunca viene a esta hora.

Desde el pasillo, Arroiz hizo un gesto a través de la cristalera, después entró y saludó.

—Hola, a todos —dijo acercándose a los pies de la cama—. Hola, campeón. Aprovecha, que ya te queda poco para escaquearte.

Patricia rio encantada y Miguel cerró los ojos asintiendo.

—Sí —intervine yo—. Es como un milagro.

Arroiz me miró con una expresión que solo yo podía comprender. Patricia me había dado la clave. Por el comentario que había hecho y por lo que yo misma sabía, el inspector siempre visitaba a Miguel por las tardes, incluso por la noche, al parecer los médicos se lo permitían. Entonces ¿por qué había cambiado su rutina? Sin duda, para encontrarse conmigo, porque sabía que yo estaba allí. Y si lo sabía era porque conocía mis movimientos. Arroiz había dado órdenes de que me vigilaran. Tal vez desconfiaba de que lo avisara de mi entrevista con Carlos.

Lo cierto era que ni me sorprendía ni me importaba. Desde el principio estaba dispuesta a cumplir con mi parte del trato. Sobre todo por mi propia seguridad. Pero desde la última conversación que mantuve con Arroiz, todavía debían de estar pitándole los oídos.

Con Miguel de testigo, los tres nos enzarzamos en una conversación manida y típica de visita de hospital. Por fin entró de nuevo la enfermera sonriente para echamos del box con mucha diplomacia.

—Tenemos que asearlo y darle la medicación.

—¡Ah! Sí, claro, nos vamos ya, y muchas gracias por vuestra amabilidad.

—Bueno, no todos los días viene por aquí una *celebrity* —respondió la enfermera.

—¿No lo dirás por mí? —pregunté irónica.

—Claro que no —intervino Arroiz—. Lo dice por mí.

Reímos la gracia y uno a uno nos despedimos de Miguel. Cuando llegó mi turno, me acerqué a su oído para susurrar: «No te voy a besar en los labios, porque la enfermera me echaría la bronca, pero te advierto que voy apuntando los besos que me debes y te los voy a cobrar todos a la vez. Te quiero, Miguel, recuérdalo constantemente».

Apretó mi brazo con la misma fuerza y pasión que siempre, y, balbuciente, volvió a repetir mi nombre.

Salimos de los boxes y caminamos en silencio hasta la puerta de entrada. Lo habíamos dicho todo en la habitación. Parecíamos algo cansados, como si a pesar de la rápida recuperación de Miguel estuviéramos deseando que todo terminara.

—Bueno, Matías —dijo Patricia dirigiéndose al inspector—. Gracias por su dedicación y generosidad.

—Nada, no solo es mi deber. Miguel es para mí como un hijo.

—Gracias, de verdad. Se lo repetiré a mi madre, le gustará escucharlo. —Después se volvió hacia mí—. Y gracias también a ti, Mara, eres una pieza clave en su curación.

Nos besamos. Se encaminó hacia la parada del autobús.

—¡Patricia! ¿Te llevo en coche? —grité.

—No —dijo saludando con la mano—. Me deja al lado del Amara Plaza.

Se despidió con una nueva sonrisa mientras yo escrutaba el único ojo vivo de Arroiz. Tenía un brillo expectante, como si por un momento hubiera temido que después de cambiar su horario de visita por mí al final no pudiera hablar conmigo.

—Supongo que tampoco usted quiere que lo lleve —pregunté.

—No, gracias, no lo necesito.

Me quité uno de los guantes para buscar la cajetilla de tabaco dentro del bolso. Saqué un cigarrillo y lo encendí. Aspiré la primera bocanada esperando que fuera él quien hablara.

—¿Ha pensado algo? —preguntó al fin.

Me coloqué el guante sujetando el pitillo entre los labios y me subí el cuello del plumífero. Hacía frío.

—¿Pero es que hay algo que pensar? Está todo dicho. Dicho y repetido —añadí mirándolo fijamente—. Cuando Carlos Villalba me cite en algún lugar, voy a llamarlo al teléfono que me dio y se lo voy a comunicar. Lo que pasa es que usted no me cree, pero ese no es mi problema.

Arroiz tenía las manos sumergidas en los bolsillos. No importa el frío que haga, es raro que los hombres utilicen guantes.

—Pues claro que la creo.

—¿Ah, sí? ¿Por eso ha puesto vigilancia en mi casa? Para que me vaya acostumbrando, supongo.

Arroiz inició una mueca de sorpresa y miró hacia el suelo.

—No sé qué le hace pensar eso.

—Pues muy sencillo, que yo siempre vengo por la mañana a ver a Miguel, y usted siempre viene por la tarde, excepto hoy, qué casualidad. Como ha dicho Patricia: «Hoy Matías se ha adelantado».

Respiró hondo mirando a su alrededor como si buscara respuesta en algún lugar indeterminado.

—Es una locura lo que va a hacer, Mara. Y una estupidez, si me permite decirlo.

Dejé caer el cigarrillo en el suelo y lo aplasté casi intacto:

—No vamos a volver sobre lo mismo, ¿verdad?

Los dos respondíamos con aparente calma y tranquilidad.

—Tenemos una pista importante que nos puede llevar hasta ellos —dijo.

—No lo creo. —Negué con un gesto—. Conozco a Carlos y lo he visto salir indemne de muchos marrones. No tienen ninguna pista nueva que seguir, y han pasado ya más de diez días.

—Hay algo que tiene que saber. —Parecía no haberme escuchado—. Dos de nuestras agentes se han apuntado en el gimnasio de su *ex*. —Siempre pronunciaba *ex* con mucho énfasis y precisión—. Ellas se ocuparán de intentar congeniar con él, o sea, de socializar. ¿Me entiende?

No oculté mi sorpresa.

—¿Ah, sí? ¿O sea, que le sigue pareciendo una buena idea?

Sacó las manos de los bolsillos y abrió los brazos.

—No sé si es buena o mala, eso ya se verá, pero son dos policías, es su trabajo, están preparadas, aleccionadas. ¡No sé qué parte no entiende!

—Ni yo lo que no entiende usted. —Consulté mi reloj solo para hacerle saber que estaba a punto de darme la vuelta y largarme de allí—. Usted establezca su estrategia, yo seguiré la mía. Veremos quién llega antes al final.

Arroiz sabía que era inútil intentar disuadirme.

—¿Y ya ha pensado cuál va a ser su estrategia?

No estaba dispuesta a confesarle que sobre todo confiaba en mi capacidad de improvisación.

—Supongo que nos veremos más de una vez. El primer día grabaré nuestra conversación con el móvil.

—Es absurdo lo que pretende. Y peligroso. ¿No suele decir usted que lo ha visto salir indemne de muchos marrones?

Su comentario me pilló desprevenida.

—Sí, pero conmigo será distinto. Además, estoy segura de que no sería capaz de hacerme daño.

Movió la cabeza como dándose definitivamente por vencido.

—Está bien, no voy a insistir.

—Me alegro, porque no serviría de nada.

Nos despedimos sin demasiadas efusiones. Me tendió la mano.

—De acuerdo, Mara, espero su llamada y que todo le salga bien.

No solamente hacía frío, estaba empezando a nevar. Me encaminé hacia el *parking* de los hospitales. Estaba lejos y no tenía paraguas, pero caminé sin prisa sintiendo en la cara el frío húmedo de la nieve. Gruesos y esponjosos copos caían lentamente sobre el suelo mojado para terminar diluyéndose en la embarrada superficie de los charcos. Lo habían anunciado en el informativo de la noche, la previsión era que nevaría a nivel del mar. A pesar de todo, sería extraño que llegara a cuajar en San Sebastián. Casi nunca se cumplía ese pronóstico. Pocas veces se podía

ver un manto de nieve cubriendo la fina arena de La Concha.

Sin embargo, recordé que una de aquellas raras ocasiones la viví al lado de Manuel, el aprendiz de ingeniero, hermano de Rosa con el que perdí la virginidad.

Íbamos a Fuenterrabía por la autopista de Francia con un viejo coche prestado, decididos a terminar lo que dejamos a medias unos meses atrás. Manuel lo había preparado todo para pasar la tarde conmigo a solas en el piso de un compañero suyo de universidad. Pero los elementos parecían confabularse haciendo imposible que yo consumara aquella primera experiencia sexual plena. No pudimos llegar a nuestro destino. La nevada fue tan rápida y copiosa que a la altura de Oiartzun la carretera ya estaba cortada.

Condujo con dificultad hasta la desviación de un camino vecinal y allí consiguió aparcar el coche, pegado a un pequeño muro que separaba la carretera de unas huertas de tierra sin cultivar. Aunque el color del cielo era oscuro y amenazante, al lado de Manuel me sentía segura. No era ningún niño. Se le ocurriría algo para salir de allí. Me limitaría a vivir sin temor aquella situación tan insólita como emocionante. En nuestra mente solo existía el deseo de besarnos, tocarnos, acariciarnos y llevar nuestro deseo hasta el final. Habíamos esperado mucho tiempo, y si no era posible que ocurriera en el piso de su amigo, nada impediría que viviésemos la experiencia en cualquier otro lugar.

La carretera se había quedado desierta. Estábamos rodeados por una espesa cortina de nieve que iluminaba el interior del coche con una luz aguamarina. Nadie podía vernos desde fuera. Manuel sacó de la guantera algunos cedés, eligió uno y lo introdujo en el radiocasete. Era *Sweet dreams*, uno de los mayores éxitos de la temporada. Dulces sueños... de juventud.

Supongo que llevados por la música y la magia del momento, sin mediar palabra, comenzamos a besarnos como si nos fuera la vida en ello. Largos y húmedos besos llenos de pasión contenida. Manuel, se apartó de improviso y, con un rápido y certero movimiento, saltó hasta el asiento de atrás. Se quitó el chaquetón, el jersey y el pantalón, sin olvidar buscar los preservativos en sus bolsillos. Después se tumbó en el asiento y extendió sus brazos hacia mí: «Ven», dijo. Yo obedecí y, ya casi desnuda, me colocó sobre su cuerpo.

No hacía frío. Dentro del coche se había formado un vaho protector caliente y espeso. No pronunciamos ni una palabra, solo nuestros jadeos se mezclaban con la música y las voces de Eurythmies. Eran sensaciones placenteras y desconocidas, que necesitamos repetir varias veces para disfrutarlas en su plenitud. Después de aquel encuentro fuimos novios durante dos años. Quizá con él aprendí todo lo que ahora sé. Porque la primera vez que ocurren las cosas, es la única vez que ocurren. Por eso dicen que nunca se olvida. Yo nunca la olvidaré.

Manuel era decidido y práctico, y había elegido con precisión el lugar donde aparcar el coche. A lo lejos se veía un caserío con una negra chimenea humeante en el tejado. Se vistió con rapidez, limpió el vaho del cristal con la mano para mirar al

exterior. A nuestro alrededor, la nieve alcanzaba más de veinte centímetros de altura.

—Espérame aquí —dijo—. Voy a llamar por teléfono a tu madre y a la mía.

En menos de media hora estaba de vuelta con el dueño del caserío. Un fornido baserritarra que nos llevó de vuelta en su tractor hasta San Sebastián.

Siempre había procurado que mis parejas tuvieran iniciativa y capacidad de decisión. Aunque con Carlos estas cualidades habían alcanzado su paroxismo. La iniciativa se convertía en temeridad, y la capacidad de decisión, en actitudes suicidas.

Con la certeza de que el inspector Arroiz velaría por mí, llegué a mi coche empapada y helada de frío. Lo arranqué y encendí la calefacción. Apenas podía dominar los escalofríos. Dejé el bolso en el asiento de al lado y miré mi móvil. El corazón se me aceleró. ¡Tenía una llamada de Carlos! No la había oído.

Espere unos instantes para entrar en calor mientras pensaba qué debía decirle. Después, respiré hondo y pulsé la tecla de rellamada.

Respondió al momento.

—¿Qué te parece que nos veamos mañana? —preguntó sin preámbulos.

—Hola, Carlos... Claro, cuando te venga bien.

—¿Has tenido más llamadas?

—No —respondí automáticamente—. Me ha llegado otro anónimo. Bueno, no me ha llegado: lo metieron en el buzón.

—¿Y qué te dicen?

Tenía que mostrarme segura y convincente.

—Son trozos y recortes de revistas, manchadas de rojo y negro.

Se hizo un breve silencio.

—Ya. Entonces, ¿mañana a las ocho menos cuarto en la cafetería de Tabakalera?

Me sorprendió la hora y el lugar. Nunca habría pensado que Carlos fuera a muchas conferencias y exposiciones de pintura. ¿Y por qué a menos cuarto, y no las ocho?

—¿Te refieres al Centro Cultural?

—Sí, claro. Me viene bien. A esa hora voy a estar por ahí.

—Vale, okey.

—Entonces mañana a las ocho menos cuarto —repitió cortante.

—Sí, sí... de acuerdo, Carlos, y... gracias.

Apenas oí un bisbiseo, y colgó.

Aquello no tenía buena pinta. Salí del *parking* rápidamente. Bajé hasta el hotel Amara Plaza para llamar al inspector. De pronto, me parecía una buena idea tener protección policial.

—Arroiz, voy a ser muy breve. Me ha llamado Carlos y hemos quedado mañana a



las ocho menos cuarto en la cafetería de Tabakalera.

Le sorprendió tanto como a mí.

—¿Qué Tabakalera? ¿El Centro cultural?

—Sí, eso es, me ha dicho que le viene bien por algo...

Respiró hondo:

—¿A las ocho menos cuarto? Bueno, de acuerdo, entendido. No la vigilarán dos mujeres como le dije, sino una pareja: un hombre y una mujer. Él llevará en la mano una carpeta grande marrón, y ella, una bufanda roja.

—Entendido, Arroiz.

Sabía que quería decirme algo más, tal vez desearme buena suerte.

—Mara, ¿me escucha?

—Sí, dígame.

Se detuvo un instante, como si no supiera cómo continuar.

—No puedo ocultarle esto a Miguel. Sería una traición. Cuando se recupere, tiene que saberlo.

Me quedé pensativa, era como si hasta entonces no fuera totalmente consciente de la experiencia que estaba dispuesta a vivir.

—No sé qué decirle, inspector. Haga lo que le parezca. Personalmente, creo que es lo menos que puedo hacer por él.

—En absoluto, no hacía falta, y lo sabe.

Tomé aire. Arroiz quería lavarse las manos y desprenderse de toda responsabilidad.

—No se preocupe. Sé perfectamente que usted quiso disuadirme, eso es lo que siempre voy a decir.

—Lo va a decir porque esa es la verdad —respondió con tono agrio—. Y lo consiento porque legalmente no puedo impedirselo.

—Tampoco será muy ortodoxo que ponga dos policías para vigilarme, ¿no?

Escuché un ruido al otro lado que no pude identificar. Como si un objeto cayera al suelo.

—Bueno, estaremos en contacto, le deseo suerte.

Nuestra tímida e incipiente complicidad había desaparecido. Ni siquiera lo llamé por su apellido.

—Gracias, inspector.

Para volver a la realidad, nada como una ducha caliente seguida de electrizantes chorros de agua fría. El contraste de temperaturas genera en el cuerpo una energía calorífica vivificadora y revitalizante. Me coloqué en el pelo una toalla a modo de turbante y el albornoz con el anagrama de los hoteles Hilton que me traje de Nueva York. Me quedaba enorme, pero no fui capaz de sustraerme a la tentación. A cambio, dejé veinte dólares de propina para las camareras, un par de botines nuevos y un jersey de invierno que era imposible meter en mi maleta.

Comí frugalmente y encendí un cigarrillo junto a la ventana de mi habitación, buscando la relajante visión del mar, aquel mínimo y remoto paisaje que tantas veces había contemplado. Muy a lo lejos, en la base del farallón del Aquarium, sobresalían dos rocas negras y puntiagudas bañadas por las olas.

Estaba nerviosa, incluso un poco asustada. Tenía que preparar, aunque fuera superficialmente, mi encuentro con Carlos, las preguntas y los temas que pudieran salir en la conversación, además de pensar la ropa que llevaría en la cita. Y, de pronto, este pensamiento me pareció inapropiado. No era una cita lúdica ni de placer, ni siquiera de negocios. Esa idea no debería ocupar mi mente ni un segundo, salvo que en el fondo deseara encontrarme con él más de lo que yo misma creía.

Había en Carlos algo oscuro que al final terminaba por seducirme. Su perfil mafioso y canalla, sin que lo yo supiera, o quizá negándome a saberlo, siempre había ejercido sobre mí un morboso poder de seducción. Su carácter cambiante, su brusquedad en ocasiones, esa agresividad suya que siempre intentaba ocultar. Pero, sobre todo, o debería decir, a pesar de todo, su devoción por mí. Era un hombre difícil, y yo tal vez, como él me decía, había llegado a creerme la única mujer capaz de enamorarlo.

Empezaba a debatirme en una duda obscena y repugnante. Cuando conocí a Miguel huía de Carlos, de su zafia vulgaridad, de su cólera y de su agresividad. En el abrazo tierno y confortable de Miguel creí haber encontrado lo único que necesitaba para saciar mis necesidades y mis anhelos. Pero todo había cambiado a raíz de la brutal agresión que sufrió. Comprendí que no era invencible, y de una manera mezquina y egoísta pensé que nunca podría protegerme como yo necesitaba. Esa protección que, instintiva pero equivocadamente, siempre había buscado en los hombres.

Miguel se había convertido en una víctima propiciatoria y esa vulnerabilidad me producía una terrible angustia, Por eso mi mirada se volvía ahora hacia su verdugo.

Necesitaba pasar distraída el resto de la tarde, esperando el gran momento. Llamaría a Lorena, ella siempre estaba dispuesta a salir de compras. Aceptó encantada y visitamos las tiendas más *fashion* del centro, para terminar dos horas más tarde con un Rooibos en la cafetería de la peatonal del Mercado de San Martín.

—Es uno de los pocos sitios donde se puede fumar. Estos políticos son unos

cabrones, ya no saben cómo putearnos —dijo encendiendo un cigarrillo despreocupadamente.

—Ya, es verdad.

Me miró con curiosidad.

—Oye, primita, no sé en qué estás pensando, pero llevas toda la tarde volada.

—¡Uf! Es que me duele el estómago. Te cojo uno —dije alcanzando la cajetilla de Dunhill.

—¡Ah! Es verdad. Perdona que no te haya ofrecido, es que no recordaba que habías vuelto a fumar. Te advierto que a mí me encantaría dejarlo —sentenció después de aspirar ávidamente una profunda bocanada.

—No me extraña que quieras dejarlo. ¿Cómo puedes fumar esto?

—¿Qué pasa? Me encanta el Dunhill. Es muy chic.

En el ambiente flotaban nuestra bisabuela Vicky y el joyero Cartier. Lorena estaba a punto de comenzar la ofensiva.

Pero me equivoqué, el primer tema que apareció fue Antoine.

—Ayer vino Antoine a cenar a casa —dijo llevándose la taza a los labios—. Se ha comprado en Biarritz una villa impresionante y la está reformando ahora.

—¿Ah, sí? —pregunté sin ningún interés.

—Tienes que verla. A él le encantaría.

—Le encantaría, ¿qué?

—Pues eso, que fueras tú.

Me extrañó el brusco cambio de estrategia. Eso significaba que de momento dejaba aparcado el tema Cartier y la visita a París. Su prioridad era emparejarme a cualquier precio, pero no con cualquiera, como pensaba ella que sería el cachas sin cerebro con el que estaría saliendo, al que, por otra, parte aún no conocían y del que todavía no sabían nada.

—Lorena, no te entiendo. ¿Qué quieres decir? Te recuerdo que tengo novio.

Gesticuló exageradamente:

—Por supuesto, Mariví, no pienses que quiero entrometerme. Por cierto, ¿qué tal está del accidente?

—Bien, mucho mejor.

Bebió un pequeño sorbo de Rooibos.

—¡Ah! Estupendo, me alegro mucho. —Se quedó un instante pensativa—. Eso es lo que importa. A Antoine ya se le pasará.

—¿Cómo que se le pasará?

—Pues eso, hija, está loco por ti, Mariví, y menuda brasa nos está dando.

—¡Uf! —dije por toda respuesta.

Pero ahí no terminaba todo.

—Lo que no me parece bien, y perdona que te lo diga —me miró como calculando cuál sería mi reacción—, es que, teniendo novio, te acostaras con Antoine cuando te llevó a casa el día de Nochebuena. El ahora se ha hecho ilusiones.

Casi me atraganto con el humo.

—¿Qué dices? ¿Os ha contado que me acosté con él? ¡Qué cabrón! ¡Pero si es mentira!

Lorena parecía impresionada por mi reacción. En realidad solo pretendía conocer mi versión de los hechos.

—Bueno, no recuerdo si dijo que os acostasteis, pero sí que hubo besos y algo más, ¿no?

—¡Qué asco, puto cotilla de mierda!

Nos estaban mirando desde las mesas de alrededor.

—Calla, que estamos dando el cante. No creas que es un cotilla, es que Marcos y él son como hermanos.

Miré mi reloj, eran casi las ocho. Mi único propósito era pasar la tarde distraída. Aplasté bruscamente el cigarrillo en el cenicero.

—Bueno, déjalo, me voy a casa. Me pongo de muy mala hostia con estas cosas.

—¡Espera un poco, Mariví, cómo eres! No se te puede decir nada.

Tomé aire. Todo parecía salirme mal, pero necesitaba la complicidad y la compañía de Lorena y de Marcos; siempre habían sido muy generosos conmigo.

—Es que es mentira —repetí—. Aunque no tengo por qué justificarme.

Lorena presionó mi brazo con afecto.

—Por supuesto que no tienes que justificarte por nada. Además, no me importa lo que pasara.

—Te juro que solo nos dimos un beso. Nada más. —Negué con un gesto, como si recordara el momento—. Y eso porque era Nochebuena. Es verdad que me dijo que quería subir a casa, pero le dije que no y se marchó. Díselo a Marcos, eso fue todo.

—Te creo, Mariví. —Se encogió de hombros—. Los tíos son así, siempre van de farol. Y eso que Antoine es muy buena gente, un encanto —añadió—. Nos ha dicho que va a ir él solo a París a entrevistarse con unos parientes de Cartier con los que ya ha contactado. ¿Qué te parece?

Me quedé pensativa, como si la posibilidad de acompañarlo me pareciera atractiva. Solo una persona inmadura y bipolar como yo sería capaz de dispersarse tanto.

—¿Ah, sí? Pues seguro que traerá noticias, porque socialmente es un *crack*.

—Ya, y tiene unos contactos geniales.

—Bueno —dije poniéndome en pie—. Me largo, que mañana tengo un día complicado.

—¡Qué suerte, Mariví! Creo que tienes una vida muy interesante. Qué envidia.

—Ojalá, de eso nada. Siempre estoy en la cuerda floja, como los funambulistas.

Nos despedimos con afecto. Me volví para saludarla desde la esquina. Agité la mano en el aire mientras un negro presagio cruzaba mi mente.

Desde lejos, vi su figura algo borrosa, pero supe que era él. Carlos me esperaba fuera del edificio, en la puerta lateral de Tabakalera. Llevaba un abrigo corto de mezclilla que no conocía. Una prenda más seria y convencional que las que habitualmente utilizaba. A pesar de todo, conservaba cierto aire de portero de discoteca vestido para una entrevista de trabajo. Me miró despacio, como si quisiera atravesarme hasta llegar al fondo de mis pensamientos. Él también se había arreglado más de lo habitual para encontrarse conmigo. No nos saludamos de ninguna manera especial. Yo solo dije:

—Hola.

—Hay mucha gente, mejor si no entramos —respondió caminando ya hacia el pasadizo de la estación—. ¡Vamos! —Señaló un lugar indeterminado del espacio.

Asentí como si todo me pareciera normal. Giré en redondo y entonces vi a los policías que Arroiz me enviaba. El hombre era un joven alto y moreno, con una zamarra gruesa de montañero de cuadros rojos y negros, y una carpeta marrón muy visible en la mano. La chica de la bufanda roja llevaba un plumífero acolchado también rojo. Caminaban deprisa, casi nos damos de bruces. Al pasar junto a ellos me pareció que la inspectora intentaba enviarme un mensaje con la mirada.

—¿Adónde vamos, Carlos? —pregunté un poco antes de que cruzáramos el semáforo del puente de Santa Catalina.

—¡Aquí! —dijo señalando la entrada de la estación de autobuses. Entramos y bajamos hasta las dársenas. Carlos caminaba delante de mí sin mirarme, como evitando que pudiera hacerle más preguntas. Los autobuses a punto de salir estaban alineados con el motor en marcha. Buscó con la mirada una de las dársenas. Era la número 4. De pronto, se detuvo. Los últimos viajeros estaban terminando de subir. Sacó unos billetes del bolsillo y se volvió hacia mí.

—¡Sube! —dijo.

—Pero ¿adónde vamos?

—¡Sube! —repitió—. ¡A Bilbao!

—¿Qué dices? ¿A Bilbao? ¿Por qué?

No entendía nada, pero obedecí mecánicamente. Esperé perpleja en el pasillo del autobús mientras Carlos comentaba algo al oído del conductor. Este asintió al momento.

Después vino hasta mí y buscó los asientos.

—¡Estos son! ¡Pasa!

Me senté angustiada, buscando con la mirada a la pareja de policías entre la gente. El autobús había arrancado ya y giraba despacio sobre sí mismo hasta enfilear la salida. Eso permitió que la posición de mi asiento variara mi perspectiva visual. Entonces vi a la joven de la bufanda roja y ella me vio a mí. Gesticulaba mientras hablaba por teléfono, probablemente con el inspector Arroiz, para decirle que en

aquel momento estaba yo montada en un autobús con dirección a Bilbao. Inició un gesto con la mano como de advertencia, que enseguida abortó. Ya no pude ver nada más, el autobús ascendía por la vía de salida hacia el exterior.

Algunos viajeros ya me habían reconocido y miraban hacia nuestro asiento.

—¿Me quieres decir por qué estamos montados en este autobús? —pregunté bajando la voz.

—Sí, tranquila —respondió sin mirarme—. Tengo que recoger el coche en Durango, ya se lo he dicho al conductor y nos va a parar un momento para que nos bajemos.

Aunque pensé que decía la verdad, había algo en su actitud que me inquietaba. No nos habíamos mirado. Al menos él no me había devuelto la mirada aún.

La música de fondo era constante, todo el repertorio de Cuarenta Principales, Kiss FM y Cadena Cien, no íbamos a poder hablar en todo el trayecto.

—Luego volvemos a San Sebastián, ¿verdad? —pregunté.

Se limitó a cabecear, ni siquiera respondió; apenas un sonido gutural. Iba mirando al frente agarrado a la barra del asiento delantero como si tuviera que ocuparse él de conducir el autobús.

—Bueno, pues a escuchar música —dije en tono irónico.

—Sí, luego hablamos.

—¿Por qué no quieres mirarme, Carlos?

Se volvió y vi sus ojos después de tanto tiempo. Parecían muy brillantes y algo enrojecidos, como cuando volvía a casa fumado algunas noches. Sin embargo, estaba perfectamente sobrio.

—Prefiero dejarlo para luego. Hay mucho ruido aquí.

Ya no volvimos a cruzar palabra hasta que llegamos al peaje de Durango. El autobús fue aminorando la marcha. Carlos se levantó y me sujetó del brazo, como si quisiera asegurarse de que iba a seguirlo.

—Bajamos ahora.

El conductor detuvo el autobús. Primero bajó Carlos y luego se volvió para ayudarme.

—Gracias, jefe —dijo antes de que las puertas se cerraran de nuevo.

Estábamos frente al edificio de ETB. Que yo supiera, Carlos nunca había visitado ningún plato de televisión. Busqué su coche con la mirada. Tenía un Volvo plateado. De pronto, oí su voz.

—¡Ven! —Accionó el mando a distancia y al instante se encendieron las luces de un espectacular cuatro por cuatro negro.

—¿Has cambiado de coche?

—Claro, nueva novia, nuevo coche.

—¡Ah! ¿Tienes novia? Me alegro.

—Sí, gracias. ¡Sube!

El interior era fantástico. Nos atamos los cinturones y al momento percibí el

sonido de cierre automático de las cuatro puertas. Iba a preguntar dónde pretendía llegar cuando sonó mi teléfono. Carlos escuchó en silencio los primeros compases del *Más que nada* de Joao Gilberto mientras yo buscaba, impaciente, el móvil en mi bolso. Tardé algunos segundos, se había desplazado de su lugar habitual. Al fin lo encontré y miré el visor. ¡Era Idoia, de Zumárraga, la hija de Mercedes!

—No lo voy a coger.

Carlos me miró achinando los ojos:

—Cógelo —dijo, y más parecía una orden que una sugerencia.

Sí, tal vez fuera lo mejor. Que no creyera que era una llamada extraña.

—Hola, Idoia, qué sorpresa.

—¡Hola, Mariví! ¿Puedes hablar?

—Bueno, no mucho, pero dime. ¿Qué tal todo?

—¡Uf! Ni te imaginas. Tengo un montón de cosas que contarte.

—¿Ah, sí?

—Sí, casi mejor que quedemos, pero te voy a adelantar algo por teléfono.

—Muy bien.

—Pues verás, ese mismo día que estuviste en casa, por la tarde, hablé con don Félix, el párroco, ya sabes. Le expliqué todo y me dijo que tenía un amigo antropólogo en Aranzadi que, además, fue alumno de Aita Barandiaran y que iba a preguntarle todo lo que hablamos, y que ya me contestaría. —Se detuvo un instante, como para ordenar sus ideas. Se oía un ruido de papeles.

—¿Has tomado notas o qué? —pregunté divertida.

—¡Hombre, claro! Es que ni te imaginas la información que tengo. De Ascensión, de la señorita de Beriain, de Ezkioga, de las apariciones, de la represión de la Iglesia de la época... Bueno, bueno. Increíble. ¡Y no te lo pierdas! —exclamó—. De tu abuelo Graciano y del padre de tu abuelo, que por lo visto estuvo en Filipinas. Una pasada, Mariví. Menuda historia que tienes ahí. Deberías contarla, seguro que te forras.

—Me interesa mucho lo que dices. Precisamente estoy barajando la idea de escribir un libro.

—¡Aaah, qué bien!

—¿Qué te han dicho de mi abuelo?

—Que se llamaba Graciano y se casó con tu abuela Úrsula, que era muy guapa.

—Ya. ¿Y del padre de mi abuelo sabes algo?

—Sí, sí, también. Estuvo en Filipinas un montón de años. Lo ayudó un fraile dominico de Azkoitia, un tal... espera... —Parecía que consultaba sus notas.

—No te preocupes por eso...

Hablaba deprisa, intentando abreviar.

—Resulta que los dominicos tenían un convento en Manila y estuvo un tiempo con ellos. Pero luego fue terrible...

—¿Qué pasó?

—Pues que tu bisabuelo debía de ser un putero y contrajo la sífilis. Tuvo que volver a España, Mariví. Pero lo más gordo viene ahora. —De nuevo hizo una interrupción para tomar aire—. Según parece, se trajo a una de sus putas a la hacienda donde él trabajaba, y la tía debía de ser malísima y la lio parda. Me dijo el párroco que en Manila contaban atrocidades de ella. Que se casó varias veces y que su último marido era un diplomático americano, al que según dicen envenenó a los pocos días de su boda.

Se refería a Manay, aquella niña perversa de la que también habían oído hablar los más viejos de Izarra. El tema era demasiado atractivo como para decirle que no pensaba seguir con las indagaciones. Aunque decidiera desligarme de los Cartier, deseaba conocer el final de aquella historia. Miré de reojo a Carlos, su gesto se había vuelto tenso y crispado. Siempre había detestado que yo escribiera libros, que progresara profesionalmente o que tuviera una proyección pública. Tendría que cortar la comunicación. Aquel viaje a lo desconocido se estaba pareciendo demasiado a uno de nuestros aburridos y rutinarios fines de semana.

—Pues, Idoia, encantada y agradecida por las molestias que te has tomado. Yo ando un poco liada ahora, pero estoy deseando que nos veamos. Te llamo sin falta la semana que viene. Me interesa y me apetece muchísimo todo lo que me has contado.

—En serio, vas a alucinar con el resto, Mariví —repitió eufórica—. Ya sabes, cuando quieras; con que me avises con un día de antelación, me vale.

—Entendido. ¡Ah, oye! —dije en el último momento—. ¿Y lo de Ascensión? ¿Has podido saber si vino de un orfanato?

—No, eso no —dijo con voz apesadumbrada—. Aunque igual me entero, porque la historia de tu familia es bastante conocida.

—Sí, son muy peculiares todos.

—Al que trajeron de un hospicio fue a tu abuelo Graciano, porque su padre se quedó estéril por la sífilis. Eso ya lo sabías, ¿no?

—Sí, eso sí. Gracias, Idoia. Te llamo. Un besazo.

Había colgado ya, cuando vi que Carlos reducía la velocidad y se situaba en el carril de desaceleración con los intermitentes de posición encendidos.

—¿Qué pasa?

Detuvo el coche y se volvió para mirarme. Después me arrancó el móvil de las manos y, con extraordinaria rapidez, deslizó la carcasa, lo abrió y quitó la batería. Lo cerró de nuevo y me lo devolvió.

Lo observaba estupefacta. Nunca había reaccionado así. No podía estar molesto por la llamada. Él mismo me dijo que la respondiera. De pronto creí comprenderlo todo. Le quitaba la batería para que nadie pudiera localizarnos siguiendo las señales de posición que emiten los móviles. El viaje a Bilbao, su mutismo, el cambio de coche. No se fiaba de mí, yo podía ser un señuelo y tal vez la policía estaba siguiendo nuestros pasos. Esta reacción suya era precisamente la prueba palmaria de su culpabilidad. Y, por supuesto, del peligro que yo estaba corriendo. No necesitaba



preguntar, pero lo hice.

—¡¿Qué coño haces, tío?!!

—Así ya no te van a molestar más —respondió mientras arrancaba de nuevo el coche y lo enfilaba en dirección a Bilbao.

—¡¿Estás loco?!! ¿Qué dices?

Se echó a reír.

—¿Qué tal está tu novio? Me han dicho que le han hecho pupita, ¿eh? Hum, pobrecito —se burló—. ¡Qué pena!

Me quedé paralizada. Lo sabía todo. Pero ¿cómo?

—¿Cuánto tiempo dices que hemos estado juntos? —añadió desconcertándome por completo.

Me recosté en el asiento sin responder.

—¡Eh! —insistió dándome una palmada en el muslo.

—¡No me toques! ¡No sé de qué novio me hablas!

—¡Uy! —exclamó chascando la lengua—. Alguien tiene que bajarte esos humos y me parece que voy a ser yo.

No me convenía mantener esa actitud con él. Carlos solo era permeable a la sumisión y a las buenas palabras. No podía contar con ayuda de la policía. Estarían esperándonos en la estación de Bilbao y nunca íbamos a llegar allí. Tenía media hora para mentirle, para convencerlo, para ganármelo.

—¿Eh? ¿No vas a contestarme? —insistió.

Esperé antes de responder:

—Casi dos años —dije al fin.

—Eso es. Hemos estado juntos casi dos años. Muy bien. —Se volvió unos segundos para mirarme lleno de rabia—. ¿Y después de dos años no te has dado cuenta de que no soy un puto gilipollas de mierda del que te puedes descojonar?

No le devolví la mirada.

—No sé por qué lo dices.

—¿Por qué lo digo?

Tenía que reaccionar. Había llegado el momento de dar la talla en el escenario y este podía ser el papel de mi vida.

—¡Sí! ¿Por qué lo dices? —grité agitando los brazos—. ¡No sé de qué novio me hablas! Te he llamado para pedirte ayuda porque estoy angustiada. ¡Eres un bestia, tío! ¡No sé de qué vas! —Me cubrí la cara con las manos e inicié un sollozo ronco.

—¡No te voy a permitir que te pases ni un pelo! —dijo sorprendido, como si al ver mi reacción pudiera albergar una pequeñísima duda—. Tu novio es el poli que está en la UCI del hospital Donostia y al que tú has ido a ver varios días.

—¡Estás loco! —fue lo único que pude murmurar.

¿Tenían un topo en el hospital o simplemente me habían seguido?

Si fuera la primera hipótesis, la respuesta habría sido una nueva carcajada. Y en el caso de que me hubieran seguido, estaba salvada gracias a Olga, una vez más. Ella

era mi coartada.

Tenía que jugármelo todo a esa carta. Recé mentalmente, supliqué a los dioses, a los hermanos cósmicos, a Lucía, a mis protectores, al universo entero. Si este era el castigo por mi frivolidad, por mi estupidez y por el deseo de satisfacer mi vanidad, en aquel mismo instante juraba por lo más sagrado que si todo terminaba bien, si conseguía salir sana y salva, cambiaría radicalmente de actitud. Volvería con Miguel por siempre jamás y tendría una vida ordenada y tranquila. Miré de nuevo a Carlos y recordé lo que realmente era, un tipo cruel, agresivo y sin escrúpulos. Las lágrimas comenzaron a agolparse en mi garganta.

—¡Estás loco! —repetí—. No tiene nada que ver conmigo. Es amigo de Olga. Yo solo la acompañaba a ella y a veces ni siquiera subía, solo la esperaba en la cafetería. ¿Qué más quieres saber?

—¿Quién es Olga? —preguntó de pronto resolviendo mis dudas.

No podía tener información de dentro del hospital, de lo contrario no me habría hecho esa pregunta.

—La exnovia de mi primo Marcos —respondí con rapidez.

—¿Y qué tiene que ver con el poli?

—Los dos son de Madrid. Se conocen de toda la vida.

Había anochecido, finas gotas de lluvia comenzaban a empañar el cristal. Puso en marcha el limpiaparabrisas y encendió la radio.

—No vamos a Bilbao. Vamos a Santander por la carretera de la costa, así que ponte cómoda, que tenemos para un rato.

—¡Cómo! ¿A Santander? —pregunté asombrada.

—Sí, échale un par de horas.

Respiré hondo:

—Te estás metiendo en un lío, Carlos. Esto es un secuestro.

—¿Ah, sí? ¿Quién lo creería? Además del conductor, te ha visto un montón de gente subirte al autobús conmigo. Ya sabes que no pasas inadvertida.

Esperé unos segundos antes de preguntar:

—¿Qué quieres?

Se volvió por completo para mirarme. Hasta temí que pudiera perder el control del coche.

—¡La pregunta no es qué quiero yo! ¡La pregunta es qué quieres tú! ¿Por qué me has llamado? No pensarás que me he tragado la chorrada de las amenazas, ¿verdad?

Estaba realmente sorprendida.

—¿Por qué no me crees?

Sonrió con un rictus de amargura.

—Porque te conozco y, si eso fuera cierto, nunca acudirías a mí. Seguro que hay otra razón.

—Estás equivocado —respondí mientras recordaba que al inspector le dije que haría creer a Carlos que deseaba volver con él. Le pareció bien. Tal vez porque ese

era el único argumento creíble que se podía esgrimir y el que Carlos esperaba oír.

Sin embargo, me cerré en banda.

—No hay ninguna otra razón.

Se encogió de hombros y subió el volumen de la radio.

—Como quieras, pero te advierto —añadió elevando el tono de voz— que espero una información de un empleado de la UCI. —Se volvió con una sonrisa odiosa—. Él me dirá si el poli es tu novio o no.

Me giré hacia la ventana hecha un ovillo, pensando que todo estaba perdido. No había nada que pudiera hacer más que encomendarme a mi buena estrella. Recordé con angustia las palabras de Lucía: «*Ellos nunca te van a dejar caer*».

Sentí que Carlos me observaba, pero no hice el más mínimo movimiento. Cerré los ojos como si quisiera dormir.

—Por favor, baja un poco la música, necesito descansar —dije, y al instante obedeció.

A pesar de las noches en blanco y del estrés acumulado, jamás habría creído que fuera capaz de dormirme. No sé en qué momento ocurrió, pero desperté con un ligero zarandeo.

—Joder, tía, qué huevos tienes.

—¿Qué? —dije desperezándome.

—Que hemos llegado.

Tenía una molestia aguda en las cervicales y la sensación de que habían transcurrido muchas horas. Cambié de postura y miré por la ventanilla. Era un *parking* privado rodeado de setos. Al fondo había una casa con un gran pórtico a la entrada.

—¿Dónde estamos?

—¡Venga, baja!

Entonces se me ocurrió algo muy elemental, pero eficaz.

—No te lo he dicho, pero había quedado con mi prima Lorena en llamarla esta noche para un asunto familiar muy urgente —dije saliendo del coche—. Estará preocupada, igual llama a la policía.

Carlos enfilaba ya el camino de piedrecitas hacia la casa.

—¿Ah, sí? ¡Qué interesante! Cuando me digas por qué me has llamado, podrás irte.

Todo era como una broma. No podía controlar lo que estaba ocurriendo. ¿Cómo había podido dormirme en su coche si me estaba secuestrando? ¿Sería cierto que me dejaría ir? ¿Y cómo él había podido cometer la imprudencia de decirme que sabía que Miguel estaba en la UCI? Eso significaba que no temía ser descubierto.

Pero lo más incomprensible era su tono conciliador y jovial. Que yo hubiera recurrido a él le permitía resarcirse de la humillación que vivió el día que lo eché de mi casa.

—Te lo diré cuando tú me digas cómo sabes que Miguel está...

Se detuvo en medio del camino hasta que llegué a su altura.

—¡Ahhh! Qué familiaridad, lo llamas por su nombre.

Me encogí de hombros.

—Olga me está hablando de él continuamente.

—Ya. Todo lo que dices es muy interesante.

—Pero no me has contestado.

—Claro que te voy a contestar. —Sonrió con un cinismo insoportable—. Voy a confesar toda la verdad y nada más que la verdad, como si fueras el mismísimo inspector.

Me quedé paralizada pensando que diría su nombre de un momento a otro.

—Muy bien —murmuré con un hilo de voz.

Llegamos a la puerta del chalé. Carlos llevaba la llave en la mano. La introdujo en la cerradura y empujó. Dentro todo estaba a oscuras.

—Miguel Villalba se apuntó en mi gimnasio a un torneo de pádel —dijo encendiendo varias luces—. Resulta que ganó dos semifinales y lo necesitábamos para la última eliminatoria. —Cerró de nuevo la puerta detrás de mí, observando la decoración como si no conociera el lugar, asintiendo con gesto satisfecho—. ¡Muy guapo este sitio, eh! —Después se dirigió hacia el enorme salón, se quitó el abrigo y lo dejó caer sobre un sofá morado lleno de cojines—. Como no pudimos localizarlo, preguntamos a la gente del gimnasio por si alguien lo conocía. —Se paró frente a mí extendiendo los brazos—. Y ya sabes que siempre hay alguien que te conoce... y que además está dispuesto a contar lo que sabe —añadió con una sonrisa.

—¿Eso es todo? —Fue lo único que se me ocurrió preguntar.

Carlos no sabía cómo contener las carcajadas.

—¿Que si eso es todo? ¿Te parece poco? —Se puso repentinamente serio—. No, no creas que me río de lo que le pasó. Eso fue una desgracia. En el gimnasio todo el mundo creía que había muerto, luego nos enteramos de que estaba en la UCI. Menos mal. Tienes razón. Es que hay mucho hijo de puta suelto. Tuvo que ser algún ajuste de cuentas, ¿no te parece? —Apartó el abrigo y se sentó en el sofá—. ¡Ven, ven aquí a sentarte conmigo! Y me cuentas tú por qué me has llamado.

No sé lo que pensé mientras lo escuchaba. Pensaba en Miguel, pero no lo imaginaba en la cama del hospital, sino en los momentos más felices que habíamos pasado juntos.

—Hace frío —dije.

—¿Ah, sí? —Se levantó con rapidez—. Espera, que me han explicado cómo funciona todo. El termostato está en la entrada. —Desapareció unos momentos—. Lo voy a poner a veinticinco grados. ¿Será suficiente? —gritó desde lejos.

No respondí.

Al instante apareció frotándose las manos.

—Ya está todo controlado. Calor, buena compañía y la cena en el frigorífico, todo lo que te gusta. Nos han traído sushi, salmón, *hummus*... ¿Sigues cenando lo mismo?

De nuevo asentí sin responder.

—Me alegro de haber acertado. —Volvió a sentarse en el sofá—. ¿Entonces, te gusta? —preguntó.

—¿El qué?

—Este es el hotelito con encanto al que te iba a traer. ¿Te acuerdas? ¡Me rompiste el corazón, tía!

Constantemente me repetía a mí misma: «No será capaz de hacerme daño».

—No sabes cuánto lo siento, Carlos.

—Bah, no te preocupes, son cosas de la vida. —Se levantó otra vez buscando algo con la mirada—. Vamos a poner un poco de música para caldear el ambiente; luego, cenamos; después un *gin-tonic*, un canuto... y nos acostamos. ¿Qué te parece? —Chascó la lengua—. ¡Qué pena que no sea viernes, nos quedaríamos aquí todo el fin de semana! —añadió manipulando la torre de sonido—. Tengo muchas ganas de acostarme contigo. ¿Y tú?

Tuve que apoyarme en el respaldo de una silla, me temblaban las piernas. No solo por la idea de acostarme con él, sino por su extraña y cínica actitud. Parecía un loco hablando solo en una película de terror.

—¿Cómo? No te entiendo.

—¿Qué no entiendes? ¿Pero tú no quieres acostarte conmigo?

Moví la cabeza despacio.

—No, Carlos.

—¿Entonces? ¡Ah, ya sé! —dijo de pronto, dando una sonora palmada—. ¿Quieres inscribirte en mi gimnasio? ¡Claro, es eso! —No esperó mi respuesta y añadió—. ¿Que no? ¿Tampoco? —Inspiró con fuerza, levantando los hombros fingiendo un gesto de estupor.

—¡Basta, por favor! —grité.

Los primeros compases de la guitarra de Joao Gilberto comenzaban a desgranar una de nuestras canciones favoritas.

Permaneció en silencio unos segundos. Después se levantó y vino hacia mí.

—¡Ven, Mara! ¡*Desafinado!* ¡Baila, conmigo! —Me abrazó y comenzó a susurrarla en mi oído—. «Sí, desafinado suena nuestro amor...». Es preciosa. Abrazame.

Temí que realmente se hubiera vuelto loco. Era imposible que mantuviera tanto tiempo aquel montaje. Tal vez eso fuera todo lo que quería hacer. Humillarme, o quizá recomponer aquel último día de nuestra despedida. Una y otra vez me repetía a mí misma: «Nada más, no me hará ningún daño». Él tampoco tenía nada que temer de mí, ni siquiera de Arroiz. No solo no existían pruebas contra ellos, sino que su

coartada respecto a Miguel apuntándose al campeonato de pádel era cierta, como el propio inspector confesó. Era una situación tan extrema, tan límite y tan irreal que me dejé llevar por su abrazo. Bailamos despacio, juntos y pegados. Comenzó a besarme en la oreja y en el cuello. Suaves y tímidos besos. Yo no tenía fuerzas ni el valor suficiente para negarme o enfrentarme a él.

—¡Humm! No has cambiado de perfume, sigues gustándome mucho, ¿sabes? Aunque tengas novio y aunque sea poli.

—Te he dicho que no es mi novio —repetí casi por inercia.

Colocó un dedo sobre mis labios.

—Chist, no mientas tanto. Lo sé y no hace falta que me lo confirme nadie. Pero no me preguntes por qué lo sé.

Aún no me había quitado el chaquetón y tenía un calor insoportable. Aprovecharía para dejar de bailar con él. Me sentí indigna y mezquina. Además de un loco peligroso, era un tipo infame. ¿Cómo había podido desear otra cosa que no fuera desenmascararlo? Era una osadía por mi parte imaginar que podía engañarlo, un espejismo y, como diría Arroiz, una frivolidad. ¡Qué estupidez había cometido!

—Tengo calor —dije.

—Claro, reina.

Él mismo me ayudó a quitármelo y lo lanzó al aire sin mirar. Cayó encima de la mesita baja, junto a un sillón. Después se abrazó de nuevo a mí y siguió tarareando en mi oído el ritmo de la canción.

Matías Arroiz había preferido citarme fuera de Comisaría. Seguro que existían tantas versiones de mi supuesto secuestro que prefirió que sus compañeros no me vieran. Su voz por teléfono era tétrica, y su actitud, cortante. A pesar de todo, le adelanté los detalles más importantes del encuentro, incluido el viaje a Santander. Quedamos cerca de mi casa, en la cafetería del hotel Orly. Yo estaba dispuesta a contarle toda la verdad y a pedirle ayuda para decírselo a Miguel.

Estaba diluviando, pero me extrañó que llegara con la gabardina empapada, siempre lo traían en coche. Dejó el paraguas en la entrada y vino directo hacia mi mesa. Ni siquiera saludó, era como si quisiera hacerme saber que deseaba abordar el tema directamente, sin circunloquios.

—Siento llegar tarde, ha surgido un imprevisto de última hora.

—No se preocupe.

Desde la mesa hizo un gesto al camarero.

—Un cortado, por favor.

Se sentó frente a mí. Permanecimos unos segundos mirándonos fijamente. Tenía la expresión cansada y hasta su ojo ciego parecía algo más cerrado de lo habitual.

Iba a decir algo, pero me interrumpió con un gesto.

—Un momento —dijo—. Voy a por el café.

Esperó en la barra a que se lo preparasen, pagó y volvió a la mesa.

—Así no nos interrumpen —añadió.

—No sé ni por dónde empezar, Arroiz.

—¿Qué le parece si empieza desde que subió al autobús de Bilbao?

—De eso hay poco que decir. Ya se lo he comentado. Nos bajamos en Durango para recoger su coche y de allí fuimos a Santander.

—¿Reconocería la zona?

—No, pero creo que sí reconocería la casa. Tenía un aparcamiento, un gran porche en la entrada y un jardín japonés.

Apartó el azúcar, agitó un poco el café con la cucharilla y bebió un sorbo.

—Bueno, ¿y qué hablaron desde Bilbao a Santander?

Me aclaré la garganta sin necesidad. Me resultaba muy violento decirle que fui dormida durante el trayecto.

—Es que... me dormí.

Al principio creyó que era una broma. Era imposible encontrar una persona tan estúpida y tan inconsistente como yo.

—¿Cómo que se durmió?

Comencé a frotarme las manos, estaba nerviosa.

—Sí, comprendo que parece absurdo, pero le aseguro que no pude evitarlo. Hacía días que dormía fatal y con la calefacción del coche y la música...

—¿Música? ¿Qué música? —dijo rascándose el mentón.

—No sé, puso la radio.

Abrió los brazos escandalizado:

—¡Hombre, por Dios! No me diga usted esto... Miéntame, dígame que hablaron del tiempo, de fútbol, cualquier cosa, ¿me entiende?

Agaché la cabeza y suspiré pensando que tenía razón. No es necesario decir siempre la verdad.

—Ya.

De nuevo nos quedamos en silencio. Sentía la mirada escrutadora de su único ojo como un dardo envenenado. Volvía a tener la misma pésima opinión de mí que cuando nos conocimos. Bebió el resto de su café de un solo trago y se limpió los labios con una servilleta de papel.

—¿Y después?

No podía contarle lo que había ocurrido en realidad. No lo entendería. Ni Arroiz, ni nadie. Nadie podría creer lo que pasó y lo que pensé. Estaba dispuesta a mentir, como él mismo me había sugerido.

—¿Después? —Resoplé como si necesitara rechazar un desagradable recuerdo—. Me trató fatal. Fue déspota y desagradable. Solo quería vengarse de mí porque rompí la relación con él y...

—¿La maltrató físicamente? —me interrumpió—. Sabe que puede demandarlo por eso, ¿verdad? Por eso y por llevarla a Santander contra su voluntad.

Moví la cabeza repetidamente.

—No, no, y usted lo sabe. Él puede decir todo lo contrario, que fui yo quien lo llamó porque quería volver con él.

Arroiz no perdía ocasión de ponerme enfrente de mis contradicciones. Su actitud era irónica y burlesca:

—Sí, claro, eso fue lo que me dijo a mí. Iba a hacerle creer que quería reconquistarle, ¿no es así?

—Sí, más o menos.

—¿Entonces? ¿Pasaron a la acción o no?

—¿Qué quiere decir?

Se encogió de hombros.

—No sé, somos adultos, no voy a ser más explícito. ¿O prefiere que le pregunte si follaron?

—Me parece innecesaria esa precisión.

Esbozó una levísima sonrisa como si quisiera demostrarme que ese era el trato que merecía.

—Se trata de que me entienda.

—Yo tengo que entenderla a usted, pero parece que usted no quiere entenderme a mí.

—Dígame como quiera, pero dígame lo que pasó —concluyó con un gesto de impaciencia.

Me quedé observándolo. No estaba de mi parte ni lo estaría nunca.

—¿Qué le ha dicho a Miguel? ¿Por qué cree que no he ido a verlo hace dos días?

Parecía que llevaba tiempo esperando esa pregunta. Apretó los labios.

—No le he dicho nada, usted sabrá lo que tiene que decirle.

Cambié de actitud, de tono, de postura; acerqué mi mano hasta un palmo de la suya.

—Necesito que me ayude, Arroiz. Quiero a Miguel, de verdad, créame. Lo amo. Es el hombre al que más he amado nunca, pero tengo miedo de que no entienda lo que ha ocurrido.

Su expresión fue de sorpresa total. Levantó las cejas exageradamente. Es difícil no prestar ayuda a una mujer cuando la pide con tanta convicción. Inspiró y resopló casi al mismo tiempo. Después movió la cabeza repetidas veces.

—Me lo pone muy difícil, Mara.

Por fin mis dedos le rozaron la mano.

—Por favor —insistí—. Miguel y yo siempre se lo vamos a agradecer. Además, ahora, usted sabe, este disgusto sería terrible para su recuperación.

Arroiz sabía que tenía razón, pero no iba a conformarse sin conocer la verdad.

—Dígame lo que pasó —repitió machaconamente.

—Recuerdo lo que me dijo usted la primera vez que lo vi en mi casa.

—¿Qué le dije? —preguntó rasgando los ojos.



—Que para la policía no existen los temas personales. Nunca lo he olvidado.

—Sí, lo recuerdo.

—Si en vez de contarle lo que pasó en Santander, le digo que la experiencia me ha servido para comprender que deseo estar con Miguel por encima de todo, ¿le serviría de algo?

Arroiz pasaba sin tregua de la sorpresa al asombro.

—Eso quiere decir que accedió a los deseos de su ex sin que al final sirviera de nada. ¿Me equivoco? —Dudó un instante antes de continuar—. ¿O estaba jugando a policías y ladrones y no sabía con cuál de los dos quedarse? ¿Con el poli o con el ladrón? Le faltó deshojar la margarita, ¿no?

—Eso me parece un golpe bajo. No estaba jugando a nada. Quería vengar a Miguel. Y, sinceramente, pensé que podría obtener información.

—Es decir —concluyó cada vez más impaciente—. El resultado final es que no ha conseguido nada.

Dejé de acariciar con el dedo el borde de mi vaso de cerveza.

—No, ni siquiera hubo ninguna posibilidad de hablar de Miguel. Al menos en el primer encuentro.

—¿Es que tiene intención de que haya un segundo encuentro?

Agaché la cabeza para no mirarlo a los ojos:

—No, Arroiz. Tenía usted razón. Ha sido una estupidez. Me arrepiento de haberlo hecho. Y ahora no sé qué decirle a Miguel. —Levanté la mirada buscando su comprensión—. Esta vez seguiré sus consejos.

El inspector se reclinó en el asiento como si necesitara observarme con más detalle.

—Debe de tener usted la conciencia muy intranquila, de lo contrario se limitaría a contarle lo que ha ocurrido. ¿O teme que él tampoco la crea?

—Veo que no está dispuesto a hacer nada por mí. Dígame al menos qué tal se encuentra.

Su expresión se volvió más diáfana solo al recordar la extraordinaria mejoría que experimentaba Miguel día a día.

—Estupendos avances. Está ya en planta, sentado la mayor parte del tiempo, anda y habla...

—¿Es fantástico! Entonces habrá podido interrogarlo. ¿Vio a los agresores o recuerda algo?

Movió la cabeza:

—Ni vio ni recuerda nada. Solo un fuerte golpe en la cabeza. Le dieron la paliza después de que perdiera el conocimiento.

—¿Y sabe que sospechan de mi ex y de sus amigos?

—Sí —asintió.

—Es terrible. No me atrevo a ir a verlo.

—Precisamente esa es la razón por la que Miguel cree que no ha ido aún a

visitarlo.

No pude ocultar un gesto de alivio.

—¿Ah, sí? ¡Me alegro! ¡Gracias por decírmelo, Arroiz! Es cierto que no me atrevo, pero nunca se me habría ocurrido esgrimirlo.

De nuevo se produjo un largo silencio.

—Dicen que el amor es ciego, ¿no? —Inspiró profundamente—. También sabe que usted se empeñó en encontrarse con su ex, que yo me opuse y que al no conseguir convencerla, ordené hacerle un seguimiento. De lo que ocurrió ese día en Santander y esa noche —precisó con un gesto despectivo— ni lo sé ni me consta ni es de mi incumbencia. Puede darle usted la versión que quiera.

—¿Cómo no me lo ha dicho antes?

—Pero también le aseguro —añadió sin hacer caso de mi pregunta— que al final sabrá la verdad. Se enterará, eso se lo garantizo.

—¿Por qué lo cree?

Se encogió de hombros.

—Si de verdad lo quiere no le mienta. Se lo digo por experiencia —sentenció.

Se refería a su mujer. Ella también lo había engañado.

Consultó su reloj.

—Perdone, voy a avisar de que me manden el coche. Tengo que irme.

—Me ha extrañado que llegara tan mojado.

—Sí, he venido andando desde la calle Urbietta. Necesitaba dar un paseo para despejarme un poco. —Me miró con toda intención.

—No sé cuándo pasaré por el hospital —dije.

Arroiz mantenía el móvil en el aire.

—¿Por qué no va ahora mismo? Miguel está deseando verla.

No contaba con esa pregunta. Yo ya había tomado mi decisión. Sabía que sería incapaz de mirar a Miguel a los ojos. Sentí un nudo en la garganta. Pensé que de un momento a otro me pondría a llorar desconsoladamente.

—No me atrevo, Arroiz... Lo quiero, pero no me atrevo —repetí—. No creo que vaya nunca.

El único ojo vivo del inspector me devolvió una mirada que no sabría describir.

—Pero quiero pedirle algo. Por favor —supliqué—. Permítame que lo llame a usted para saber cómo sigue su recuperación.

Apoyó el brazo en la mesa y se cubrió la boca con la mano, como si intentara descifrar lo que había escuchado. Después se levantó despacio, moviendo la cabeza.

—Creo que sí me equivoqué al juzgarla. —Apretó los labios como si en realidad no quisiera decirlo—. Es usted peor de lo que pensaba —dijo antes de volverse y caminar hacia la puerta.

Ya no podía contener las lágrimas. Fui al baño, me encerré en uno de los servicios y lloré desconsoladamente hasta vomitar toda la congoja que me cabía dentro.

Al rato salí a la calle. Solo tenía que caminar cinco minutos para subir al autobús

que me llevaría a los hospitales. No podía ser tan cobarde, tenía la obligación de enfrentarme a los hechos que yo misma, por mi voluntad, había protagonizado. Quizá la situación no fuera tan dramática como yo imaginaba. Tenía la opción de mentirle y que nunca supiera la verdad. Incluso, aunque se la revelara, aquella fue una situación tan límite y especial que tal vez Miguel pudiera comprenderme. Sin embargo, ni lo hice ni lo haría nunca. Sobre nosotros siempre gravitaría todo lo que había ocurrido en el chalé de Santander. La atracción fatal que sentí por Carlos y que consumí sin ningún escrúpulo. Aunque después de satisfacer ese deseo irracional, mis dudas habían desaparecido por completo y jamás volvería a verlo, también sabía que el precio de mis certezas era muy alto y Miguel no estaría dispuesto a pagarlo. Nunca volvería a confiar en mí.

Yo también, como Arroiz, deambulé sin prisa por las calles hasta llegar a la talasoterapia de La Perla, pero en aquella zona el viento arreciaba con fuerza. Volví sobre mis pasos pertrechada bajo un paraguas descoyuntado. Lo primero que tenía que hacer era cambiar la melodía de mi móvil. Detestaba esa melosa y sensual *bossa nova* que me recordaba a los últimos momentos vividos con Carlos. Era una decisión estúpida, pero necesitaba llenarla de contenidos. Me refugié debajo de la marquesina de La Flor y Nata para hacer los ajustes necesarios en el móvil. Entonces comprobé que tenía dos llamadas perdidas de Antoine. Me autoimpuse como una penitencia desprenderme del sugerente *Más que nada* de Joao Gilberto por el horrible soniquete estándar de Movistar. Después presioné la tecla de rellamada.

La sorprendida voz de Antoine me devolvió a la realidad.

—¡Qué alegría, Mara!

—Hola, Antoine, tengo dos llamadas tuyas.

—Claro. Y todas las que me dejes hacerte.

Suspiré como si ya aceptara los designios de los dioses. Tal vez *ellos* volvían a poner a Antoine en mi camino.

—¿Cuándo vas a París? —pregunté sin rodeos.

La pregunta quedó flotando en el aire como si nadie fuera a recogerla.

—¿Es que vas a acompañarme? —Su voz había cambiado, era más sobria y contundente.

—No lo sé.

—Pues deberías saberlo antes de llamar, para que no me haga ilusiones.

No me di por aludida. Había muy pocas cosas que me interesaran en ese momento, y Antoine no era una de ellas. Solo pretendía evadirme visitando París y comprando algún capricho caro en el distrito VI.

—Tienes razón, Antoine. Te tomo la palabra.

—No, espera.

—Dime.

—Salgo la semana que viene, no sé si el lunes o el martes. Voy en coche, porque haré una parada en Lyon para visitar a un cliente. Te gustaría conocerlo. Es un aristócrata muy popular en Francia, algo así como aquí Cayetano de Alba.

—¿Ah, sí? Pues me temo que ahora mismo ninguno de los dos estamos para muchos trotes. Ni Cayetano con los caballos. Y yo, me temo que me he pasado la vida persiguiendo aristócratas, espejismos y quimeras absurdas.

Se rio con ganas.

—Eso suena muy derrotista, ¿no?

—No sé. Mira, tengo que solucionar unos asuntos. Te llamo mañana y te digo algo, ¿vale?

—Vale. ¡Oye!

—Dime.

—Anímate, hay un montón de cosas agradables que se pueden hacer en París y no necesariamente en una cama de hotel.

No esperaba de Antoine una respuesta tan aguda.

—Es bonito lo que has dicho.

—No sé si es bonito, pero es verdad. Me gusta mucho estar contigo, Mara, nos acostemos juntos o no.

—Gracias, Antoine. Un beso.

No me gustan las historias que terminan bien. Me parecen falsas y engañosas. Quizá al principio el final puede parecer bueno, pero el devenir de los hechos lo transforma en malo. Y si el final al principio es malo, quizá con el tiempo pueda transformarse en bueno. Lo único cierto de las historias es que terminan, de una manera u otra y solo *ellos* saben cómo.

Mi conciencia estaba deprimida, pero por todo lo contrario a lo que Antoine o el propio Arroiz, pudieran imaginar. Solo la conciencia conoce el fondo y la raíz de las intenciones, y mi intención no era vengar a Miguel ni desenmascarar a Carlos. Una vez más, mi objetivo era yo misma y no había sido sincera con mi conciencia, y era mi conciencia la que no me perdonaba. Es decir, no me sentía culpable por haber engañado a Miguel, sino por haberme engañado a mí misma. Engañar es una mierda, porque implica ocultar a los demás lo que tú realmente quieres hacer, que es lo único que te tiene que importar en la vida. Lo que piensen los demás es algo aleatorio, estúpido y generalmente impredecible. Nunca pienses que el engañado es más generoso, más noble, más fiel ni más compasivo que tú. Él solo atiende, también, a sus propias necesidades y apetencias.

Mientes por falta de autoestima, por cobardía, inseguridad, mezquindad, bajeza de miras, si es que se puede decir *bajeza de miras*.

Habría deseado desesperadamente hablar con Lucía. Lucía era una mensajera VIP de máximo nivel. La situación lo requería. Yo estaba a punto de cometer con Carlos lo que *ellos* consideraban «un grave error». Su aparición en el tren fue demasiado breve y, sin embargo, suficiente, porque su voz y su presencia dejaron en mí un poso de gratitud y de paz, un anhelo insondable e insaciable de su compañía, de su sabiduría, de su inteligencia. Son tan escasas las mentes lúcidas y vigorosas, que si alguna vez, porque *ellos* lo quieran, en el lugar más insospechado del mundo te encuentras con alguien como Lucía, no debes dejarla escapar, quédate para siempre a su lado, aunque solo sea para llevarle las maletas.

F I N



MARÍA BEGOÑA AMEZTOY MENDIBE (San Sebastián, 1951) Cursó estudios de Derecho y Periodismo.

Comienza como escritora, pero su inquietud artística le lleva a simultanear la literatura con movimientos culturales del País Vasco, como la revista *Kantil* o el grupo surrealista CLOC, donde conoció al también escritor y periodista Álvaro Bermejo, que sería su pareja por más de veinte años.

Ha ejercido como columnista en *El Diario Vasco* de San Sebastián y también ha trabajado para televisión: ha sido guionista de TVE y tertuliana de programas como «Crónicas Marcianas» y «Sálvame Diario». También ha trabajado en el programa «Lo que faltaba» de ETB y el *Diario de Noticias* en Pamplona.

Es autora de las novelas *El círculo* (1991), *El asesino de Baltimore* (1994), *El ángel* (2000), *Escuela de mujeres* (2001), *Cuarentonas* (2002), *Amor caliente, sexo frío* (2007), *El sueño de Orión* (2010) y *El señor de las maravillas* (2017).

# Notas

[1] ¿Cómo es eso, Anselma? ¡Señor! <<



[2] Sí. <<

[3] ¡Esta chiquilla! <<

[4] Punto. <<

[5] ¿Por qué? <<

[6] Eso es. <<

[7] ¡Pobre criatura! <<

[8] Sí, por supuesto. <<

[9] Chico. ¡Qué estás diciendo! <<



[10] Buenas noches. Soy Catalina. <<

[11] Desván. <<

[12] Buenos días. <<

[13] Pulcra, aseada. <<

[14] Encantadores. <<

[15] María, madre nuestra, te amamos en tu camino hacia el Cielo. / Cantamos, llenos de alegría, tu santa concepción. / Madre querida, encantadora, con tus hermosos ojos / Míranos siempre, madre, bendícenos. <<

[16] Tú eres mía. <<

[17] Sacerdote. <<



[18] Yo soy Aurelia. <<

[19] Ochenta y cinco. <<

[20] ¿Estás ahí? <<

[21] ¿Si estoy aquí? Sí. <<

[22] Entra más tarde. <<

[23] Sí, sí. Ya lo sé. <<

[24] Ven, ven. <<

[25] ¿Tú eres la hija de Brijida? <<



[26] ¿Cuál es tu nombre? <<

[27] Ese no es tu nombre <<

[28] Ascensión me ha dicho que acudiera a usted. <<

[29] ¿Adónde vas, Basi...? ¿Qué quieres...? <<

[30] Cógela, abre. <<

[31] Yo estoy aquí. <<

[32] Yo no sé. <<

[33] Perdón. <<



[34] ¡Chiquilla! <<

[35] Mira. <<

[36] ¡Silencio, silencio! <<

[37] Buen viaje. <<

[38] Cariño. <<

[39] Padre. <<

[40] Madrecita. <<

[41] Hija mía. <<



[42] ¿Qué me dices? <<

[43] ¡Pero chiquilla! <<